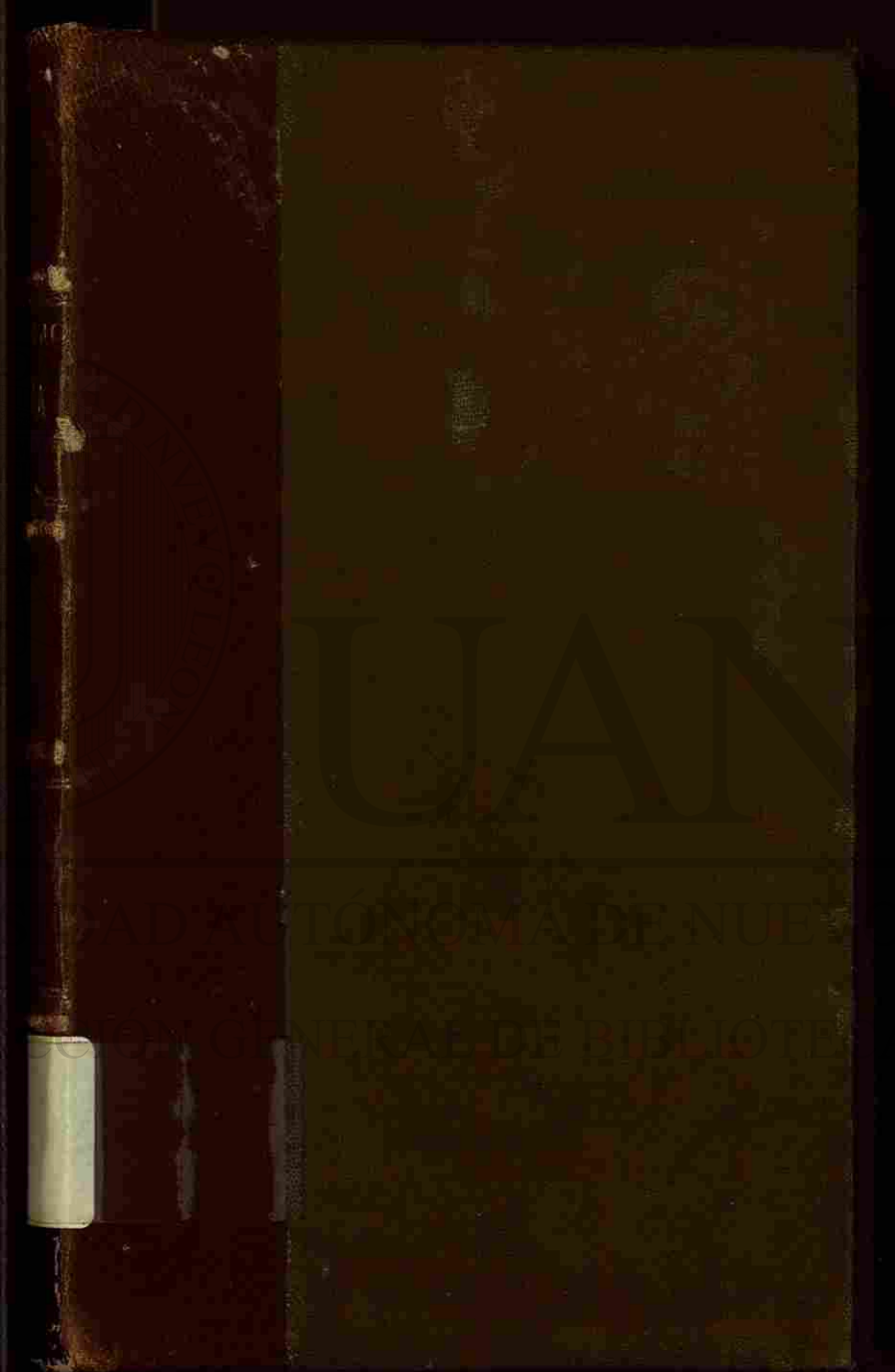




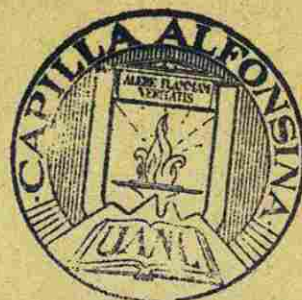
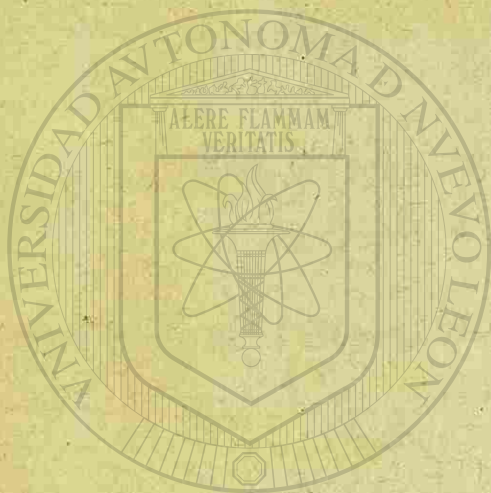
DUMAS HENRI

ANTONINA

PO2231
.A68
S6



1020026382



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor D8867a
Núm. Acy. 30092
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasific. 29
Inalogo 20

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANTONINA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR ALEJANDRO DUMAS, HIJO.

TRADUCIDA PARA EL

GUARDIA NACIONAL

TOM. I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

30092

MEXICO.

Imprenta de Juan R. Navarro,
Calle de Chiquis Núm. 6.

1850.

098781

843
9.
PO 2231
468
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ANTONINA

CAPITULO I

DOS LINDOS PIECECITOS.

¿Le gustan á vd. las novelas que comienzan de esta manera: era una hermosa mañana ó si no: una bella noche de primavera, etc?—lo que es á mí me agradan infinito. Parece que se encuentra uno á sus anchuras; hay sol y aire, y se puede respirar con delicia; se conoce desde luego que va á tratarse de la naturaleza y del amor, de la juventud y de la poesía. Y arrojen lejos de mí á esos escritores que desde su primer capítulo os hacen entrar en invierno á una mala buardilla, en donde el frío os hiela la sangre, cuyas paredes desnudas se asemejan á las cuatro paredes de una tumba, y á donde mirais tiritar á alguna pobre familia tristemente agrupada al rededor de su último tizon!

¡Lejos de mí, digo, esos novelistas á quienes pedis una distraccion para vuestros ratos de

ocio, y que os presentan ante los ojos la realidad sombría de la vida y la miseria, en lugar de haceros asistir al espectáculo magnífico de la creación del Señor! En buena hora, convengo que escriban esos tristes cuadros, pero que lleguen á ellos como se llega á las buardillas, pasando por los primeros pisos, es decir, por entre las gentes dichosas.

No por esto el invierno carece de placeres; pero necesita ciertas condiciones.

Un aposento bien entapizado, con luengas cortinas de seda, que no dejan pasar mas que una débil claridad, aunque por dentro no se sepa qué tiempo hace, y si el cielo está gris ó azul; una tupida alfombra sobre la que en Diciembre puedan ponerse impunemente los piés desnudos; cuadros alegres con ricos marcos; cómodos y muelles sillones; un sofá sobre el cual pueda dormirse; flores, telas, colores; un gran fuego que chisporrotea, que ilumina, que da vida y alegría á todo ésto, y que hace al aposento caliente como un nido: una muger medio desnuda sobre su lecho, que no tiene que cubrirse hasta la boca con las colchas para evitar el frío: nada de esto causa tristeza mirarlo, ni desagrado el ponerlo en escena; sobre todo, cuando la muger es jóven, bonita y puede uno decírselo,

Mas á pesar de todo, nosotros conservamos nuestra predilección hácia la primavera, pues nos agrada mucho mas la alegría de toda la na-

turalaleza, que la de un aposento aislado, y preferimos con mucho, la sombra del mes de Junio al hogar de Enero.

Hé aquí, pues, que en una hermosa mañana del mes de Mayo de 184... dos jóvenes se paseaban con los brazos entrelazados, bajo los arcos de la calle de Rívoli.

Serian las once, y nuestros dos nuevos conocidos acababan de almorzar.

Ambos eran de una misma estatura, y parecían tener la misma edad; pero el uno era rubio y el otro tenia los cabellos negros.

El rubio no tenia barbas, ó por lo ménos no las usaba. Sus ojos eran azules; sus megillas estaban un poco pálidas, y habia en su rostro todo un no se qué de melancólico, que, sea dicho de paso, le sentaba perfectamente.

El moreno tenia los ojos muy negros, y usaba bigote y perilla; todo en él revelaba una salud de hierro: sus espaldas eran anchas; su paso era firme como el de un hombre que tiene una exuberancia de vida que gastar todos los dias, y fumaba, distracción de que se abstenia su compañero. Su rostro, así como el de su compañero, estaba lleno de cierta dulzura, que es como el sello de un buen corazón. Como todas las naturalezas fuertes y hermosas, este jóven amaba con todas sus facultades, así con su fuerza física, como con su fuerza moral. Su amistad estaba llena de franqueza, y nunca se

entibiaba, porque no era, ni habia sido la esclava de alguna preocupacion, de egoismo, ó de la enfermedad.

No sé si me esplico bien, pero quiero decir, que era uno de esos hombres que pueden probar su afeccion á cualquiera hora del dia, porque nada hay que embarace su existencia; ni costumbres, ni humores, ni nada de eso, en fin, que obliga á las demas gentes á ocuparse de tiempo en tiempo solo de ellas mismas. Pertenecia por entero á los que amaba, y era lo que se llama *un buen muchacho*.

El rubio se llamaba Edmundo de Péreux; el moreno tenia por nombre Gustavo Daumont.

Eran dos amigos de colegio, que se completaban admirablemente el uno con el otro.

Edmundo, educado por su madre, que quedaba viuda cuando él contaba tres años, tenia todas las costumbres y, aun diré, casi todas las manías femeniles.

Gustavo, por el contrario, huérfano desde su infancia, habia sido educado de un modo demasiado severo por un tutor gotoso; educacion que, gracias á su naturaleza sólida, y precoz, se habia aprovechado bastante.

Desde la edad de tres años, Gustavo habia entrado al colegio, mientras que la señora de Péreux no quiso poner en él á Edmundo sino hasta que tuvo quince.

Gustavo desde el principio adivinó en su nue-

vo camarada todo el carácter tímido y cándido del niño educado por su madre, y desde luego se hizo el amigo y el protector de Edmundo. Como se ve, la amistad de estos dos jóvenes habia tenido principio en el colegio, mas se fortificó en el mundo. No pasaba un dia sin que ámbos dejaran de verse.

Gustavo amaba á Edmundo como un padre ama á su hijo. No era mayor que él en edad; pero la gran fuerza de que se hallaba dotado y aquella especie de proteccion que le habia prestado en el colegio, lo envejecian, por decirlo así, á los ojos de Edmundo, y lo habian revestido para con él, de cierta autoridad paternal, de la que nunca abusaba.

Un dia la señora de Péreux dijo á Gustavo:

—Gustavo, cuide vd. mucho de mi hijo.

Y desde este dia Daumont habia mirado como un deber sagrado lo que hasta entónces no fuera mas que uno de los placeres de su amistad.

Es preciso decir ademas, que de vez en cuando, Gustavo habia sorprendido á la señora de Péreux clavando su mirada llena de inquietud sobre Edmundo. Esto sucedia en los dias en que éste parecia mas pálido ó meditabundo que de costumbre. En aquella inquietud de madre, Gustavo fortificó su resolucion, y en cierta vez dijo á la señora de Péreux estrechándola una mano:

—No tenga vd. cuidado; aquí estoy yo.

Hé aquí lo que eran y lo que habían sido Edmundo y Gustavo hasta el día en que hacemos conocimiento de ellos: grande y sincera era la afección del uno por el otro, un poco obediente por parte del primero, algo protectora y grave por parte del otro, á consecuencia de las causas que hemos mencionado brevemente.

Nuestros dos amigos se paseaban, como ya hemos dicho, bajo los arcos de la calle de Rívoli una linda mañana de Mayo.

Platicaban con ese aire de intimidad propio de los primeros años. De repente Edmundo se detuvo delante de una tienda de tabaco.

—Espérame, dijo á Gustavo, voy á comprar algunos puros.

—Es inútil, respondió éste, volviendo á enlazar su brazo con el de su amigo.

—¿Por qué ha de ser inútil?

—Porque te ha de hacer mal el fumar.

—Pero, tú fumas y....

—Oh! yo, es muy diferente; ya estoy acostumbrado... y luego, que eso ha de molestar á tu madre.

Edmundo no chistó una palabra mas, y prosiguieron su paseo.

En el momento en que llegaban á la calle *Castiglione*, tuvieron que detenerse, para dejar pasar á un señor y á una joven que lo acompañaba.

El señor, á pesar de lo aventajado de la estacion, se hallaba abrigado con un redingote á lo propietario. Tenia un aspecto tranquilo y simpático, y parecia contar de cincuenta á cincuenta y cinco años de edad. Su cabellera estaba ligeramente cana, y usaba un sombrero de copa baja con el ala bastante ancha; llevaba en la mano un bastoncillo con puño de ébano, y en uno de los ojales de su saco se veia la cinta roja de la *Legion de honor*.

Dirémos en obsequio de la verdad, que no llamó mucho la atención de nuestros dos jóvenes, quienes ni aun hubieran echado de ver á la muchacha, á no ser por una circunstancia que vamos á referir.

Aquella muchacha tenia una figura graciosa y agradable, que Edmundo apenas entrevió, porque ella marchaba muy de prisa: por lo que hace á Gustavo, iba mirando de otro lado.

La niña, que representaba tener diez y seis ó diez y siete años, era mas bien chica de cuerpo que alta: llevaba un vestido color de flor de romero, una manteleta de seda negra, un sombrero de paja, una sombrilla verde; trage muy sencillo, como se ve, y que no estaba destinado para atraer las miradas.

Edmundo y Gustavo iban á continuar su camino, cuando abandonando el brazo de su padre la joven, se puso á andar sobre la punta de los pies, alzándose un poco el vestido, á fin de

atravesar sin enlodarse, la calle de Rívoli, llena de fango en aquel lugar.

Vais á preguntarme indudablemente, cómo era, que en una hermosa mañana del mes de Mayo la calle de Rívoli se encontraba llena de agua y lodo. Pues la cosa es muy sencilla. Cuando ménos, hacia ocho días que no llovía; pero hay en París una empresa que suple admirablemente á la lluvia; es la empresa de los *carros-regaderas*, tan empeñada en ganar con justicia el dinero, que por donde quiera que pasa, deja, no solo agua, sino tambien lodo, y bastante.

Uno de dichos carros acababa de pasar.

La muchacha alzó, pues, su vestido, y Edmundo que la seguía maquinalmente con la vista, pudo ver dos lindísimos piececitos, calzados con coquetería, el principio de dos piernas finas y torneadas, hasta un poco mas arriba del tobillo, y cuyos contornos iban anchándose poco á poco, lo cual prometia dos piernas. . . . como no se ven á menudo sino en las pinturas de Correggio ó en las estatuas de Pradier.

Y nada hay mas atractivo como un par de piernas lindas!

Yo no sé por qué; pero aquellos piececitos que trotaban sobre el pavimento, esas medias blancas y restiradas, esa pierna, de la cual no se veía mas que un pedazo, y que se dejaba adivinar toda entera por lo poco que mostraba,

todo esto tiene un poder inesplicable sobre la imaginacion de los hombres.

Hasta me atreveré á decir, que la necesidad de levantarse las mugeres los vestidos en invierno para no mancharlos con el lodo de las calles, es uno de los mayores consuelos del invierno.

Edmundo era como todos los hombres: consideró por algunos momentos con placer aquellos dos piececitos monísimos, finos, lustrosos, tan llenos de precauciones, aquel par de piernas precoces, y dijo á Gustavo:

—¿No has visto qué linda muchacha acaba de pasar con su padre?

—No; ¿cuál? preguntó Gustavo.

—Aquella, que va por ahí, continuó Edmundo, señalando á la jóven.

—¿Y es bonita? replicó Gustavo.

—Encantadora, amigo mio. . . . ¡mira qué lindas piernas, qué chulísimos pies!

—¿Y estás enamorado?

—¡Si la siguiéramos! dijo tímidamente Edmundo.

—¿Para qué?

—Para seguirla.

—Pardiez! . . . he aquí un placer singular. . . ¡y de qué te servirá seguir á esa muchacha que va con su padre?

—De nada. . . pero puesto que nos paseamos sin destino fijo. . . no hay inconveniente

en que lo hagamos detras de dos piernecitas como esas. . . .

—Cuando ella llegue á las Tullerías, dejará caer su vestido, y no verás mas.

—Entónces nos pasarémos por delante, y mirarémos su rostro. . . . y luego sabrémos dónde vive.

—Para nada nos servirá.

—¿Quién sabe?

—Vamos! sigámosla, puesto que ello te divierte y no tenemos otra cosa que hacer.

Edmundo y Gustavo apresuraron el paso, y bien pronto se pusieron á poca distancia del anciano y su hija.

Tan luego como hubieron entrado al jardin de las Tullerías, el padre, que no tenia ya que temer por sí ni por su niña los coches, se colocó sus gafas, sacó del bolsillo un inmenso periódico y se puso á leer, sin dejar de marchar tranquilamente hácia el *Puente-Real*.

La jóven habia cerrado su sombrilla y caminaba al lado del anciano.

Daumont y de Péreux las seguian platicando entre sí.

—Puede ser que sea la muger de ese caba-llero, decia Edmundo.

—¿Estás loco?

—¿Se han visto tantos viejos casarse con mugeres muy jóvenes!

—Pero se conoce desde luego que esa no es una muger casada.

—¿En qué?

—En todo, querido amigo; no tiene ni el aspecto, ni la edad, ni el traje, ni el talle de una muger casada.

—Pues de cualquiera manera que sea, ha de ser encantadora. Pasemos por delante para verla. . . .

—Pasemos.

Los dos jóvenes apresuraron de nuevo el paso, y cuando se hallaron á alguna distancia del anciano, se detuvieron como dos personas que desean ver á los que venian detras de ellos.

Aquel movimiento y la intencion no se escaparon por cierto á la jóven, quien bajó los ojos, sin gazmoñería ni afectacion, sino simplemente, para no mirar frente á frente á dos hombres desconocidos.

—¿Qué linda es! murmuró Edmundo.

—En efecto, contestó Gustavo, tiene una cabeza hermosa, ojos grandes y cabellos soberbios.

—¿Y te arrepientes ahora de haberla seguido?

—No; pero confiesa que esto de nada nos sirve.

—Nos sirve para ver á una muger bonita, ocupacion que nunca es de despreciarse.

Y á pesar suyo, Edmundo volvió otra vez el rostro hácia la niña, quien esta ocasion se ruborizó. Aquella pertinacia la embarazaba.

El caballero, absorto en la lectura de su periódico, nada veía de todo esto.

—No la mires tan amenudo, dijo Gustavo á su amigo; eso podrá desagradarla.

—Tienes razon; volvamos á ponernos detras de ella, y así no sabrá que la seguimos, y podremos contemplarla á todo nuestro placer. ¡Con tal que hayan regado todas las calles, y viva muy léjos!

Edmundo y Gustavo retrocedieron, pero de tal manera, que aquella á quien seguian, comprendió inmediatamente por qué lo hacian, y aunque ya no los vió mas y ni aun los oía, estaba segura de que marchaban detras de ella y por ella.

Nunca habrá impedimento para que una muger deje de adivinar esta clase de cosas.

La jóven presentia que era seguida, pero hubiera querido asegurarse de ello.

¿Creerémos que era por coquetería? Ciertó que no; cuando mas era por curiosidad, y por ese sentimiento innato de vanidad que hay en el corazon de todas las jóvenes, que las lisonjea de un homenaje tanto mas cuanto es mas indirecto.

Muy rara ocasion se incomoda una muger porque la sigan, sobre todo, cuando tiene la conciencia como la dé que tratamos aquí; que ella de ninguna manera ha autorizado esa galantería indiscreta, y ménos cuando los que lo ha-

cen son personas de educacion, incapaces de una tentativa imprudente ó de mal gusto.

Nuestra heroína indudablemente no discurre tanto como nosotros lo hemos hecho; pero lo que sí podemos asegurar, y lo repetimos, es, que la curiosidad de los dos jóvenes no la desagradaba.

Las muchachas gustan infinito de estas pequeñas aventuras, de las cuales saben muy bien que nada tienen que temer; aventuras que las prueba que son mugeres, que se cuentan mutuamente, y que dan motivo á sus imaginaciones, para levantar castillos en el aire, cuando se encuentran por la noche solas en sus pensamientos y sus esperanzas.

He aquí por qué nuestra heroína deseaba con ahinco saber si los jóvenes la seguian todavía. Desearlo era muy natural, muy digno de escusa; la dificultad estaba en el modo de saberlo.

La muchacha no temia que su padre percibiera su deseo, pero no queria que los desconocidos adivinaran su curiosidad, y sacaron de ella algun pronóstico.

Despues de haber reflexionado largamente sobre este punto, ella se quitó con mucho tien-to uno de sus guantes, y lo dejó caer, continuando sus pasos como si no hubiera percibido esta pérdida, que habian notado ya Edmundo y Gustavo, y en la cual ni aun remotamente suponian alguna intencion.

—¡Qué hermosa ocasión! dijo Edmundo, y separándose del brazo de su amigo, corrió á levantar el guante, en el momento mismo en que la linda jóven iba á aparentar que lo echaba de ménos, creyendo que ya habia pasado el tiempo suficiente.

—Señorita, le dijo acercándose á ella, saludándola, presentándola el objeto caído, y devorándola al mismo tiempo con su mirada: he aquí un guante que acaba usted de perder. . .

—Mil gracias, señor, balbuceó la doncella, ruborizándose y bajando los ojos, y recibió su guante.

El viejo, oyendo hablar á su hija con alguno, la miró y la dijo:

—¿Qué cosa sucede?

—Papá, respondió la niña, es el señor que ha tenido la bondad de levantar y devolverme uno de mis guantes que habia dejado caer.

El anciano dió las gracias á Edmundo sin mirarlo siquiera, y prosiguió la lectura de su periódico.

Después de este pequeño incidente, Edmundo fué á reunirse con Gustavo, quien le dijo:

—Vamos, ¿estás contento?

—Encantado, querido mío; esa muchacha es seductora, y no sé si me engañe, pero me ha parecido que lo que he hecho, no le ha desagradado.

—Es porque hacías una cosa muy sencilla.

—No por eso me palpita ménos el corazón.

—Eres un loco; volvamos ahora á tu casa.

—Nada de eso, quiero saber dónde vive.

—¿Quieres seguirla todavía?

—No me detendré en tan buen camino.

—Después de lo que acaba de pasar, no ha de ser muy conveniente que tú sigas el mismo camino que esa jóven.

—¿Y quién le ha de saber?

—Ella.

—¿De qué manera?

—Antes de diez minutos habrá encontrado oportunidad para volver el rostro. Ya conozco muy bien lo que son las mugeres.

—No me desagradará que sepa que la sigo.

—De nada absolutamente te ha de servir.

—Nadie sabe lo que puede suceder.

—No te has de presentar en casa de ella. . .

—No.

—Tampoco le has de escribir. . .

—Ménos. Pero sabré en dónde vive. Vagaré por los alrededores de su mansión, y sin que tenga necesidad de hablarla ni de escribirla, á fuerza de encontrarme á la par, comprenderá que estoy enamorado de ella, y esto será siempre un buen antecedente.

Además, me agradan mucho los amores pláticos. . . . Un día se casará ella sin duda: un marido no es como un padre, ni una esposa es como una doncella. . . . entónces me haré presentar en su casa y la haré la corte. . .

—Canario! miras tú las cosas desde lejos.

Durante este tiempo, el padre y su hija habían salido de las Tullerías, y se hallaban en el *Puente Real*, por donde pasa siempre mucha gente. La linda muchacha calculó que podía volver un poco la cabeza en medio de tantos pasantes, sin correr el riesgo de que aquel movimiento fuera visto. Miró, pues, rápidamente hacia atrás, y á cosa de veinte pasos percibió á sus dos perseguidores, á quienes no se escapó aquel movimiento de curiosidad.

—Nos ha mirado, dijo Edmundo.

—¿No te habia yo dicho que voltearia el rostro? contestó Gustavo.

—Pero, querido, nada habria de extraño en que ella fuera casada....

—¿Con ese viejo...!

—No, puesto que lo ha llamado *papá*, pero sí con algun otro. Hay muchas mugeres que á su edad llevan ya un año de casadas. Por lo demas, ya lo sabremos pronto....

Los dos amigos pasaron su tiempo haciendo suposiciones, y Edmundo, delirando con la mirada que la jóven le habia dirigido al darle las gracias, como tenia en su imaginacion una multitud de probabilidades muy lisonjeras, respecto á él, pero que por esta misma razon no se atrevia á comunicar á su compañero.

Apresurémonos, sin embargo, á decir, que Edmundo no era ningun fatuo, y que por el con-

trario, en amor, era tímido y sin experiencia hasta un grado increíble.

Y cuando no se conoce uno en materia de amores, pueden hacerse tantos suposiciones, como las que se conocen demasiado.

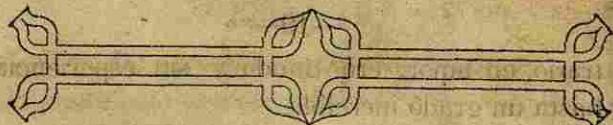
El anciano y su compañera habian tomado la calle de Bac, la habian atravesado y torcieron á la izquierda, entrando á la de *Lille*, en donde se detuvieron en el número 18.

En el momento de atravesar la puerta de esta casa, la muchacha habia mirado de nuevo hacia un lado, lo mas imperceptiblemente que pudo, y habia visto otra vez á los dos jóvenes.

—¿Qué irán á hacer ahora? pensó ella.

Y como ella tampoco tenia ninguna experiencia en amor, comenzó á temer que la historia del guante no hubiera sido una reprehensible ligereza ó una falta peligrosa, por la que hubiera que arrepentirse.





CAPITULO II.

UN ARDID DE AMANTE.

—Ha entrado en el número 18, dijo Edmundo á Gustavo.

—¿Estás contento?

—Sí, pero tiemblo. ...

—¿De qué?

—De que tal vez no viva aquí. ... Es aun muy temprano, y puede ser que venga á almorzar con su padre.

—Es muy posible.

—Y ¿cómo harémos para saberlo?

—¿Te empeñas mucho en ello?

—¡Sí me empeño!

—Pregúntalo entónces.

—Pero ¡si ella fuere á bajar miéntras yo hablaba con la portera!

—Te miraria, he aquí todo, y el padre te reconoceria acaso.

—Ah! el padre no me reconoceria, pues que ni aun me ha mirado cuando devolví el guante á su hija.

—Pardiez! entremos, que no hemos de morir por ello!

Los dos jóvenes se adelantaron hácia la casa, porque se habian detenido para hablar lo que acabamos de copiar.

Durante este tiempo habia detras de una persiana cerrada una cabecilla femenil que vigilaba á nuestros jóvenes, y que no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, cuando los vió dirigirse á la puerta de la casa, y entrar en ella.

—Ya pensé un ardid, exclamó de repente Edmundo, despues de haber mirado á su alrededor.

—¿Cuál es?

—Vas á verlo. Señora, dijo á la portera, ¿tiene vd. algun aposento de alquiler?

—Sí, caballero.

—¿Hácia la calle ó interior?

—Hácia la calle.

Despues de haberse hecho dar Edmundo una descripcion minuciosa del aposento, el número de piezas que lo componian y el precio, añadió:

—Parece que me convendrá perfectamente: ¿tiene vd. la bondad de enseñarnos ese aposento?

Edmundo aguardaba todavía encontrar á la joven; pero la escalera estaba desierta y tuvo que resignarse á hacer preguntas.

—¿No es aquí donde vive un anciano que tiene una hija? dijo á la portera, aparentando

examinar el aposento, que ni aun siquiera miraba.

—El Sr. Devaux, contestó la portera.

—Me parece efectivamente que ese es su nombre. La hija tendrá de diez y seis á diez y siete años, y se llama Julieta, segun creo.

—No, señor, se llama Antonina; acaba de entrar no hace muchos instantes con su padre.

—Ya me acuerdo muy bien. Sí, se llama Devaux. . . . Su muger ha muerto ¿no es cierto? se aventuró á decir Edmundo.

—Sí, señor, hace dos años.

Edmundo dirigió á su amigo una mirada, que queria decir: ¿Lo que hago, no te parece muy ingenioso?

—¡Pobre señora Devaux! . . . continuó Edmundo, ¿cuando me acuerdo.

—Si vd. quiere subir, dijo la portera, es en el segundo piso. . . .

—No, no, temeria molestar al Sr. Devaux; pero me consideraré dichoso viviendo bajo el mismo techo que él. . . . ¿Y en qué se ocupa ahora?

—Todavía es médico.

—Ah! ciertamente. . . . Yo creía que se habia retirado. . . .

—Vive precisamente frente á este aposento.

—Muy bien, señora, este es muy conveniente, dijo Edmundo, quien sabiendo todo lo que deseaba, queria marcharse; yo vendré mañana á darle á vd. la respuesta.

La portera hizo notar todavía algunas de las ventajas que poseia la localidad, y nuestros dos amigos salieron de la casa, prometiendo volver al dia siguiente.

—¿Qué buena portera, dijo Edmundo á Gustavo cuando se hallaron en la calle, no ha visto mas que un muerto!

—Oh! si tú eres un diplomático astuto. . . héte aquí ya muy adelantado!

—Ciertamente! y ¿no oiste lo que me ha dicho?

—No he puesto en ello grande atencion.

—Este Sr. Devaux es médico.

—Y luego?

—Y luego? Que esto me proporciona un motivo para entrar en su casa.

—Cómo?

—Vendré á hacerle una consulta.

—Para quién?

—Para mí.

—¿Pero si tú no estás malo!

—Y esto ¿qué me importa? inventaré una enfermedad.

—¿Acometes seriamente esta aventura?

—Sin duda ninguna, y no la abandonaré sino cuando se me haya demostrado que pierdo el tiempo.

—Entonces la abandonarás muy pronto, porque esa jovencita debe ser muy honrada; ha de estar muy escrupulosamente vigilada por su pa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, N.

dre y muy poco dispuesta á dejarse hacer la corte.

—No me ocupo del porvenir. Lo que sé es que esa muchacha es lindísima y que me agrada. He encontrado el medio de verla, porque tengo esperanzas de que á tanto venir á casa de su padre, la he de encontrar, y ella no dejará de adivinar el motivo que me trae. . . . me enamoraré ó no ¿quién sabe? pero en todo caso me resulta una distraccion, y como nada tengo que hacer, agarro por los cabellos esta feliz oportunidad. ¿Me equivoco?

—No, por cierto.

Hablando de esta manera Edmundo y Gustavo, se habian elejado de la casa, no sin volver á ella muchas ocasiones la cabeza.

La señorita Antonina ni un momento se habia apartado de su punto de observacion.—

Todo el mundo conoce las tendencias romancescas de las jóvenes; no tenemos, pues, necesidad de explicar la preocupacion que naturalmente resultó para ella del encuentro de la mañana.

Antonina se perdía en congeturas; se hacia á sí misma mil preguntas diversas, entre otras, qué cosas habrian dicho los jóvenes á la portera. Esto, sin embargo, no era muy difícil de saberse, y ya encontraría modo de averiguarlo.

Es preciso siempre que las jóvenes pasen su tiempo y ocupen su imaginacion con alguna cosa.

Durante los dos años que median entre la salida del colegio y el contrato matrimonial, es decir, de los diez y seis á los diez y ocho años, las mugeres se preocupan demasiado con esa gran cuestion, el amor, en la cual casi siempre se equivocan la primera vez que la tratan. Todo, aun hasta para las mas castas, llega á ser pretesto de ensueños, y sirve de base á esos encantadores castillos de baraja, que ellas construyen en su ignorancia, y que se desvanecen al mas ligero soplo; pequeñas esperanzas y levísimos desengaños, que ni aun lastiman el corazon, y que no son otra cosa que los sueños de una alma que se despierta.

Preguntad á la mas virtuosa esposa, cuántos nombres ántes de su matrimonio han sonado dulcemente á sus oídos, y os confesará siempre tres ó cuatro de esas pasiones que, durante un dia por lo ménos, creyó serian eternas, y de las cuales rié, con todo su corazon, cuando por casualidad se encuentra en el mundo con los que se las habian inspirado.

¡Cuántas sombras pasan delante de ese purísimo espejo, que se llama una doncella; se reflejan ahí un instante, y desaparecen sin dejar ni aun huella de su paso!

Aquí es donde siempre se halla la tradicion de los primitos.

No hay que admirarse, pues, de que el empeño de los dos amigos ocupase un poco á Antonina Devaux.

—Cuando mas tarde, mañana, decia Edmundo, iré á ver al padre de Antonina.

—¿Ya la llamas Antonina sencillamente?

—Es porque es digna de adoracion. ¡Qué lindos piececitos; qué aire tan dulce, tan lleno de distincion!... Oh!... hay cosas que ahora comprendo...

—¿Cuáles?

—Ya comprendo que puede uno enamorarse perdidamente á una primera vista, como en las novelas del siglo diez y ocho.

—Es muy posible, pero entónces es un amor de corta duracion.

—¿Y por qué?

—Por que entónces no está uno enamorado mas que por los ojos, y hasta el amor necesita del raciocinio. Siempre los amores serios y profundos nacen y se desarrollan con la comparacion, con el exámen minucioso, y nunca por el conjunto de una mirada...

—No por esto es ménos cierto que si de aquí á esta tarde pudiera pedir la mano de la señorita Devaux, obtenerla y casarme con ella, lo haria sin remedio.

—Todo ello formaria un bonito ajuar.

—¿Qué quieres? así soy yo.

—Dentro de dos dias ya no te acordarás de la señorita Devaux.

—Me parece que te engañas!

—¿Cuántas ocasiones te he visto hablar como hoy!

—Es cierto, pero no era por mugeres como ésta. Era por mugeres que tenian ya una larga esperiencia del amor, miéntras que ahora se trata de una niña que todavía no ha amado.

—¿Qué sabes tú?

—Es probable.

—Con las mugeres nada es probable.

—Pues en todo caso, yo lo sabré. Lo que me hará creer que esta impresion será mas duradera de lo que crees, es, que aunque he visto muchas jóvenes de la misma edad que la señorita Devaux, y tal vez mas lindas que ella, nunca he sentido por ninguna lo que siento por ella.

—Pues mas me agrada Nichette.

—Nichette es una hermosa muchacha; pero no creo que tengas la pretension de compararla con Antonina.

—Nichette es una muger como le conviene á un jóven de tu edad; alegre, bonita, de talento y de buen corazon. Si tú te llegas á enamorar de la señorita Antonina, porque es imposible que lo estés ya, no pueden suceder mas que tres cosas: que ella llegue á ser tu querida, ó que llegue á ser tu muger, ó que no te quiera ni como amante ni como esposo.

De cualquiera de esos casos debe resultar para tí, por lo ménos, fastidio, si no es que una desgracia.

Si llega á ser tu querida, lo cual es muy po-

co probable, no solamente á causa de la virtud que ella tenga, sino por la vigilancia de que debe estar rodeada, tú sufrirás el no poderla ver sino muy raras ocasiones; tendrás que vencer dificultades sin cuento; tendrás que echarte en cara el haber arrancado de la virtud y del deber á una honrada muchacha; y el día en que fatigado de todo esto quieras romper con ella, no lo podrás hacer, sin ser un hombre perverso y sin piedad.

Si ella llega á ser tu esposa, llegará un día inevitable en que te convenzas de que has hecho una locura, porque siempre ha de ser locura casarse con una muger viuda ó vírgen, solo porque al alzarse el vestido para no mancharlo con el lodo de una calle, ha dejado ver que tiene bonitas piernas. Si, finalmente, no logras ni lo uno ni lo otro, llegarás á ser, con ese carácter sentimental que te conozco, un insípido imitador de *Wuerther*, tipo muy hermoso en una novela, pero soberanamente fastidioso en la vida. Renuncia, pues, buenamente á esta empresa, y no hablemos mas de ello.

Has visto pasar á una muchacha bonita, que tiene los piés chicos y la pierna bien hecha; la has seguido, la has levantado su guante, sabes su nombre y su habitacion; quieres decirme qué mas quieres, y qué ridícula idea se te ha metido en la cabeza de prestarle tanta gravedad á toda esa niñería?

—Mi querido Gustavo, yo soy de esos que creen que el gérmen de todas las cosas es siempre muy pequeño. Yo soy fatalista, y estoy convencido de que los principales sucesos de nuestra vida tienen por origen eso que llamamos pequeñas casualidades. Nada hay inútil en nuestro destino.

¡Cuántas gentes al volver la vista hácia su pasado, encuentran pequeñísimos sucesos, tan indiferentes en apariencia como el de esta mañana, y se aperciben de que ellos han representado un papel importante en su existencia! Yo soy jóven; nada tengo que hacer; soy rico; soy guiado por mis sentimientos mas bien que por mi razon, ya lo sé, pero soy hombre de honor y no creo ni temo dejarme arrastrar mas allá de los primeros límites de la lealtad y la justicia: hé aquí por qué me he jurado dejar mi vida á la corriente de las circunstancias, ora me lleven á la tempestad, ora á la calma.

No diré que amo á la señorita Antonina, pero sí que de todas las cosas que podría hacer, la que mas me agrada y mas bello porvenir me ofrece, es ocuparme de ella, y eso procuro hacer: que esta ocupacion conduzca al amor ó á la indiferencia, al placer ó á la tristeza, poco importa!

—No hablemos ya de ello. Despues de todo, no creo que de esto resulte una gran desgracia. Nos hallamos en Estío, y puedes ron-

dar bajo las ventanas de tu hermosa, sin correr ni aun el riesgo de acatarrarte. . . Sueña, pues, amigo mio, y si tu aventura toma mayores proporciones y yo puedo serte útil en alguna cosa, piensa en mí . . .

Los dos amigos cambiaron un apretón de manos, y hasta que hubieron llegado á casa de la madre de Edmundo, que vivia en la calle de los *Tres Hermanos*, no se volvió á hablar de la señorita Devaux.

Llegados que fueron á la puerta de la casa de la señora de Péreux, Gustavo se despidió de Edmundo.

—¿No subes á ver á mi madre? preguntó éste á aquel.

—No, no tengo tiempo.

—¿Pues á dónde vas?

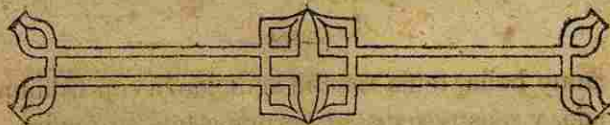
—Voy á casa de Nichetta, á quien hace dos dias que no veo.

—¿Cuándo nos veremos?

—A la noche sin falta.

—Te espero: hasta la noche!

Se apretaron la mano ambos jóvenes, y se separaron.



CAPITULO III.

UNA JOVEN MADRE.

Edmundo atravesó un ancho zaguan, tomó por una escalera que se hallaba á la derecha; subió dos tramos; llamó en una doble puerta, y preguntó al criado que vino á abrirle:

—¿Está en casa mi madre?

—Sí, señor, contestó el criado.

Entonces pasó el joven por un estenso aposento elegantemente amueblado, y entró en un tocador, verdadero tocador de muger, tapizado de alto á bajo con una rica tela de seda, fresco y sombrío, adornado con todos esos accesorios inútiles, tales como juguetes chinoscos, flores, porcelanas, de los cuales, las costumbres de las mugeres elegantes han acabado por hacer cosas indispensables.

Cerca de la ventana entreabierta una muger se hallaba sentada en un butaque, y bordaba inclinada sobre un bastidor.

Esta muger tenia treinta y nueve años y á lo mas representaba treinta y cinco. Era todavía

dar bajo las ventanas de tu hermosa, sin correr ni aun el riesgo de acatarrarte. . . Sueña, pues, amigo mio, y si tu aventura toma mayores proporciones y yo puedo serte útil en alguna cosa, piensa en mí . . .

Los dos amigos cambiaron un apretón de manos, y hasta que hubieron llegado á casa de la madre de Edmundo, que vivia en la calle de los *Tres Hermanos*, no se volvió á hablar de la señorita Devaux.

Llegados que fueron á la puerta de la casa de la señora de Péreux, Gustavo se despidió de Edmundo.

—¿No subes á ver á mi madre? preguntó éste á aquel.

—No, no tengo tiempo.

—¿Pues á dónde vas?

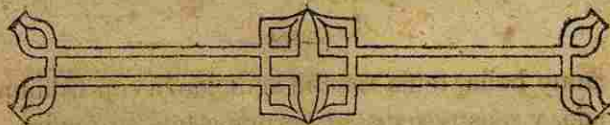
—Voy á casa de Nichetta, á quien hace dos dias que no veo.

—¿Cuándo nos veremos?

—A la noche sin falta.

—Te espero: hasta la noche!

Se apretaron la mano ambos jóvenes, y se separaron.



CAPITULO III.

UNA JOVEN MADRE.

Edmundo atravesó un ancho zaguan, tomó por una escalera que se hallaba á la derecha; subió dos tramos; llamó en una doble puerta, y preguntó al criado que vino á abrirle:

—¿Está en casa mi madre?

—Sí, señor, contestó el criado.

Entonces pasó el joven por un estenso aposento elegantemente amueblado, y entró en un tocador, verdadero tocador de muger, tapizado de alto á bajo con una rica tela de seda, fresco y sombrío, adornado con todos esos accesorios inútiles, tales como juguetes chinoscos, flores, porcelanas, de los cuales, las costumbres de las mugeres elegantes han acabado por hacer cosas indispensables.

Cerca de la ventana entreabierta una muger se hallaba sentada en un butaque, y bordaba inclinada sobre un bastidor.

Esta muger tenia treinta y nueve años y á lo mas representaba treinta y cinco. Era todavía

muy bella, tenia mucha semejanza con Edmundo, y mas parecia su hermana que su madre.

Estaba adornada con una especie de coquetería; vestia un lindo traje de muselina, y su tocado lo formaba una de esas encantadoras fallitas de encages y listones, que las mugeres sostienen sobre su cabeza, no se sabe cómo.

Cuando Edmundo entró, la señora de Péreux levantó hácia él sus ojos llenos de indescriptible dulzura, y una sonrisa de placer iluminó su rostro; sonrisa no solamente de ternura sino casi de amor.

Vamos á tratar de hacer comprender hasta donde nos sea posible, lo que la madre y el hijo eran el uno para la otra.

La señora de Péreux se habia casado muy jóven, á la edad de diez y seis años; á los diez y siete tuvo un hijo, que era Edmundo, y no tenia veinte cuando el señor de Péreux murió.

La señora de Péreux habia amado á su marido, al principio por deber, luego por costumbre y al último por afeccion. Lo lloró sinceramente cuando murió, y al contrario de como hacen las viudas jóvenes, no pensó ni en su nuevo casamiento, ni en usar de la libertad que le concedia su estado. Era bella, demasiado bella, y los pretendientes no escasearon; pero los pretendientes fueron rechazados.

Sin embargo, á la edad que la señora de Péreux tenia, es necesario que esa necesidad de

amor, que Dios ha puesto en todos los corazones nobles y juveniles, tenga algun objeto, si no es que una persona. Edmundo, pues, ocupó el corazon entero de su madre.

En aquella época Edmundo era muy débil: contaba tres años, tenia necesidad de los mas tiernos y maternales cuidados, y la señora de Péreux se consagró enteramente á él y esto sin hacer sacrificio y ni aun esfuerzo. De esta manera fué educado el niño, y creció al calor de aquella ternura continua; y no habiendo, por decirlo así, conocido nunca mas que á su madre dedicó á ella sola la doble afeccion que la naturaleza ha puesto en el alma de los niños por los que les han dado la vida.

La señora de Péreux renunció con esto al mundo, ó á lo ménos al mundo de los salones y de los bailes.

Un pequeño círculo de amigos, de los que mas queridos fueron de su marido, á los cuales consultaba á menudo sobre la educacion que convenia dar á Edmundo, formaba toda su sociedad.

Bajo esta amorosa vigilancia creció el niño.

Cuando tuvo quince años, como hemos visto en el primer capítulo de esta historia, ella cedió á los consejos de sus amigos, y puso á su hijo en el colegio, á fin de que, en la completa sociedad de los hombres, tomase poco á poco un carácter mas grave.

Los cuidados que la joven madre prodigó á su hijo hasta en el colegio, son indescritibles. Iba á verlo casi todos los dias, y experimentó un vivo y profundo sentimiento de amistad y reconocimiento hácia Gustavo, cuando Edmundo la refirió la protección que este nuevo camarada le dispensaba.

La primera educacion que el joven recibió, enteramente femenil, habia hecho nacer en su alma una grande necesidad de expansion, de simpatía y de confianza, que consagró enteramente á su madre. Hay que añadir á esto un no sé qué de sentimental, que habia en su corazon, una melancolía natural, una poesía innata, que hacian de Edmundo un ser dulce y afectuoso; el alma de una muger bajo la cubierta de un hombre!

Amaba á su madre como ésta lo amaba á él; es decir, que veia en ella otra cosa que á la muger que lo habia arrojado al mundo. Además, cuando llegó á la edad en que se piensa, cuando recordaba los cuidados de que su madre lo habia rodeado, comprendió el enorme sacrificio que ella le habia hecho, consagrándose enteramente joven, bella, pretendida y rica, como habia quedado á la muerte de su marido, á la educacion de su niño.

Así, pues, en esa época de la vida, en que el hombre siente en su corazon un vago deseo de amar á otros seres que los parientes, Ed-

mundo, que como todos los jóvenes lo experimentó, sintió que su corazon, aunque en diverso sentido, por decirlo así, adquiria nuevas fuerzas, nuevo amor hácia su madre.

En efecto, aquella madre, que era todavía joven, que era muy hermosa, que no amaba á nadie mas que á él, que hubiera podido ser su hermana, y que podia aun inspirar amor, llegó á ser la confidente de las primeras impresiones de su hijo.

Con la mas candorosa naturalidad, y sin ninguna especie de vergüenza, él le preguntaba sobre lo que sentia, y ella se lo explicaba.

La intimidad del hijo y de la madre creció con aquellas confianzas, y Edmundo se puso á amar á la señora de Péreux casi como hubiera amado á una muger desconocida, la primera que habria hecho palpar su corazon. A su turno, ella estaba orgullosa de la hermosura y de los nobles sentimientos de su hijo, dotes que él la debía; y ese pequeño grano de amor terreno que queda siempre en el corazon de la muger, se mezcló á su afecto maternal, y le prestó un nuevo encanto.

Así, habia dias en que hubiérais tomado á la madre y al hijo por una muger y su amante; tanta dulzura, tanta confianza, tanta solicitud y ternura habia en sus conversaciones!

Las mas veces, Edmundo se reclinaba á los pies de la señora de Péreux, á la cual no podia

ménos de admirar; apoyaba su cabeza sobre sus rodillas y platicaba con ella durante esas horas mágicas de la juventud, haciéndola cumplimientos, como lo habria hecho con su querida, estrechando sus manos, abrazándola.

Mas tarde exigió que su madre concurriera á los bailes; estaba ufano de ella, y la mostraba con orgullo. Aquello era mas que amor; era devoción la que tenia por la señora de Péreux.

He aquí la razon por qué, cuando Gustavo queria impedirle que hiciera alguna cosa, como el lector habrá podido notar, no tenia mas que decirle estas palabras:

—“Eso afligirá á tu madre.”

Largo tiempo esta necesidad de amor no se manifestó en Edmundo mas que por una exageracion de sensibilidad, y su madre le bastó entónces; pero llegó un momento en que conoció que era á otras mugeres á quienes necesitaba pedir el cumplimiento de las sensaciones que aun ignoraba.

La señora de Péreux adivinó prontamente lo que pasaba en el espíritu de su hijo, porque se habia puesto meditabundo, y tenia vergüenza de estos pensamientos nuevos, porque al entregarse á ellos, le parecia que robaba á su madre. Entónces fué cuando la amorosa muger, cuya proteccion tenia un límite, confió Edmundo á Gustavo, y se lo recomendó.

—Vigile usted á mi hijo en sus primeras rela-

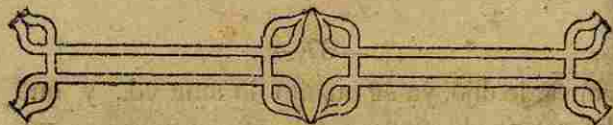
ciones, le dijo; ya sé cuánto lo ama vd., y qué deferencia le tiene á vd. él. Acuérdesse vd. de que su salud es débil, que su alma es tierna. . . . en fin, acuérdesse usted siempre. de cuánto lo amo. No tengo mas que decirle.

Gustavo habia prometido, y con todo su corazon lo que se le habia pedido, y desde entónces comenzó su amistosa vigilancia.

Indicarémos de paso, que Gustavo, de naturaleza ardiente y vigoroso, estuvo durante seis meses locamente enamorado de la señora de Péreux, á quien, se entiende, nunca habia hablado de este amor, que nació en el mismo colegio; pero aunque habia ya desaparecido, habia quedado en su alma un respeto, una religion profunda y entusiasta por aquella muger, primera que habia turbado sus sentidos.

Quedaba de este primer amor, poco mas ó ménos, lo que queda de un perfume que se ha evaporado solo. Ni la vista, ni la mano lo encuentran ya, pero se le siente siempre mas dulce tal vez desde que no existe visiblemente.





CAPITULO IV.

LOS CUATRO ROSALES.

Era, pues, una simpática afección la que había entre el uno y la otra. La madre se transformaba ahora en muger, así como quince años antes la muger se había convertido en madre. No había sospechas, ni regaños en la tutela de la señora Péreux; no había temor ni fastidio en la obediencia de su hijo. Cuando Edmundo hubo llegado á su mayoría, su madre quiso rendirle cuentas de la fortuna de su padre; pero él la reprendió dulcemente, diciéndola:

—He aquí la primera ocasión que dudas de mí.

Durante el invierno iban juntos al baile. Edmundo tenía un positivo placer en ver bailar á su madre, quien, por su lado, escuchaba llena de felicidad los elogios que la hacían de su hijo. En Estío se iban al campo: por las noches se

paseaban como dos enamorados; montaban á caballo, y recibían á sus amigos y conocidos.

En fin, la señora de Péreux, que no había vivido nunca con esa vida de esterilidad que forma la existencia de nuestras mugeres de tono, tenía el alma de la misma edad que Edmundo.

Algunas veces Edmundo se había puesto á llorar repentinamente, con solo la idea de que un día su madre envejecería y llegaría á morir.

Entonces se preguntaba, ¿qué sería de él?

Las cosas se hallaban y habían estado siempre en este punto. Edmundo, pues, entró á la casa como hemos dicho, después de haber encontrado á Antonina.

Segun se habrá podido juzgar por algunas palabras de nuestro héroe, se notaba que, á pesar de su educación femenina, había hecho conocimiento con ciertas cosas de la vida. En efecto, había contraído algunas relaciones que su madre había mirado con placer, porque hay en este punto una cosa que nos permitiremos notar aquí, y es, la facilidad con que las madres, hasta las mas virtuosas, no solamente aceptan y comprenden, sino alientan á veces los amores de sus hijos. ¡Cuántas madres han dicho á sus hijos, convertido ya en hombre, para precaverlo hasta donde es posible de los peligros de la prostitución tan comunes en los jóvenes: "Haz la corte á la señora de tal ó cual; es una muger casada que no te comprometerá."—El mundo está lleno de estas anomalías!

Edmundo habia pasado por esta faz previsora. Lo que era Gustavo, amaba á la muger como nuestros padres del siglo diez y ocho; la amaban alegre, complaciente, viva, al lado de vinos generosos, entre una mesa y un lecho. Así, pues, solo en casa de las *grisetas* era donde regularmente podia encontrar lo que deseaba. Edmundo habia dudado al principio que esta clase de mugeres fueran interesantes; pero habia encontrado en ellas corazones atractivos y virtudes que ni aun sospechaba. Las habia encontrado mas naturales que ciertas mugeres estimadas; aconsejadas mas bien por el corazon que por cálculo. Habia sido testigo de afectos reales y profundos por su parte, y entónces habia concebido por ellas verdadera estimacion y simpatía. Nichette, sobre todas, por un incidente que referirémos luego, habia hecho una fuerte impresion en su espíritu, y conquistado su amistad hácia la clase á que pertenecia, tan calumniada generalmente.

Edmundo habia contado esta historia á su madre, á quien todo contaba; ella la escuchó con las lágrimas en los ojos, y quiso conocer á la heroína. Nichette era modista: fué fácil, pues, hallar un pretesto para hacerla venir á casa de la señora Péreux, quien la cobró mucho cariño, y que sin parecer que tenia noticias de sus relaciones con Gustavo, platicaba á veces horas enteras con ella, y la daba amistosamente

algunos consejos, que la muchacha escuchaba con deferencia, porque Gustavo la habia dicho que la señora de Péreux era una santa, y ella creia todo lo que la decia Gustavo.

Harémos conocer de una vez á nuestros lectores la encantadora manera con que Daumont habia entablado sus relaciones con Nichette, y lo que las habia fortificado.

Un dia, haria de esto diez y ocho meses, cosa de las ocho de la mañana, Gustavo, que como ustedes ven, habia estado madrugador ese dia, se paseaba por el mercado de flores de la Magdalena. Algunas personas hacian sus empresas de Primavera, y una muger, vestida de un lindo traje de indiana, de un sombrerito de paja y de un chal de merino, que formaba sobre sus espaldas algunos pliegues deliciosos, se detenia delante de todos los puestos, y cada vez parecia no haber encontrado lo que buscaba, porque despues de un corto exámen, se ponía en marcha de nuevo, á pesar de las invitaciones de los vendedores, espresadas de esta manera:

—Mire usted, hermosa niña. . . Escoja usted. . . ¿Qué necesita usted?

Desde lejos Gustavo habia visto ir y venir á esta compradora descontentadiza, y cuando estuvo cerca de ella, miró que era lindísima. Tenia grandes ojos morenos, tirando hácia verdes; con ese dulce matiz que servia de rima no me

acuerdo á qué poeta, cuando hacia una improvisación á la bella duquesa de Nevers. Su cutis era blanco como la leche; la nariz ligeramente arremangada; la boca color de rosa como una cereza; en sus mejillas habia dos divinos hoyuelos y en la izquierda un lunarcito. Pero lo que en aquella jôven habia de mas notable con sus grandes ojos y sus pestañas negras, eran sus cabellos rubios como el trigo, dorados como si un rayo de sol los iluminara incesantemente, y que, rizados en bucles ligeros al rededor de su cabeza, la daban un aire de originalidad muy agradable. Algo de la gata habia, por último, en la movilidad y en la finura de aquella fisonomía.

Gustavo se detuvo á pesar suyo, para contemplar aquel rostro encantador. Hubiérase dicho que era una pintura arrancada de su tela y animada por el amor de algun nuevo Pigmalion. Aquella muger, que podia tener diez y ocho ó diez y nueve años cuando mas, era pequeña, ligera, viva, risueña, coqueta, monísima.

Como de duda en duda habia llegado hasta los últimos puestos del mercado; se dijo sin duda entre sí, que era necesario decidirse, y se detuvo delante de una vendedora, ni mejor ni peor provista que las demas.

Gustavo se detuvo en el mismo punto, como si él tambien hubiera querido comprar algo.

—¿Cuánto vale ese rosal? preguntó la jôven con un acento de voz muy armonioso, estendiendo su pequeña manecita, cubierta con un guante limpiísimo, hácia una de las macetas de flores, simétricamente colocadas.

—Cuarenta sueldos, respondió la vendedora.

—Oh! es muy caro! exclamó la griseta.

—Es de lo mas bello que tenemos, mi hermosa niña. Mire usted estas rosas y estos botones soberbios, que ántes de dos dias estarán abiertos! Con este rosal, sin duda tendrá usted para todo el Estío.

—Oh! no. . . Hay cal en el fondo de esta maceta. . . se secará el rosal ántes de quince dias.

—¿Quiere usted que lo saque de la maceta? Cal en mis rosales! ¿en qué está usted pensando, mamacita? En fin, aquí hay otros, pero yo no respondo de ellos como de éste.

—No, éste es el que yo quiero, pero no por cuarenta sueldos.

Gustavo escuchaba todo este diálogo.

—Pues ¿cuánto me dará usted? veamos.

—Doy veinte sueldos.

—Deme usted treinta, y lléveselo.

—No.

—Yo le aseguro á vd. que en ménos de treinta sueldos perderia.

—Entônces me pasará sin él. Por fin, ¿no quiere vd?

—Imposible.

La jóven dió un paso para retirarse.

—Señorita, la dijo en aquel momento Gustavo, quitándose el sombrero, ¿tiene vd. la bondad de permitirme la ofrezca ese rosal de que tiene tantos deseos?

—Pero señor... no puedo aceptar, porque no conozco á vd., respondió ruborizándose Nichette, que á pesar de todo hubiera querido tener aquella maceta.

—Pues bien, señorita, harémos conocimiento.

—¿Es eso una condicion?

—De ninguna manera; yo no pido otra cosa mas que el permiso de ofrecerle á vd. ese rosal y otras flores, si otras flores agradan á vd.

Nichette miró á Gustavo sonriéndose: la vendedora la hizo señas de consentir.

—Paguemos cada uno la mitad, dijo Nichette.

—No, contestó Gustavo; yo quiero ofrecerle á vd. este rosal, y eso no me ha de arruinar. Vd. conocerá que á nada me debo creer autorizado en cambio de un rosal de cuarenta sueldos.

—Entonces acepto, dijo Nichette. Deme vd., señora, el rosal.

—Sea en buena hora, exclamó la vendedora, y entregó la maceta á Nichette, quien la tomó en brazos.

—Voy á hacer que la lleven á casa de vd., dijo Gustavo.

—Es inútil.

—Entonces déjeme vd. llevársela.

—No, yo misma quiero llevarla.

—¿Vivirá vd. muy lejos acaso?

—Vivo en la calle *Godot*.

—Me permitirá vd. que la acompañe!

—Puesto que he aceptado vuestras flores, puedo aceptar tambien vuestra compañía.

Los dos jóvenes se siguieron platicando hacia la calle de *Godot*. Conversacion fué de gentes que acababan de hacer conocimiento; llena de curiosidad por parte del hombre, de reserva por la de la muger.

Luego que llegaron á la casa en que ella vivia, Nichette dijo á Gustavo, presentándole su manecita.

—Mil gracias, caballero, y se dispuso á entrar.

—Me permitirá vd., señorita, la interrumpió Gustavo, que venga de vez en cuando á saber de su salud?

—Sí señor, cuando vd. guste: yo estoy en casa durante todo el día; me ocupo en coser.

—Es decir, que de las dos á las cuatro de la tarde?...

—Me encontrará vd. siempre...

—¿Y preguntaré...?

—Por Nichette. No es este mi verdadero nombre, pero así es como me llaman; y soy mas conocida con ese nombre de gata que con el mio propio.

Gustavo besó entonces la mano de Nichette, quien corrió á tomar su llave en el cuarto del portero, y llena de infantil alegría subió los cinco pisos que habia hasta su aposento.

Al dia siguiente vino, y la encontró haciendo un sombrerillo, sentada junto á la ventana, en la que se ostentaba magestuosamente el rosál de la víspera.

Nichette no tenia tantas pretensiones á la virtud como la *Alegría* de Mr. Eugenio Sue; era un poco mas humana y habia tenido sus amorcillos, no muchos, pero sí dos ó tres.

No ocultó esto á Gustavo, quien se dijo á sí mismo: Puesto que otros han triunfado, no creo haya razones para que no lo obtenga yo tambien.

Nichette ara seductora, pero tenia el defecto de no saber nunca ella misma lo que deseaba: en esta época, por decirlo así, era el espíritu de un pájaro bajo las formas hermosas de una mujer. Le gustaban muchísimo las representaciones teatrales, el campo y las *Vendimias de Borgoña*. No habia mas que una cosa que no le agradaba, decia, y eran los amores eternos y profundos. En su opinion, el amor era una cosa muy agradable, pero lo comparaba á lo vestidos, y pensaba que ámbos se debían cambiar á menudo.

—Pues bien, la habia dicho Gustavo, yo amaré á vd. como vd. quiere que se la ame, y me marcharé el dia que vd. guste.

—Escúcheme vd.: hagamos un contrato, le habia respondido Nichette con aquella vocesita dulce y los mimos hechiceros que la caracterizaban; amémonos todo el tiempo que dure el rosál que me ha dado vd. Hay cal en el fondo de la maceta, pero yo prometo regarla todas las mañanas.

Esto le pareció original á Gustavo, y ratificó el contrato.

Nichette llegó á ser su querida; pero seis meses después el rosál no parecia marchito, y la muchacha continuaba con placer el convenio.

Gustavo, debemos decirlo en obsequio de la verdad, se habia acostumbrado tanto á las relaciones de la preciosa griseta, que hubiera sentido muchísimo que el rosál se secase, y Nichette se hubiera atenido exactamente á los términos del contrato; es decir, que lo hubiera puesto á la puerta luego que la última flor cayera. . . .

Sin embargo, esta longevidad de una planta quemada interiormente por la cal, no dejó de admirarlo: así, pues, un dia que atravesaba por el mercado de flores de la Magdalena, para ir á casa de Nichette, no pudo ménos que detenerse para comprar un ramillete á la florista que les habia vendido aquel patriarca de los rosales.

—¿Se acuerda vd., la dijo, del rosál que una jovencita queria comprar á vd. una mañana, y que la ofrecí hará cosa de seis meses?

—Sí, caballero, respondió la vendedora re-
conociendo á Gustavo.

—Pues bien, ¡todavía está frescol!

—Entonces ¿por qué aquella señorita me ha
comprado otros cuatro enteramente semejantes
después, diciéndome que el primero se había
marchitado?

Todo lo comprendió Gustavo. Para estar
segura de que el rosal no moría, cada vez que
mudaba hojas, Nichette lo reemplazaba con otro.
Cuatro ocasiones había cometido esta deliciosa
superchería, sin que Gustavo la conociese. Ama-
ba á su amante, y temblaba de que la abando-
nase!

Gustavo corrió á casa de la muchacha, y la
saltó al cuello. Ella le confesó la verdad, y des-
de aquel día apenas se separaban un momento.

Gustavo había contado esta historia á Ed-
mundo, y éste tuvo deseos de conocer á Nichet-
te, hacia la cual desde entonces concibió una
sincera amistad que la griseta le correspondía
con toda su alma.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO V.

CONFIDENCIA.

A menudo, Edmundo venía á platicar horas
enteras con la griseta en su cuartito de la ca-
lle Gadot, que Gustavo enriquecía todos los
días con esos lindos juguetes de fantasía.

La muchacha trabajaba continuamente, in-
clinando su cabeza, ora á la derecha, ora á la
izquierda, para examinar el efecto de su obra,
con un movimiento lleno de gracia. Sus cabe-
llos rubios rizados al derredor de su cabeza,
le formaba una especie de corona bajo las en-
cantadoras fallitas de punto, de flores, de listo-
nes, que Gustavo la exigía se hiciese, porque
él tenía un cuidado particular de aquella cabe-
cita rubia y rosada.

La señora de Péreux conocía muy bien que
aquellas relaciones no serían eternas, pero co-
nociendo la verdadera afección que Gustavo
profesaba á Nichette, había querido por una
especie de dulce protección, satisfacer la prue-
ba de amor que la muchacha había dado al ca-

—Sí, caballero, respondió la vendedora reconociendo á Gustavo.

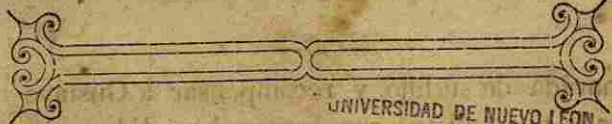
—Pues bien, ¡todavía está frescol!

—Entonces ¿por qué aquella señorita me ha comprado otros cuatro enteramente semejantes despues, diciéndome que el primero se habia marchitado?

Todo lo comprendió Gustavo. Para estar segura de que el rosal no moria, cada vez que mudaba hojas, Nichette lo reemplazaba con otro. Cuatro ocasiones habia cometido esta deliciosa superchería, sin que Gustavo la conociese. Amaba á su amante, y temblaba de que la abandonase!

Gustavo corrió á casa de la muchacha, y la saltó al cuello. Ella le confesó la verdad, y desde aquel dia apenas se separaban un momento.

Gustavo habia contado esta historia á Edmundo, y éste tuvo deseos de conocer á Nichette, hácia la cual desde entonces concibió una sincera amistad que la griseta le correspondia con toda su alma.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO V.

CONFIDENCIA.

A menudo, Edmundo venia á platicar horas enteras con la griseta en su cuartito de la calle Gadot, que Gustavo enriquecia todos los dias con esos lindos juguetes de fantasía.

La muchacha trabajaba continuamente, inclinando su cabeza, ora á la derecha, ora á la izquierda, para examinar el efecto de su obra, con un movimiento lleno de gracia. Sus cabellos rubios rizados al derredor de su cabeza, le formaba una especie de corona bajo las encantadoras fallitas de punto, de flores, de listones, que Gustavo la exigia se hiciese, porque él tenia un cuidado particular de aquella cabecita rubia y rosada.

La señora de Péreux conocia muy bien que aquellas relaciones no serian eternas, pero conociendo la verdadera afeccion que Gustavo profesaba á Nichette, habia querido por una especie de dulce proteccion, satisfacer la prueba de amor que la muchacha habia dado al ca-

marada de su hijo, y recompensar á Gustavo de la fina amistad que dispensaba á Edmundo.

La señora de Péreux era una muger muy pura, para no hallarse fuera del alcance de las preocupaciones, y he como, ignorando al parecer las relaciones que existian entre la griseta y Daumont, habia recibido varias veces á la muchacha, segun hemos referido ya; de manera que Nichette, á quien era conocida toda la delicadeza de la conducta de la madre de Edmundo, se hubiera arrojado al fuego por ella.

—¿Qué has hecho en la mañana de hoy? dijo la señora de Péreux á su hijo, cuando la hubo besado la mano, y sentándose, segun la costumbre de su infancia, á sus pies en un cogen.

—Nada, mi buena madre; me he paseado con Gustavo.

—¿Por qué no subió á verme?

—Porque iba á la calle Godot; pero esta noche nos visitará.

—¿Qué tienes? añadió la señora de Péreux; pareces preocupado!

—¿Todo lo adivinas, madre mia!

—Pues ¿qué te sucede?

—Oh! no tengas cuidado, nada que sea peligroso; una aventura muy sencilla.

—Cuéntamela.

La señora de Péreux se puso á trabajar en su bordado, y Edmundo la refirió entónces todo lo que le habia acontecido en la mañana.

—¿Y esa muchacha es bonita? preguntó la señora.

—Hechicera.

—¿Rubia?

—Rosada.

—Va á adorarte cuando te conozca!

—¿Por qué lo crees así, madre mia?

—¿Seria cosa de ver que no amase á mi Edmundo! . . . Pero ¡cuidado con las imprudencias, querido niño!

—¿Qué imprudencias quieres que cometa?

—¿Lo sé yo acaso? Pero, cuando uno está enamorado, es siempre imprudente.

—¿Si yo no estoy enamorado todavía, querida madre!

—Mas estás próximo á ello. . .

—Y si llego á estarlo, ¿te enfadarás conmigo?

—¿Puedo yo enfadarme contigo por algo, Edmundo de mi alma? Si tú amas á esa linda jovencita, y ella te corresponde y es de una familia honrada, se la pedirás á su padre, que tendrá muchísimo placer en dártela, y en lugar de un hijo, tendré dos. . . solo que, de los dos, habrá siempre uno al que ame mas que á la otra.

—¿Cómo lo arreglas todo!

—Todo esto ¿no es muy posible? Yo me casé con tu padre casi casi sin conocerlo; tú puedes, pues, dar tu mano á una señorita que te gusta. . .

—¿Qué buena eres!

—Todo me lo contarás ¿verdad?

—¿Te he ocultado nunca alguna cosa?

—Y ahora ¿qué vas á hacer?

—Mañana me presentaré en casa del señor de Devaux.

—¿Con qué pretexto?

—Con el pretexto de que estoy enfermo, y voy á hacerle una consulta.

Al percibir estas palabras, la señora de Péreux palideció de un modo visible.

—¿Qué tienes, madre mia? la preguntó con instacia Edmundo.

—Nada, hijo, nada. . . Solamente, que apreciaría muchísimo que tuvieras otro pretexto.

—Por qué?

—Ya sabes cuán supersticiosa soy.

—Nada temas, estoy bueno y sano.

La señora de Péreux abrazó á su hijo: tenia los ojos llenos de lágrimas.

—Cómo! . . . Estás llorando? . . . la dijo Edmundo arrodillándose ante ella, y tomando sus manos entre las suyas. Por qué lloras? . . . ¿te he afligido yo? . . .

—Ya no lloro, hijo de mi corazón. Pero pienso en la posibilidad de que te cases, y me aflige por el pronto la idea de que amarás mas á tu muger que á tu madre. . . .

—¿Nunca, madre mia, nunca! ya lo sabes bien!

—No digas eso, niño. . . . Pero, que seas di-

choso, de cualquiera manera que percibas la felicidad. . . eso es todo lo que pido á Dios!

Mas no era éste el pensamiento que habia hecho correr las lágrimas de la señora de Péreux, porque si él la hubiera conmovido, lo habria hecho desde el principio de la relacion de Edmundo.

¿Qué temores, pues, habian asaltado repentinamente el corazón de la jóven madre?

Mas tarde lo sabremos.

Ella hizo todo lo que pudo para que Edmundo olvidase aquel momento de tristeza. Volvió á continuar su bordado, cambió de conversacion, y aparentó una loca alegría. Pero Edmundo, que conocia el carácter de su madre, adivinó facilmente que aquella alegría no era franca, y que algo la preocupaba.

Por la noche, la señora de Péreux tomó á Gustavo aparte, y le dijo:

—Trate vd. de que Edmundo no vaya mañana á casa del señor Devaux.



CAPÍTULO VI.

INCIDENTE.

Gustavo pasó las primeras horas de la noche en casa de la señora de Péreux.

Esta rogó á su hijo que le fuera á comprar un libro que deseaba, y así lo alejó por algunos momentos, porque queria estar sola con Daumont.

—¿Edmundo se lo ha contado á vd. todo? preguntó Gustavo á la madre de su amigo.

—Sí.

—¿Y la ha dicho á vd. que mañana se presentará en casa del señor Devaux?

—Sí, y es lo que yo queria impedir.

—Ya yo he tratado de ello, y sin duda por las mismas razones que vd.

—¿Qué bueno es vd., Gustavo, dijo la madre, presentando su mano á Daumont; ¡y qué dichosa soy con que mi hijo tenga un amigo como vd. Ya habrá vd. comprendido de cuántas inquietudes me llena esa visita, ¿no es cierto? Sabe vd. que el señor de Péreux murió de una enfermedad de pecho y que desde el nacimiento

de Edmundo tiemblo de que mi hijo esté atacado del mismo mal, que dicen es hereditario. Ya sabe vd. de qué manera lo he criado, qué vigilancia ha ejercido mi amor sobre él. He ocultado siempre á Edmundo, que se conmueve fácilmente, la causa de la muerte de su padre, y temo que ese médico sorprenda lo que yo tiemblo de adivinar, y que, en lo que le recete, mi hijo conozca de dónde le provienen esos escesos de languidez, esos ensueños, ese malestar vago y frecuente, del que aun no he podido triunfar, y que han sido los primeros síntomas del alma de que murió el señor de Péreux.

—Pero el médico de vd., señora, ¿no la ha tranquilizado sobre la salud de Edmundo?

—Mi médico me dijo un dia, cuando Edmundo tenia seis años apenas: "Cuide vd. mucho el pecho de este niño." Desde ese dia, observando el efecto que en mí habia producido su consejo, no me ha vuelto á decir nada.

—Es porque todo peligro ha desaparecido, señora. Los cuidados que vd. ha prodigado á Edmundo han destruido el principio del mal, si es que alguna ocasion existió. Durante tres años que he sido en el colegio su camarada inseparable, nunca he notado en él esos síntomas que vd. teme, y desde hace cinco años, que hemos salido del colegio y que de su camarada he llegado á ser su amigo, nada me ha hecho sospechar que esté enfermo.

—Sin embargo, vd. acaba de decirme, que por las mismas razones que yo, es por lo que vd. ha querido impedir que Edmundo vaya á visitar al Dr. Devaux.

—Yo conozco los terrores maternales de vd. señora; y aunque no participo enteramente de ellos, sé que Edmundo es de una salud muy débil, y quisiera, puesto que él ignora esta debilidad, evitar que un extraño se la revelase. Este Sr. Devaux puede ser un patán, aunque tenga una hija preciosa, y decir sin ninguna preparacion á Edmundo, ora porque sea cierto, ora porque quiera tener un cliente de mas: Está vd. muy malo. . . . Con el carácter impresionable que le conozco á Edmundo, se conmovería fuertemente, y sería capaz, sin estarlo, de enfermarse por solo esas palabras. Yo tenia, pues, el mismo pensamiento que vd., señora, pero sin participar de los mismos temores.

—Vd. quiere tranquilizarme, Gustavo, y yo le doy las gracias; pero estos temores, vd. los participa tambien, porque vd. rodea á mi hijo de una vigilancia casi paternal. . . . Allí donde m. influencia debe cesar, ha comenzado la de vd., y gracias á ello, Edmundo no posee ninguno de los defectos y ni aun las costumbres de los jóvenes de su edad: nunca juega; no fuma; no bebe, no se desvela. . . . Todo esto lo debo á vd., y no tengo necesidad de decirle cuán reconocido le está mi corazón. . . .

—¿Y sabe vd., señora, con qué mágicas palabras impido á Edmundo que haga todo aquello que podría serle dañoso?

—No.

—Pues no tengo mas que decirle: "Eso afligirá á tu madre."

—Me ama mucho, ¿no es cierto?

—Hasta la adoracion.

—¡Mi querido hijo! murmuró la señora de Péreux; y yo tambien lo amo. . . . Empero él puede encontrar en otra parte distracciones que no hay para mí sin él. . . . Donde él no está, mi alma tampoco: desde hace veinte años yo no he vivido sino para él y con él. . . . Ya comprenderá vd. mi terror al pensar que pueda estar afectado del mismo mal que su padre, que murió ántes de tener treinta años.

—Para probarla á vd., señora, cuán convencido estoy de que sus temores son vanos, permítame vd. que la dé un consejo. . . .

—Diga vd., mi querido Gustavo.

—¿No le ha preguntado vd. últimamente á su médico sobre la salud de Edmundo?

—No.

—Pues bien! en lugar de vd., yo lo dejaría ir á casa del Sr. Devaux, y mañana por la tarde yo misma iría á ver á ese médico, y le rogaria me dijese la verdad.

—¿Y si fuere á destruir mi incertidumbre, á corroborar mis temores! Oh! no, mejor

quiero dudar: la verdad me mataría. . . . Tengo tal temor de que mis lúgubres sospechas tengan fundamento, que si mañana Edmundo cayera enfermo, no me atrevería á llamar á mi médico, con la aprehension de que con esa terrible sangre fría de la ciencia, no me dijese lo que desgraciadamente no puedo dejar de creer.

—Pues señora, yo haré todo lo que pueda para que Edmundo no vaya á casa del señor Devaux.

—Gracias. . . .

—Pero no la prometo á vd. lograrlo, porque su resolucion de continuar la aventura de esta mañana, es firme. . . .

—En fin. . . . haga vd. lo que pueda.

Algunos momentos despues entró Edmundo, trayendo el libro que su madre le habia encargado. Entró con un aire tan alegre, que esta vuelta parecia dar un solemne mentís á la conversacion que habia tenido lugar en su ausencia.

—¿Has corrido? le dijo su madre.

—Sí.

—Estás fatigado.

—Absolutamente nada, mi querida madre.

—¿Y no te hace ningun mal correr?

—No: aquí tienes tu libro.

—Gracias, hijo mio.

La señora de Péreux estrechó contra su pecho la cabeza de su hijo, y le tomó las manos.

—Están ardientes tus manos, le dijo.

—Siempre están así!

—¿Nada padeces?

—Nunca me he hallado tan bueno, Además, ya sabes, madre mia, que jamas estoy enfermo.

No tenemos necesidad de explicar el motivo que impulsaba á la madre despues de la conversacion que acababa de tener con Gustavo, á hacer estas preguntas á su hijo.

—Me alarmo sin fundamento, pensó la madre, y fijó su mirada sobre Edmundo, estudiando su vista, su color y su respiracion.

Edmundo estaba tranquilo y contento, aunque un poco pálido.

Gustavo cambió una mirada con la señora de Péreux. Esta le respondió con una sonrisa, que queria decir:

“Tiene vd. razon; yo me equivoco sin duda.”

A eso de las once de la noche, Gustavo se despidió de Edmundo y de su madre, y dijo al primero:

—Tengo que hablarte de una cosa muy seria.

—Ven mañana.

—No saldrás ántes de haberme visto.

—No, con tal que vengas temprano.

—Vendré á las doce del dia.

—¿A las doce!... te espero.

A otro dia Edmundo salió de su casa á las

nueve de la mañana, despues de haber dejado con un criado la siguiente esquila para Gustavo:

"Mi querido amigo: ayer por la noche, cuando fuí á buscar el libro para mi madre, eché á correr hasta la casa del señor Devaux, para preguntarle á la portera á qué horas recibiese este médico, y me contestó, que de las nueve de la mañana á las doce del dia, y de las tres á las cinco de la tarde.

"Nada tengo que hacer mientras vienes, voy á ver, pues, al padre de Antonina, y desde las doce puedes contar conmigo para el resto del dia. Ya comprenderás mi impaciencia."

Edmundo se encaminó por la calle de *Bac*, preguntándose por todo el camino, si el motivo que lo llevaba á casa del doctor no iria á traslucirse bajo el pretesto que tomaba.

—¿Qué le diré, pensaba, cuando quiera saber qué enfermedad tengo? Diréle lo que se me venga á las mientes... que tengo dolores de cabeza; que padezco de los nervios... que tozo de vez en cuando... Me mandará alguna tisana y ejercicio... y volveré todos los dias á decirle que voy un poco mejor. Esto le lisonjeará, y me conquistará su amistad.

A pesar de todo este razonamiento, Edmundo estaba conmovido, porque no tenia ninguna experiencia en esta clase de aventuras.

La gracia, la juventud, la decencia, la her-

mosura de la señorita Devaux, habian producido en su imaginacion un efecto rápido, profundo y lleno de dulces sensaciones: como *Pablo* y *Werther*, venia á pedir á un amor difícil, imposible tal vez, las agradables emociones que los amores fáciles le habian rehusado, y de las cuales conocia que necesitaba su alma.

Edmundo no lo habia dicho á Gustavo, porque hay cosas que no se confiesan, sino con mucha dificultad, hasta á los mas íntimos amigos; pero él buscaba el amor mas bien en lo ideal que en lo positivo; mas en la esperanza que en la certidumbre; mas en los sueños que en la posesion. Lo muer no era para él mas que un texto poético, que desarrollaba ingenuamente en el silencio de su alma y que adornaba con la gala de sus ilusiones.

El amor de una doncella, pues, era el único amor que pudiera ofrecerle este resultado. Le faltaba saber si Antonina lo amaria; pero mientras esto sucedia, sentia en su alma todas las condiciones necesarias para enamorarse. Lo que Edmundo amaba en el amor, era el mismo amor en su esencia.

Dos afecciones ocupaban ya su corazón; su madre y Gustavo: pero he aquí que él habia sentido que estas dos afecciones tenian necesidad de completarse con una tercera, de la cual en ningun caso podrian estar celosas, puesto que esta última no seria de la misma esencia que ellas.



CAPITULO VII.

CONSULTA.

Hemos dicho ya que á pesar de esa necesidad de amor que Edmundo experimentaba desde algun tiempo hacia, aun no habia amado; es que, para depositar el aroma purísimo de su amor deseaba un vaso puro tambien. Muchas mugeres jóvenes y bonitas, lo repetimos, habian pasado ante sus ojos, pero ninguna le habia producido un efecto tan rápido como Antonina.

Para él, hombre de impresiones inmediatas, aquella rapidez era decisiva.

Edmundo llegó á la calle de *Lille*, y lleno de emocion, como debe suponerse, llamó á la puerta del doctor.

Un criado vino á abrirle.

—¿El Señor Devaux? preguntó

—Está en una consulta, respondió el criado; pero si vd. tiene la bondad de aguardar algunos momentos en el salon, vendré á anunciarle á vd. cuando el señor doctor pueda recibirlo.

Edmundo entró al salon, que era una pieza estensa, fria, amueblada, como se usaba en tiem-

po del imperio, con enormes vidrieras color de plomo, cubiertas con cortinages imitando los de *Boncher*.

Un relox de mesa, representando á Sócrates con la copa de cicuta en la mano; candelabros con piés de leon; sillones cuyo respaldo terminaba en cabezas de esfinge; cuadros con grabados, como Belisario, Homero, é Hirpócrates rehusando los presentes de Artaxerxes; un canapé y cogines bordados á mano, sin duda por la señorita Devaux; su armatoste cubierto de libros; un maceton color de bronce; un consol entre los dos balcones, y otro semejante en frente en medio de dos puertas; el primero con dos enormes caracoles y chupamirtos disecados sobre una rama de árbol imitada, y el segundo sosteniendo á un grupo de yeso representando á Apolo y sus hermanas, y una alfombra de flores, formaban todo el mueblage de la pieza donde se hallaba Edmundo; mueblage riguroso y tradicional, como se ve.

Reinaba una profunda tranquilidad en aquel salon. Se hubiera adivinado al verlo, que no era frecuentado mas que por personas graves, que al salir dejaban allí como una especie de atmósfera de solemnidad y de ciencia.

En los primeros momentos, Edmundo tuvo esperanzas de que Antonina, ora por casualidad, ora por curiosidad, se presentaría, pero ningun ruido oyó ni vió á nadie. Sin embargo, tenia

un especie de convencimiento instintivo de que alguna de las dos puertas que se hallaban á su derecha é izquierda al entrar al salon, daba al aposento de la jóven y que ésta se encontraba á la sazón en él.

—No sabe que el que la siguió ayer, está hoy tan cerca de ella, pensaba Edmundo.

Pero en esto se engañaba, porque Antonina, que, la víspera lo habia visto entrar á la casa y que no dudaba se hubiera informado de ella con la portera; Antonina, decimos, desde aquel momento habia hecho que la dieran la descripcion de todas las personas que iban á ver á su padre.

Apenas haria dos minutos que Edmundo estaba allí, cuando la señorita Devaux lo sabia, y se aseguraba mirando hácia la sala por el agujerillo de la cerradura de su puerta.

—¿Qué vendrá á hacer aquí este jóven? pensaba ella, y varias veces se la ocurrió abrir su puerta, para ver qué efecto producía en él su vista; pero no se atrevió.

Haria diez minutos, poco mas ó ménos, que Edmundo esperaba, cuando el criado vino á avisarle que el señor Devaux se hallaba solo.

Con el corazon ligeramente conmovido entró el jóven al gabinete del doctor, adornado con un enorme bufete, con varios estantes de libros, un busto de Hipócrates, una esfera, una mesa con instrumentos de cirugía, dos sillas, un si-

llon forrado de cuero, sobre el cual se hallaba sentado el Señor Devaux, un cajon lleno de papeles inútiles, un reloj de palo de rosa, dos copas de la misma madera y una de esas figuritas destinadas para colocar el reloj de bolsa. Una multitud de cartas se miraban esparcidas sobre el bufete.

El señor Devaux estaba vestido con una ancha bata de color oscuro, en cuyo último ojal se veía el listón rojo de la Legion de honor.

Cuando Edmundo entró, el doctor dejó la pluma con que escribía; hizo sentar al recién venido con un ademan, cruzó su pierna derecha sobre la izquierda, puso una de sus manos sobre la rodilla mientras que con la otra se colocaba bien sus anteojos; saludó á Edmundo despues de haberlo mirado por un instante, como quien estudia el carácter de una persona, y le dijo:

—Caballero, ¿puedo serle útil á vd. en algo?

—Señor doctor, contestó Edmundo un poco turbado, no tengo el honor de ser conocido de vd....

—En efecto, señor, no he visto á vd. nunca.

—Pero sí vd. no me conoce, la gran reputación de vd. sí me es conocida á mí, y hé aquí el motivo por qué me atrevo á venir á ver á vd....

El señor Devaux hizo una caravana, y dijo:

—¿De qué se trata?

—De una cosa muy sencilla, señor: estoy en-

fermo, ó mejor dicho, indisplícite, sin poder determinar ni el lugar ni la causa del mal....

El médico miró á su nuevo cliente con atención, y le preguntó:

—¿Padece vd. del estómago?

—Algunas ocasiones.

—¿De la cabeza?

—De vez en cuando.

Edmundo respondía al acaso, y solo para no quedarse callado. El señor Devaux continuaba examinándolo con su mirada fija y penetrante.

En este momento la curiosa Antonina venía á pegar su oreja á la puerta, para tratar de oír lo que se decía en el gabinete de su padre; tentativa infructuosa porque nada podía percibirse.

—Présteme vd. su mano, dijo el médico.

Edmundo se quitó el guante, y extendió su mano al señor Devaux, sin poder reprimir una sonrisa, al pensar cuán seriamente tomaba el doctor aquella consulta.

—¿Nunca ha padecido vd. grandes enfermedades? preguntó éste.

—No, señor.

—¿Tiene vd. catarro alguna vez?

—Suelo toser.

—¿Experimenta vd. sed frecuentemente?

—Sí, respondió con prontitud Edmundo, encantado con poder dar una respuesta verdade-

ra á aquellas preguntas que le parecían insignificantes.

—¿Tiene vd. una vida regular?

—Sí, señor.

—¿No comete vd. nunca excesos?

—Jamás.

—Tiene vd. razón. ¿Viven aun sus padres?

—No, señor; hace tiempo que murió mi padre.

—¿Sabe vd. de qué enfermedad?

—Tenía yo tres años cuando murió.

—¿No recuerda vd. ninguna de las circunstancias de su muerte?

—Ninguna.

—Su madre de vd. ¿no le ha hablado nunca de ello?

—Por el contrario, evita siempre decirme algo; me ama mucho, y cree afligirme con estas relaciones....

—¿Tiene vd. la bondad de permitirme que me asegure de una cosa? añadió el señor Devaux levantándose

—Cuanto vd. guste, contestó Edmundo.

—Quítese vd. la levita, la corbata y el chaleco.

Edmundo obedeció. Entonces el médico abrió la camisa del joven por la aletilla, sonó dos ó tres veces en su pecho con la punta del dedo mayor, apoyó por algunos instantes su oído sobre su espalda, y le oyó respirar.

—¿Tiene vd. un sueño agitado algunas ocasiones? le preguntó.

—Sí.

—Debe vd. despertarse de tiempo en tiempo, cubierto de sudor, como cuando se ha dado una larga carrera, ¿no es cierto?

—Es muy cierto.

—¿Nunca ha escupido vd. sangre?

—Dos ó tres veces, muy ligeramente.

—¿Tiene vd. dolores de pecho ó de corazón?

—Casi siempre, al despertar.

—¿Ha informado vd. á su madre de estas ligeras indisposiciones?

—No, las he creído sin ninguna gravedad, y he temido alarmarla diciéndoselo.

—En efecto, replicó el señor Devaux, nada hay de peligroso en todo esto. Vd. tiene lo que todos los jóvenes en su edad, nada mas. ¿La posición de vd. le obliga á permanecer en París? preguntó despues de un momento de silencio.

—De ninguna manera.

—¿Tiene vd. algunos bienes?

—Sí.

—Pues viage vd. un poco entónces; visite vd. el Mediodia particularmente. El cuerpo y el espíritu ganan mucho con los viages que se hacen cuando uno es joven todavía.

—¿Es éste un remedio indispensable?

—No; es un consejo nada mas, pero un consejo que vale un remedio.

—Es que todas mis costumbres y mis afeciones me retienen en París, y mejor querría no partir.

—Quédese vd., pues, pero siga el método que voy á escribirle:

“Es preciso que este buen señor Devaux gane el precio de su consulta,” pensó Edmundo mirándolo escribir.

Cuando el doctor le hubo entregado el método, el joven le dijo:

—Espero venir frecuentemente á recibir los buenos consejos de vd., doctor, y me avergonzaria de preguntarle cuánto le debo por esta primer consulta. Tenga vd., pues, la bondad de tratarme como cliente antiguo; permitirme que le deje mi tarjeta y que venga á visitarlo á menudo. Yo deseo que nuestras relaciones lleguen á hacerse amistad algun día.

El señor Devaux tomó la tarjeta del joven, y la colocó sobre su bufete.

—Venga vd. muy á menudo, dijo fijando una última mirada sobre Edmundo.

Este se retiró mirando hácia todos lados, mas sin percibir á Antonina, iba lleno de contento porque habia logrado lo que descaba; poder entrar á la casa.

Cuando hubo cerrado la puerta de tras de sí, la señorita Devaux entró al gabinete de su padre.

—¿Vienes á almorzar, papá? le dijo abrazándolo.

—Sí, hija mía.

—¿Estabas en alguna consulta?

—Sí.

—¿En alguna que yo conozca?

—No.

—¿De quién es esta targeta? preguntó tomando con un lindo ademan de niña mimada, la tarjeta de Edmundo.

—Es del joven que acaba de salir de aquí, y que venia á consultarme.

—El señor Edmundo de Péreux, calle de los Tres-Hermanos núm. 3, dijo la niña leyendo en voz alta y al parecer indiferente: ¿Y está enfermo este señor? añadió.

—Sí.

—¿Qué tiene?

—Tiene. . . que su padre ha muerto de una enfermedad de pecho, estoy seguro, y que él está, ó poco le falta, tísico en el tercer grado.

—¡Pobre joven! murmuró Antonina volviendo á poner la tarjeta sobre la mesa.

—Ahora vamos á almorzar, querida niña, que ya me muero de hambre, dijo el doctor, despues de haber arreglado algunos papeles sobre su bufete.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO VIII

EL AMOR ADOPTA TODAS LAS FORMAS.—LA COMPASION EN ALMA DE LAS JÓVENES ES UN DISFRAZ DEL AMOR.

—¡Tísico en el tercer grado! murmuraba Antonina al sentarse á la mesa, ¡y es peligroso eso, padre mío?

—Le quedarán tres años de vida, si se cuida; ménos de dos si no lo hace, respondió el médico.

—¿Y él lo sabe?

—Ni aun lo imagina afortunadamente. Nunca he visto á un enfermo del pecho sospechar que lo esté.

Esta respuesta puso pensativa y casi triste á Antonina; y aquellas sencillas palabras del médico grababan mas profundamante en su corazon el recuerdo de Edmundo, que lo que éste hubiera podido conseguir en tres meses de hacerla la corte.

Despues del almuerzo, el doctor salió para ir á visitar á sus enfermos y la señorita Devaux se volvió á su aposento con la anciana que la cuidaba, quien tomó el *Castillo de Kenilworth*, y se puso á leer en la primera página.

—Sí, hija mía.

—¿Estabas en alguna consulta?

—Sí.

—¿En alguna que yo conozca?

—No.

—¿De quién es esta targeta? preguntó tomando con un lindo ademan de niña mimada, la tarjeta de Edmundo.

—Es del joven que acaba de salir de aquí, y que venia á consultarme.

—El señor Edmundo de Péreux, calle de los Tres-Hermanos núm. 3, dijo la niña leyendo en voz alta y al parecer indiferente: ¿Y está enfermo este señor? añadió.

—Sí.

—¿Qué tiene?

—Tiene. . . que su padre ha muerto de una enfermedad de pecho, estoy seguro, y que él está, ó poco le falta, tísico en el tercer grado.

—¡Pobre joven! murmuró Antonina volviendo á poner la tarjeta sobre la mesa.

—Ahora vamos á almorzar, querida niña, que ya me muero de hambre, dijo el doctor, despues de haber arreglado algunos papeles sobre su bufete.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO VIII

EL AMOR ADOPTA TODAS LAS FORMAS.—LA COMPASION EN ALMA DE LAS JÓVENES ES UN DISFRAZ DEL AMOR.

—¡Tísico en el tercer grado! murmuraba Antonina al sentarse á la mesa, ¡y es peligroso eso, padre mío?

—Le quedarán tres años de vida, si se cuida; ménos de dos si no lo hace, respondió el médico.

—¿Y él lo sabe?

—Ni aun lo imagina afortunadamente. Nunca he visto á un enfermo del pecho sospechar que lo esté.

Esta respuesta puso pensativa y casi triste á Antonina; y aquellas sencillas palabras del médico grababan mas profundamante en su corazon el recuerdo de Edmundo, que lo que éste hubiera podido conseguir en tres meses de hacerla la corte.

Despues del almuerzo, el doctor salió para ir á visitar á sus enfermos y la señorita Devaux se volvió á su aposento con la anciana que la cuidaba, quien tomó el *Castillo de Kenilworth*, y se puso á leer en la primera página.

Antonina se sentó cerca de la ventana, cuyas persianas estaban bajadas, pero á través de las cuales paseaba de tiempo en tiempo su mirada por la calle. Tomó su obra de bordado, pero sus dedos inertes la dejaban caer frecuentemente sobre sus rodillas, y su espíritu distraído de sus costumbres diarias, la arrojaba en profundas meditaciones.

Ciertamente nuestro héroe ni aun se imaginaba la melancólica preocupacion que su visita habia producido á la hija del médico; preocupacion que no probaba, en último resultado, mas que la impresionabilidad de la jóven.

En efecto, no hubiera sido posible hallar una naturaleza mas casta y dotada de una percepcion mas rápida de todos los sentimientos del corazon. Nuestra alma frecuentemente saca de sus dolores sus costumbres, y Antonina que habia dos años hace, perdido á su madre; que habia estado á riesgo de morir por la tristeza que por esta causa experimentaba, sentia desde esa época su corazon mas tierno, mas simpático para con los dolores de los demas.

Ademas, aquella muerte habia dejado en ella un vacío que nada hasta entónces habia podido llenar, ni aun la grande afeccion que profesaba á su padre, ni aun las ideas nuevas, que á su edad ocupan la imaginacion de todas las jóvenes, y que, semejantes á las primeras hojas de la primavera cubren con su verdor las ramas secas del invierno.

Edmundo, pues, habia proporcionado ocasion á Antonina para que recordara aquel pesar, y la jóven pasaba fácilmente del dolor que un hijo puede resentir con la muerte de su madre, al que puede experimentar una madre con la muerte de su hijo.

Y ella se decia á sí misma:

“El hijo tiene ante él todo un porvenir de consuelos y de distracciones que no hay para la madre; tiene á su edad amores que el corazon de una madre no puede ya evocar.”

Entónces, naturalmente, ella pensaba en la madre de aquel jóven que acababa de salir de la casa del señor Devaux, y que sin sospecharlo siquiera, caminaba hácia su fin rápidamente.

Entreveia la desesperacion de la pobre muger, y su imaginacion la representaba incesantemente, en vez del rostro tranquilo y de continuo iluminado por la sonrisa de Edmundo, en vez de los grandes ojos azules que la víspera habia mirado fijos sobre ella, un rostro frío, pálido, estenuado, y ojos apagados para siempre, sin espresion, sin vida. . . . y no podia ménos de repetir:

—¡Pobre jóven! . . .

Y sucede, que cuando una doncella pronuncia semejantes palabras, su corazon se halla muy cercano á su imaginacion, y el nombre que la hace hablar de esta manera no tarda en pasar de la una al otro.

—¿Qué edad tendrá? pensaba Antonina: veintidos ó veintitres años cuando mas. . . . ¡y la naturaleza ha marcado el término de su existencia á los veinticinco ó veintiseis! ¡y nada sabe él de esta sentencia fatal! ¡y ha venido aquí, creyéndose bueno y sano, descuidado y sin saber que venia á escuchar su sentencia de muerte, porque tarde ó temprano debe conocer la verdad! ha venido para saber mi nombre, para verme un instante, sin imaginarse cuán grave es el pretesto que ha tomado. . . .

“Su madre no sabe mas que él lo que debe sucederle un dia. . . . vive feliz y orgullosa con su hijo. . . .

“Pobre muger! será una obra de caridad prevenirla. Tal vez se minoraria el dolor que la reserva la suerte, haciéndola acostumbrar á él desde ahora.

“Si yo la escribiera lo que sé! tal vez seria tiempo aun. . . . Ella logrará acaso salvarlo. . . .

“Oh! si yo fuese la hermana de ese jóven! ¡cómo tendria cuidado de él! cómo cumpliria hasta sus ménos deseos, su mas ligera voluntad! ¡cómo trataria de hacerle dulces los cortos años de vida que Dios le concede aun! . . .

“¿Quién sabe! será acaso muy desgraciado! Su madre morirá tal vez ántes que él, y él morirá sin un pariente, sin un amigo, sin una muger que le cierre los ojos!

“¿Qué triste es todo esto, Dios mio. . . . y por

qué soy yo la hija de un hombre que no vive sino de la enfermedad y de la muerte de los demas! ¡Con cuánta frialdad, con qué sencillez trata mi padre todos estós asuntos! ¡Cuán indiferentes y egoístas hace á los hombres la ciencia! ¡Cómo me dijo, sin la mas leve emocion: “tendrá dos años de vida;” y qué malos médicos seriamos nosotras las mugeres. . . . ¿De qué sirve adquirir tanta ciencia, si ella es impotente para vencer á la naturaleza?

Me parece, sin embargo, que aun la afeccion y los cuidados morales deberian volver la salud á aquellos á quienes no pueden curar los remedios materiales.

Despues de todo, me compadezco de la suerte de ese señor Edmundo de Péreux, y tal vez no está malo sino por su culpa. Tal vez es un libertino, que pasa sus noches en las orgías y el juego, como dice mi padre que hacen la mayor parte de los jóvenes. . . .

“Oh! no, continuó Antonina despues de algunos instantes de reflexion; él no tiene la cara de un libertino; sus facciones tienen una dulzura casi femenina; su mirada es suave y atractiva. Dicen que las enfermedades, como la que él padece, ejercen una grande influencia sobre el espíritu y los sentidos de los que se hallan atacados, y que los hacen mas sensibles, mas poéticos y mas amorosos que los demas hombres. A lo ménos puesto que deben vivir ménos

tiempo, la naturaleza ha dispuesto que absorban mas presto que ningun otro hombre todas las sensaciones de la vida....

“Pues bien: yo tambien voy á estudiar esa enfermedad, y cuando vuelva el señor de Péreux, porque tiene de volver, lo examinaré, y sabré á qué atenerme. Mi padre puede engañarse: la ciencia no es infalible; pero yo tengo no se qué idea de que no me engañaré.”

Aquí llegaba en sus reflexiones Antonina, cuando le llamó repentinamente la atencion un ligero ruido que sintió á su lado. Este ruido fué ocasionado por la caída del libro que la señora Angélica tenia en la mano y á cuya primera página se habia dormido como lo tenia de costumbre.

Dos años hacia (porque la señora Angélica habia entrado á servir cuando murió la señora Devaux); dos años hacia, decimos, que la honorable señora venia todos los dias despues del almuerzo á sentarse en el aposento de Antonina junto á la ventana en Estío, y junto á la chimenea en Invierno, á leer el *Castillo de Kenilworth*.

Nunca pudo pasar del parage en que Giles Gosling, el tabernero de Cwmnuor, canta al extranjero que acaba de entrar á la posada, ese dístico consolador para todos los que tienen sed:

“Cuando el caballo está en el pesebre, fuerza es dar vino al caballero.”

Lo cual, como todos saben, está en la segun-

da página de la novela, y con esto se prueba al mismo tiempo que la señora Angélica no tenia gran gusto en puntos de literatura.

Siempre que llegaba á estos dos versos, se dormia tan profundamente, que se le caia el libro. Esto era inevitable.

Así es que Antonina que conocia esta bella costumbre, dijo sonriéndose al mirar el libro en el suelo.

—¡Ah! Hé ahí á Angélica que lee el quincuagésimo renglon del *Castillo de Kenilworth*.

De ordinario, Antonina, que tenia horror al silencio y á la soledad, despertaba luego luego á su aya, y la hacia hablar de cualquiera cosa, sin cuidarse del asunto, con tal de que hablara; pero este dia, Antonina quiso mas bien meditar, y despues de mirar el libro, sin pensar en molestarse de modo alguno, volvió á su bordado y á sus meditaciones.

Mas la señora Angélica, que no estaba tan bien dormida como de costumbre, abrió los ojos, se los restregó, miró al derredor suyo, recogió el *Castillo de Kenilworth*, y lo puso sobre la chimenea, sin tener la mas ligera intencion de leer el quinquagésimo tercero renglon para ver lo que el extranjero responde al tabernero Giles Gosling: despues se cruzó de manos, empezó á darse vueltas al pulgar derecho sobre el pulgar izquierdo, y pronunció estas dos palabras únicas, que fueron un verdadero pleonismo:

—He dormido.

—Sí, mi buena Angélica, ha dormido vd., dijo Antonina, y puede vd. seguir durmiendo, si así le acomoda.

—No.

—Lea vd., pues.

—¿Qué quiere vd. que lea?

—Lea vd. el *Castillo de Kenilworth*.

—Ya lo acabé.

—El hecho es que sumando los cincuenta y dos renglones que lee vd. diariamente desde hace dos años, dijo Antonina riéndose, tendremos cerca de diez y ocho mil renglones, es decir, mas de los que tiene el tomo; pero desgraciadamente siempre son unos mismos los renglones que vd. lee.

Lo mismo da: siempre sabe uno cuál será el desenlace, y eso es lo que importa.

A quien así comprende la literatura, nada hay que responderle.

Así es que Antonina no contestó, y sin embargo, hubiera querido hacer ó decir algo que la distrajesse de los tristes pensamientos que la ocupaban, y que la inspiraban á su alma melancólicos sentimientos.

Antonina no sabia qué hacerse. Su pensamiento estaba como encadenado al nombre de Edmundo. Tenia necesidad de volverlo á ver, ó á lo ménos de pensar en él, y jamas hombre ninguno tuvo tal influencia en ella.

Era esto porque nuestro héroe se habia dirigido inmediatamente, á pesar suyo, á su corazón; era porque, sin saberlo, habia dado ocasion á que la jóven lo compadeciese, y porque se le habia entrado por el alma, por una de esas puertas escusadas, que las mugeres de su edad están siempre dispuestas á abrir.

Es probable, casi cierto, que despues de la aventura del dia anterior, si Edmundo hubiera sido un muchacho grande, robusto y fortachon, no habria andado tan rápidamente el camino para llegar al alma y al corazón de Antonina, y que dos horas despues de la primera visita, no hubiera sido ella víctima de la inquietud y de las reflexiones que hemos procurado describir.

Y era tan poca ordinaria esta preocupacion en Antonina, que le parecia que podria sacudirla, andando, moviéndose, saliendo.

—Mi buena Angélica, dijo entónces poniéndose en pié, vamos á dar un paseo.

—¡Perfectamente! Hace buen tiempo, respondió Angélica; me place mucho.

Y se levantó tambien.

—Dígame vd., querida Angélica, dijo Antonina casi sin notar que hacia tal pregunta, ¿ha conocido vd. algunos enfermos del pecho?

—¿Por qué me pregunta vd?

—Por saber. Otra vez le diré á vd. por qué.

—Sí, he conocido.

—¿Y todos han muerto?

—No, no. Conocí una señora que estaba desahuciada de todos los médicos, y que hoy está tan sana como vd. y yo.

—¿Y qué hizo para salvarse?

—Fue á pasar dos años al Mediodía.

—¿Y es ese un remedio seguro?

—Seguro no, pero sí muy probable.

—Entonces es preciso que él parta, murmuró Antonina.

—¿Qué dice vd? preguntó Angélica.

—Digo, mi buena Angélica, contestó prontamente y ruborizándose Antonina, que le agra decería á vd. infinito me fuera á buscar mi chal y mi sombrero en la pieza inmediata.

Apenas la señora Angélica habia vuelto las espaldas, cuando la hermosa niña obedeciendo un consejo de su corazón, inquieto y conmovido, tomó un pliego de papel, y escribió con rapidez:

“Parta vd. para el Mediodía....”

Dobló luego el papel; lo cerró; puso el sobrescrito “á Edmundo de Péreux,” y ocultó bruscamente la carta en su seno en el momento en que Angélica volvía trayendo el chal y el sombrero.

Antonina creía haber encontrado el medio de salvar á Edmundo. Ella se figuraba que el joven con solo aquel renglon comprendería toda la necesidad de ese viaje, que partiría inmediatamente, y que no volvería sino gordo, robusto

y colorado como la amiga de la señora Angélica. Todo el candor de alma de la doncella se hallaba en aquella carta. Ella ni por un instante sospechó que pudiera ser malo escribirle así á un joven, aun para decirle:

—“Parta vd.”

La esperanza que acababa de darle, sin saberlo, la señora Angélica, habia arrojado de su mente todos los pensamientos sombríos, bien así como el primer rayo de luz ahuyenta todas las sombras: la niña no pudo contener la efusión de su alma, y abrazó á su aya diciéndola:

—Vamos, mi buena Angélica, y aprovechémonos de este hermoso día.

Antonina estaba ya dispuesta á salir; la señora Angélica, enteramente vestida de negro, que convenia á su carácter, acababa de ponerse los guantes.

Las dos mugeres bajaron la escalera.

Cuando estuvieron en la calle, Antonina buscó con la vista un buzón, y habiendo mirado uno, sacó la carta de su seno, y la arrojó al pasar.

—¿A quién escribe vd., pues? preguntó la señora Angélica.

—Escribo á Delfina, que hace muchísimo tiempo no me viene á ver.

Delfina era una amiga de colegio de la señorita Devaux.

Esta era la primera mentira que en su vida hubiera pronunciado Antonina, y sin embargo

no se arrepintió; por el contrario, estaba ufana de ella como de una buena acción.

¿No era, en efecto, una buena acción? y la prueba es, que durante todo aquel día Antonina estuvo mas contenta que nunca.

¡Dichosa edad esa en que el corazón experimenta en un momento tristezas y alegrías sin motivo!.... Parece, á esos días de Primavera, que comienzan con lluvia y al fin de los cuales las jóvenes pueden correr por los trigales como si en un año hubiera llovido.



CAPITULO IX.

NICHETTE.

Durante este tiempo, Gustavo habia venido á casa de Edmundo, y no encontró mas que la carta que éste le habia dejado.

¡Vamos! se dijo á sí mismo Daumont, estaba destinado que así habia de suceder, y se puso á aguardar á su amigo.

Al cabo de poco tiempo volvió Edmundo con el aire mas placentero del mundo, restregando entre sus manos la receta del señor Devaux, que ni aun siquiera habia leído.

—Por fin.... le dijo bruscamente Gustavo al verlo, y sin poder disimular la inquietud en que lo tenia sumergido aquella visita que habia tratado de impedir.

—¿Por fin, qué? exclamó Edmundo riéndose; tienes un aspecto de azorado....

—¿Has visto al señor Devaux? continuó Gustavo tranquilizado con el acento de su amigo.

—Naturalmente, pues fui con este objeto.

no se arrepintió; por el contrario, estaba ufana de ella como de una buena acción.

¿No era, en efecto, una buena acción? y la prueba es, que durante todo aquel día Antonina estuvo mas contenta que nunca.

¡Dichosa edad esa en que el corazón experimenta en un momento tristezas y alegrías sin motivo!.... Parece, á esos días de Primavera, que comienzan con lluvia y al fin de los cuales las jóvenes pueden correr por los trigales como si en un año hubiera llovido.



CAPITULO IX.

NICHETTE.

Durante este tiempo, Gustavo habia venido á casa de Edmundo, y no encontró mas que la carta que éste le habia dejado.

¡Vamos! se dijo á sí mismo Daumont, estaba destinado que así habia de suceder, y se puso á aguardar á su amigo.

Al cabo de poco tiempo volvió Edmundo con el aire mas placentero del mundo, restregando entre sus manos la receta del señor Devaux, que ni aun siquiera habia leído.

—Por fin.... le dijo bruscamente Gustavo al verlo, y sin poder disimular la inquietud en que lo tenia sumergido aquella visita que habia tratado de impedir.

—¿Por fin, qué? exclamó Edmundo riéndose; tienes un aspecto de azorado....

—¿Has visto al señor Devaux? continuó Gustavo tranquilizado con el acento de su amigo.

—Naturalmente, pues fui con este objeto.

—¿Y qué te ha dicho?

—¿Qué querías que me dijera? Me ha prescrito este método.

Gustavo se precipitó sobre el papel que le presentaba Edmundo, y lo leyó. Contenia un régimen tal como se prescribe para todas las enfermedades sin gravedad.

Gustavo sintió que un peso inmenso se le quitaba del corazón.

—Vamos á almorzar, le dijo; tu madre nos espera.

—Vamos, ¿pero qué tenías que decirme, que con tanto ahínco me recomendabas no saliera antes de haberte visto?

Gustavo se hallaba perplejo.

—Quería convidarte á comer, dijo por último.

—¿Adónde?

—En casa de Nichette.

—¿Hoy?

—Hoy mismo.

—Pues acepto con muchísimo gusto. ¿Es esto todo?

—Sí.

—Comeremos con tu linda Nichette.

—Entonces, tan luego como acabemos de almorzar, la iré á anunciar que puede contar con nosotros.

Los dos jóvenes se dirigieron hácia el aposento de la señora de Péreux.

—Por fin, ¿va á casa del señor Devaux, preguntó en voz baja la madre á Gustavo?

—Ya fué, respondió Daumont.

—Oh! Dios mio...!

—Tranquilícese vd., señora; Edmundo nada tiene que temer.

—¿Qué le ha dicho el Doctor?

—Le ha mandado manjares bien condimentados y vino de Burdeos, dijo Gustavo sonriéndose; remedio de hombre que no sabe qué recetar.

—¡Gracias, amigo mio, murmuró la señora de Péreux estrechando la mano de Gustavo.

—¿Qué están vdes. charlando de esa manera? exclamó Edmundo á quien no se habia escapado el coloquio de su madre y su amigo. ¿No te parece, madre mia, que Gustavo tiene hoy un aspecto singular?

—Preguntaba á tu madre, contestó Gustavo, si no la molestaria que te llevase á comer conmigo?

—Y yo respondia á Gustavo, que nada que te cause placer puede molestarme, añadió la señora de Péreux tomando la cabeza de su hijo y dándole un espresivo beso en la frente.

Podia hablarse sin temor de la visita que Edmundo habia hecho al señor Devaux, pues que todos los ánimos se habian tranquilizado, y la madre misma rogó á su hijo le refiriera todo; lo que él hizo inmediatamente. ¡Tanto placer así experimentaba en hablar de lo que atañia á Antonina!

Después del almuerzo, Gustavo dejó á la madre y al hijo, y corrió á casa de Nichette, á quien halló, como siempre, trabajando junto á la ventana.

—Edmundo comerá con nosotros hoy aquí, la dijo Gustavo al entrar.

—¿Por qué no me has avisado mas pronto? dijo Nichette con un lindo mohín; va á comer muy mal.

—No te inquietes por nada, respondió Gustavo besando las dos frescas mejillas de la modista: voy á enviarte la comida. A tí no te toca mas que proveernos de los vasos, los manteles, las servilletas y la vagilla.... Todo esto lo posees, ¿no es cierto?

—¿Acaso no tengo todo y aun mas de lo que necesito? murmuró la linda jóven abrazando á su vez á Gustavo. ¿No soy, gracias á tí, la la muger mas dichosa del mundo?

Cualquiera que hubiera querido contemplar el espectáculo de un amor juvenil, franco, dichoso, independiente, no hubiera tenido mas que entreabrir la puerta del aposento de Nichette un momento y mirarla enlazando con sus dos brazos blancos y torneados, el cuello del hombre que amaba.

—¿Es decir, que á las seis de la tarde todo estará dispuesto?... preguntó Gustavo yéndose.

—No tengas cuidado, respondió Nichette; pero envia pronto lo que has de enviar.

Gustavo salió, y cuando hubo llegado á la calle, se volvió y miró la cabecita rubia de su querida, que se sonreía á través de las flores de que se hallaba adornada su ventana.

Entró en casa de un mercader de comestibles, y contrató todo lo que necesitaba.

A las cinco fué por Edmundo, á quien encontró leyendo á su madre el libro que ésta le habia encargado la víspera; algunos momentos después los dos jóvenes salieron, y se encaminaron hácia la calle Godot.

La comida estaba ya dispuesta en el aposento de Nichette.

El tiempo estaba magnífico; por la ventana entreabierta penetraban los rayos muribundos del sol, que teñían de oro el blanco mantel de la mesa, y hacían relucir los vasos de cristal. Todo al rededor de los tres jóvenes era sencillo, pero alegre; modesto pero encantador, y un perfume de juventud, de primavera, de amor y de felicidad inundaba aquella pequeña mansión.

Pero, me preguntareis, Gustavo era rico y amaba á Nichette, ¿por qué la dejaba entonces en el pequeño aposento en que la habia conocido, en vez de darla otro mejor y mas grande, que conviniera con su fortuna y sus costumbres?

A lo cual yo responderé, que precisamente porque era rico, porque amaba á su querida y ésta lo adoraba á él, era por lo que Gustavo la

habia dejado en donde la habia conocido, rodeándola, sin embargo, de todo el lujo de las cosas necesarias.

Así, pues, en su humilde habitacion de trescientos francos al año, Nichette tenia lo que muchas mugeres no tienen en medio de sus suntuosas moradas: nunca la faltaba el dinero, si bien es cierto que sus gastos eran tan sencillos que gastaba muy poco: ademas, tenia una verdadera profusion de ropa blanca y de trages que ella misma se hacia y que no por esto le sentaban mal. Si no poseía muchas alhajas, era porque no habia querido tenerlas; y si, finalmente, trabajaba todavía, era porque por un cálculo nacido de su corazon, habia querido trabajar siempre.

Ciertamente Gustavo habia deseado, y esto desde el momento en que llegó á ser su amante, hacer mudar á otra casa á Nichette, substituir los muebles de madera de rosa á los de pino y nogal; las cachemiras de India á los chales de merino, y la pereza al trabajo; pero Nichette nunca quiso consentir en este cambio, y dijo á Gustavo:

—Si me amas por mí sola, áname aquí... Déjame no aceptar sino lo que no pueda rehusar y lo que con tus costumbres de lujo y de bienestar tienes necesidad de encontrar por donde quiera que vayas. Yo soy dichosa aquí, y con muy poco tendré todo lo que me hace fal-

ta. En este humilde aposento yo soy tu querida; en otro donde hubieras gastado mucho dinero, no seria mas que una muger mal entretenida.... Ven á verme todos los días, esto es lo que únicamente te pido, y concédeme la pequeña vanidad de decirme, que no ha sido por interés por lo que me he entregado á ti.

Gustavo comprendió los escrúpulos de Nichette y los aceptó con felicidad, porque ellos eran la mejor prueba de que su querida tenia un corazon digno de todos los buenos sentimientos y de todas las ideas generosas. No insistió, pues; pero habia querido que desde el dia en que ella le habia dicho lo que acabamos de referir, fuese, con relacion á sus deseos y necesidades, la muger mas dichosa de todo Paris, y lo era en efecto.

Si la hubieran vdes. visto por la mañana, despertarse alegre, gozosa, sonreirse ante el espejito de su chimenea, abrir su ventana, regar sus flores, vestirse, ligera como una mariposa, hacerse los rizos, porque su cabellera era el objeto de toda su coquetería; pasearse por todos los rincones de su aposento cantando, y concluir por sentarse en su silla y ponerse á trabajar, creerian haber visto un pájaro en su jaula!

Ademas de esto, Nichette leía; pero no leía lo que ordinariamente leen las grisetas. Nichette leía los buenos libros; bien que en este pun-

to era guiada por Gustavo, cuyo gusto era muy puro y delicado.

Cuando éste no iba á verla, ella pasaba las primeras horas de la noche leyendo, pero no podía leer sin comer alguna cosa. Continuamente mascaba bombones, y Gustavo también era quien tenía cuidado de proveer esta necesidad, de manera que era raro que viniese sin traer un alcataz de pastillas, de almendras ó de otras golosinas que formaban los vicios de Nichette. Mientrasmás la conmovía la lectura, más comía: una vez se acabó una caja de frutas confitadas leyendo *las últimas cartas de Jacobo Ortiz*.

Nichette lo comprendía todo y de todo hablaba; y escribía, con una pésima ortografía, una carta hermosísima por su estilo y el sentimiento que revelaba. ¿Cuál era el destino de la griseta?—Ni ella misma lo sabía.

Lo que en todo esto había de cierto para ella, era, que Gustavo tenía un noble corazón; que ella lo amaba con toda su alma, y que lo demás del mundo nada le importaba. Para ella, el porvenir consistía en la hora en que Gustavo debía venir á verla.

Nichette no tenía ni padre, ni madre, ni familia: todos sus parientes habían muerto cuando ella era niña, y se hallaba en aprendizaje en casa de una modista, quien compadecida, la había recogido en su casa, y la había elevado hasta el rango de primera oficiala.

Pero, sin embargo, un día Nichette había deseado ser libre: tomó un humilde aposento por su cuenta, y desde aquel momento ya no se la volvió á ver sola en el teatro.

Si se hubiera investigado, tal vez se habría hallado en algún café del *barrio latino* uno que otro estudiante que hubiera podido dar noticias exactas sobre la vida de Nichette en aquella época; pero ella olvidaba lo pasado, ó á lo ménos hacia cuanto estaba de su parte por olvidarlo desde que amaba á Gustavo. . . . ¡Y por cierto, que no tenía la culpa la pobre niña de que Gustavo no la hubiera encontrado más pronto!

Por otra parte, nunca él la había preguntado ni lo que ántes hiciera, porque lo pasado no le correspondía, ni lo que hacía, porque estaba seguro de lo presente.

Tampoco él se ocupaba más que ella del porvenir. Sin embargo, cuando le acontecía pensar en las probabilidades, se decía:

—No abandonaré á Nichette sino cuando me case.... Y si me llego á casar, la crearé una posición que pueda hacerla para siempre independiente.

Aquellos dos seres se amaban, pues, sin celos, sin pesares, sin conmociones, sin temores, con naturalidad, con confianza, con placer, con juventud, si nos es permitido espresarnos de esta manera.

Algo de respeto y de reconocimiento había

en la afección que Nichette profesaba á Gustavo; algo de dulce protección y una justa variedad en el sentimiento que éste experimentaba por su querida: ella se decia que habia sido muy afortunada con encontrar un carácter tan noble; él pensaba que era una positiva felicidad haber colocado tan bien su corazón.

Gustavo habria querido que Edmundo encontrase una muchacha como Nichette, y Edmundo lo hubiera deseado mucho tambien; pero es muy difícil encontrar, á lo ménos en una misma época, dos naturalezas tan francas y nobles como la de nuestra modista, sobre todo, en una misma clase de la sociedad.

He aquí por qué era en un aposento tan modesto donde la querida de Daumont recibia á su amigo.

Nichette tenia la tarde de que hablamos, un traje de muselina azul, fina y trasparente como el ala de una *catarina*. El corsé estaba hecho al modo de los vestidos de en tiempo de Luis XV, y las mangas se detenian formando pliegues en el codo, de tal manera, que podia admirarse la blancura brillante del pecho y de los brazos de la hermosa niña. Sobre su cabeza se hallaba una de esas fallitas que varias ocasiones hemos mencionado, y en el cuello tenia la cinta de terciopelo tradicional.

—Buenas tardes, Edmundo, exclamó ella saltando á los brazos de nuestro héroe y abrazándolo.

—Buenas tardes, loquita... ¿conque nos da vd. de comer hoy?

—Y una famosa comida ¡que no es nada! Tendria para comer yo sola durante ocho dias!

—¿Haz hecho lo que te encargué? preguntó Gustavo.

—¿Dos costillas asadas, para Edmundo? sí.

—¿Para qué son dos costillas? preguntó Péreux riendo.

—Porque estás condenado á los manjares bien condimentados, á las carnes asadas... Ya ves cómo observo el método de tu médico, que tan pronto hechas en olvido.

—¿Está Edmundo enfermo? dijo con interes Nichette.

—No, respondió Gustavo; esto tiene relacion con una historia que le ha acontecido; y prometo hacerle comer bastantes carnes asadas, á fin de recordársela en caso de que la olvidara...

—¿Ya me contarás esa historia?

—Cuando estemos en la mesa.

—Sentémonos entónces; todo está ahí.

En efecto, al lado de los tres convidados habia otra mesa pequeña cubierta de manjares, de platos, de botellas, y de todo aquello, en fin, que es necesario tener á la mano para no molestarse cuando se come sin criado que sirva la mesa.

—Veamos, dijo Nichette, cuando todos hubieron empezado á comer; ya escucho la historia.

Edmundo refirió punto por punto su aventura con Antonina.

—Oh! eso es muy sentimental! exclamó la modista.

—Sí, repuso Edmundo; pero me desanima ya, y en vano me pregunto qué haré para volver á ver á Antonina.

—Sin embargo, eso es cosa muy fácil, tiene vd. modo de entrar á su casa; vaya vd. hasta que logre encontrarla.

—Pero, si logro verla, ¿no será siempre sino delante de alguno?

—Y eso ¿qué importa? En defecto de la boca, ¿no hay ojos?... Cuando las miradas del uno y de la otra les hayan revelado á vdes. que se aman mutuamente... ¡entonces... se lo dirán vdes. con la boca, á pesar del mundo entero.

—Desgraciadamente, mi querida Nichette, exclamó Gustavo, te equivocas, figurándote que la señorita Antonina es libre como tú lo eres. Aun admitiendo que ella y Edmundo se amen, que lleguen á confesárselo, habrá siempre un padre entre sus amores.

—Pues bien, si Edmundo está enamorado, pedirá la mano de la señorita Antonina á ese padre, porque Edmundo es muy sentimental y demasiado honrado para tener amores de escala de cuerda y capa color de noche oscura.... tanto mas cuanto que, si esto es fácil en España, no es muy cómodo que digamos en Francia. Ed-

mundo, el virtuoso Edmundo, no debe amar sino con buenas intenciones!

—Tiene razon Nichette, dijo Péreux con una ligera sonrisa; pero por lo mismo que soy sentimental, quisiera que precediese un poco de amor á este casamiento. Me daria horror casarme como todo el mundo lo hace, entre un escribano y una dote. Ya sé muy bien que es necesario llegar á ese punto; pero querria, para tocarlo, un camino mas original y mas nuevo que el que todos siguen.

—En fin, una segunda edicion de *Pablo y Virginia*, exclamó la modista con un tono amable de burla.

—Precisamente, señora literata, repuso Edmundo sonriéndose tambien; mas con la escepccion del naufragio del *Saint-Géran*....

—Pardiez! yo soy muger, dijo Nichette; y por mas que diga Gustavo, que aparenta creer que una griseta no puede comprender el corazon de una señorita de buena sociedad, si vd. quiere, Edmundo, yo le daré útiles consejos, porque creo, al contrario, que todas las mugeres se parecen por el corazon.... se entiende cuando lo tienen.

—Acepto los consejos de vd., mi buena Nichette, contestó Edmundo, besándola una mano; porque cualquier corazon de muger, sea cual fuere, no puede ser mejor que el de vd.

—Sea en buena hora: ¡ya lo oyes, Gustavo?

—Y lo apruebo, replicó Daumont.

—¡Pues bien, linda Nichette! ahora que ya sabe vd. el estado que guardan las cosas, ¿qué me aconseja que haga?

—¿Qué día es hoy? preguntó la joven.

—Es sábado.

—Entonces... volvió á decir Nichette.

—Entonces ¿qué?

—¿No adivina vd?

—No!

—Mañana es domingo.

—Sí.

—¿Y que hacen las jóvenes, como la señorita Antonina, los domingos?

—¿Lo sé yo acaso?

—Pues van á misa. ¿Y dónde, en todas las novelas del mundo se ve, que los enamorados encuentran á sus amadas?—en la iglesia. Pues bien, mi querido Edmundo, vaya vd. mañana temprano á la iglesia de Santo Tomas de Aquino, que es la mas cercana á la calle de Lille, y sin duda ninguna verá vd. ahí á la señorita Antonina, quien comprenderá inmediatamente que si vd. ha venido á rogarle á Dios, es para pedirle que ella ame á vd.... Vaya vd. todos los domingos á la iglesia, y cuando vd. vuelva á casa del señor Devaux, su hija habrá tenido el tiempo de pensar en vd. y de pensar como se piensa en un hombre de su edad de vd., de su aspecto, y que tiene esos ojos; de tal manera que

el día en que vd. la llegue á hablar, hará tiempo que ya haya adivinado lo que vd. tenga que decirle. Y luego... Nichette se detuvo. ¿No continúa vd. ...? la dijo Edmundo.

—Si vd. percibiera que no amaba á la señorita Antonina, tan completa, tan rendidamente como lo merece, ¿qué haría? replicó Nichette, quien, al pronunciar estas palabras, se conocia evidentemente que no seguia el hilo de su pensamiento.

—No volveria nunca á casa de su padre.

—¿Me lo promete vd?

—Lo prometo. Pero ¿para qué indicar esta promesa?

—Es que vd. podria haber querido por vanidad lo que no debe quererse sino por amor, y hacer, sin amar á esa jovencita, todo lo posible para llegar á ser su amante. Eso seria muy mal hecho, Edmundo, porque era toda su vida la que vd. sacrificaba á su capricho...

—No tenga vd. cuidado, Nichette; soy hombre de honor, para cometer esa villana accion.

—Entonces ha conquistado vd. toda mi proteccion; porque ya comprenderá vd. que no quiero servir sino á amores honrados, contestó riéndose.

—¿Dice vd. que puede servirme?

—Si por cierto.

—Cómo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

50. 1625 MONTERREY, MEXICO

—La señorita Antonina usa sombrerillos y fallitas de encaje, ¿no es esto?

—Naturalmente.

—Pues entónces, ya verá vd. si la modista Nichette le será ó no á vd. un grande auxilio, y si no tendrá vd. que darla mas tarde rendidas y espresivas gracias por lo que va á hacer.



CAPITULO X.

LA CARTA DE ANTONINA.

En verdad, cuando se reflexiona en ello, que era necesario ser lo que era Antonina, es decir, la mas casta, la mas noble, la mas candorosa niña del mundo, para escribir así á un desconocido, la carta que ella acababa de escribir á Edmundo, se necesitaba desde luego suponer que Edmundo pudiera estar, por un misterio simpático, iniciado en todos los pensamientos que desde por la mañana habian asaltado á la jóven, y en la revelacion que su padre le habia hecho sobre su enfermedad; era necesario, en fin, admitir un imposible.

Ella habia escrito aquella carta, ó mejor dicho aquel renglon, sin calcularlo, y solo como una necesidad de los pensamientos que hervian en su cabeza. Aquello era, pues, mas que candor; era una niñería en toda la acepcion de la palabra.

Pero, desgraciadamente aquella niñería podia tener muchas consecuencias que la señorita Devaux no habia previsto.

—La señorita Antonina usa sombrerillos y fallitas de encaje, ¿no es esto?

—Naturalmente.

—Pues entónces, ya verá vd. si la modista Nichette le será ó no á vd. un grande auxilio, y si no tendrá vd. que darla mas tarde rendidas y espresivas gracias por lo que va á hacer.



CAPITULO X.

LA CARTA DE ANTONINA.

En verdad, cuando se reflexiona en ello, que era necesario ser lo que era Antonina, es decir, la mas casta, la mas noble, la mas candorosa niña del mundo, para escribir así á un desconocido, la carta que ella acababa de escribir á Edmundo, se necesitaba desde luego suponer que Edmundo pudiera estar, por un misterio simpático, iniciado en todos los pensamientos que desde por la mañana habian asaltado á la jóven, y en la revelacion que su padre le habia hecho sobre su enfermedad; era necesario, en fin, admitir un imposible.

Ella habia escrito aquella carta, ó mejor dicho aquel renglon, sin calcularlo, y solo como una necesidad de los pensamientos que hervian en su cabeza. Aquello era, pues, mas que candor; era una niñería en toda la acepcion de la palabra.

Pero, desgraciadamente aquella niñería podia tener muchas consecuencias que la señorita Devaux no habia previsto.

Aquel aviso anónimo podía ser mirado por Edmundo como una ridícula chanza, y no reconocer en él el sentimiento que lo había dictado: ó si el señor de Péreux sospechaba de quien le venía aquel escrito, podía, en la ignorancia en que estaba de lo que el señor Devaux había dicho á su hija, interpretar aquel paso de un modo provechoso á su amor naciente; en fin, si la carta lograba el objeto que Antonina se había propuesto, es decir, si ella revelaba al enfermo toda la gravedad de su mal y la necesidad de un pronto viage, era descubrirle brutalmente una cosa, que por interes de él mismo debía haber cuidado Antonina de ocultársela tanto como fuera posible.

Empero la doncella no había ni aun sospechado estos eventos. Lo repito, Antonina era una verdadera niña, que había obrado en este asunto con todo el atolondramiento de los corazones juveniles.

Mas, cuando hubo llegado la noche, cuando quedó sola en su aposento para acostarse; cuando pudo decirse: "A estas horas el señor de Péreux debe haber recibido mi carta;" con esa estremada rapidez de sensaciones que caracteriza á las doncellas, se espantó, se aterrorizó del paso que había dado.

Por un cambio brusco de su imaginacion, no vió ya en aquella accion, que tan loable le había parecido al principio, mas que los inconve-

nientes; nó miró mas que el hecho de una jóven escribiéndole á un hombre á quien no conoce, é inmediatamente se exageró las consecuencias que aquella ligereza podría traerla.

—¿Qué va á pensar de mí? se decia á sí misma. Va á creer que parto para el Modiodia, y que le aconsejo que me siga.... Puede figurarse que tengo miedo de amarlo, y le mando que se vaya; tal vez supondrá que amo á otro. ¡Cuántas cosas, en fin, que no existen, va á imaginarse! porque, puesto que mi padre me dice que ni aun sospecha el estado en que se halla, es imposible que comprenda mi carta.

En medio de todas estas luchas interiores ni por un momento dudaba que Edmundo no adivinase inmediatamente quién le escribía.

—Por qué habré yo escrito esa carta? continuaba. ¡Ay Dios mio! la escribí solo para salvar á ese jóven que me ama... ¿pero quién me ha dicho que me ama?—Algo de nuevo que pasa dentro de mí; una voz que me habla al oido, que murmura su nombre. ¿Para qué me habria seguido; para qué habria él venido esta mañana; para qué le habria yo escrito, si no experimentaré por mí á lo ménos tanto interes como tengo yo por él?...

Nuestros lectores no deben admirarse de las mil preocupaciones que asaltaban el ánimo de Antonina. La aventura de la víspera había roto instantáneamente la monótona armonía de su vida.

No tan solo, nadie la habia hablado hasta entónces de amores, pero ni aun habia habido quien aparentase conocer que ella era ya una muger en edad y capaz de amar. Edmundo era el primero que, sin hablarla, la habia hecho, por decirlo así, una declaracion de amor.

En efecto, seguir á una muger, indagar su nombre, y encontrar desde el dia siguiente el medio de presentarse en su casa, ¿no es hacer la confesion mas completa de amor que pueda exigirse? Y cuando de esta tentativa resulta lo que habia resultado para Edmundo de su visita al señor Devaux, un incidente tan dolorosamente poético, ¿no es natural, casi indispensable, que la jôven, romancesca y sentimental como lo son todas al salir del colegio, haga de esta aventura, de la cual ella es el objeto, la ocupacion incesante de su imaginacion?

Añadiremos, que si cuando comenzó á pensar en las desagradables consecuencias que pudiera acarrear su imprudencia epistolar, Antonina se asustó, llegó tambien no solo á acostumbrarse, sino aun á felicitarse de haber escrito semejante carta, precisamente por las consecuencias que pudiera tener.

¿Dónde está la jôven de diez y seis años que no se alegre de que su vida tome de pronto un triste novelezco y lleno de interes?

Así es que se durmió preguntándose á sí misma:

“¿Qué hará despues que haya recibido mi carta? Algo precisamente tiene de hacer. ¿Cómo quisiera yo que hubiese llegado ya el dia de mañana! ¿Cómo me agrada la vida!”

Habíase olvidado ya de que Edmundo no podia contar mas que con dos ó tres años de vida, y que por esta causa ella le habia escrito.

¡Oh corazon de las jôvenes! eres un cristal puro que refleja en sus mil facetas todas las cosas que pasan en su derredor, y que no conserva vestigios de ninguna de ellas!

Antonina se entregó al sueño sonriendo, y olvidó el matar la luz, hasta que á las dos de la mañana la señora Angélica vino á apagarla, porque la buena señora habia despertado, y fué á ver por qué á tales horas Antonina tenia aun luz en su aposento.

Edmundo velaba, pero velaba feliz, así como ella dormia feliz tambien.

Despues de la comida á que habia concurrido en casa de Nichette con Gustavo, tomó un coche, y los tres amigos se fueron á pasear la hermosa tarde de Mayo á los campos Eliseos, y de allí al Bosque de Bonlogne: Nichette, recostada en el hombro de Gustavo, Edmundo tendido en la delantera del carruaje y contemplando los piecitos de la modista que los habia colocado sobre el cogen delantero.

La jôven y Gustavo se decian en voz baja esas palabras que se adivinan sin oirlas, y que

se lleva la brisa de la tarde con los perfumes de las flores y el canto de las aves.

Edmundo pensaba en Antonina, y en que algun día querría Dios que la tuviese en sus brazos como Gustavo tenia á Nichette; y que fuese tan feliz, mas feliz acaso que su amigo.

Despues de un paseo de dos horas habia dejado en su casa á Gustavo y á Nichette, y diciéndoles "hasta mañana," se dirigió á la casa de su madre.

En el momento en que comenzaba á subir las escaleras, el portero le dió la carta de Antonina.

Edmundo, subiendo, la habia abierto sin sospechar de parte de quién venia ni cuál era su contenido.

Releyó, pues, sin comprenderlo este aviso misterioso.

"Parta vd. para el Mediodia..." repitió sin cesar, deletreando, por decirlo así, las palabras para comprender su verdadero sentido.—¿Qué significa esto?

Edmundo se quedó de esta manera sumergido en una profunda meditacion sobre la carta de Antonina, ante su espejo, sin pensar ni aun en quitarse el sombrero, y repitiendo por intervalos: ¿Qué significa esto?

El nombre de la jóven no se le habia ocurrido todavía, porque esta es la costumbre de la imaginacion: va á buscar siempre el motivo de

una cosa muy léjos, cuando podria hallarlo muy cerca y sin ningun esfuerzo: empero el nombre de la señorita Devaux que ocupara á Edmundo durante todo el dia, venia de vez en cuando á fijarse al pié de aquella carta, de manera que muchas ocasiones de Péreux, bajo el imperio de una especie de alucinamiento, estregó el papel que tenia entre las manos, como para hacer brotar aquel nombre.

En este estado se hallaba cuando llamaron á su puerta.

—Entren! exclamó sin volverse siquiera, creyendo que seria algun criado que vendria á buscar algun objeto.

—¿Qué lees con tanta atencion, hijo mio? preguntó la señora de Péreux reclinando su cabeza sobre uno de los hombros de Edmundo.

—Ah! buena madre mia, dijo éste; perdóname... no podia figurarme que fueras tú quien tocaba. Estoy leyendo una carta, que no puedo comprender, porque ignoro de quién viene y lo que significa. Si tú puedes descifrármela, me sacarás de una perplejidad molesta.

—Veamos! contestó la señora de Péreux; y Edmundo dió la carta á su madre.

Apenas la hubo ésta leído, cuando se puso pálida. Aquella alteracion no se escapó á su hijo.

—¿Qué tienes, madre mia? exclamó.

—Nada, balbuceó la señora de Péreux, tra-

tando de sonreír; nada, mi querido hijo... hace algún tiempo que me hallo sujeta á estos accesos de palidez repentinos... Es la sangre que se me agolpa al corazón.

—Es preciso cuidarte...

—Oh! esto es nada... tranquilízate.

La señora de Péreux hacia violentos esfuerzos para sonreírse; pero, en fin, se sonreía.

—¿Has leído esa carta? replicó Edmundo tranquilizado con aquellas sonrisas.

—Sí.

—¿Y comprendes algo?

La señora de Péreux trató de responder; pero de pronto un raudal de lágrimas se escapó de sus ojos, y se dejó caer sobre una silla, ocultando su rostro con el pañuelo.

—¡Dios mío...! ¿qué tienes, madre? gritó Edmundo arrojándose á sus pies. En nombre del cielo, dime ¿qué te sucede? ¿Estás enferma? ¿nos amenaza alguna terrible desgracia...?

—No, no, hijo de mis entrañas, no; respondía convulsivamente la digna muger, abrazando con pasión á su hijo; nada tenemos que temer... Pero ya sabes qué tímida, qué loca soy... con cuánta facilidad me alarmo... Ya era tan tarde... y no te había visto entrar... temía que te hubiera sucedido alguna cosa... Tienes por costumbre todas las noches cuando entras, ir á abrazarme... y ahora lo habías olvidado... Temblaba de que tuvieras alguna

pena, algún motivo de tristeza... y había venido á asegurarme... Estas emociones sin motivo, y á las cuales mi ternura hacía tí me tiene sujeta, son la causa de mis lágrimas...

Abrázame, continuó la señora de Péreux jugando sus ojos y aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir; abrázame, y no hablemos más de esto... En cuanto á esta carta....

—¿Qué me importa esa carta, cuando tú padeces!

—En cuanto á esta carta ¿quieres que te diga de parte de quién viene?

—Dilo, mi querida madre, dilo.

—Pues es de la señorita Devaux.

—¿Qué te induce á creer eso?

La señora de Péreux hacia desesperados esfuerzos para no llorar.

—Una cosa muy sencilla, replicó ella con una sonrisa fingida... la señorita Devaux te ama...

—¿La señorita Devaux me ama, dices.

—Sí.

—Espílicate, espílicate, madre mía.

—O si no te ama, siguió la señora, se interesa por tí. Esta mañana has estado en casa del señor Devaux... y para entrar á su casa has tenido que fingir una enfermedad...

La madre se detuvo: su agitación la ahogaba.

—Es cierto, respondió Edmundo.

—No sabiendo qué recetarte, puesto que no estás enfermo, te ha mandado que viajes. ¿No es esto lo que me dijiste esta mañana? continuó la señora de Péreux con un tono que trataba de hacer indiferente.

—Efectivamente.

—Pues la señorita Antonina, que, curiosa como todas las muchachas debe haber oído vuestra conversacion, habrá creído que estás realmente enfermo, y aconsejada por un generoso sentimiento, te ha escrito esto, pensando que tu curacion depende de ese viage que te ha ordenado su padre.

—Es muy natural, madre mia, y tú has adivinado lo que yo solo nunca hubiera llegado á comprender. ¿No te parece que ésta es una hermosa accion de parte de Antonina? ¡Tiene un corazon de ángel esa niña... ¡ya ves cómo piensa en mí...! Oh! yo la veré, y la daré las gracias por lo que acaba de hacer. Me amará, ¿no lo piensas tú...? Siento algo en el corazon que me lo anuncia... y vas á tener dos hijos en vez de uno solo. ¡Qué dichosos vamos á ser todos! ¿Tú no estarás celosa de que la ame, verdad?

—No, no, hijo mio. ... sin embargo, ¿si yo te pidiera un sacrificio?

—¿Cuál, querida madre?

—Si yo te dijera: Edmundo renuncia á esa jóven; no trates mas de verla, ni á ella ni á su

padre. ... Si yo te pidiera esto sin motivo y como un solo capricho, ¿me lo concederías?

—Oh! ... Sí, madre mia, porque creeria, que aunque no me dieras ninguna razon, debe haber una por lo ménos, y grave.

—Pues bien! ...

—Pues bien?

—¡Calla! estoy loca esta noche. ... no sé lo que digo. Amas á esa niña; tu felicidad depende tal vez de este amor, y vengo á mezclar en este negocio mis celos. ... Perdóname, hijo mio, perdóname.

—¿Y de qué tengo que perdonarte, sino es de que me amas muchísimo. ...? ¿Y cuándo ha sido esto una falta para una madre?

—¿No tienes necesidad de algo esta noche. ...? nada quieres. ...? dijo la señora de Péreux para cambiar de conversacion y para desocupar su pensamiento, si posible era, de los pensamientos que lo agitaban.

—Gracias, madre mia. ... ya te ví, y nada mas necesito.

—Entónces, buenas noches. ... duermes bien!

Todavía en estas palabras se conocia el acento de una voz llorosa. Sin embargo, la señora de Péreux sonrió aun á su hijo ántes de dirigirse á su aposento.

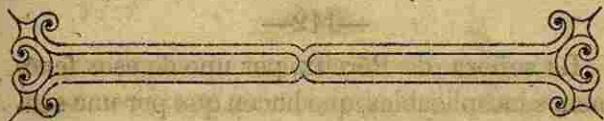
—Que tendrá mi madre esta noche? pensó Edmundo cuando se halló solo. Luego leyó por la vigésima vez la carta de la señorita Devaux.

—Antonina! . . . murmuró llevando á sus labios el precioso papel; y en aquel solo nombre estaban contenidas todas las promesas, todas las esperanzas, todo el fuego de un corazón amante.

—Dios mío, hágase vuestra voluntad, dijo la señora de Péreux, cayendo de rodillas junto á su lecho, elevando las manos al cielo y prorumpiendo en sollozos;—pero que vuestra voluntad, Señor, no sea rigurosa. . .

La pobre madre, con ese instinto maternal que tiene algo de adivinación, había comprendido al leer la carta, toda la verdad.

Que los que encuentren esto inverosímil, consulten á su madre si tienen la felicidad de que aun les viva. . .



CAPITULO XI.

LA ESPERANZA

NO NOS ABANDONA NUNCA.

¡Qué cosa tan bella, tan santa, tan dulce es la esperanza; la esperanza, esa tabla que Dios arroja en medio de todos los naufragios, para que el miserable que zozobra pueda asirse un momento de ella, y durante este momento creer todavía en la vida; la esperanza, última é inagotable moneda del corazón, con la cual nuestra pobre naturaleza humana compra hasta su última sensación!

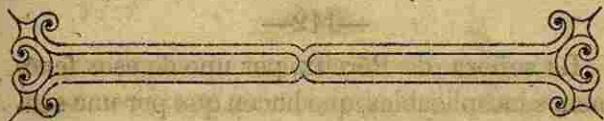
Oh! sí, la esperanza es dulce y consoladora, como el rayo de sol que visita el calabozo del prisionero, como el murmurio del agua en medio del desierto, como la primera sonrisa de la mujer que se ama! De todos los bienes que Dios ha concedido al mundo, la esperanza evidentemente es el mas grande, sin duda, porque es el último.

—Antonina! . . . murmuró llevando á sus labios el precioso papel; y en aquel solo nombre estaban contenidas todas las promesas, todas las esperanzas, todo el fuego de un corazón amante.

—Dios mío, hágase vuestra voluntad, dijo la señora de Péreux, cayendo de rodillas junto á su lecho, elevando las manos al cielo y prorumpiendo en sollozos;—pero que vuestra voluntad, Señor, no sea rigurosa. . .

La pobre madre, con ese instinto maternal que tiene algo de adivinación, había comprendido al leer la carta, toda la verdad.

Que los que encuentren esto inverosímil, consulten á su madre si tienen la felicidad de que aun les viva. . .



CAPITULO XI.

LA ESPERANZA

NO NOS ABANDONA NUNCA.

¡Qué cosa tan bella, tan santa, tan dulce es la esperanza; la esperanza, esa tabla que Dios arroja en medio de todos los naufragios, para que el miserable que zozobra pueda asirse un momento de ella, y durante este momento creer todavía en la vida; la esperanza, última é inagotable moneda del corazón, con la cual nuestra pobre naturaleza humana compra hasta su última sensación!

Oh! sí, la esperanza es dulce y consoladora, como el rayo de sol que visita el calabozo del prisionero, como el murmurio del agua en medio del desierto, como la primera sonrisa de la mujer que se ama! De todos los bienes que Dios ha concedido al mundo, la esperanza evidentemente es el mas grande, sin duda, porque es el último.

La señora de Péreux, por uno de esos fenómenos inesplicables, que hacen que por una sensación eléctrica el corazón de una madre corresponda directamente con el de su hijo, como si nunca pudieran estar por completos separados y como si los dos palpitara el uno junto al otro, había comprendido desde luego que aquella carta presagiaba una desgracia, y sus temores en un instante se habían convertido en certidumbre.

Desde el momento en que había leído el aviso de Antonina, todo lo que dijera á su hijo lo había pronunciado sin saber lo que decía.

Lo único que ella sabía era que se necesitaba apartar del espíritu de Edmundo los sombríos presentimientos que acaban de asaltarla; y la cosa no había sido difícil, como hemos visto, porque el jóven, rodeado de cuidados desde su infancia, ni aun sospechaba la enfermedad de que estaba atacado. Había dejado, pues, á su hijo lleno de felicidad, de alegría, mientras que ella volvía á su aposento atormentada de esos dolores maternos, de los cuales la vírgen María es el eterno y divino ejemplo.

La pobre muger había llorado largo tiempo; se había arrojado de rodillas, y había orado con fervor... luego se levantó y se sentó, con la vista clavada en el suelo, enclavijadas las manos, sin pronunciar mas que estas palabras: Dios mio! Dios mio! las dos primeras palabras

en que prorumpe siempre el dolor, como si á su mismo pesar se volviera instantáneamente hácia aquel, que es la fuente de todo consuelo.

Pero no había podido permanecer mucho tiempo de esta manera; tomó su lámpara, y de puntillas, andando como si temiera ser oída, había venido hasta la puerta del aposento de su hijo, donde se puso á mirar por el agujero de la llave.

Parecía que sufría un poco ménos, á medida que se acercaba al objeto de su cariño. Miró entonces agitado, paseándose, hablando él tambien en voz baja, dejando desbordarse las dulces impresiones de que se hallaba su corazón lleno.

—Ser amado de esa hermosa doncella, murmuraba Edmundo, será una felicidad celestial. ¡Cuántos placeres, cuántos goces, cuánta voluptuosidad debe haber en el amor casto de una jóven pura como ella...! ¡Y ella me amará... mi madre me lo ha predicho, mi buena madre, que nunca se equivoca cuando se trata de mí...

Y Edmundo se contemplaba con orgullo, porque el hombre que se siente amado, está siempre satisfecho de sí mismo, mas satisfecho que ningun conquistador lo ha estado despues de su mas grande victoria.

La señora de Péreux no había oído lo que su hijo decía, mas lo adivinaba fácilmente, y se había dicho á sí misma: Es dichoso. Luego añadió:

—Es imposible que Dios en su justicia y su clemencia permita que suceda una desgracia á mi hijo... el mismo golpe heriria á su desgraciada madre.

Entónces se volvió á su aposento; engujo sus lágrimas, y como la imágen de la alegría de su hijo permanecía ante sus ojos, habia visto desaparecer sus lúgubres presentimientos, así como á los primeros rayos de la aurora mira el niño temblar primero, y luego perderse las fantasmas que lo habian espantado por la noche.

Hubo un momento en que la señora de Péreux se puso á razonar con Dios, si podemos espresarnos de esta manera; es decir, que examinó toda su vida irrepreensible, su ternura filial, su afecto á su esposo, su amor hácia su hijo, cuya alma habia sido formada de un reflejo de la suya, y en que ella se convenció de que la fatalidad no podia destruir en un instante tantas cosas atesoradas para el porvenir y benditas hasta entónces por el Señor.

Llegó casi hasta preguntarse por qué habia llorado; á reir de sus temores y á persuadirse de que todo lo que habia dicho á su hijo con motivo de la carta de Antonina, era cierto. Podia serlo efectivamente, y ya que esta suposicion se habia presentado á su mente, ¿por qué no aceptarla tan fácilmente como cualquiera otra?

Es preciso advertir tambien, que la señora

de Péreux poseia uno de esos corazones religiosos, llenos de confianza en la justicia divina, y que habria creido hacer una injuria á Dios, sospechando por algun tiempo que éste pudiera castigarla sin motivo: ademas, nada habia cambiado á su alrededor; su hijo estaba mas alegre que lo de costumbre, amaba é iba á ser amado sin duda ninguna; la vida le sonreia por todos lados; su salud era buena... ¿Debia en este caso tomarse por realidad uno de esos vagos y eternos temores que existen en el corazon de las madres? ¿No era mas natural suponer que desde que Edmundo pensaba en Antonina, desde la víspera de aquel dia, la señora de Péreux, acostumbrada á no dividir con nadie el corazon de su hijo, habia sentido nacer dentro de su pecho una especie de celo que oscurecia su razon y su vista...?

Ciertamente, valia mil veces mas creer esto: así lo permitió Dios, y ella se limpió por última vez los ojos, diciéndose:

—Vamos, estaba loca...!

La señora de Péreux se metió en la cama pero á pesar de la nueva confianza que habia adquirido, se comprenderá fácilmente que no pudo dormir. Sus ideas tomaron entónces otra direccion, y en lugar de pensar en el porvenir, volvió su mirada hácia lo pasado, y las lágrimas que volvieron de nuevo á sus ojos, eran ahora esas lágrimas dulces y consoladoras que hacen

correr los recuerdos agradables, lágrimas que se hallan siempre en el fondo del pecho, así como al medio día, bajo un sol abrasador se encuentran siempre algunas gotas de rocío bajo las yerbas cuya cima está tostada.

Por lo que hace á Edmundo, despues que hubo pensado largo tiempo en Antonina; cuando, al contrario de su madre, que recordaba lo pasado, formó los mas encantadores jardines para el porvenir, se acordó de pronto en medio de uno de los intervalos de su pensamiento, que la señora de Péreux habia llorado en su presencia.

—¡Pobre madre mia! se dijo; parecia tener esta noche un pesar... y yo como un egoista, como un verdadero enamorado, la he dejado volver á su aposento, sin inquietarme en lo mas mínimo por lo que la afligia... Lo que he hecho, ha sido muy malo...

Y á su vez Edmundo tomó su lámpara, y andando de puntillas, tambien fué hasta la puerta de la señora de Péreux. Llegado que hubo, puso el oido junto á la abertura; pero habiendo visto un rayo de luz, tocó suavemente.

La señora de Péreux lanzó un grito al oir tocar en su puerta á semejante hora; pero Edmundo se precipitó en el aposento diciéndola:

—Nada temas, madre mia; nada temas... soy yo que vengo á verte.

—¡Aun no te has acostado, hijo querido! exclamó la madre. ¡Estarás enfermo?

—Oh, no, madre! jamas me he encontrado tan bueno, tan contento... pero no he querido acostarme sin haber venido á preguntarte si el pesar que tenias hace poco, no existia ya...

—Gracias, querido niño... pero ya te di la esplicacion de ese acceso de tristeza, y has visto que no era otra cosa que una niñería.

—Tanto mejor, madre mia, porque si supieras cuán feliz soy en este momento...!

—Es que estás enamorado, y piensas en tu Antonina.

—Es verdad... pero tú, que no te duermes aun á las dos de la mañana, ¿en quién piensas?

—Pienso en tí, en tu juventud, en tu porvenir...

—En mi felicidad, que solo á tí debo.

—Pero que ya no depende mas de mí.

—Sí, madre mia... siempre dependerá de tí, porque tú entras en todos los castillos que formo.

—Haces castillos?

—Hace dos horas.

—Cómo? en qué piensas?

—Pienso en un porvenir dulce y tranquilo, una felicidad completa entre una madre, una esposa y un amigo que me aman, y á quienes corresponderé su triple afeccion. Soy jóven, no soy feo, ¿no es verdad, madre mia? dijo Edmundo sonriendo, puesto que me parezco un poco á tí: tenemos algunos bienes, y siento que deci-

didamente amo á Antonina; puedo, pues, pedir-la á su padre cuando esté seguro de que ella me corresponde un poco.... y no creo que tenga ninguna razon para rehusármela.... Pasaremos entónces el Invierno en Paris; en el Estío nos iremos á los bordes de Loira, el rio de los amores poéticos y sentimentales, y seremos tan dichosos como pueden serlo humanas criaturas acá en la tierra. ¿Qué te parece, madre mia?

La señora de Péreux miraba sonriendo á su hijo, y le dijo:

—¿No es eso lo mismo que te dije cuando me hablaste de la posibilidad de ese amor?

—Ah, madre mia! tú eres la confidente de todo lo que pienso... nunca te oculto nada... Así, pues, te confieso que desde mañana voy á hacer cuanto pueda imaginarse para que Antonina se enamore locamente de tu hijo.

—No ha de tardar eso mucho.

—Nichette me ha facilitado un medio, y me ha ofrecido sus consejos.

—Ah! ¿con que Nichette tambien se halla en el complot?

—Sí, querida madre... esa buena Nichette tiene un corazon escelente.

Durante dos horas, Edmundo y la señora de Péreux platicaron de lo pasado, del presente y del porvenir; ella apoyada sobre su brazo desnudo; él sentado al pié de la cama, jóvenes ambos por sus ideas, confiados por su ternura.

Cuando, á las cuatro de la mañana, Edmundo se volvió á su alcoba, la señora de Péreux volvió á decirse: "estaba delirando," y se durmió sin penosos recuerdos, sin temores.

He aquí los motivos que yo tenia, para decir al principio de este capítulo, que de todos los bienes que Dios ha dispensado á la humanidad, la esperanza es el mas noble, el mas grande.

A pesar de que Edmundo se habia acostado muy tarde, ántes de las ocho de la mañana ya se habia levantado, y se dirigia hácia la iglesia de Santo Tomas de Aquino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS

CAPITULO XII.

JUVENTUD: AMOR: ORACION.

Cuando Edmundo llegó á Santo Tomas, la iglesia comenzaba ya á llenarse de gente: escurrióse, pues, por en medio de los que encontraba para buscar á Antonina, sin olvidarse por esto de que se hallaba en un lugar sagrado; hizo piadosamente la señal de la cruz, y se dirigió hácia el otro costado de la nave.

En su espíritu, así como en su corazón, el nombre de Antonina y el de Dios, el amor y la fe se mezclaban fácilmente, como se mezclan y se confunden dos llamas del mismo hogar, dos perfumes de la misma esencia.

La señorita Devaux tenia la silla (*) apartada en la iglesia, al lado de la de la señora Angélica; pero Antonina, que venia á la iglesia para hacer oracion y no para ser vista, que venia á este lugar sagrado por la mañana, á la hora

(*) En Francia se usa poner sillas en las iglesias, que ocupan, mediante una corta retribucion, las señoras y señoritas.

en que el sol se levanta, cuando la oracion parece tener todo el espacio libre en la naturaleza, á la hora en que duermen aun los que nunca oran; Antonina, decimos, se arrodillaba siempre delante de alguno de los altares particulares, donde regularmente offician los sacerdotes al fulgor de una lámpara y delante de cinco ó seis fieles á lo mas.—Con este motivo nos permitiremos algunas reflexiones.

La religion matutina, si se nos permite usar esta espresion para hacer comprender nuestra idea, tiene un aspecto mas cristiano, mas sentimental y que conmueve mas, que esa religion del medio dia rodeada de pompas, perfumada de inciensos esquisitos. En nuestro concepto, hay todavía un resto de paganismo en esas fiestas fastuosas y soberbias, dedicadas á ese Dios cuyo Hijo vino á la tierra para enseñarnos la modestia y la humildad.

En lugar de asistir á las grandes ceremonias religiosas que ostentan toda la riqueza de su sacristía, que llenan el templo de flores, de luces, que necesitan de los centinelas que impidan la entrada al pueblo humilde en la casa de Dios, como si ante él hubiera esas diferencias ridículas y miserables... en lugar de esto, entrad por la mañana, cuando las puertas acaban de abrirse en una iglesia como en la que acababa de entrar Edmundo, y á traves de la media oscuridad que reina todavía en aquel lu-

gar, en medio del silencio solemne que debería reinar siempre en la casa del Señor, dirigios hácia uno de los modestos altares que acabamos de indicar. Allí vereis un sacerdote vestido con sencillez, y cuatro ó cinco personas que vienen á misa, solo por ella, y no para que se diga que se las ha visto en la iglesia: airodillaos vosotros tambien, y en aquel oscuro rincon mirareis á Dios aparecéseos mas grande y magestuoso que sobre el altar mayor resplandeciente de oro, de piedras y de cirios. Desde allí vuestro espíritu se dirigirá fácilmente hácia los primeros cristianos, sirviendo, loando, cantando al Dios nuevo entre las catacumbas de Roma, separados únicamente por sus verdugos, del cielo, que acababan de descubrir.

Entónces, solo entónces, comprendereis los santos y consoladores misterios de esta religion cristiana, árbol colosal, enraizado en las entrañas de la tierra, cuyos ramos poderosos han roto la roca que queria comprimirlos, y á la sombra del cual vienen á sentarse hoy las generaciones llenas de reconocimiento. Por buenos que háyais entrado en la iglesia, saldreis siempre mejores: haced la prueba.

Bastante se ha hablado de las iglesias de aldea, como de aquellas en que la espresion de la fe es al mismo tiempo la mas sencilla y la mas grata al Señor; y tienen razon. La iglesia de la aldea, cuyo campanario sin pretensiones,

domina todos los techos de paja, como una mirada maternal clavada sobre sus hijos; cuyo toscos reloxo hace sonar la hora del trabajo, esa otra oracion; colocada entre la plaza, donde juegan los niños, y cementerio, donde duermen los muertos; puesta ahí como el emblema palpable de la vida, y á la vez como el objeto á que debe llegarse y como el objeto logrado: la iglesia, lo repetiremos aun, es un espectáculo dulce y consolador. Allí es donde el niño es bautizado; allí es donde hace su primera comunión; allí donde se casa; allí donde viene á buscar la prostrera oracion de que tiene necesidad, cuando Dios lo llama á su seno.... Toda su vida está ahí, entra por una puerta, y sale por la otra.

¡Dichosos los que jamas han perdido de vista la torre de la aldea donde nacieron!

En Paris no sucede lo mismo: la sociedad tiende continuamente á alejaros de Dios: no se sabe donde ha sido uno bautizado; no se conoce al sacerdote que os ha dado la comunión; ó si se le conoce, nunca se le ve; se habita en veinte parroquias, se casa uno en cualquiera iglesia, y se recibe la Extrema-Unción del primer sacerdote que se presenta.

Hé aquí por qué observareis siempre un colorido particular en los escritos de los que han nacido en una aldea y han vivido en ella durante sus primeros veinte años. Sus sentimien-

tos y sus ideas conservan un perfume de que afortunadamente no pueden despojarse; es como una aroma de violetas, es como un reflejo eterno de juventud y de primavera. Los escritores de las ciudades populosas traen sus fuerzas de la sociedad; los escritores venidos de las aldeas traen su inspiración del mismo Dios. El campanario, las fiestas sencillas, el trabajo de los campos, la canción monótona del trabajador que vuelve por la tarde á su cabaña; la tosca estatua de la Virgen, rodeada de ofrendas y de votos; el cura que pasa y á quien cada cual saluda; todo esto se encuentra en su estilo, como en su memoria, en el porvenir que se imaginan, como en lo pasado que recuerdan.

En cuanto tienen un momento disponible, corren á volver á ver todo lo que recuerdan, y se detienen con las lágrimas en los ojos ante la grosera pintura que representa á San Sebastian ó á San Antonio, que hace reír al parisiense cuando la ve, y que está, para ellos llena de dulces y tranquilas emociones. Toda su infancia está contenida en aquella pintura que, á pesar de los progresos del siglo, han hecho bien de no reemplazar. No se sabe cuántos pensamientos poéticos se hallan como adheridos á ciertos objetos, que todo el mundo encuentra ridículos! Yo tengo una tacita con flores azules, en la que bebía leche cuando tenía cuatro años, y á la cual he hecho mas de cincuenta

elegías, que no he escrito, se entiende, pero que están adheridas á la taza como los flores azules que tiene pintadas.

¡Dichosos tambien los que cuando escriben un libro, pueden pintar la aldea donde nacieron, y que oyen de tiempo en tiempo el ruido tosco de los pasos de algun compatriota que viene á saludarlos y á traerles noticias del país!

Por último, consultad á las personas que han viajado, y os dirán siempre, que han hallado en su camino alguna aldehuela pacífica, silenciosa, donde hubieran querido detenerse para terminar allí su vida, ese viage hácia Dios. ...!

Hacia algunos instantes que Edmundo se hallaba en la iglesia, cuando vió entrar á Antonina acompañada de la señora Angélica: su corazón comenzó á palpar con inusitada violencia; y deseando ser visto de la jóven, temía al mismo que lo descubriese muy pronto. Entonces se ocultó detras de una columna.

La señorita Devaux pasó casi junto á él sin verlo, y fué á arrodillarse en una capilla, donde comenzaba á celebrarse en aquel momento la misa, al fondo de la iglesia.

Antonina se persignó, abrió su libro y comenzó sus oraciones.

Edmundo tenía un corazón muy religioso, para querer turbar á la señorita Devaux en sus devociones; no deseaba otra cosa que ser visto por ella, á fin de probarla así que buscaba to-

das las ocasiones de encontrarla. No hizo, pues, algun movimiento que pudiera distraerla; pero se acercó á la silla junto á la cual la jóven estaba arrodillada, y permaneci6 en estática contemplacion ante, ó mejor dicho detras, de la doncella.

Antonina le parecia en aquel momento aun mas encantadora que la primera ocasion. ¿Habeis estado alguna vez enamorado de una muchacha, y os habeis encontrado en la posicion en que Edmundo se hallaba frente de Antonina, separado de ella físicamente por un espacio de medio pié, y moralmente por un millar de leguas? Lo mismo experimentaba Edmundo enamorado de Antonina: algo habia entre sí que le revelaba que no era del todo indiferente á la hija del doctor: muy posible era que un dia llegara él á ser su marido, y que ella le perteneciese en cuerpo y alma: la tenia delante; ella le habia escrito: para hacerse notar de ella le necesitaba mas que de tocarla el brazo con la punta del dedo, ó decirle algunas palabras al oido... y sin embargo, no lo hacia, y temblaba ahora de ser percibido en aquel lugar, como el niño que ha cométido una falta, tiembla de ser reñido por su madre.

Despues de que transcurriera cierto tiempo, despues de cumplidas ciertas formalidades, Edmundo podia esperar que aquel hermoso cuerpo que se inclinaba sobre la silla, que aquellas

blanquísimas manecitas, que volvian las páginas del devocionario, que esos lindos ojos negros, que leian las palabras que repetia la boca y comprendia el corazon de Antonina, que todo aquello seria suyo, solo suyo, sin rubor, sin pesares, y á la hora que era, á pesar de que sentia en su corazon hervir todas las sensaciones que despertaban en él la presencia de la muchacha, no se atrevia á dirigirla la palabra, y hacia consistir su felicidad, y esto despues de mil dudas y temores, en tocar con la punta de su pié la orla de su vestido.

Pero la casualidad, ese dios de los amantes, vino al auxilio de la timidez de Edmundo.

Antonina habia permanecido de rodillas desde que habia llegado, de manera que la silla sobre que hubiera podido sentarse, estaba libre. Sobre esta silla era donde Edmundo apoyaba sus dos manos, porque él tambien estaba arrodillado. Empero nuestro héroe se hallaba sumergido en tan profunda meditacion, que cuando llegó la hora del *Credo*, y todo el mundo se sentó, no pensó en hacer lo mismo que los demas, resultando que Antonina, que ignoraba hubiera una persona ahí detras, sintió que al sentarse, su cabeza tropezaba con las manos de alguno.

Ent6nces se volvió ella diciendo: Perdon... pero al volverse, reconoció á Edmundo, y no pudo reprimir un ligero grito.

—¿Qué tiene vd? preguntó la la señora Angélica, santamente absorta en su libro de misa.

—Nada, respondió Antonina; me lastimé un poco al sentarme.

La señora Angélica se sentó también, y siguió masticando sus oraciones.

Hay gentes que rezan por convencimiento; éstas lo hacen con el corazón. Hay otras que rezan por costumbre, y éstas lo hacen con la boca. La señora Angélica, virtuosa si las hay, era de éstas últimas.

El ligero grito de Antonina había sacado á Edmundo de su contemplación.

—Me ha visto... se dijo á sí mismo. ¡Con tal que mi presencia en este lugar no la ofenda! Ah! ¡si yo pudiera deciría todo lo que tengo en el corazón, todos los sueños que he formado anoche! ¡Si yo pudiera hacerla comprender que mi madre la ama ya, y que reemplazará la suya... ¡Si me atreviera á confesarla que hace dos días su imagen no se aparta de mi pecho...! ¡Pero nunca creerá ella que en tan corto tiempo mi corazón ha adelantado tanto! Además, su aya está ahí, y sería comprometer á Antonina hablarla delante de ella... y sin embargo, es necesario que yo la hable!

Por su lado Antonina pensaba así:—Aquí está: ¿Cómo habrá podido saber que yo vendría aquí?... De cualquiera manera, no es la casualidad la que lo trae; viene por mí, por mí so-

la. ¿Me ama, pues, ya?... ¡Habré recibido mi carta?... ¿Qué irá á hacer cuando salgamos?... ¿se atreverá á hablarme? Espero que aparentará no conocerme... y sin embargo tiene derecho para pedirme la explicación de mi carta... ¿adivinará que era mía? ¡Con tal que la señora Angélica no vaya á sospechar algo...! ¡Qué pálido está!...

En efecto, Edmundo, que se había acostado á las cuatro de la mañana, y se levantó antes de las ocho, estaba mas pálido que de costumbre.

Antonina tenía mil deseos de volver el rostro hacia atrás, porque sentía instintivamente la mirada de Edmundo que la devoraba; pero no se atrevía á moverse, porque adivinaba que el joven seguiría todas las ondulaciones de su torneada cintura... Su corazón latía también con violencia.

Aquellos dos seres tenían un mismo pensamiento; caminaban hacia un mismo resultado; ámbos hubieran querido hablarse sin rebozo con todo el fuego de sus corazones; pero ámbos se huían, por respeto el uno, por pudor el otro.

El amor está compuesto de todas estas cosas; cosas indescriptibles, invisibles como el perfume y como el canto, que se le respira y se le oye sin poder detenerlos ni aun lizarlos...

La misa había terminado, y Antonina se ha-

llaba aun en su lugar; pero la señora Angélica, que habia cerrado su libro, la dijo:

—¿Qué hace vd? ¿no nos vamos?

—¿Estará pensando en mí?... se dijo á sí mismo Edmundo con una mezcla de inquietud y regocijo.

Al irse Antonina, con el rabo del ojo miró hácia atrás: no vió á Edmundo, pero oyó sus pasos.

—¿Vendrá hoy á casa de mi padre? pensaba.

Cuando la señorita Devaux se detuvo junto á la pileta de agua bendita, ántes de salir de la iglesia, vió á Edmundo que salia por la puerta contraria á que ella iba á hacerlo.

—Muy bien hecho, pensó la jóven... ¿Qué delicado! No abusa de su posicion.

Es que el corazon de la jóven tenia necesidad de deber algo, de hallarse reconocido por cualquier favor á Edmundo.

Por lo que respecta á él, este amante del amor tenia lo que deseaba, y muy pocos habrá que en tan poco tiempo hayan adelantado el terreno que él. Empero afortunadamente ignoraba á lo que debia tan envidiable fortuna.

Cuando Antonina hubo salido á la calle, percibió á Edmundo que á veinte pasos de distancia por delante, tomaba el mismo camino que ella debia seguir.

La señora Angélica caminaba como una devota calculista, que no quiere atreverse á arries-

gar por una sola palabra todo el provecho de sus oraciones.

En el momento en que la señorita Devaux iba á entrar en su casa, Péreux se volvió, y llevó á sus labios la carta que habia recibido el día anterior.

Antonina se ruborizó y bajó los ojos.

—Ella es en efecto quien me ha escrito, murmuró nuestro héroe; y suceda lo que sucediere, yo le daré las gracias por su carta.... ¿mas cómo hablarla?

Hacia diez minutos que Antonina habia desaparecido, cuando Edmundo permanecia aun con los ojos fijos en el lugar que habian tocado sus piececitos.

Tan luego como la jóven llegó á su aposento, hubiera querido asomarse por la ventana; pero la persiana estaba levantada, las vidrieras entreabiertas, y tuvo miedo de ser vista por el doncel, que iba á decidirse á dejar la calle de Lille, cuando oyó una vocecita que le decia muy quedo:

—¿Tan temprano en observacion, hermoso enamorado?

Edmundo volvió el rostro, y reconoció á Nichette, que traia bajo el brazo una caja de carton, como acostumbran las modistas.

—¿Vd. por aquí, Nichete? le preguntó.

—Yo, sí. ¿No le habia prometido á vd., señor olvidadizo, ocuparme de sus asuntos?

- ¿Y desde este momento va vd. á hacerlo?
—Sí.
—Qué va vd. á hacer?
—Voy á subir á casa de la señorita Devaux.
—Con qué pretesto?
—Con el pretesto de hacerla sombrerillos y fallitas, y enseñarla las que traigo.
—Y si no recibe á vd?
—Sí me recibirá; no tenga vd. cuidado.
—¡Va vd. á verla...! ¡qué feliz va vd. á ser!
—Y vd., ¿la ha visto ahora?
—Sí.
—En misa?
—Precisamente.
—Ya teneis, pues, un dia feliz....
—Por lo ménos....
—Y á quién se lo debe vd?
—A ella!
—Y á mí, ingrato, que le dí el consejo de ir á la iglesia.
—Tiene vd. mucha razon, querida Nichette.
—Pues ahora, adios!
—Pero.... ¿realmente va vd. á entrar?
—Va vd. á verlo.
—Y la hablará vd de mí?
—Se entiende.
—¡Mucho cuidado!
—Deseche vd. todo temor; conozco el corazon de las mugeres, y quiero que vd. sea dichoso y me deba su felicidad.... Déjeme vd.

obrar, y vaya á verme hoy á las dos de la tarde... muchas cosas tendré que contarle...

- Cuidado con alguna imprudencia!
—Dejo á vd., cobarde.... ¡hasta las dos!
—Sin falta.

Nichette dió un ligero y gracioso salto, del empedrado adonde se hallaba, á la banqueta, y entró en la casa del señor Devaux despues de haber dirigido dos ó tres sonrisas á Edmundo.

—¡Qué buena muchacha! decia éste alejándose ¡qué corazon de oro!... ¡Y decir que hay gentes que desprecian á las grisetas!...





CAPITULO XIII.

ANTONINA Y NICHETTE.

Era muy temprano aun para que Nichette se presentara en casa de la señorita Devaux; pero la modista se habia hecho á sí propia esta reflexion: hoy es domingo; estamos en Estío; hace un dia hermosísimo, y hay muchas probabilidades de que Antonina se vaya al campo con su padre; porque hay que advertir que la griseta no abandonaba aun la preocupacion de que todo el mundo debe irse al campo los domingos, y ademas, ella observaba la máxima de que: lo que se puede hacer hoy, no se debe dejar para mañana.

Habíase, pues, puesto un lindo sombrerito de paja, un chal de los que vulgarmente llaman *thibet*, y despues de haber llenado su caja de carton con todas las maravillas que habian producido sus preciosos dedos, habia tomado el camino de la calle de Lille, donde encontró á Edmundo, como hemos visto.

Cuando Nichette se presentó, la señorita Devaux se hallaba en el gabinete de su padre, á quien todas las mañanas iba á abrazar.

—Señorita, entró á decir la señora Angélica á Antonina, ahí está una persona que pregunta por vd.

—¿Cómo se llama? dijo Antonina.

—Es una jóven: dice que no la conoce vd. y trae una caja de carton bajo el brazo.

—Será alguna vendedora de encajes y fruslerías, dijo el señor de Devaux. ¡Anda, anda á hacer tus compras del mes!

El señor Devaux abrazó á su hija, y continuó escribiendo un libro en el cual hacia dos años que trabajaba, y que debia esclarecer á la medicina sobre el verdadero lugar donde reside la vida.

Antonina corrió á su aposento.

—¿Pues dónde está la persona que me busca? preguntó.

—Está esperando en la antesala, respondió la señora Angélica.

—Dígala vd. que entre.

Entró Nichette.

La señorita Devaux no pudo dejar de admirar la hermosa fisonomía de la modista; admiracion que demostró, y que no desagradó á nuestra amiga.

—¿La señorita Devaux? preguntó Nichette.

—Yo soy, contestó Antonina.

La señora Angélica, cuya mision era no separarse de Antonina en semejantes casos, lo escuchaba todo de pié con las manos cruzadas sobre el vientre; porque la buena viuda era gorda, y, como todas las personas gordas, tenia el vientre prominente, lo cual le permitía reposar sobre él sus manos.

Nichette hubiera querido alejar aquel importuno testigo, con el cual no habia contado, porque comprendia que delante de él la señorita Devaux no se atreveria á manifestar sus ideas.

—Vengo, señorita, repuso Nichette, para enseñarla á vd. algunos modelos de sombrerillos, fallas, figuras y bordados de última moda.

—Veamos, veamos! exclamó Antonina sentándose, y clavando sus miradas sobre la caja que Nichette habia colocado sobre una silla, y que ésta se disponia á abrir.

—Es lo mas nuevo, lo mas elegante; volvió á decir Nichette.

—¿Viene vd. del cajon de modas de la calle de Bac, del *Rosa de Bengala*?

—No, señorita, respondió Nichette que comprendió que se presentaba la ocasion de alejar á la aya, si, como no lo dudaba, Antonina habia tenido la curiosidad de indagar el apellido de Edmundo: yo no pertenezco á ningun almacen; trabajo en mi casa, y vengo de parte de personas que conocen á vd., para quienes trabajo, de parte de la señora de Péreux.

—Ah! ¿Conoce vd. á la señora de Péreux? preguntó Antonina con admiracion y casi con alegría.

—Oh! mucho, señorita; es una de mis mejores marchantes.

—¿Y ella es la que dió á vd. las señas de mi casa?

—Ella misma.

—Es extraño.

—Por qué, señorita?

—Mi buena Angélica, dijo entonces Antonina dirigiéndose á su aya, en vez de contestar inmediatamente á la pregunta de Nichette, ¿tendrá vd. la bondad de hacerme un favor, que vd. sola pueda prestarme?

—Cuál?

—¿Quiere vd. ir á casa de mi costurera, y decirle que en vez de hacerme el vestido con pasamanería azul, como se lo encargué, se la ponga color de rosa, si es tiempo aun?

—Voy inmediatamente, dijo la buena señora que estaba muy distante de imaginarse el motivo porque Antonina preferia de repente los adornos color de rosa á los azules.

—Está un poco lejos, añadió Antonina; pero no nos pondremos á la mesa ántes que vd. venga.

Esta advertencia pareció agradar bastante á la señora Angélica, quien inmediatamente se puso su chal y su sombrero, y se dispuso á partir.

—Podría enviar al criado, la dijo Antonina en voz baja y salamera; pero temo que vaya á cometer alguna torpeza.

—Tiene vd. razon.

—¿Le gustan á vd. los *figaros*, señora Angélica?

—Por qué...?

—Le gustan á vd?

—Sí, con estremo.

—Eso es todo lo que yo deseaba saber.

—Va á regalarme un figaro, pensaba la aya al bajar la escalera: con tal que me lo escoja con listones punzō...!

—El nombre ha producido su efecto, se decía Nichette: vamos bien... es esta una niña preciosa....

Durante este tiempo Nichette habia abierto su caja.

—Siéntese vd., la dijo Antonina; así estará vd. mas cómoda, y al decir esto, Antonina acercaba su silla á la de Nichette, y colocaba la caja sobre sus rodillas.

—Puesto que le gustan á vd. los adornos color de rosa, la dijo Nichette, aquí hay fallitas para dormir, de ese color, que le agradarán á vd. sin duda.

—¿Conque vd. es quien trabaja para la señora de Péreux? preguntó la señorita Devaux.

—Henos ya en materia, pensó Nichette, y añadió en voz alta: Sí, señorita.

—Y ¿qué edad tendrá la señora de Péreux?

—Es todavía muy jóven; tendrá treinta y nueve años; pero parece demasiado jóven, añadió la modista con el tono mas natural del mundo, cuando se piensa que tiene un hijo de veintitres años.

—Ah! con que tiene un hijo? preguntó Antonina, aparentando examinar con la mayor atencion una falla que Nichette acababa de presentarla.

—Sí, repuso la modista, tiene un hijo, un jóven muy buen mozo, de carácter muy dulce, lleno de talento y de bondad, y que ama á su madre....!

—Lo conoce vd? dijo Antonina, cuya voz comenzaba á temblar.

—Muchísimo: lo veo con frecuencia en casa de la señora de Péreux.

—Esta falla me agrada... me quedo con ella, murmuró la señorita Devaux, para aparentar que variaba de conversacion.

—¿Quiere vd. que se la pruebe? replicó Nichette parándose y disponiéndose como si fuera á peinar á la doncella.

—Con muchísimo gusto.

—La sienta á vd. maravillosamente!... exclamó Nichette despues de haber mirado en el espejo el efecto que producía la falla sobre la cabeza de la hija del médico.

—Cuánto vale? preguntó ésta.

—Oh! muy poco. Ya hablaremos del precio despues, cuando haya vd. hecho su eleccion.

Antonina se quitó la fallita, la puso á un lado, y volviéndose á senar, dijo:

—Qué mas tiene vd. que enseñarme?

Registróse de nuevo la caja de carton.

Nichette se guardaba muy bien de ser ella la primera que hablara de Edmundo; ademas estaba segura de que Antonina llevaria á ese terreno la conversacion. Esto no tardó mucho.

—Me parece que mi padre conoce á ese señor Edmundo de Péreux, dijo Antonina.

—Edmundo! . . sí, precisamente Edmundo se llama! ¿Ya la habia yo dicho á vd. su nombre de bautismo? preguntó Nichette.

—No, pero he encontrado su tarjeta en el gabinete de mi padre. . . ahora me acuerdo, respondió la doncella ruborizándose.

—En efecto, segun he oido, debia venir á hacer una consulta á su padre de vd. . . Tenia un mal ligero, pero su madre se inquieta por tan poco, que ha querido tranquilizarla.

—Y se ha tranquilizado?

—Completamente, contestó Nichette, quien hablaba de esta manera para no quedarse callada, y para aparentar que ignoraba el motivo verdadero de la visita de Edmundo.

—Pobre muger! pensó Antonina; nada sospecha.

Luego añadió en voz alta:

—Ayer fué cuando vino.

—Y ¿no ha venido hoy en la mañana? preguntó la griseta.

—No.

—Está vd. segura, señorita?

—Oh! sí, muy segura, murmuró la señorita Devaux ruborizándose de nuevo. ¿Debia venir hoy?

—Me pareció haberlo encontrado en esta calle no hace un momento.

Antonina nada respondió y bajó los ojos. Como ydes. verán, Nichette la perseguia hasta en sus últimas atrincheramientos.

—He de menester, dijo al cabo de algunos instantes la hija del médico, un figaro para esa señora que vió vd. aquí, y que envié á casa de mi costurera.

—¿De este género? y la modista enseñaba uno nuevo.

—Sí, así como ese.

—El compañero lo he vendido á la señora de Péreux.

Antonina no abrió los labios; temia haber hablado ya demasiado de Edmundo, y sin embargo, ni aun sospechaba que Nichette tuviera tanto interes en saber lo que ella pensaba y decia de él. La modista comprendió muy bien aquel silencio forzado; pero se prometió hacer hablar todavía mas á la inocente niña.

—Sí, continuó; su mismo hijo fué quien es-

cogió este figaro. ¡Tiene un gusto tan esquisito...! ¡Figúrese vd., señorita, que él se ocupa tanto de su madre, como un hermano de su hermana, como un marido de su esposa...! Merece ser muy dichoso, y sin embargo...

—Y sin embargo... repitió Antonina.

—Y sin embargo, replicó Nichette, desde hace dos ó tres dias no sé lo que tiene; pero me ha parecido triste, ó cuando ménos pensativo... se conoce que algo lo preocupa fuertemente. Su madre me hablaba de esto mismo ayer... Su madre me ama mucho, me conoció muy niña y me cuenta todos sus pesares.

—¿Y no sabe lo que pone pensativo á su hijo? preguntó Antonina, haciendo pasar el encaje por sus dedos, y aparentando ocuparse mas de la calidad del dicho encaje que de lo que decia.

—Sí, señorita... Oh! su hijo nunca la oculta nada...

—Y... ¿qué tiene?

—Quería casarse...

—¿Pues por qué no lo hace?

¡Tendremos necesidad de decir que el corazón de Antonina palpitaba con violencia desde el principio de esta conversacion, á la cual se dejaba arrastrar irresistiblemente, por mas que se decia era mal hecho hablar de aquella manera con una muger á quien no conocia, y que cuando ménos sorprendia su secreto?

Pero, en realidad ¿podia temer la candorosa

niña dejar conocer un sentimiento de que ni aun ella misma podia darse cuenta? En cuanto á adivinar que Nichette fuera algun comisario de Edmundo, era tan inocente, tan pura, que aun cuando se lo hubieran dicho, no hubiera creídolo.

—No se casa, continuó Nichette, porque ignora todavía si la señorita á quien ama, le corresponderá.

—Nunca la ha hablado?

—Jamás; la ha visto solamente.

—Y con solo verla la ha amado?

—Sí; es muy extraordinario, ¿verdad, señorita? mas parece que esa señorita es tan bella, tan graciosa, que tiene un aspecto tan dulce, tan confrontable, y tan casto, que no se necesita otra cosa mas que verla una sola ocasion para amarla con toda el alma...

La modista se detuvo, porque creyó haber ido muy lejos.

—Mire vd., señorita, añadió con rapidez: aquí tiene vd. cuellitos de punto con una valenciana, muy sencillos, pero propios para una joven.

—Sí, sí... balbuceó Antonina; ese cuello es de muy buen gusto.... lo tomaré sin duda...

—Es decir, que las dos fallitas y el cuello...? dijo Nichette, que queria dejar á la señorita Deveux el tiempo de reponerse de su emocion.

—Sí, respondió ésta, sin saber lo que decia.

Nichette se levantó.

Si Antonina no hubiera contenídose violentamente, la habria dicho:

—¿Cómo! ¿ya no me habla vd. mas de Edmundo?

Nichette, que no separaba de ella su vista, adivinó lo que pasaba en su corazon, porque no hay diplomático mas hábil que una muger; pero para no descubrirse, hizo el propósito de esperar otra vez que la hija del médico trajera ella misma la conversacion al punto que á ambas convenia.

—¿Nada mas le agrada á vd? preguntó la modista cerrando su caja.

—No, gracias; respondió Antonina.

Nichette recogió sus guantes que habia dejado sobre la chimenea, y se los empezó á poner con mucho espacio, á fin de dar á Antonina el tiempo necesario para que hallara el medio de anudar la conversacion sobre Edmundo.

Pero la jóven, sin experiencia, se devanaba en vano la mollera.

Para ella no habia ya duda de que el señor de Péreux estaba enamorado de ella, y le agradaba mucho que se lo dijeran; pero no se atrevia á hablar del asunto. Miéntras mayor era el silencio que reinaba, mas difícil se le hacia hablar á Nichette de Edmundo, á riesgo de que ésta, cuando ménos, se admirara de semejante curiosidad.

—Pues bien, señorita, dijo la modista cuando se hubo puesto los guantes, dejo á vd. ... pero espero que tendrá vd. la bondad de seguir siendo mi marchanta!

—¿Dónde vive vd? preguntó Antonina.

Nichette la dió las señas de su casa.

—Voy á pagarla á vd., dijo la señorita Devaux.

—Es inútil, señorita, vd. me pagará esas tres piezas otra ocasion ... cuando nuestra cuenta sea mas considerable, dijo sonriendo, y se dirigió hácia la puerta.

Entónces Antonina, al mirar irse á la modista, quiso decirla una cosa que no queria decir mas bien que hablar de Edmundo.

En el momento en que Nichette ponía la mano sobre el picaporte, Antonina la dijo con un acento lleno todavía de indecision:

—Señorita. ...

Y, llena de rubor, bajó los ojos, porque no sabia qué añadir.

—¿Tiene vd. algo que decirme, señorita? dijo Nichette.

—Sí ... cierre vd. esa puerta.

Nichette obedeció.

—Lo que voy á decirla á vd. va á parecerla muy extraño ... pero la confieso á vd. que ese señor de Péreux me interesa mucho.

Nichette abrió la boca para responder.

—Voy á esplicarme, añadió Antonina; me

interesa, en razon á que sé sobre él una cosa muy grave, de la que solo mi padre y yo tenemos noticia.

—¿Qué cosa es?

—El señor Edmundo está mas enfermo, mucho mas enfermo de lo que él cree. Puesto que vd. lo conoce, hágale entender que es necesario que se cuide... que viaje; no, que no viaje, pero que se cuide mucho, y que venga muy á menudo á ver á mi padre, quien lo tratará como á un hijo... Ya comprenderá vd., señorita, ¿no es cierto? que debo interesarme por ese jóven desde que he sabido que su salud, que su vida, están gravemente comprometidas...!

Nichette que no aguardaba aquella confianza, y que estimaba á Edmundo como á un hermano, se puso muy pálida.

—¿Es verdad, lo que vd. me dice, señorita?

—Demasiado cierto, por desgracia.

—El señor Edmundo está enfermo?

—Y de mucho peligro!

—¿Con que Gustavo no se engañaba...! murmuró Nichette.

—¿Qué dice vd? preguntó la señorita Devaux.

—Digo, señorita, respondió Nichette con una emocion que no la era posible ocultar; digo, que vd. es un ángel, y que ya no me admiro de que Edmundo la ame tanto...!

—¿Qué significa eso...? exclamó Antonina.

—Significa, señorita, que es ya inútil el fingimiento... que esa encantadora jóven á quien el señor de Péreux ama, es vd.... y que vd. lo ama á él, tal vez sin conocerlo vd. misma... pero este es un secreto entre nosotras dos, y le juro á vd. que á nadie lo revelaré. Un dia yo la esplicaré á vd. todo ésto, y verá vd. cómo me debe estar reconocida por lo que hago... Piense vd., niña, que Edmundo está enfermo... que el mas ligero pesar puede agravar su mal, y que su vida y su felicidad están entre las manos de vd....

Antonina estaba confundida por aquella confesion que habia dejado escapar la emocion de Nichette; pero bien pronto respondió con todo el candor de su alma, y como si hubiera adivinado sus necesidades de mas esplicaciones, que estaba tratando con un corazon semejante al suyo, reveló todo lo que sabia á la modista, y concluyó diciendola:

—No diga vd. nada de esta enfermedad á su madre.... Se le salvará sin que ella lo sepa.

—El amor de vd. bastará para ello... ¡Va á ser tan dichoso cuando sepa que vd. lo ama!..

—Pero yo me he dicho...

—Silencio! exclamó Nichette; alguien viene.

En efecto, la señora Angélica acababa de volver, y abrió la puerta del aposento de Antonina.

—Ya tiene vd. las señas de mi casa, señorita, dijo Nichette: si desea vd. algo, no tiene que hacer mas que escribirme. . . . vendré inmediatamente.

Antonina, á quien en aquel momento le habria sido difícil hablar una palabra, respondió con una señal de cabeza.

Nichette las saludó y salió.

—Tendrá vd. su vestido con pasamanería color de rosa, dijo Angélica á Antonina.

—Muy bien, contestó ésta: hē aquí un figaro para vd., mi querida señora Angélica, ¿le gusta á vd?

—Tiene cabalmente listones punzō . . . ! Ah! querida niña, que buena es vd. en pensar en mí. . . .

Y la buena señora viuda abrazó con efusion á Antonina, para darla gracias por su galantería.



CAPITULO XIV.

UNA FATALIDAD!

Cuando Nichette se habia presentado por la mañana en casa de Antonina, ni aun por asomos se imaginaba el resultado que su visita habia tenido. Fué confiada y alegre, á fin de saber si Edmundo tenia algunas probabilidades de ser amado, y volvía triste y conmovida, despues de haber sabido que el pobre jōven se hallaba atacado de un mal, que ponía su vida en peligro.

Nichette estaba aterrorizada.

La enfermedad, el temor, la tristeza, eran estrañas á sus costumbres, que su corazon se impresionó profundamente con lo que la habia dicho la señorita Antonina. . . . ¿Qué iba á contestarle á Edmundo cuando viniera á las dos, segun le habia dicho. Hubo un momento en que la vinieron ganas de marcharse de su casa. Todo lo miraba de un color sombrío, y no queria hacer ni decir nada, ántes de haber consul-

—Ya tiene vd. las señas de mi casa, señorita, dijo Nichette: si desea vd. algo, no tiene que hacer mas que escribirme. . . . vendré inmediatamente.

Antonina, á quien en aquel momento le habria sido difícil hablar una palabra, respondió con una señal de cabeza.

Nichette las saludó y salió.

—Tendrá vd. su vestido con pasamanería color de rosa, dijo Angélica á Antonina.

—Muy bien, contestó ésta: hē aquí un figaro para vd., mi querida señora Angélica, ¿le gusta á vd?

—Tiene cabalmente listones punzō . . . ! Ah! querida niña, que buena es vd. en pensar en mí. . . .

Y la buena señora viuda abrazó con efusion á Antonina, para darla gracias por su galantería.



CAPITULO XIV.

UNA FATALIDAD!

Cuando Nichette se habia presentado por la mañana en casa de Antonina, ni aun por asomos se imaginaba el resultado que su visita habia tenido. Fué confiada y alegre, á fin de saber si Edmundo tenia algunas probabilidades de ser amado, y volvía triste y conmovida, despues de haber sabido que el pobre jōven se hallaba atacado de un mal, que ponía su vida en peligro.

Nichette estaba aterrorizada.

La enfermedad, el temor, la tristeza, eran estrañas á sus costumbres, que su corazon se impresionó profundamente con lo que la habia dicho la señorita Antonina. . . . ¿Qué iba á contestarle á Edmundo cuando viniera á las dos, segun le habia dicho. Hubo un momento en que la vinieron ganas de marcharse de su casa. Todo lo miraba de un color sombrío, y no queria hacer ni decir nada, ántes de haber consul-

tado con Gustavo, y dádole parte de la terrible noticia que acababa de recibir.

En consecuencia, dominada por los fúnebres pensamientos que la habían producido las palabras de la señorita Devaux, escribió á Daumont:

“ Mi querido Gustavo: Ven á verme en el momento en que recibas esta carta: nuestro pobre amigo Edmundo tiene necesidad de todos los que lo aman. Ya te acuerdas que cuando te veía triste frecuentemente, y te preguntaba qué te afligia, me contestabas que tenías temores por su salud; que lo oías toser de vez en cuando; que su padre había muerto á los treinta años, y que mientras mas se acercaba Edmundo á esa edad, mas temías por él. . . . Pues bien, querido amigo, tus sentimientos no te habían engañado! . . . Edmundo está atacado de la misma enfermedad que el señor de Péreux, su padre. La señorita Antonina es quien me ha revelado este terrible secreto, y á ella se lo dijo su papá, el médico. He querido darte parte inmediatamente de todo ésto, á fin de que convengamos en los medios de salvar si es posible, á nuestro pobre amigo. Desde que la señorita Devaux me lo dijo, tengo el corazón oprimido; apenas puedo respirar, y estoy llorando al escribir estos renglones.

“ Edmundo debe venir á mi casa á las dos

“ de la tarde; ven ántes á decirme lo que debo hacer, porque tengo miedo, si no te veo ántes, de no poder disimular delante de él mi turbacion.

“ Por lo demas, esa chula Antonina es un ángel. . . . lo ama, estoy segura, y tambien creo que la enfermedad de Edmundo y la simpatía que los siniestros presagios del señor Devaux han despertado en su tierno y compasivo corazón, han influido no poco en ese amor.

“ Hé aquí el resultado de ese paso que yo daba, bien lo sabes, con la mejor intencion . . . y del cual me arrepiento ahora tanto! En tu lugar, iria á buscar al señor Devaux y le diria, que á todo precio es necesario que salve á Edmundo. . . . El pobre jóven nada sabe de todo esto . . . tal vez sea tiempo todavía de salvarlo. . . .

“ Ya sabes que todo lo que sea necesario hacer por tu amigo, lo haré, aun cuando deba costarme la mitad de mi sangre.

“ Te espero, te espero, para explicarte estas líneas, que mi mano temblorosa debe hacer te ininteligibles.—NICHETTE.”

Nichette cerró esta carta, la puso una oblea, escribió en el sobre el nombre y las señas de la habitacion de Gustavo, y bajó al cuarto de la portera, á quien dijo:

—Haga vd. que lleven inmediatamente esta

carta á su destino, y que traigan sin falta la respuesta.

La portera entregó la carta á un *comisionado* de la casa de correos, quien se dirigió al momento á casa de Gustavo.

Durante este tiempo Edmundo, en lugar de volver á casa de su madre, que se habia dormido muy tarde, y que por la misma razon debia hallarse aun acostada, se habia dirigido al acaso, entregado enteramente á sus pensamientos, á su amor, á sus esperanzas.

Después de haber vagado de esta manera durante algun tiempo por los arrabales, se habia dirigido maquinalmente hácia la casa de su amigo, al cual queria enseñar la carta que recibiera la víspera, y darle parte de la felicidad que dicha carta le habia causado.

Gustavo no se hallaba en su casa; pero el criado, que conoció á Edmundo y que sabia que éste en casa de su amo se hallaba como en su propia casa, insistió para que lo aguardase, asegurándole que Gustavo no tardaria en llegar.

Edmundo, que no tenia otra cosa mejor que hacer, se quedó, y recostado sobre un sofá se habia entregado á sus halagüeñas cavilaciones.

Haria poco mas ó ménos media hora que se hallaba allí, cuando llegó el cartero con la carta de Nichette.

—El señor Daumont no está en casa, contestóle el criado, pero déjele vd. la carta.

—No, dijo aquel hombre. Tiene que darme una respuesta.

—Pues entónces espere vd. á mi amo.

El cartero se sentó; pero al cabo de un cuarto de hora comenzó á impacientarse. Se levantó, y se puso á pasear por el comedor diciendo:

—Si fuera necesario esperar de esta manera por todas las cartas que llevo, no hay duda que haria un lindo negocio.

—Y ¿qué quiere vd. que yo haga, buen hombre, dijo el criado; mi amo no está en casa, y no puedo darle la carta.

El cartero tuvo paciencia todavía por algunos minutos, pero al fin continuó en sus impacientes.

—Y la portera, que me encargó con mucha instancia no volviera sin la respuesta...

—Deme vd. esa carta! exclamó el criado impaciente tambien con el afán del cartero.

—Ya ve vd. como está su amo en casa! le dijo éste entregándole la carta.

El criado alzó las espaldas, y no respondió ni una sílaba. Con la carta en la mano entró al aposento donde se hallaba Edmundo.

—Diga vd., señor Edmundo... dijo al joven, con el cual, á fuerza de verlo tan repetidas ocasiones, habia llegado á lograr alguna familiaridad.

—¿Qué quieres, buen Hilario? preguntó de Péreux.

—Ahí está un hombre que trae una carta para el amo, y que no quiere marcharse sin la respuesta.... Dice que le hacen perder el tiempo.

—Pero, ¿qué quieres que yo haga?

—Vd. que es el amigo del señor Gustavo y que conoce todos sus negocios, sabrá probablemente de lo que se trata, y podrá dar esa respuesta... porque ese hombre me fastidia con sus gritos y aspavientos...

Y al decir esto Hilario, entregaba la carta á Edmundo, quien, despues de haber mirado el sobrescrito, dijo:

—Calla! es de Nichette! ¿Qué diablo puede decirle á Gustavo? Le cuenta sin duda lo que pasó esta mañana entre ella y Antonina... En todo caso, nada le dirá que no pueda yo saber.—Voy á dar la respuesta.

Y al mismo tiempo Edmundo rompió la oblea de la carta, y se puso á leerla.

Cuando hubo llegado á la última línea, se miró en el espejo.... estaba pálido como un cadáver.

—¿Qué debo responder? preguntó el criado.

—Dí que está bien; que el señor Gustavo Daumont irá dentro de un momento á casa de la persona que le escribe.

Edmundo llevó la mano á su frente; un sudor frio la inundaba, y dos lágrimas corrían de sus ojos.

Todos sus pensamientos estaban encerrados en aquellas dos lágrimas amargas.

—¡Mi pobre madre...! balbuceó, y guardó la carta en su bolsa. No tenia necesidad de leerla mas; se le habia quedado grabada sobre el corazon.

Entónces tomó su sombrero, bajó las escaleras como un loco, y se echó á andar, sin ver, sin pensar, sin sentir casi.

De repente se detuvo para mirar dónde se hallaba.

Estaba en el mercado de la Magdalena.

La gente pasaba á su lado risueña, alegre... miróla atónitamente por algun tiempo, y luego se dirigió hácia la calle Godot, y subió al cuarto de Nichette, quien se espantó al verlo tan pálido.

—Acaba vd. de enviar á casa de Gustavo, la dijo Edmundo, tendiéndola su mano abrasadora, y sin poder dominar la emocion de su voz.

—Sí, contestó Nichette, á quien un presentimiento advirtió que acababa de suceder alguna desgracia.

—Gustavo no se hallaba en su casa, mi buena Nichette... y yo fuí quien abrí la carta de vd.....

La griseta arrojó un grito agudo, y ocultó el rostro entre sus manos.

—¿Qué he ido á hacer, Dios mio....? exclamó cayendo de rodillas.

—Ha hecho vd. lo que debía hacer, Nichette... La carta de vd. revela toda la bondad de su corazón de ángel... Tarde ó temprano era necesario que yo supiera la verdad. No hablemos mas de esto. He venido á darla á vd. las gracias por la santa y buena afección que me profesa, y á rogarla oculte todo esto á mi madre.... ¡Moriría de dolor la pobre...!

A esta ida, Edmundo sintió que las lágrimas se agolpaban de nuevo á sus ojos.

—¡Yo que tan dichoso me creía.... murmuró.—¿Ha visto vd. á Antonina? dijo en voz alta á Nichette.

—Sí, respondió la jóven, limpiándose los ojos.

—¿Y ella es quien le ha revelado á vd. todo esto?

—Sí.

—Parecía connovida?

—Oh! sí, mucho!

—¡Pobre niña... ¿me amará algo...?

—Ama á vd., Edmundo... y tal vez nos alarmamos sin motivo.

Edmundo sonrió tristemente.... Veíase por aquella sonrisa que no se equivocaba sobre su fatal sentencia.

—Gracias, mi buena Nichette, gracias.... la dijo.

En aquel momento entró Gustavo; Gustavo, que ignoraba todo lo que habia pasado.

—Vengo de casa, dijo á Edmundo; me dijeron que habias recibido una carta mia....

—Es cierto, contestó Edmundo; aquí la tienes: perdóname que la haya abierto, porque te ha de causar mas aficción que á mí...!

Al decir esto de Péreux entregó á Gustavo la carta de Nichette.

—Era la voluntad de Dios... murmuró Daumont levantando los ojos al cielo, y sin poder añadir una palabra mas.

—Sí, era la voluntad de Dios, repitió Edmundo; pero de lo que me quejo á Dios, añadió, es de haber mezclado á vdes. dos en este negocio.... á vdes. tan contentos, tan alegres, tan felices.... ¿cómo voy á fastidiarlos!...

—Edmundo, ¿qué estás diciendo? exclamó Gustavo.

—Oh! no diga vd. eso! dijo Nichette.

—Ah! amigos de mi corazón, replicó Edmundo estrechando entre sus brazos la cabeza de la jóven y la de su amigo cubriéndolas de besos; soy muy desgraciado!...

—Y al decir ésto, sintió que sus fuerzas lo abandonaban.... y cayó llorando sobre una silla.

CAPITULO XV.

UN PROYECTO DE AMIGO.

Nichette y Gustavo estrecharon las manos de Edmundo, sin decirle una palabra, porque ámbos habian comprendido que el consuelo y la esperanza eran inútiles.

—Vamos, es preciso ser hombre, dijo de repente Edmundo levantándose y disponiéndose á salir.

—¿Adónde vas? le preguntó Gustavo.

—Voy á ver á mi madre; voy á almorzar con ella, contestó de Pereux con un acento que trató de hacer indiferente. ¿Te veré esta tarde?

—Sí ciertamente.

—Entonces, hasta luego. Adios, mi buena Nichette, dijo Edmundo abrazando á la modista; mil gracias todavía por su agradable comida de ayer. ... tal vez la repetiremos alguna vez.

Gustavo acompañó á su amigo hasta la escalera; estaba casi espantado de su tranquilidad.

—¡Cuidado con alguna imprudencia! le dijo al separarse.

—¿Qué imprudencia quieres que cometa...? ya no es tiempo de eso, respondió Edmundo sonriendo.

—¡Valor, amigo, valor!

—Lo tengo... ¿por qué he de desesperar...? Los hombres se pueden engañar ¿verdad? y Dios es siempre misericordioso y bueno... No ha concluido todo aun... ¡Bah...!

Edmundo estrechó afectuosamente la mano de Gustavo, y bajó las escaleras.

—Solo para tranquilizarnos, solo para afligirnos ménos, habla Edmundo de esa manera, dijo Daumont á Nichette cuando cerró la puerta; pero, lleva la muerte en el alma.... Ah! es horrible lo que ha pasado.... ¿Por qué irías á escribirme esa carta?

—¿Podria imaginarme lo que sucederia? No me riñas, Gustavo de mi alma.... harto sufro ya.

Y Nichette se limpiaba nuevamente sus ojos arrasados de lágrimas.

—Veamos, dijo Gustavo, no nos alucinemos con esperanzas mentirosas.... veamos las cosas por su lado peor, y si nos engañamos, será una felicidad. Edmundo tiene apenas cuatro ó cinco años de vida....

—Pobre Edmundo...! murmuró la griseta.

—Pues bien, es preciso que esos cuatro ó

cinco años los viva dichoso, y á mí, como su amigo, es á quien toca asegurarle esa dicha. Porque, mira Nichette, si el día en que Edmundo muera, siento que tengo algo que echarme en cara, si me parece que he correspondido con frialdad á su afecto... que he sido mal amigo.... ¡no sé! pero me levantaria la tapa de los sesos. ¿La señorita Devaux vive solamente con su padre?

—No, tiene una aya que la cuide.

—¿Qué importa!

—Quieres verla?

—Sí.

—Para qué?

—Tengo un proyecto.

Gustavo abrazó á Nichette, y salió también á la calle.

Cuando hubo desaparecido tras de la esquina del cuartel, la modista se echó sobre los hombros su chal, se dirigió hácia la iglesia de la Magdalena, se arrodilló con fervor, y encendió una vela de cera. Después de lo cual, se volvió á su casa un poco más tranquila.

Durante este espacio de tiempo, Edmundo había llegado á casa de su madre, que acababa de despertarse casi sin ningún recuerdo de las emociones de la víspera, y que recibió á su hijo como lo tenía de costumbre con una sonrisa y un beso.

A pesar de todos sus esfuerzos, Edmundo no

podía triunfar de su tristeza y de los fúnebres pensamientos en que lo sumergió la carta de la modista.

Dos ó tres ocasiones, la señora de Péreux le preguntó ¿qué tenía? Pero ella atribuía aquella melancolía á los primeros síntomas del amor que experimentaba su hijo.

Oh! cuando el corazón se ha entregado á la esperanza, ¡cuánto trabajo le cuesta volver á caer en la duda terrible! Por una de esas reacciones tan frecuentes en el alma, los temores de la madre de Edmundo parecían haberse borrado para siempre desde que había puesto toda la confianza en Dios, después del horrible presentimiento que la había herido el día anterior!

Edmundo hizo todo lo que pudo para estar alegre; pero después del almuerzo, durante el cual contó á su madre el encuentro que había tenido con Nichette, y la cita que ésta le diera, se retiró á su aposento.

Allí se sentó, por decirlo así, frente á frente de sí mismo, y con la cabeza apoyada sobre las manos, se puso á pensar.

—¿Qué cosa tan extraña es la vida!—se decía—Nace un día un niño... sus padres, jóvenes y felices, lo colman de cuidados, de precauciones, de alegría... lo acogen como un beneficio del cielo... y aman en él el visible latido de sus dos corazones, porque el niño es como un

espejo en que se miran los autores de sus días. Los ojos del niño se abren á la luz, su alma á la vida, y la naturaleza entera comienza para él. Una mirada maternal sigue, estudia al recién nacido: el menor de sus males inquieta á los que lo rodean; se le protege como á una delicada flor que tiene siempre necesidad de la misma cantidad del sol, de sombra y de agua. Se le educa como si su vida debiera ser eterna; se llena su corazón de sentimientos; su espíritu, de ciencias, . . . de esta manera crece. ¡Se fundan mil esperanzas sobre este niño para cuando llegue á ser hombre! ¡Se le enseñan todas las carreras; se investigan sus inclinaciones, sus preferencias, sus simpatías; se le crían relaciones; se llenan de orgullo sus padres por sus progresos, y dan gracias al cielo!

“ En fin, llega el niño á los veinte años; sonríe á la existencia que se le aparece llena de encantos. . . . su inteligencia razona, su ojo sondea todos los horizontes, su corazón ama. A la vez él espera para sí; se siente capaz de grandes y buenas acciones, colma de felicidad á los que lo rodean y la vuelve como la recibió. . . . En su espíritu germinan todas las ambiciones nobles, el porvenir se le aparece color de rosa. . . es dichoso, finalmente!

“ Sus padres se complacen en su obra acabada á fuerza de amor y de cuidados. . . pero un hermoso día se hecha de ver que aquel jó-

ven tiene un *tubérculo* en el pulmón, y que es preciso que irrevocablemente muera, y que dentro de un corto término será necesario encerrar entre cuatro tablas y arrojar á la tierra con su cadáver, todo su pasado, todo su porvenir, todas sus esperanzas, su felicidad toda! que él no verá mas á los que lo aman, ni éstos á él, y que en vez de estrechar entre sus brazos una criatura joven, fuerte, dichosa, amorosa, amada, sus padres no tendrán mas que una tumba con un nombre encima donde ir á orar. . .

“ Ah! esto es horrible. . . ! Y ese niño soy yo. . . . !

“ He aquí cómo yo vivo, veo, siento, pienso, amo. . . . todas las cosas de la naturaleza hallan en mí un espejo, y me veo. . . . y, dentro de poco tiempo mis ojos no verán ya, mi cuerpo estará insensible, mi cerebro no será mas que una materia inerte, mi corazón, que ahora late al oír pronunciar solo un nombre, estará muerto, y mi amor será cosa olvidada y perdida. . . ! Nadie pensará que hay un lugar vacío en el mundo, y otros hombres vendrán, que mirarán, que sentirán, que pensarán, que amarán y morirán como yo. . . .

“ A mi edad, ordinariamente se deja correr la vida alegremente con descuido; lo pasado es corto, el porvenir parece eterno. . . . déjanse pasar los días sin contarlos; ¡tan rico así está el corazón de esperanza! Pero yo, y que estoy

ya advertido; yo que por consiguiente moriré dos veces, cada mañana me diré: ¡será á la noche...? y cada noche: ¡será mañana....? Y un dia mi madre lanzará un grito que ya no oiré.... y todo habrá acabado....!

“Un sacerdote cuyas oraciones no podrán despertarme, rezará junto á mi cabecera; algunos hombres me acostarán en mi último lecho, estrecho y frio, y llegará un momento en que me halle mas cómodo en mi atahud, que lo que estoy ahora con todo el mundo delante de mí... Mi cuerpo será el mismo; un poco mas pálido, mas flaco, esto es todo....! pero ninguna de las cosas terrenales tendrá ya imperio sobre él, y mi alma estará cerca de Dios.....

“Y por mas que haga, así ha de suceder.

“Y sin embargo, amo.... á mi madre en primer lugar, que me habrá dado toda su vida sin poder asegurarse de la mia: á Gustavo, que aceptaria hoy la enfermedad que tengo, á fin de que yo fuera dichoso: á Antonina, á quien he visto hace solamente tres dias, y que me ha dado ya una prueba de su simpatía y de su compasion generosa.... á Nichette, á esa buena muchacha, que llorará sinceramente mi pérdida... y á pesar de tanto amor, de tantos celos, será necesario que me detenga en medio del camino, y que, los que he conocido continúen el suyo sin mí.....

“¡Y yo, que lloraba frecuentemente con la

idea de que un dia veria morir á mi madre....! ¡Bendito seas, Dios mio, que me evitaste ese dolor.....!

Con el corazon comprimido con todas estas reflexiones, en las cuales á su pesar se complacia, Edmundo se levantó y dió algunos paseos por su aposento; luego fué á su ventana, entreabrió las cortinas, y miraba hácia la calle á las gentes que pasaban; por último, pronunció el nombre de Antonina, y volviendo junto á la mesa se sentó, apoyó su cabeza sobre la mano izquierda, y maquinalmente se puso á escribir á la señorita Devaux.

“Antonina, escribia, me parece que la amo á vd. mas desde esta mañana. En la iglesia sin duda ha rogado vd. á Dios por mí. ¡Cuántas cosas han acontecido en tres dias! ¡Qué será lo que haga ahora? Voy á partir, pues que vd. me lo ha aconsejado.... ¡Partir...! y adónde iré? Iré á buscar al Mediodia una atmósfera de fuego, que me conserve la vida por unos cuantos meses mas? ¡Revelaré á mi madre que estoy enfermo? Me alejaré de vd? ¡Llevaré á gentes estrañas mi tristeza, mi fastidio, mi mal? ¡Iré á morir á un cuarto de meson bajo un cielo nuevo....? y ¡de qué me servirá....?

“Sin embargo, si Dios y vd. quisieren, yo podria ser feliz todavía, y esa noticia fatal que he sabido esta mañana, podria ser la causa de mi dicha. ¡Hay acaso algun ser que esté seguro

de vivir dichoso, durante tres años! ¡y yo podría serlo, yo! Tres años, pasados con la muger á quien se ama, son una eternidad de delicias.— Si yo fuera á vd., Antonina, y le dijera: Me queda muy poco tiempo que vivir, pero depende de vd. que ese tiempo sea para mí feliz ó desgraciado, maldecido ó bendecido..... Sacrifíquese vd.; sea vd. mi esposa, y durante los pocos años que Dios me concede todavía, todo lo que un hombre puede hacer, todo lo que puede inventar, todo lo que puede imaginar para la muger á quien ama, yo lo haré, lo inventaré, lo imaginaré para vd..... El sacrificio que vd. me habrá hecho, no será mayor que los contados días que me restan..... Cuando yo muera, vd. quedará libre y jóven todavía; podrá vd. continuar con un nuevo esposo la felicidad comenzada conmigo.

“A nombre de la madre que vd. llora, á nombre de mi madre, que morirá con la pesadumbre que voy á causarla, sea vd. mia, Antonina; y cuando Dios me llame á su seno, volveré á él con el alma llena de reconocimiento por los consuelos que me habrá vd. dispensado....

“Haga vd. ésto, Antonina, y algun día podrá vd. decir: “He hecho una buena accion. Habia un desgraciado que, sin mí habria muerto blasfemando y maldiciendo; pero, gracias á mí, á mi amor, ha muerto echando de ménos la vida, mas no maldiciéndola.” Ya verá vd., Anto-

nina, qué dulce la será á vd. este pensamiento en lo futuro, y cuan orgullosa estará vd. de haber obrado así..... Y luego ¡quién sabe.....!”

Edmundo no continuó la frase comenzada; la pluma cayó de sus manos. ¡Cosa estraña! la idea de esperar, lo desalentaba.

Entónces releyó lo que acababa de escribir, y despues de haber meditado algunos instantes sobre aquella carta, la destrozó y arrojó los pedazos al fuego de la chimenea.

—¡Qué insensato soy! exclamó! ¿no me ha aconsejado que parta? ¿Con qué derecho iria yo á pedir á esa niña que asocie su salud con mi enfermedad, su vida con mi muerte? ¿Con qué derecho la daria un cadáver por marido; á nombre de quien tomaria yo sus hermosos y juveniles años, como se toman las flores para arrojarlas sobre una tumba.....? Pero me ama..... y ¿puede amarme esa jóven á quien no he dirigido la palabra mas que para volverla su guante, y que apenas me ha visto dos ocasiones....? ¿Debo abusar de un rasgo de piedad que ha tenido por mi suerte.....? ¡Vamos, estaba loco!

Y Edmundo dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Pues bien! continuó al cabo de algunos momentos; si no tengo el derecho de hacerme amar de ella, sí tengo el de amarla, de verla; tengo el derecho de hacerla comprender que

desde el primer día que la he visto he asociado su pensamiento á mi pensamiento. En lugar de emplear en mi propia felicidad el tiempo que me resta de vida, quiero emplearlo en la suya. ¡Desgraciado del hombre á quien ella ame si no la hace tan dichosa como merece serlo!

"Voy á ver al señor Devaux; todo se lo explicaré, le confesaré la verdad. Le pediré que me reciba en su casa, como á su hijo, y á Antonina la rogaré que me ame como á su hermano. . . . Miraré desarrollarse en ella sus primeras impresiones. . . . la amaré, no como á una esposa, sino como á una hija. . . . Mi próximo fin me envejecerá á sus ojos, y escuchará mis consejos. Mi afección será casi paternal. . . y su marido no podrá estar celoso de mí cuando sepa quien soy. . . . Sí! esto es mejor; no me casaré. . . . no haré soportar el dolor de mi muerte sino á aquellos á quienes la naturaleza ha colocado junto á mí. . . . De esta manera no robaré á mi madre mis últimos años. . . . Seré todo de ella. . . y me dormiré en sus brazos."

Edmundo razonaba de esta manera; tan necesario así le era dar un alimento á su corazón desgarrado! En seguida salió para ir á ver al señor Devaux, pero en realidad con la esperanza de encontrar á Antonina.

Durante este tiempo, Gustavo se dirigió á la calle de Lille, preguntándose durante todo el

camino, qué pretesto tomaria para hablar á Antonina.

—Después de todo—se dijo á sí mismo—es necesario que yo la hable, y en mi concepto, la franqueza es lo mejor. Se trata de la felicidad de Edmundo.

CAPITULO XVI.

LA ALEGRIA EN MEDIO DEL DOLOR.

Cuando hubo llegado á la calle de Lille, Gustavo subió sin titubear á casa del señor Devaux.

—Hágame vd. el favor de decir á la señorita Devaux, dijo al criado que vino á abrirle, que hay aquí una persona que la ruega la reciba en el salon.

Pronunció Daumont estas palabras con un tono tan resuelto, que el criado no contestó sino obedeciéndole.

Gustavo entró, pues, al salon que ya conocemos, y adonde se presentó Antonina pocos momentos despues.

—¿Vd. es quien desea hablarme, caballero? preguntó á Gustavo con admiracion.

—Sí, señorita, contestó éste, y aun la rogaré á vd. que cierre la puerta de su gabinete.

que lo que tengo que decirla, no puede ni debe ser oido mas que de vd. sola.

Semejante lenguaje no podia ménos de admirar á la jóven; pero el que la hablaba lo hacia con un tono tan suplicante, que cerró la puerta como selo pedia, y volviéndose á sentar, le dijo:

—Ya escucho á vd., señor.

—Señorita, exclamó con calor entónces Gustavo; vd. es jóven, bella; es vd. la hija de un hombre honrado; el corazon de vd. debe ser, pues, compasivo, bueno, generoso.... Ah! sin quererlo, ha sido vd. la causa de una gran desgracia....

—Me espanta vd., dijo Antonina que nada comprendia de la emocion de Gustavo, á quien no reconocia aun, á pesar de haberlo visto, muy vagamente, del brazo con Edmundo.

—¿Ha venido ayer una jóven á ofrecerla á vd. sombrerillos, encajes y obras de mano?

—Sí, señor.

—¿Le ha hablado á vd. del señor de Péreux?

—Tambien es cierto, señor, contestó Antonina ruborizándose.

—Oh! hableme vd. sin temor, señorita, porque en el mundo no tengo mas que una vanidad, y es creer que no hay un corazon mas franco que el mio. Vd. ha confiado á esa jóven lo que el señor Devaux le habia dicho á

vd. respecto á Edmundo, es decir, que está atacado de una enfermedad mortal.... Pues bien, señorita! esa muchacha á quien conozco, me lo ha escrito todo, porque sabe que amo á Edmundo como á un hermano..... y la carta ha caído en las manos de Edmundo.....

—¡Desgraciado! exclamó Antonina.

—Oh, sí, desgraciado....! muy desgraciado en efecto, señorita, porque esa profecía de muerte es la ruina de todas sus esperanzas, de todas sus afecciones, de toda la felicidad que había soñado.... porque Edmundo amaba á vd., señorita..... porque la ama, y ahora tendrá que imponer silencio á su corazón, y su corazón, que no podrá apaciguarse, se romperá entre su pecho, y lo matará ántes del fatal término prescrito.... Ah! señorita, por esto he venido hácia vd. con franqueza, con la mano sobre el corazón, á decirla con sencillez: Hay un hombre que ama á vd., y que morirá muy jóven: este hombre tiene una madre que no vive sino con la vida, con la felicidad de su hijo. ¿Se siente vd. con bastante fuerza en el alma para hacerse el ángel de guardia de ese hombre, para acompañarlo, para protegerlo con su amor, con sus cuidados, hasta la hora de la muerte, para reparar el mal que involuntariamente ha causado vd? ¿ó es necesario que ese desgraciado parta y que vaya á morir en al-

recuerdo del nombre de vd.? porque estoy seguro que el amor de su madre no le basta ya.....

Hay sentimientos que no tienen necesidad de comentarios.

Renunciamos á pintar la impresion que aquella declaracion, tan sencilla y al mismo tiempo tan estraña, causó á Antonina; pero en un instante ella se convirtió en mujer, y sintió vibrar en su corazón todas las cuerdas del amor, de la generosidad, del heroismo, y aconsejarla la accion que la pedia Gustavo.

—Caballero, dijo la jóven á Daumont con una voz grave y levantándose con solemnidad, ¿me jura vd. que todo lo que acaba de decirme es verdad?

—Se lo juro á vd., señorita.

—¿Está vd. seguro de que llegando á ser la esposa del señor de Péreux, habré hecho todo lo que es humanamente posible para hacerlo dichoso, cualquiera que sea el tiempo que el cielo le conceda de vida?

—Estoy seguro.

—Pues entonces..... señor..... amo al señor de Péreux, y mientras él viva, no seré de ninguno otro sino suya..... Llévele vd. este anillo, que conservo como un recuerdo del amor de mi madre, como una prenda del juramento que le hago

Gustavo se arrojó á los pies de Antonina, la besó las manos y se las cubrió de lágrimas.

—Vaya vd., caballero, le dijo á Gustavo: vuelva vd. junto al señor de Péreux. yo voy á rogar al cielo por mi marido.

Al decir esto, Antonina, pálida, magestuosa, bella, radiante de juventud de amor y de virtud, abrió la puerta y entró á su aposento.

Gustavo bajó las escalerss de cuatro en cuatro escalones, repitiéndose á cada instante:

—¡Qué corazón tan noble!—Pobre Edmundo.! á lo ménos me deberá un momento de alegría.

En la puerta Gustavo encontró á su amigo, quien como hemos visto, habia querido venir á hacer una visita al señor Devaux.

—Te ama. gritó Gustavo sin poderse contener. Nunca se casará con otra. Toma su anillo. desde hoy han contraído vdes. esponsales. Aguarda, amigo mio, aguarda.

Y se arrojó en los brazos de Edmundo.

Edmundo estaba casi sofocado por la alegría.

—La has visto? preguntó.

—Sí.

—Y me ama?

—Sí.

—Y consiente en casarse conmigo?

—Sí, sí, te digo

—Ah, Gustavo! no podia yo imaginarme que pudiera uno ser tan dichoso y tan desgraciado el mismo dia

Y al decir esto, Edmundo abrazaba de nuevo á su amigo.

—¡Pues ...! esos caballeritos están locos ...! dijo un señor gordo que habia presenciado esta escena, y que no podia comprender que se abrazara uno de semejante manera en la calle, y obligara á las gentes honradas á bajar de la banqueta.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO,

I.	Dos lindos piececitos , , , , ,	2
II.	Un ardid de amante , , , , ,	20
III.	Una jóven madre , , , , ,	31
IV.	Los cuatro rosales, , , , ,	38
V.	Confidencia , , , , ,	49
VI.	Incidente , , , , ,	54
VII.	Consulta , , , , ,	62
VIII.	El amor adopta todas las formas , ,	71
IX.	Nichette , , , , ,	83
X.	La carta de Antonina , , , , ,	99
XI.	La esperanza no nos abandona nunca ,	111
XII.	Juventud: amor: oracion , , , , ,	120
XIII.	Antonina y Nichette , , , , ,	134
XIV.	¡Una fatalidad! , , , , ,	149
XV.	Un proyecto de amigo, , , , ,	158
XVI.	La alegría en medio del dolor , , ,	170



ANTONINA.

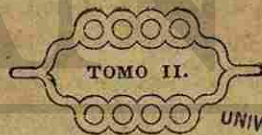


NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR ALEJANDRO DUMAS, HIJO.

—
TRADUCIDA PARA EL

GUARDIA NACIONAL.



TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEXICO.

—
IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO.

Calle de Chiquis Núm. 6.

—
1850.

30092



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DE LA CIENCIA Y LA CULTURA

1850

CAPÍTULO I.

PROMESA CUMPLIDA.

Edmundo se puso loco con la noticia de su amigo; quería subir á ver á la señorita Devaux, arrojarse á sus piés, decirle cuánto la amaba ya ántes de que hubiera hecho el sacrificio que acababa de hacer, y cómo esta generosa acción habia aumentado aun mas su pasión; pero Gustavo lo contuvo.

—Nichette tiene oportunidad de entrar á la casa, le dijo; vamos á la suya; escríbele una carta á Antonina, y ella se la traerá.

—Tienes razón, contestó Edmundo; vamos pronto.....

Y ámbos amigos apresuraron el paso.

Edmundo era tan dichoso con la idea de que Antonina iba á ser suya, que esta idea casi daba un mientís á la siniestra revelacion de la mañana. No se acordaba mas que de una cosa; que Antonina lo amaba, que iba á ser su esposa, y para convencerse de que aquello no era un sueño, llevaba á sus labios el anillo que la joven le enviara.

—¿No es verdad que es muy linda? decía á Gustavo; y sin dejarlo contestar, añadía: ¿Quién me hubiera dicho hace cuatro días, cuando la seguíamos por la misma acera en que vamos ahora, que hoy me hallaría en el punto á que he llegado?—Vamos, si Dios no me concede largos años de vida, continuó riendo, abrevia para mí los preliminares de la felicidad, de manera que sumándolo todo, no saldré perdiendo. ¿Qué es la vida, despues de todo, si no unos cuantos días dichosos en medio de pesares, de luchas, de esperanzas engañadas y decepciones sin número....? ¿Cuán buena es para mí la Providencia, para mí, que esta mañana me creía maldito!—Antonina sabe que debo morir joven, y su amor ó su piedad apartarán de mí todo lo que pueda causarme un momento de pena... De esta manera no habré vivido mas que días dichosos; y cuando haya llegado al término fijado, encontraré en mi pasado con que hacer la felicidad de dos existencias de regular duración.... Porque ¿la felicidad consiste en los días que se han vivido?—No; consiste en los días endulzados por el amor, por la amistad, por todos los consuelos divinos que Dios ha derramado sobre la tierra? ¿Y he sido yo alguna vez desgraciado?—Soy amado, adorado por mi madre; soy amado de tí, soy amado de Antonina.... ¿Hay acaso algun hombre de sesenta años que adicionando sus días pasados,

pueda encontrar un total igual al mio....? No; no. ¡Ya ves, Gustavo, cómo soy mas dichoso de lo que hubiera creído....!

Y hablando de esta manera, Edmundo sonreía y caminaba con orgullo.

¿Qué cosa es, pues, el amor, cuyo solo nombre tiene el poder de hacer mirar á la muerte riendo y de cambiar en un instante la desesperacion en esperanza y el dolor en alegría?

Gustavo estrechaba las manos de Edmundo.

—¿No sabes cuán contento estoy viéndote así, le decía; espera, amigo mio, espera.... ¿Qué diablo! Ese doctor Devaux puede haberse engañado, y ya percibirémos un día que su error no habrá servido para otra cosa sino para apresurar tu casamiento con su hija.

Edmundo nada respondió á esto. ¿Participaba de toda la esperanza de su amigo?

—No. Además, por un sentimiento que no trataremos de estudiar, pero que fácilmente se comprenderá, hubiera creído ser ingrato hácia la muerte que tan dichoso lo hacia, si no continuara creyendo que la pertenecía irremisiblemente.

Esto, por cierto, era una supersticion; pero ¿el amor no es el padre de todas las supersticiones, de todas las creencias, de todos los sueños?

Los dos amigos llegaron de esta manera á casa de Nichette, donde lo primero que hizo Ed-

mundo fué echarse en los brazos de la modista, exclamando:

—Mi buena Nichette: Antonina me ama.... va á casarse conmigo.... Hé aquí su anillo.... Gustavo es quien ha arreglado todo este negocio.... Deme vd. pronto papel y tinta, que voy á escribirla.

Nichette miraba estupefacta á su amante, quien le hizo señal con los ojos de que todo aquello era cierto, y que Edmundo no estaba loco.

La modista tuvo mucho placer, mirando al jóven en aquella disposicion de ánimo, y le dió todo lo que necesitaba para escribir.

—Nichette, le dijo Péreux sentándose; va vd. á hacerme un favor....

—Con mucho gusto.

—Espero que llevará vd. á Antonina la carta que voy á escribirla, y de la cual aguardaré aquí la respuesta.

—Entónces voy á vestirme, dijo Nichette, y se entró á la piecécita contigua para disponerse á salir á la calle.

Gustavo la siguió á aquel lugar; Edmundo se puso á escribir:

“Señorita Antonina: ¿Cómo debo llamarla á vd. despues de lo que acabo de saber? ¿Debo contentarme en los límites del respeto, ó me permitirá vd. que la hable con toda la efusion de mi corazon....? ¿Conque vd.,

“tan bella, tan feliz; vd. á quien apenas hace
“cuatro dias que conozco; vd. á quien aun no
“he dirigido la palabra; vd. que puede escoger
“entre los mas nobles, el marido que la agrade,
“consiente en amarme, tiene piedad del que
“su padre de vd. condena....? Oh! bendita
“sea esta muerte, que me acerca á vd....
“Gracias, Antonina, gracias, por toda la felicidad
“que la debo.....

“Lo que Gustavo la ha dicho á vd. esta mañana,
“la felicidad que en un instante me ha concedido
“vd., todo, todo lo habia yo soñado; pero
“nunca me hubiera atrevido á pedirla á vd. semejante
“sacrificio.... Y hé aquí que á las
“primeras palabras que mi buen amigo la ha dicho
“á vd., ha consentido vd. en ser mi esposa,
“en asociar su porvenir, lleno de vida, al mío,
“escaso y limitado.... No ha querido vd. abandonar
“á la desesperacion á una alma que
“espera en vd., y su dulce piedad hácia mi
“suerte la ha hecho hacer lo que el amor le
“hubiera aconsejado mas tarde hiciera por otro....
“¿Qué buen corazon tiene vd., Antonina! qué generoso....! Si Dios no la recompensara
“á vd. ampliamente por lo que hace hoy, ¿no
“podríamos decir que era injusto...? mas, ¿cuándo
“ha dejado sin premio la virtud? Los pocos dias
“que tengo de vida, quiero emplearlos en manifestarla
“á vd. mi reconocimiento. Habrá tal vez en el mundo muge-

“res mas dichosas, pero mas amadas que vd.
“no puede ser. Yo seré su mas sumiso
“y amante esclavo. ... Dios ha permitido que
“yo encontrara á vd.; luego él aprueba todo lo
“que hago: de otra manera, ¿cómo explicarme
“tanta felicidad como me concede en tan poco
“tiempo?

“No tiene vd. ya madre, Antonina; pues
“mi madre será la suya. y ya verá vd.
“cuán buena es, y cómo va amarla á vd.,
“casi tanto como ya la amo.!

“El padre de vd. será el mio. ámbos lo
“rodearemos de cuidados, de amor; le halaga-
“remos en sus gustos en sus costumbres. ... Y
“esto, por mi parte, no será mas que egoismo,
“porque llegará un día en que yo tenga nece-
“sidad de él para que prolongue un poco mis
“días, y me deje contemplar á vd. un poco
“mas.

“¡Si supiera vd. cuánto la amo, Antonina...!
“Oh! permítame vd. que vierta en esta carta
“toda la alegría, toda la felicidad que inundan
“mi alma! Ordinariamente no es sino al cabo
“de un largo tiempo cuando se permite confe-
“sar á la muger á quien se ama, los sentimien-
“tos que ha despertado en nuestra alma.
“Empero una fatalidad providencial me auto-
“riza á mí, cuatro dias despues de nuestro pri-
“mer encuentro, á hablarla con el corazon en
“la mano. Escúcheme vd., pues, todo lo que
“tengo necesidad de decirle.

“Esta mañana, al saber el mal de que estoy
“atacado, no podia ménos de maldecir al cielo
“y á la vida. ¡Morir tan jóven! ¡Saber
“mi sentencia de muerte! ¡Sufrir una agonía de
“dos años! Oh! Pero ahora que sé que me
“ama vd., aunque el mal existe todavía, aun-
“que nada desmiente la profecía que el Sr. De-
“vaux ha hecho sobre mí, mi corazon desafía
“á los mas felices. Tanto como maldecía án-
“tes la vida, la amo ahora. Una palabra de
“vd. ha disipado toda la tristeza que me ago-
“biaba. Siento la eternidad en el alma. ...
“No hay una voz en la naturaleza que no oiga
“y comprenda. Paréceme que soy el cen-
“tro adonde vienen á agruparse todos los be-
“neficios de Dios. ¿Ya lo ve vd? Rio y lloro al
“mismo tiempo de felicidad; quisiera vagar so-
“litario por los campos, con la frente elevada
“hácia el cielo, y gritar á los árboles, á las nu-
“bes, á las flores, á los horizontes: ¿No lo sa-
“ben vdes? Antonina me ama.!!

“¿Cuando pienso que hay gentes que pronun-
“cian el nombre de vd., sin saber todo el encan-
“to, toda la alegría, la inocencia, la juventud,
“el amor, que ese nombre, Antonina, encier-
“ra.! ¡Qué hermosa es la vida, y qué
“bueno es Dios!

“¿Hay acaso en el mundo cosa mas sagrada,
“mas noble, mas placentera, que dos corazo-
“nes juveniles bien unidos, que no recuerdan

“ de su pasado sino el tiempo en que suspiraban
 “ el uno por el otro, y que en el porvenir no perciben mas que el tiempo que pasarán unidos. ?
 “ ¡Esos dos corazones son los nuestros, y esto
 “ apenas hace una hora!

“ ¿Así es como yo debía comprender la respuesta de vd?

“ Estoy escribiendo sin pensar en terminar mi carta: las palabras afluyen sin orden, como un torrente, sobre mi pluma. Y sin embargo, me parece imposible trasladar al papel todo lo que experimento.

“ Piense vd. que vd. es la primera mujer á quien he amado Y si vd. supiera cuán hermosa es vd., Antonina !!!

“ Una voz secreta me anunciaba el otro día, cuando la seguía á vd., que mi vida iba á depender de vd. ¿No sentía vd. también algún vago presentimiento que la hiciera adivinar el papel que debía yo representar en su vida? ¿Fué con intención como dejó vd. caer su guante ? Ay! ¡Si vd. hubiera podido mirar cuánto palpitaba mi corazón al devolverlo. . . ! Vd. se ruborizó al recibirlo
 “ ¿Quién se atrevería á negar ahora la ley de las simpatías misteriosas?

“ ¿Qué le diré á vd., Antonina . . . mi alma se desborda. . .

“ Y ahora ¿qué debo hacer? ¡Mé será permitido ver á vd., contemplarla un instante, y

“ poder decirme: Este ángel es mío . . . ? ¿Será necesario que yo vaya á encontrar al padre de vd., ó que sea mi madre quien le pida el consentimiento de que ámbos tenemos necesidad, y sin el cual los momentos me parecen siglos ?

“ Hay instantes en que dudo, que lo que me acaba de decir Gustavo sea verdad Te-
 “ mo entonces que la fría y cruel realidad venga á decirme: Has soñado; Antonina no te ama, y ni aun piensa en tí ! Ay! si esto llegara á suceder, ¿podría vivir un día siquiera ? ”

—Cómo! exclamó Nichette entrando, ¿todavía está vd. escribiendo ?

—¡Tengo tanto que decirle ! contestó Edmundo.

—¿Y ese tanto no llega á su fin? replicó la modista.

—Sí, mi buena Nichette, ya acabé!

—¿Nada tengo que decirle además á la señorita Devaux?

—Nada mas que entregarle esta carta.

Al decir esto, Edmundo doblaba y cerraba su carta.

—¿Encontraré á vd. aquí de vuelta? preguntó Nichette.

—Sí, espero á vd. junto con Gustavo.

Nichette se despidió de los dos amigos y salió.

Encontró á Antonina todavía muy conmovida de lo que acababa de pasar entre ella y Gustavo.

En vano la señora Angélica la había hecho mil preguntas; Antonina se había obstinado en su silencio, y la buena aya de puro coraje se había puesto á dormir, sin llegar á la décima-quinta línea del *Castillo de Kenilworth*.

—Creo haber hecho lo que debía; haber obrado conforme á mi conciencia, se decía á sí misma la jóven. Conozco que un dia hubiera amado á Edmundo, sino es que lo amo ya; ¿pero qué dirá mi padre....?

Antonina se hallaba en este punto de sus reflexiones, cuando entró la modista.

Al oír pasos la señora Angélica, se despertó dando un ligero salto.

—¿Viene vd. de parte del señor de Péreux? fueron las primeras palabras de Antonina.

—Sí, señorita, respondió Nichette.

—Y ¿quién es ese señor de Péreux? preguntó frotándose los ojos la buena Angélica.

—Es mi marido, contestó con seriedad la señorita Devaux.

—¡Jesus, María y José! exclamó la aya mirando atónitamente á la jóven; ¿se ha vuelto vd. loca?

—De ninguna manera, mi querida señora Angélica, respondió Antonina, quien hacia una hora habia comprendido que no era ya una ni-

ña, y que por nada hubiera querido avergonzar sus sentimientos acultándolos. ¿Qué le ha encargado á vd. que me diga? continuó dirigiéndose á Nichette.

—Me ha dado esta carta para vd., señorita; y al mismo tiempo, Nichette, que creía no haber necesidad de misterios, entregaba la carta de Edmundo á la hija del médico.

—¿Me explicará vd. todo lo que esto significa? exclamó la aya cerrando su libro.

—Esto quiere decir, respondió Antonina despues de haber abierto la carta, que el señor de Péreux me ama, que yo lo amo, y que voy á casarme con él....

—¿Y su padre de vd. ha autorizado esa correspondencia?

—Mi padre nada sabe todavía de este negocio.

—Entonces es mi deber prevenirlo.

—Es inútil, porque dentro de un momento yo misma voy á decírselo todo.

Entonces Antonina comenzó la lectura de la carta que acababa de recibir, y Nichette, que la observaba, veía temblar sus manos y colorarse sus mejillas.

La señorita Devaux sentia palpar su corazón con violencia; y no alzaba la vista del papel, sino para murmurar con acento lleno de placer éstas únicas palabras:

—¡Cuánto me ama!

—¿De qué sirvo entónce yo aquí? pensaba la afligida viuda. Nada me dicen, y nada veo tampoco...!

—Que la señora de Péreux tenga la bondad de venir á ver mañana á mi padre, dijo Antonina á Nichette. Ya estará advertido.—Vd. es la causa de todo esto, señorita, añadió la hija del médico, que no dudaba que la modista estuviera al corriente de todo lo que pasaba.

—¿Debo arrepentirme de ello, señorita? dijo Nichette.

—No, replicó Antonina; y nunca olvidaré que es vd. quien me ha traído la carta que acabo de leer. Le dirá vd. al señor de Péreux lo que he hecho, y le añadirá vd. que al despedirme de vd., he entrado al gabinete de mi padre.

Al decir esto, Antonina ocultaba la carta de Edmundo entre su seno, y salía de su aposento para ir á ver á su padre.

—Papá, mi querido papá, dijo la muchacha sentándose sobre las rodillas del doctor; vengo á hablarte de cosas muy serias.

—Me espantas! exclamó el médico riendo. ¿Cosas muy serias á tu edad, querida niña...? ¿qué puede ser...?

—Padre mio, respondió Antonina con una voz grave; amo á una persona....

—¿Amas á una persona....? repitió el se-

ñor Devaux, á quien no dejó de alarmar aquel principio.

—Sí, á una persona que me ama, y vengo á avisarle á vd. que su madre vendrá mañana á pedirle á vd. para él mi mano.

El médico miró á su hija con un verdadero pismo.

—¿Y tú sola eres quien ha arreglado este negocio?

—Sí, padre mio.

—¿Quién es ese jóven? porque supongo que la persona á quien tu amas es jóven. Nómbramelo, y si es digno de tener por muger á la que yo doy gracias al cielo por tenerla como hija, te casarás con él.

—Es el señor Edmundo de Péreux, padre mio.

—El señor Edmundo de Péreux.... No conozco ese nombre, dijo el doctor, que no se acordaba ya de la visita que Edmundo le había hecho.

—Es vd. bastante olvidadizo, replicó Antonina estendiendo su manecita, y señalándole una tarjeta.

—¿Ese jóven que hace dos dias vino á consultarme? preguntó el señor Devaux reconociendo la tarjeta del enfermo.

—El mismo, padre mio.

—¿Y te ama?

—Sí.

- Hace algun tiempo?
—Desde que me vió.
—Y te ha visto...?
—Hace cuatro dias.
—Y tú lo amas tambien sin duda?
—Tanto como él me ama.
—Desde hace el mismo tiempo?
—Sí, padre mio.
—Estás loca, hija.
—Estoy en todo mi juicio, padre, se lo juro á vd.
—Ya sabes perfectamente que no puedes ser la esposa del señor de Péreux.
—Por qué?
—Porque el señor de Péreux habrá muerto ántes de tres años; porque yo lo sé, y porque sabiéndolo, no puedo en conciencia dar mi hija á un hombre que la dejará viuda ántes de tres años de matrimonio, con hijos atacados de su mismo mal. ¡Dime que todo esto no es mas que una niñería, y no hablemos mas!
—Pues nada hay mas sério, contestó Antonina, y justamente la razon que haria á vd. rehusar mi mano al señor de Péreux, es la que me lo hace amar.
—No te comprendo.
—Sin embargo, es una cosa muy sencilla, papá: el señor de Péreux me ama. Sé, como vd., que no le restan mas que tres años de vida, y quiero ser su esposa para que sea dichoso á

- lo ménos durante el limitado tiempo que tiene de vida.
—Y ¿crees que yo consentiria en ese sacrificio?
—Pues será necesario, padre mio.
No tan solo, nunca habia hablado Antonina de esta manera al señor Devaux; pero éste ni aun sospechaba que su hija pudiera hacerlo con tanta firmeza y voluntad.
—Será necesario! repitió el médico, ¿y por qué?
—Porque desde hace una hora he contraído esponsales con él. Mire vd., padre mio, continuó la jóven enseñando su mano; ya no tengo el anillo de mi madre... se lo he dado, con el juramento de que de no ser suya, jamas seria de otro..... No hay tiempo que perder, padre, cuando se ama á un hombre que no tiene mas que tres años de vida que pasar con la muger á quien ama.
—¿Y en tres dias apenas han arreglado todo este asunto?
—Ha sido en cinco minutos.
—¿Y has podido figurarte por un momento que yo consentiria en ese casamiento?
—Por lo mismo que sabia que vd. se opondria, es por lo que he dado mi anillo y hecho un juramento.
—Nunca serás tú la muger del señor de Péreux.... á lo ménos mientras yo viva!

—Por la memoria de mi madre he hecho ese juramento, respondió Antonina.

—En donde hay locura, no puede haber sacrilegio..... y tú estás loca. No creas por cierto que te deje por un exceso de sentimentalismo contraer una union, que será la desgracia de tu vida..... Tu felicidad ántes que todo. Yo tengo mejor juicio, y veo mas bien que tú las cosas.... Créeme, hija de mi alma, renuncia al señor de Péreux, y no comprometas así tu porvenir, del cual soy responsable ante Dios. Porque Dios, que me permite ver lo que los demas hombres no pueden alcanzar, quiere que esta triste ciencia me sirva á lo ménos para asegurar la felicidad de mi hija.... No me hables, pues, mas de esto.... Mira; seria capaz de meterte al convento, si pudiera figurarme siquiera que de aquí á ocho dias no habias olvidado todas esas ideas.

—¿Es esa la última voluntad de vd., padre mio?

—Sí.

—Y si le dijera á vd. que mi felicidad, que la del señor de Péreux, que la de su pobre madre misma, dependen de esta union, ¿se opondria vd?

—Al principio, por medio de la razon.... y luego, añadió el señor Devaux con un tono mas severo, por todos los medios que mis derechos de padre ponen á mi alcance, si la razon no bastaba.

—¿Es decir, que mañana dirá vd. á esa desgraciada madre: Rehúso la mano de mi hija á vuestro hijo, porque está mortalmente enfermo.....?

—No se lo diré; pero querría mejor decírselo, aun cuando debiera ella morir, que consentir en ese casamiento, que por mi parte seria casi un crimen. ¡Si tú fueras madre, y te hallaras en mi lugar, harías lo mismo que hago!

—¿Nada podrá cambiar la resolución de vd?

—Nada.

—Adios, padre mio.

Al decir esto, Antonina abrazaba al médico.

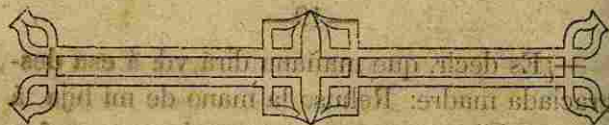
—Vas á reflexionar..... ¿no es verdad? dijo el señor Devaux.

—Sí, padre, y cualquiera que sea el resultado de mis reflexiones, se lo haré conocer á vd.

Antes de volver á su aposento, en donde se encontraba la señora Angélica, Antonina se detuvo en su cuartito de tocador; se puso el chal y el sombrerillo que traía el día que Edmundo la habia visto por la primera vez, y después de haberse asegurado de que nadie podia verla ni oirla, abrió la puerta de la antecámara, y bajó á prisa la escalera.

Luego que llegó á la calle, montó en un coche de alquiler que á la sazón pasaba, y dijo al cochero:

—A la calle de los Tres-Hermanos núm. 3.



CAPITULO II.

LA VOLUNTAD DE UNA DONCELLA.

—¿Se puede hablar á la señora de Péreux? preguntó Antonina al criado que vino á abrirle la puerta.

—Sí, señorita.

—¿Está sola?

—Absolutamente sola.

—¿Tiene vd. la bondad de anunciarme á la señorita Antonina Devaux?

El criado hizo entrar á la hija del médico al salón, y abrió la puerta del gabinetito donde se hallaba la señora de Péreux.

Apenas hubo pronunciado el nombre que acaban de decirle, cuando ésta se levantó, y corrió al encuentro de Antonina; á quien dijo:

—Vd. es la hija del doctor Devaux, señorita?

—Sí, señora, respondió Antonina.

—Y ha venido vd. acá sola?

—Sola.

—¿Qué sucede, pues, querida niña? preguntó la madre de Edmundo; ¿y cómo es que...

—Sucede, señora, respondió la joven abrazando á la señora de Péreux, que vengo simple y francamente á preguntarle á vd. si querrá ser mi madre?

—Si lo querré... ¡sí, sí que lo quiero, encantadora niña, y estaré orgullosa y feliz con ello.

Al decir esto, la señora de Péreux llevaba á Antonina á su gabinetito, la quitaba el chal, el sombrerillo; la hacía sentar, se sentaba á su lado, y la decía:

—Veamos, querida hija mia, cuénteme, vd. lo que la trae aquí; y la buena madre contemplaba con curiosidad á la joven que tan preocupado traía á su hijo hacia pocos días.

—¿El señor de Péreux se halla en casa? dijo Antonina.

—No, pero no debe tardar.

—¿Lo ha visto vd. desde esta mañana?

—Sí.

—¿Nada le ha dicho á vd. respecto de mí?

—Nada, á no ser que ama á vd. ¿no es cierto...? y que vd. le ama un poco...?

—¿Habria yo venido aquí, señora, si no lo amara? ¿Le preguntaría á vd. si querría ser mi madre, si no estuviera resuelta á ser su mujer...? Si, lo amo, señora... y puesto que

su felicidad depende de mí, quiero que sea dichoso.

—¡Es vd. encantadora...! Y ¿qué puedo yo hacer por vd., que ama á mi hijo...? Dígamelo vd., y cualquier cosa que sea, lo haré.

—Le ha hablado á vd. de mí?

—No hace otra cosa en todo el día.... y yo creía á vd. bonita, pero no tanto como lo es vd.... Mas, veámos, querida niña, ¿cómo es que vd. se encuentra sola en mi casa.... sin que la acompañen su padre ó su aya?

—Es muy sencillo.... he prometido mi mano al hijo de vd., señora.

—Cuándo?

—Esta mañana.

—Lo ha visto vd?

—No; pero he visto á uno de sus amigos....

—Gustavo?

—El mismo. El señor Gustavo me ha dicho que Edmundo.... que el señor de Péreux—repitió prontamente Antonina ruborizándose—no podría ser dichoso sino casándose conmigo.... entonces he hecho el juramento de ser suya, y como prenda, le he enviado el anillo de mi madre, una santa muger como vd., señora.

—Pues nada sabía de todo esto.

—¿Para qué usar de evasivas y lentitudes con los sentimientos? El hijo de vd. me ama; yo sé quién es.... yo lo amo, y ya sabe quién

soy..... ¿por qué no ser desde luego el uno del otro? ¿por qué retardar voluntariamente su felicidad.....? Hay un proverbio que dice: "Mas vale tarde que nunca....." Y conozco uno que seria mejor: "*Mas vale pronto que tarde.....!*"

—¡Preciosa niña....! exclamó la señora de Péreux conmovida por aquella franqueza descuidada é inocente.

—Entonces, continuó Antonina, he mandado decir al señor de Péreux, que desde mañana vd. podría ir á pedir para él mi mano á mi padre, y he entrado en el gabinete de éste para darle parte de lo que habia arreglado.

—¿Y qué dijo el señor Devaux?

—Dijo que estaba yo loca, que no podía uno amar á un hombre á quien apenas hace cuatro dias que se conoce, y al cual ni aun se ha hablado, y me ha rehusado lo que le pedia, añadiendo, que si insistia, me pondria en un convento.

—Y entonces....?

—Entonces, como habia hecho un juramento con la firme intencion de cumplirlo—añadió Antonina con una voz grave—y como nada en el mundo será capaz de impedirme que obedezca á esta voz de mi corazon, me he puesto mi sombrero y mi chal, he atravesado las piezas de mi casa de puntillas para no ser oída, he bajado las escaleras, he subido en un coche de

alquiler, y he venido á decirla á vd., señora, lo que la repito: ¿quiere vd. ser mi madre?

Y Antonina abrazó por segunda vez á la señora de Pèreux.

—¿Es decir, dijo ésta, que su padre de vd. ignora dónde se halla en este momento?

—Pero si vd. me permite que permanezca aquí, voy á mandárselo decir.

—Vendrá á buscar á vd., y se la llevará.

—No, señora, contestó Antonina.

—¿Lo cree vd?

—Estoy segura de ello: conozco á mi padre. gritará un poco, pero concluirá haciendo lo que yo quiera.

—Sin embargo, lo que vd. está haciendo es grave.

—Por qué?

—Salirse así de la casa de su padre de vd. ...

—Para venir á la casa de vd. ¿Qué mal hay en todo esto? No estoy en la casa de vd. tan segura como en la de mi padre!

—¿Qué ángel va á tener mi hijo por esposa!!

Antonina y la señora de Pèreux se amaban ya, como si llevarán diez años de conocerse.

—Ahora voy á escribir á mi padre, dijo Antonina.

—Vamos, hija mia, reflexionemos un poco, dijo la buena madre tomando afectuosamente las manos de Antonina entre las suyas: no se

irá á enojar su padre de vd. por este modo de obrar? Una simple carta para darle una noticia tan importante es muy poco

—Pues ¿qué haremos entonces?

—Me parece que todo lo podremos conciliar, si vd. quiere seguir mis consejos.

—Hable vd., señora, hable vd.

—Vamos á ir inmediatamente á casa del señor Devaux: yo le dire que vuelvo á vd. á su seno, y que le pido la mano de vd. para mi hijo. Con esto verá él que el proyecto de vd. no es una nimería Además, yo le haré conocer mi posición y la de Edmundo esto no viene nunca fuera de propósito.

—Vamos, pues, dijo Antonina volviendo á ponerse su chal y su sombrerillo.

En el momento en que las dos mugeres iban á salir del gabinete, el criado abrió la puerta, y anunció en voz alta:

—El señor Devaux.

El médico entró: estaba pálido; veíase que se hallaba poseído de una emoción violenta; pero su rostro se iluminó de placer al ver á su hija.

—¿Cuánto me habías afligido, Antonina! fueron sus primeras palabras.

Y en efecto, el señor Devaux tuvo casi que apoyarse sobre un mueble para no caer al cho- que de su emoción.

Antonina se precipitó hácia su padre, y le saltó al cuello.

—¿Me creías muerta, querido papá? le dijo sonriendo.

—¿Sabe uno acaso á qué atenerse siempre, con el carácter que tienes? dijo el señor Devaux. Si no te hubiera encontrado aquí, no hubiera sabido á donde ir.... Vd. perdonará mi inquietud, señora, añadió volviéndose hácia la de Péreux; inquietud que me ha hecho olvidar el saludarla á vd. al entrar; pero vd. es madre, y comprenderá lo que puede hacer sufrir la pérdida de un hijo.

—Siéntese vd., doctor, contestó con bondad la señora de Péreux. Ibamos á ir en este momento á casa de vd.; pero puesto que vd. ha adivinado que su hija se hallaba en mi casa, y ha venido vd., hablaremos aquí.

—¿Conque es decir, murmuró Antonina al oído de su padre, tomando su bastón y su sombrero para irlo á poner en un rincón, ¿que inmediatamente te supusiste que estaría en casa de la señora de Péreux?

—Esa era mi única esperanza, contestó el médico, limpiándose la frente, sobre la que todavía corría el sudor que hiciera brotar la angustia.

—¿Qué calor tienes, pobre papá! exclamó la jóven. Ya ves cómo puede causar mal el querer que las gentes falten al juramento que han hecho....

Poco despues, la doncella vino á sentarse so-

bre las rodillas de su padre á quien dijo con voz imperceptible casi:

—Ni una palabra vayas á decirla de la enfermedad de su hijo, ó si no, esta vez tampoco tú tendrás mas hija.

—Y bien, doctor, dijo la madre de Edmundo ¿me rehusará vd. la felicidad de ser madre de esa linda niña?

—¿Qué decia la señora Angélica cuando no me halló? preguntó Antonina, que deseando impedir que la señora de Péreux supiera la causa que impedía á su padre admitir la petición de su mano, habia tomado el partido de tratar riendo aquel asunto, hasta que se le hubiera ocurrido una buena idea.

—Tres veces se desmayó, y la he dejado cubierta de lágrimas. Hablaba de un figaro con listones punzó.... de vestido con adornos color de rosa, de modista y de no sé cuantas cosas que no entendia.... Sin poder yo mismo detenerme, he corrido á aquí....

—Ya te lo explicaré todo....

—¿Amas, pues, decididamente á ese jóven? preguntó el médico abrazando á su hija.

Y la daba repetidos besos, en los cuales se conocia toda esa alegría, todo ese amor delirante de una inquietud deshecha....

—Ya vd. lo ve, padre mio, puesto que por él he consentido en affigir á vd., lo que nunca me habia ocurrido hasta ahora y lo que nunca me

volverá á suceder, si vd. le concede mi mano. ¿Por qué no me creyó vd. cuando le manifesté toda mi resolución . . . ? Nada de todo esto habria sucedido. . . .

—Vamos, doctor, vamos, interrumpió la señora de Péreux, déjese vd. enternecer. . . . Estos dos niños se aman. . . . separarlos sería matarlos. . . . Tendremos, vd. un hijo, yo una hija de mas, he aquí todo. . . .

El pobre del señor Devaux, conociendo la exaltación de su hija, habia tenido tal miedo de que Antonina se hubiera matado, y habria experimentado tanta felicidad volviéndola á ver, que le faltaban las fuerzas para rehusarla cualquiera cosa.

—Puesto que Antonina lo quiere, contestó á la señora de Péreux, puesto que ha hecho, según me dice, un juramento, y ha venido á pedirle á vd. su amor en lugar del mio, que se haga como lo desea.

¿Me habia yo equivocado al decirle á vd., madre mia, esclamo radiante de felicidad Antonina, que mi padre es el mejor de todos los hombres?

La señora de Péreux tomó la mano del médico y la llevó á sus labios.

—Voy á deberle á vd. el reposo de mi hijo, dijo con los ojos llenos de lágrimas, y nunca lo olvidaré.

Apenas habia dicho esto, cuando Edmundo,

que entraba, se detuvo admirado ante el cuadro que se ofrecia á su vista.

—Abraza al padre de tu muger, le dijo su madre al verlo; todo está arreglado.

Edmundo se arrojó á los brazos del médico; luego se dirigió á Antonina.

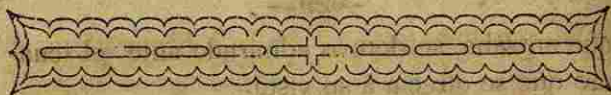
—Es la primera vez que la hablo á vd., la dijo, y ya tengo el derecho de decirle cuánto la amo. . . .

—¿No me lo habia vd. escrito ya? repuso Antonina enseñando la carta que habia escrito por medio de Nichette y presentando su manecita á su novio.

—Doctor, dijo en voz baja la señora de Péreux acercandose al médico, ¿no puede vd. imaginarse cuán feliz me hace su consentimiento! Querrá vd. creer que hasta hoy habia temido que Edmundo estuviera enfermo del pecho como su padre. . . . ! Pero desde el momento en que vd., médico de tanto saber, le da su hija en señal de que nada hay que temer, ¡he aquí el día mas feliz de mi vida. . . . !

—Nada hay que temer en efecto, respondió el señor Devaux: luego hablando consigo mismo en voz baja añadió:

—Ahora es preciso que yo lo salve. La felicidad de todos nosotros consiste en la vida de ese jóven. Va á ser una lucha entre la naturaleza y yo. . . . ¡Tal vez Dios me ayudará. . . !



CAPÍTULO III.

EL OLVIDO DEL PORVENIR.

El casamiento se efectuó, y tuvo lugar en la iglesia de Santo Tomas de Aquino.

Hubo una multitud inmensa en aquella ceremonia.

Nunca como entonces se habia sentido tan feliz, tan complacida en la vida, la señora de Péreux. En efecto, desde aquel momento creia que ya no tenia nada que temer por su hijo, y sus mismos antiguos pensamientos servian ahora solamente para realizar, por decirlo así, la felicidad que gozaba.

Las comadres del barrio platicaban entre sí.

—¡Qué linda es la novia! decia una, y tenia razon, porque Antonina, amante, conmovida, orgullosa por lo que habia hecho, soñando con la felicidad desconocida que le iba á venir de su marido, olvidándose del porvenir anunciado, aparecia con todo el brillo de su juvenil hermosura.

No separaba su mano de la de Edmundo, que le respondia con una de esas sonrisas imposibles de describir.

—¡Qué pálido está el novio! decia otra comadre ¡la emocion sin duda!

—La emocion no pone á uno tan pálido—así replicaba otra vieja que se hacia distinguir por el enorme volúmen de su abdómen—cuando yo me casé, estaba muy conmovida, pero aseguro á vdes. que no estaba tan pálida. Está enfermo ese jóven; no hay duda.... mírenlo vdes.

—¡Pobre jóven! esclamaba otra vieja.

—Es lástima... son tan gallardos ámbos novios...!

Nichette oia toda esta conversacion; porque, como deben vdes. figurarse fácilmente, la modista no habia querido perder esta ceremonia; pero las palabras de las viejas llenaban de amargura la felicidad de que podia disfrutar.

—¡Cuántas gracias doy á Dios, pensaba ella, de que no se pueda decir otro tanto de Gustavo...!

Y la modista oraba por su amigo, ya que por fortuna no tenia necesidad de hacerlo por su amante.

Tan luego como la misa del casamiento hubo concluido, se dirigieron todos á casa de la señora de Péreux, adonde habian sido convidados algunos amigos, y el dia se pasó en felicitaciones y buenos deseos de todas clases.

Nichette solamente faltaba en la fiesta, y sin embargo, ella había sido la primera en quien había pensado la señora de Péréux. Ella había sabido todo lo que la modista hiciera por su hijo, y hubiera creído ser ingrata, no haciéndola asistir a aquella felicidad, debida en gran parte a ella; pero Nichette, que además de un muy buen corazón, poseía un talento regular, no había aceptado el convite de la señora de Péréux.

Gustavo, que, como siempre, había sabido apreciar la delicadeza de aquella clase de excusas, prometió a su querida ir a pasar con ella el fin de aquel venturoso día.

Por la noche, Antonina y Edmundo se retiraron al aposento que este había tomado contiguo al de su madre; y la señora de Péréux no se acostó sino hasta después de haber dado gracias a Dios con todo el fervor de su alma religiosa y entusiasta.

Se había hablado de ir a pasar el Estío al campo; pero el señor Devaux, para quien la curación de su yerno había llegado a ser un objeto de estudio constante, dijo a su hija:

—Dí que prefieres quedarte en París, para que tenga constantemente a la vista a Edmundo, y pueda estudiarlo fácilmente. Ya veremos si en el Otoño tienes deseo de ir a pasear por Italia.

—Padre mío, le había preguntado Antonina,

si se puede salvar por fin a Edmundo, ¿cuándo lo sabremos.?

—Si logro mi objeto, contestó el señor Devaux, dentro de un año estará Edmundo fuera de todo peligro.

Estaba, pues, resuelto que permanecería en París, y el señor Devaux había comenzado su obra con la ayuda de su hija y de Gustavo. La curación de Edmundo preocupaba a todos los que le rodeaban, excepto la madre, que llena de esa ilimitada confianza que Dios concede frecuentemente a los padres, se reía de sus antiguos temores, y se arrullaba en la noche con la dulce realidad del día.

No desconocía Edmundo el cuidado de que era objeto. Pero había arreglado la vida para dos ó tres años, y no veía mas allá de su término. Su única atención era la de ocultar a su madre lo que él sabía, y el hacérselo olvidar a su mujer por el mas largo tiempo posible.

¿Habeis conocido algunos enfermos del pecho que conociesen su estado? ¿Habeis notado qué aspecto tan distinto tiene para ellos la vida, del que tiene para los que cuentan con largos años de existencia? Sus ojos, a los cuales por el presentimiento de la muerte Dios descubre una parte del velo de la eternidad, perciben a los seres y a los objetos bajo un aspecto enteramente particular y que los circun-

da de poesía. Ven con el alma mas que con el cuerpo. Sus sensaciones tienen cierta instantaneidad eléctrica. Lo que á otros no mueve sino despues de meditarlo, á ellos los mueve á primera vista. Podria decirse que su alma comprimida en el pecho, procura constantemente elevarse, y que desde la altura á que alcanza, distingue lo que no ve el vulgo. Lleva á mayor altura su alma que su cuerpo, y esto explica su muerte fácil, porque cuando se acerca la hora suprema, hace tanto tiempo que la parte inmaterial de su ser se ha separado de la corteza corporal, que se arranca sin esfuerzo, sin dolor, y la abandona, como se abandona un adorno muy pesado.

Tienen esos hombres, como hemos dicho, ménos tiempo que vivir; pero pueden vivir mas de prisa. De todas las enfermedades que Dios ha destinado para el hombre, y que nos quitan algo de nuestra fuerza á cada paso que damos, esta es sin duda la mas poética, la mas dulce, la mas simpática; y esto es porque es la única que tiene una influencia directa en el alma. Las otras no son mas que vejez material; y esto es una prueba de la inmaterialidad del alma: ella ha hecho algunos poetas.

Los que la padecen, tienen como el enfermo de Millevoye, que es Millevoye mismo, una incesante necesidad de acercarse á la naturaleza; esa primera fuente de la vida. Para ellos

los árboles tienen una sombra particular, las aves un canto que solo ellos comprenden, el sol un calor que no conocen los demas hombres. Ven un beneficio de Dios, en donde los otros no ven mas que un suceso natural. Su rostro acaba por retratar la melancólica poesía de su espíritu. Concede á los padecimientos ajenos la piedad que ellos mismos escitan. Son indulgentes y fáciles para perdonar, porque están cerca del Señor. Si la naturaleza les ha dado la facultad de reproducir físicamente las sensaciones que les causa la vida, su talento se exalta y engrandece, y se tiñe de matiz pálido y trasparente como el rayo de luz de una estrella, y es perfumada con el invisible aroma de una flor oculta. Escuchad á Bellini; leed á Millevoye, y encontrareis en la música del uno, y en los versos del otro, un indefinible sentimiento lastimoso y melodioso, que ha sido toda su vida su existencia.

Como sienten que el porvenir les está prohibido, hablan siempre de lo pasado.

El rayo que ilumina su ruta mundanal, colora con un tinte mágico todos los objetos que han encontrado al paso, y que se graban en su memoria. A su pesar casi se acuerdan de todo, y esto es porque su memoria viene de su corazón. La poesía, inherente á su enfermedad, es tan suave, tan grande, tan agradable, que cuando mueren, cuando saben su próximo

fin, la idea de la muerte se les presenta, mas no terrible, ni siniestra ni asquerosa.

Cuando se oye decir: tal persona ha muerto de una enfermedad de pecho, se la representa uno fria, es cierto, pero mas bien en la actitud del sueño que en la rigidez de la tumba. La imagen no se desfigura en el espíritu; privilegio maravilloso de la juventud que vive aun mas allá de la tumba. Hé aquí, sin duda, por qué los antiguos tenían un respeto tan profundo por los que morían jóvenes: llamabanlos los amados de los dioses; cubrían su tumba de flores, como un lecho nupcial, y se acordaban de ellos, generalmente en sus momentos de felicidad. Esas fantasmas juveniles atravesaban su mente sin turbarla, como esas nubecillas blancas que vagan por el cielo sin empañar su azul purísimo.

Nosotros hemos heredado de los antiguos ese sentimiento; y cuando hacemos memoria de nuestros amigos que han desaparecido de la tierra, recordamos con mayor placer y mas facilidad aquellos a quienes la muerte arrebató antes de llegar a su vejez, esa primera mortaja, triste, fria, que la memoria rechaza instintivamente. Las lágrimas que concedemos a esta clase de memorias son juveniles como las personas que nos las causan; y es muy raro que un hombre que ha vivido ya cuarenta años, y que llora un amigo de veinte, no diga un día

pensando en las miserias que acompañan a la vida. ¡Dichoso aquel que muere en la cuna de sus ilusiones!

En fin, y éste es el mas grande, el mas inestimable presente que Dios ha concedido a los enfermos del pecho; saben amar.

Cualquiera que sea el objeto de su amor, lo amarán mejor que lo que pueden hacerlo los demás hombres. Hallan en la mujer lo que los poetas buscan, y lo que Dios ha escondido en ella. Su amor es una mezcla de entusiasmo, de melancolía, de contemplación y de reconocimiento. Podrá morir con ellos, mas jamas ese sentimiento envejecerá. La naturaleza les concede para amar una energía extraordinaria, que las mas veces les apresura la muerte: el fuego es demasiado grande para el hogar, y concluye consumiéndolo.

Pero, hasta que la muerte venga a helarlos, tratarán de estrechar contra su pecho la mano de la mujer a quien han escogido.

Amarán, en fin, como todas las mugeres quisieran ser amadas. Su amor será una sonrisa eterna, porque no tendrá tiempo de enfriarse, y no llegarán a la época en que el hombre puede mirar con indiferencia a la mujer a quien mas ha amado: Volarán de este mundo con la creencia de que hubieran podido amar siempre de la misma manera. Se dormirán arrullados por las ilusiones de su alma. Se desvanecerán

como un hermoso día de primavera en medio de los cantos, entre las flores, entre el murmurio, y sin haber visto caer sus hojas, ni extinguirse sus perfumes bajo el soplo del invierno....

De esta manera era como Edmundo amaba á Antonina.

¡Qué felices, qué encantadores fueron los primeros momentos que pudieron pasar juntos, olvidados del mundo, olvidados de sí propios, y no pensando mas que el uno en el otro....!

Se recordarán todas las esperanzas que habían nacido en el corazón de Edmundo cuando vió á Antonina en la iglesia. "Puede ser que un día sea mía," se había dicho. Aquel día había llegado: ¡Antonina era suya!

En aquella época ignoraba todavía hacia qué destino corría; mas lo conocía ahora, y un instante arrebatado á su amor, le hubiera parecido un robo hecho á su felicidad.

—Ella es mía, pensaba Edmundo; pero yo soy suyo hasta que la muerte venga á hacerla libre.....

Y amaba á Antonina con todo su pensamiento, con todas sus facultades, con todo su corazón. Todo lo que él poseía, todo lo que sentía era para aquella hermosa niña, y su presencia le hacía estremecer.....

Cuando él estaba cerca de ella, su vista no perdía ni el mas ligero de sus movimientos; su corazón palpitaba dentro de su pecho; sus labios

se entreabrían como para cantar; mil ideas celestiales se despertaban en su mente, y percibía su eco como una casta melodía arrancada del coro de los ángeles, inocente como el trino de las aves. Nada le era indiferente en su muger, y su alma la reflejaba sin cesar.....

Había mandado hacer para ella una piececita, dulce, suave, tapizada como un nido, y dentro de la cual hubiera querido encerrar la naturaleza entera. Las paredes y el techo habían desaparecido bajo la seda, y los pies se hundían entre los luengos vellones de lana de la alfombra, como entre la yerba de los prados.

Un pájaro hubiera podido volar entre las cuatro paredes de aquella jaula perfumada, sin correr el riesgo de lastimarse las alas. Todos los muebles estaban forrados, y se hundían en ellos la mano como sobre el musgo. No hubiera podido percibirse una pulgada de madera en todo el aposento; y por do quiera se recreaba la vista, ora en las flores bordadas sobre el tapiz, ora en las flores naturales que deramaban un tenue perfume desde sus vasos de porcelana, todos ricos de colores, de formas preciosas.

—No quieres ir al campo, había dicho Edmundo á su muger; pues bien, yo quiero que el campo venga hacia tí, y no solamente durante el Estío, sino tambien en el Invierno.

Durante horas enteras nuestros dos aman-

tes se encerraban en aquella piececita umbrosa y cuyas celosías bajadas no dejaban penetrar mas que una media luz, semejante al crepúsculo de un día de Junio.

Edmundo no quería que una mano extraña tocara ni aun el vestido de Antonina.

—Mientras yo viva—la decía—nadie, ni aun una recamarera se te acercará. Esto no es celo, es puro egoismo. Me parece que el contacto de los extraños te arrebataría alguno de tus perfumes.

Así, pues, cuando Edmundo salía con su muger, hubiera querido llevarla en brazos hasta el coche, para que no tocara el suelo con sus piecitos. La cubría lo mas que podía, á fin de ocultar toda aquella hermosura, que no era y que no debía ser conocida mas que de él solamente. La acostaba en su coche, como á una niña, y ámbos decían al cochero, que les preguntaba adónde debían conducirlos: "Al campo."

Por la noche era cuando tenían lugar estos paseos sentimentales; generalmente, hasta las dos de la mañana caminaban así, entregados á todo el encanto de la naturaleza.

Algunas veces Edmundo decía á Antonina: Canta; y ántes de que la canción hubiera terminado, la habia aspirado, recogido, en un beso sobre los labios de la joven.

En fin, volvían de su paseo. Entonces de

Péreau adornaba á su muger para el sueño, esta era su espresion.

Una noche, mientras ella dormía, salió, fué á comprar todas las flores que pudo hallar en casa de las floristas, y las deshojó sobre el lecho de Antonina. Cuando esta despertó, se halló cubierta de rosas.

No sabia qué inventar. La creaba la vida que llevan las *Criollas* en las colonias. Era para su muger lo que hubieran sido apenas veinte esclavos. Permanecía horas enteras mirándola durante su sueño, y se decía á sí mismo:

—Todo esto es mio: ese cuerpo y esa belleza me pertenecen. Ese seno juvenil y torneado, que se agita suavemente como una hoja de rosa mecida por el aurora de la mañana; esas espaldas blancas y tersas como las de la *Venus de Milo*; esos ojos entregados por el sueño, pero que al abrirse me buscarán; esa boca entreabierta como una cajita de perlas, que deja entrever lo que encierra; esos hermosísimos y luengos cabellos, que se deslizan como un río de ébano. . . . todo esto, todo es mio. . . . solo mio. . . . Ningun hombre ántes que yo ha dicho á este ser hechicero lo que á mí es permitido decirle á todas horas. Su memoria no guarda mas que un nombre de hombre; el mio! No vive mas que por mí, para mí, como yo para ella. . . .! ¿En dónde hallar felicidad mayor. . . . placer mas completo. . . . sensaciones mas puras, celestiales y ciertas. . . .?

Luego Edmundo, que dejaba correr libremente sus ideas, solia decirse:

—Y pensar que será necesario que un dia yo abandone toda esta felicidad...! ¿Qué hará entónces mi adorada Antonina? ¿Permanecerá fiel á mi memoria, ó esta necesidad de amor que derramo imprudentemente en su seno, la dominará hasta tal punto, que me olvidará en los brazos de otro....? ¡Horrible pensamiento....! ¿Que otro hombre posea este tesoro como yo lo poseo....! ¿Y podría ella decirle las mismas palabras que á mí....! ¿Y él podría contemplarla como la contemplo yo en este momento.....! y al despertar, la mirada de Antonina buscaria un rostro que no sería ya el mio.... sus manos estrecharian una mano que no sería la mia.... miéntras que yo, pálido y desfigurado, dormiria en la tierra húmeda, olvidado de ella...! Mi nombre no le recordaria mas que un deber, y de vez en cuando vendria á arrojar una corona, y á hacer una visita á mi tumba solitaria.... ¡Oh....! esto es imposible.... y sin embargo, probablemente es la verdad, porque esa es la naturaleza del corazon, que tiende á olvidar todo lo que ha amado, cuando el recuerdo de lo que ha amado puede causarle dolor, ó arrojar una gota de hiel en sus goces presentes...! Y esto podrá suceder dentro de tres años... acaso dentro de dos... dos años que habrán pasados rápidos como dos

minutos. Ay! ¿Por qué cuando llegó á mis oidos la fatal noticia de mi enfermedad, por qué, no me precipitaria hácia adelante, sin mirar ningun objeto....? ¿por qué he comenzado una vida de felicidad, á cuyo término no podré llegar, y que me hará morir en medio del llanto y de la desesperacion...? ¿En dónde hallar un hombre que me haga vivir.... que vierta su sangre juvenil y fecunde en mis venas....? ¿Hay tantos que viven inútilmente para sí y para el mundo....!

Y cuando Edmundo llegaba á esta parte de sus crueles meditaciones, se daba golpes en el pecho, y despertando repentinamente á Antonina, la decia:

—Repíteme que me amas, y que muerto ó vivo serás fiel á mi memoria como á mi amor.

La jóven se arrojaba entónces á los brazos de su marido, y aquella tristeza se iba á reunir con todas las tristezas que se han desvanecido al soplo de una muger.

Por lo que hace á Antonina, era tan dichosa como puede serlo una criatura humana.

Desde que se habia casado parecía que su alma habitaba una nueva esfera, que respiraba un aire mas puro, cargado de aromas desconocidos, hechos para ella solamente.

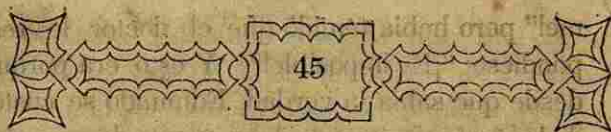
Aquel amor continuo, rendido, del cual ella era el objeto, tan nuevo para su alma vírgen, habia abierto todo su ser, por decirlo así, á las ardientes emanaciones de la vida.

Se hallaba moralmente en ese estado de bienestar que se experimenta en un baño del Oriente, cuando de una temperatura elevada se pasa á otra mayor hábilmente impregnada de perfumes, y á través de la cual llega á los oídos una armonía suave como las emanaciones de la mirra. Antonina se sentía llevada por la vida como sobre una de esas nubecillas que atraviesan por el cielo, blancas como un copo de algodón, arrastradas por el viento.

Todo á su alrededor era dulce, radiante, ligero. Como un cisne, se deslizaba sobre las aguas de lo presente.... y cuando algunas veces, como su marido, llegaba á temer el porvenir, su padre la decía:

—Espera.... todo va bien.

Pero estos tristes pensamientos no la acometían sino muy rara vez, porque su existencia flotaba en un vapor de felicidad, si se nos permite esta frase, semejante á esas neblinas color de rosa que vagan por la mañana sobre los prados, y á pocos instantes borran todos los horizontes aun los mas cercanos.



CAPITULO IV.

NEZA.

¿Creeis que haya un hombre que pueda decirse: Tengo tanto tiempo de vida; voy á pasarla lo mas dichosa que pueda, y cuando venga la muerte, léjos de espantarme, la aguardaré como una víctima resignada, que recibe el golpe sonriendo?

No; creer en un sacrificio hecho con tanta facilidad, seria negar ó desconocer la naturaleza humana. El hombre no podrá consentir nunca en limitar sus esperanzas, sino despues de muy rudos golpes.

Así, pues, como ya lo hemos indicado, habia dias, en que al pensar en el porvenir, en ese porvenir tan próximo al cual debian la felicidad presente, pero que á cada instante se disminuía y se perdía en el abismo de lo pasado, Edmundo se golpeaba el pecho y se mesaba los cabellos..... Mil veces habia pensado ir á buscar al señor Devaux y decirle: “¡Salvad-

Se hallaba moralmente en ese estado de bienestar que se experimenta en un baño del Oriente, cuando de una temperatura elevada se pasa á otra mayor hábilmente impregnada de perfumes, y á través de la cual llega á los oídos una armonía suave como las emanaciones de la mirra. Antonina se sentía llevada por la vida como sobre una de esas nubecillas que atraviesan por el cielo, blancas como un copo de algodón, arrastradas por el viento.

Todo á su alrededor era dulce, radiante, ligero. Como un cisne, se deslizaba sobre las aguas de lo presente..... y cuando algunas veces, como su marido, llegaba á temer el porvenir, su padre la decia:

—Espera..... todo va bien.

Pero estos tristes pensamientos no la acometían sino muy rara vez, porque su existencia flotaba en un vapor de felicidad, si se nos permite esta frase, semejante á esas neblinas color de rosa que vagan por la mañana sobre los prados, y á pocos instantes borran todos los horizontes aun los mas cercanos.



CAPITULO IV.

NEZA.

¿Creeis que haya un hombre que pueda decirse: Tengo tanto tiempo de vida; voy á pasarla lo mas dichosa que pueda, y cuando venga la muerte, léjos de espantarme, la aguardaré como una víctima resignada, que recibe el golpe sonriendo?

No; creer en un sacrificio hecho con tanta facilidad, seria negar ó desconocer la naturaleza humana. El hombre no podrá consentir nunca en limitar sus esperanzas, sino despues de muy rudos golpes.

Así, pues, como ya lo hemos indicado, habia dias, en que al pensar en el porvenir, en ese porvenir tan próximo al cual debian la felicidad presente, pero que á cada instante se disminuía y se perdía en el abismo de lo pasado, Edmundo se golpeaba el pecho y se mesaba los cabellos..... Mil veces habia pensado ir á buscar al señor Devaux y decirle: “¡Salvad-

me!" pero habia temido que el doctor le respondiese: "¡Es imposible!" Y esto era porque desde que sabia la verdad, Edmundo se custodiaba á sí mismo, y se daba cuenta de esos síntomas de que hasta entónces no habia hecho caso, pero que ahora se le presentaban con toda su gravedad. Esos insomnios, esos sudores instantáneos, esas impresiones repentinas, esa eterna sed, ese esputo de sangre que le ocasionaban las mas ligeras emociones, ese malestar, esa languidez, esas distracciones, tenian una causa, y cada crisis le arrebatava una parte de su vida. Lo que otras veces habia ocultado á su madre, creyendo que no presagiaba ningun peligro y que no debia asustarla por tan poca cosa, ahora se lo ocultaba, porque en semejante revelacion habria conocido el terrible misterio de la enfermedad de su hijo.

Por otra parte, ella tenia una confianza tan ilimitada, que cuando salia con Antonina, mas bien parecia su hermana que su madre. Hubiérase dicho, que á medida que se envejecia, le descontaba Dios los años.

Antonina habia hecho lo que su marido no osó hacer; le habia preguntado casi diariamente al señor Devaux por el estado de Edmundo, y el doctor, asistiendo al enfermo, por el intermedio de su hija, no le habia dicho aun que hubiese por qué desesperar.

Así pasaron cinco meses; cinco meses, duran-

te los cuales Edmundo pasó la vida que hemos dicho, vida de amor, mezclada de temor.

Cuando pasó ese tiempo, contempló lo pasado y dijo: ¡Cinco meses he vivido! La cuarta parte de mi porvenir!

El Otoño habia comenzado.

—Lleva á tu marido á Niza, dijo el señor Devaux á su hija; haz que cumpla exactamente con lo que voy á ordenarte por escrito, y dame noticia de él cada semana. En Marzo, sabremos definitivamente lo que podemos esperar.

Edmundo y Antonina partieron acompañados de la señora de Péreux, porque Edmundo queria lo que queria Antonina, y la señora de Péreux no tenia mas voluntad que la de su hijo.

Gustavo hubiera deseado acompañar á su amigo, pero no podia llevar á Nichette, y le pareció muy difícil y cruel separarse de ella. Y luego Edmundo, que tenia ya á Antonina, no necesitaba tan urgentemente de su amistad. Quedóse, pues, en París prometiendo á Péreux escribirle frecuentemente, á lo cual éste le comprometió tambien solemnemente.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente por qué seguimos paso á paso á nuestro héroe principal. Al ménos, en nuestro concepto, el interés de esta novela reposa todo sobre él. Nada en la historia de los que le rodean y cuyos tipos completan nuestro cuadro, puede ofre-

cernos por el momento pormenores interesantes.

Gustavo ama siempre á Nichette, de la cual es adorado.

El señor Devaux continúa mirando á sus enfermos todos los dias de las once de la mañana á las tres de la tarde.

La señora Angélica ha logrado salvar del dique que la oponía la quincuagésima segunda línea del *Castillo de Kenilworth*, y ha llegado hasta la entrevista de Tresilian con Amy Robsart.

La señora de Péreux continúa, no viviendo, no respirando mas que por y para su hijo.

—Yo quisiera hacer un viage á Italia, había dicho Antonina, que no quiso anunciar que Niza sería el término que se proponía, porque Niza ha llegado á ser un nombre casi aterrador á causa de la hospitalidad que ofrece á los enfermos incurables del pecho; y los tres habían partido inmediatamente.

Niza se encuentra abrigada por todos lados, y es, por consiguiente, impenetrable á las intemperies. Siempre se respira allí un aire igual: la atmósfera se encuentra cargada de esa tibia, que Gruber recomendaba para la tisis.

Llegados que fueron allí, Antonina aparentó encontrar el sitio tan agradable, el aire tan suave, que no quiso continuar su camino.

—Pues bien, quedémonos aquí, dijo la seño-

ra de Péreux sin sospechar la causa de aquella preferencia.

—¿Conque es decir, que todo ha concluido? exclamó Edmundo dirigiéndose á su muger: ¿conque no hay mas esperanza, y tu padre me envía á morir aquí para prolongar por algunos dias mas mi vida....?

—Al contrario, amigo mio, contestó la jóven arrojándose á los brazos de su amigo; mi padre tiene muchas esperanzas. Ha confiado tu salud á mis cuidados; deja correr tu vida á mis caprichos.... y tendremos todavía luengos años ante nosotros.

Edmundo alquiló una casita separada de la ciudad, que tiene algo de semejante con un hospital.

Esta casita abrigada junto á una colina, abría sus persianas verdes al sol matutino. Las mas puras exhalaciones la rodeaban, y un sendero encantador, umbroso y lleno de naranjos, conducía de ella hasta las riberas del Var, ese dulce y apacible río que nace en los Alpes y va á arrojarse al Mediterráneo, á una legua escasa de Niza.

Quando se han contemplado esos hermosos rios del Mediodía, transparentes como el azul del cielo, que reflejan, paseando en su curso tranquilo las flores que la brisa de Estío arrebatada de las riberas, se comprende la mitología de los antiguos y los poéticos esponsales que

hacian contraer á los rios y las riberas bajo los bosquecillos de adelfas y entre las quiebras de las peñas.

Antonina no queria destruir ninguno de los encantos de la vida de Edmundo, y habia pedido á su padre que la indicara todos los medios curativos que podia emplear para su marido, sin que, por decirlo así, percibiera éste que era el objeto de un incesante cuidado.

Así, pues, todas las mañanas, desde que comenzaba á lucir la aurora, Antonina y Edmundo montaban á caballo, y recorrían, ora á galope, ora á trote largo, las riberas del rio; luego volvían á encontrar á la señora de Péreux que, ménos madrugadora, miraba desde su lecho levantarse el sol sobre el horizonte.

Aquel paseo de por la mañana tenia otro objeto mas importante que el de causar un placer al enfermo: debia fatigarlo y abrir su organizacion á las dos necesidades mas poderosas de la naturaleza; el sueño y la hambre.

Por la noche, una lamparilla ardia siempre en el aposento de Edmundo. Esta lámpara, suspendida del techo, que á primera vista parecia una simple veladora, calentaba una cazolejita de plata, de donde se escapaba un vapor imperceptible de una mezcla de cera blanca, terebintino y otras substancias, que purificaba el aire, y causaba á Edmundo un sueño sin agitacion y sin fiebre. Hasta en sus ali-

mentos se hallaba algo que procurara su curacion.

De esta manera Edmundo debia hallar la salud en todo lo que lo rodeaba; en sus placeres, en sus alimentos, en su mismo sueño; la juventud, la naturaleza y los medios estremos deberian hacer el resto, en caso de que esto fuera insuficiente.

Los cuidados de que era objeto, no se le escapaban, y servian para aumentar, si posible era, su amor por Antonina.

—¡Qué vida tan triste te hago pasar, mi niña querida, la decia algunas veces; pero es nuestra felicidad y nuestro porvenir lo que siembras.... y si llegas á lograr tu objeto, ¡cuán rica cosecha de amor y de ventura recogerémos!

Esta esperanza hacia agolparse las lágrimas á los ojos de Antonina; y ámbos esposos se confundían en un beso lleno de promesas para lo futuro y de ventura en lo presente.

Vdes. habrán notado, como yo, sin duda, que los enfermos acaban por hacer una especie de vanidad de la enfermedad que tienen; parece que se hallan orgullosos de poseerla, de soportarla y de poder hacerse en cierto modo héroes de la fatalidad. Esta, acaso, es la única compensacion que la enfermedad ofrece á aquellos á quienes ataca; y es preciso concedérselas, ya que no tienen otra. Tendreis lugar de hacer esta ligera observacion en las cartas que Ed-

mundo escribía á Gustavo, y que vamos á copiar; pues que éste será el mejor medio de sorprender, por decirlo así, las impresiones íntimas de Péreux.

“ Mi querido Gustavo, escribía Edmundo: hemos llegado á Niza. Todo aquí tiene al mismo tiempo el aspecto de la vida y de la muerte. Estraño es mirar una ciudad blanca, apacible y llena de perfumes, sonrisa palpable de la naturaleza, sacrificada al dolor y á la muerte. Niza es la imágen perfecta de la enfermedad, á la cual trata de dar un consuelo á lo ménos.

“ Hallase en ella esa dulzura melancólica, esa transparencia y esa palidez de la mirada que se encuentra en los que, como yo, vienen á pedirle un momento de alivio: mas lejos se admira esa vegetacion exhuberante y fuerte que brota de las rocas, y que es como la imágen de la vida ardiente y fecunda que no admite en su seno.

“ Nuestro género de vida aquí es muy sencillo. Me dejo cuidar por Antonina con todo el afecto de su corazón, y poner en práctica todos los consejos que la da su padre. Ya sea que los cuidados que me prodiga, me causen algun bien, ó sea que tenga necesidad de mecarme en halagüeñas esperanzas, lo cierto es, que me parece que aspiro con mas facilidad la existencia. Ya no estoy tan pá-

lido como en Paris, y á veces me abandonan mis sombríos insomnios. Un rayo de sol se desliza por en medio de mis dudas.

“ Hay cierta clase de cosas que no puedes comprender tú solo, tú, cuyos anchos pulmones pueden alimentarse con el aire de todos los paises; pero que trataré de explicarte, porque son uno de las mayores consuelos de mi mal. Evidentemente percibo todo lo que me rodea bajo un aspecto muy diferente. El amor, las flores, el cielo, todas las cosas que ha criado Dios, se me aparecen, ahora que temo separarme de ellas muy pronto, de muy distinto modo de como se me representaban cuando creia poder gozar de ellas durante luengos años.

“ La casa en que vivimos, se halla al pié de una pequeña colina llena de profundas escavaciones y sembradas de árboles enanos. Muchas ocasiones, á la hora en que el sol derrama con mayor fuerza su luz, como para probarme que puedo luchar aun contra la fatiga que hace sucumbir aun á los mas fuertes, me estravió en este pequeño desierto lo recorro con la frente descubierta aspirando y recogiendo todas las emanaciones y todos los ruidos que lo pueblan. Me hallo solo, y penetro en alguna fresca cavidad, en donde me siento gozando con el sudor que poco á poco se enfria sobre mi frente. Entónces

“ suelo preguntarme: ¿Me enfermará lo que
“ hago?—y me respondo: Si nada me resulta,
“ es porque sin duda no estoy completamente
“ condenado.

“ Me ejercito, pues, en vivir suscitando difi-
“ cultades á mi vida, yo, que debería pasar el
“ tiempo únicamente en preservarla de todo
“ ataque. Hay momentos en que me parece
“ que la naturaleza tan solo puede curar los
“ males que provienen de ella: entónces cor-
“ ro, monto á caballo, bebo y como sin otra
“ guía que mi capricho, y en seguida me es-
“ tudio. No sufro mas, y aun á veces esperi-
“ mento cierto consuelo y alivio.

“ ¡Qué dichoso sería viviendo amando y
“ amado como ahora lo estoy! Si supie-
“ ras qué ángel me ha permitido Dios que en-
“ cuentre en mi camino! Hé aquí lo que
“ muchas veces me hace temer que mi vida no
“ sea de larga duracion.

“ El cielo no me ha concedido semejante
“ compañía, suelo decirme, sino porque en su
“ clemencia ha pensado que mi alma tendria
“ necesidad durante los cortos momentos que
“ me han sido concedidos, de apoyarse en
“ una alma simpática.

“ Oh! quisiera vivir para Antonina... espe-
“ rimento en el alma un manantial inagotable
“ de ternura. Aun cuando viviera cien años,
“ creo que no tendria tiempo suficiente para
“ probarla mi amor.

“ Veo en derredor mio jóvenes de mi edad
“ en buena salud, y casados, que pasan la vida
“ en ocupaciones incomprensibles; maridos de
“ mugeres bellas y jóvenes, que son jugadores,
“ ó, lo que es todavía peor, que prefieren el no
“ hacer nada á pasar la vida adorando á sus mu-
“ geres. ¿Y puede haber mejor empleo para
“ la vida, que el de consagrarse á la muger á
“ quien se ama.? En lugar de referirlo
“ todo á la criatura que Dios les da, procuran
“ constantemente alejarse de ella. ¿Green haber
“ leído en un año ó dos todo el libro de su
“ alma, cuyas páginas y aun cuyas palabras
“ son un encanto por sí solas.? ¡Cuán-
“ to mejor comprenderian la felicidad de la
“ vida esas gentes, si la fatalidad les hubiera
“ dicho como á mí, señalando un término cer-
“ cano: “No pasareis de allí!”

“ Desde que amo á Antonina, amo mas á mi
“ madre, porque comprendo el enorme sacrifi-
“ cio que ha hecho consagrándome todo su
“ afecto. ¿Quién le impedía á la edad que te-
“ nia cuando murió mi padre, el volverse á ca-
“ sar y buscar en un amor que jamas conoció,
“ esos goces que solo quiso hallar en su hijo,
“ y que son tales, que me parece que todo de-
“ biera abandonarse por ellos? ¡Muerto yo,
“ será Antonina lo que ha sido mi madre? ¿So-
“ brevivirá este amor en que ahora nos inun-
“ damos, á la muerte de uno ú otro? ¡Terrible

“duda! Pero seria mucho exigir de ella, exigir un juramento que la ligase á mi memoria como á mí mismo, y que se le convirtiera en remordimientos si faltase á él.....? Al contrario, solo una cosa pido á Dios, y es, que por cualquiera medio conceda la felicidad á esta casta niña, que me ha sacrificado la flor de su juventud, y la juventud de su amor. Puedo morir, amarla otro, amar ella á otro tambien; pero ninguno podrá recoger como yo el tesoro de sus primeras impresiones, ni revelar el misterio del primer cambio de almas; y estoy seguro de que mi memoria se le renovará constantemente, aun en medio de los momentos de dicha que deba á un segundo amor.

“Serás siempre su amigo, ¿no es verdad? Vigilarás sobre ella; le harás continuar en su costumbre de ir á visitar el lugar en que yo repose; porque aunque algunas veces pienso en el porvenir, la fria realidad se aparece siempre ante mis ojos. Acuérdate, Gustavo, que te amo como á mi hermano, y que tú debes protegerla como á tu hermana.

“Si alguna vez se la engañe, tú la defenderás ¿no es verdad? y al hombre que la hiere padecer, lo matarias.....!

“¿Para qué pensar en esto?

“Algunas personas han querido trabar amistad con nosotros; pero yo me he opuesto á

“ello. ¿A qué fin contraer serias relaciones que no pueden ser de larga duracion, y que no harán sino aumentar el dolor de una cercana y eterna separacion? ¿Para qué contraer, por el contrario, relaciones comunes y fáciles, que para un hombre ocupado como yo únicamente de dos pensamientos continuos, la muerte y el amor, no pueden servir ni de consuelo y ni aun de distraccion?

“¿Habria de pasar mis noches, jugando al tresillo ó al ajedrez, yo, que en dos años quiero ser tan dichoso como cualquiera otro puede serlo en cincuenta; yo, que tengo á mi madre, á mi muger y á un amigo como tú á quienes amar, y que no cuento mas que un tiempo limitado para esto?

“Ahora cuento todavía por años; luego contaré por dias..... mas tarde será por minutos.... como mi padre. ¡Cuánto debió sufrir él, que no amaba como yo amo...! ¿Pero al momento de la muerte, este amor será para mí un consuelo ó una duda...? ¿Y la felicidad de lo pasado, no me hará mas amargo contemplar que carezco del porvenir?

“¡Cuánto debo fastidiarte, hablando siempre de mí.....! Perdóname lo que acabo de decir, amigo de mi corazon; no tengas cuidado: ni ahora, ni nunca he dudado de tu amistad, y siempre has sido y serás, mientras viva, el confidente de mis mas íntimos pensamientos.

“ ¿No te figuras cuán felices seríamos, qué
 “ buena vida nos pasaríamos, si el señor De-
 “ vaux lograra salvarme? Prolongar por el
 “ límite ordinario de la vida la felicidad que no
 “ espero sino gozar por algunos instantes, ¿no
 “ sería el paraíso sobre la tierra? ¿Poner uno
 “ su corazón al abrigo de todo padecimiento
 “ entre estas tres afecciones . . . ? Oh! Gustavo,
 “ ruégale á Dios, ruégale por mí.

“ Escribeme frecuentemente; háblame de Ni-
 “ chette, tu linda y buena querida. ¿La amas
 “ siempre lo mismo? ¿Te corresponde ella como
 “ antes . . . ?

“ ¡Pobre Nichette! cómo lloraba el día en que
 “ la carta que te escribió, cayó en mis manos!
 “ ¡qué buena es . . . ! Pues á esa carta es á la
 “ que en cierto modo he debido la felicidad de
 “ que gozo . . .

“ Dala un abrazo á esa linda niña á mi nom-
 “ bre, y dila que muy pronto la enviaré algu-
 “ nas telas y chales que vienen del Oriente, y
 “ que una especie de contrabandistas venden
 “ aquí.

“ Antonina te envía el mas dulce y fraternal
 “ beso que te puedes imaginar, plegado en
 “ cuatro dobleces dentro de esta carta . . .

Antonina escribía también á su padre, de es-
 ta manera:

“ Mi buen papá: Hace algunos días que he-
 “ mos llegado á Niza. . . .

“ La señora de Péreux me ama siempre co-
 “ mo á su hija; y lo que soy yo, voy conociendo
 “ que desde que estoy lejos de tí, te amo cada
 “ día mas, si es posible amarte mas de lo que
 “ antes. Yo soy dichosa, muy dichosa, padre
 “ mio; nunca te arrepientas de lo que has he-
 “ cho; pero sí acuérdate que de tí depende que
 “ mi felicidad sea de larga duración. Que Ed-
 “ mundo viva, y todo irá bien, porque si le su-
 “ cediere una desgracia, en verdad que no sa-
 “ bria lo que sería de mí.

“ No he descuidado ninguna de tus recetas y
 “ recomendaciones; y tal vez me engaño, pe-
 “ ro me parece que mi marido va mejor.

“ Nada podrá darte una idea de la profunda
 “ y tierna afección que me tiene Edmundo: yo
 “ no me atrevo á espresaréte, por temor de po-
 “ nerte celoso, mi bueno y excelente papá; pero
 “ sabe que es imposible haya una muger mas
 “ amada que yo.

“ Dicen que los médicos lo explican todo. Tú
 “ que eres médico, explícame, pues, el senti-
 “ miento que experimento por mi marido. Es
 “ una afección sin reserva, que debe parecerse
 “ un poco al amor maternal; paréceme, en efec-
 “ to, que mi madre me amaba como yo amo á
 “ Edmundo. Esto consiste sin duda en que,
 “ aunque muger, soy mas fuerte que él y tiene
 “ necesidad de mi protección. Su enfermedad
 “ me causa sensaciones extrañas. . . . No le

“ pido á Dios mas que una cosa, y es, que lo
 “ sane, porque toda nuestra felicidad consiste
 “ en esa curacion; para lograrlo, hago cuanto
 “ está de mi parte.

“ Pero ¡si supieras! cuando durante un dia
 “ entero no ha tenido ni un momento de debi-
 “ lidad; cuando se ha verificado una de esas
 “ curaciones momentáneas, que hay en todas
 “ las enfermedades, en que un poco de tiem-
 “ po desaparecen todos los síntomas, me siento
 “ como celosa; me parece que quisiera verlo
 “ mas enfermo, á fin de que fuese mas mio
 “ El amor ¿no será mas que un egoismo su-
 “ blime?

“ No te enojarás porque ame tanto tanto á
 “ mi marido, ¿verdad? Acuérdate tú cuánto
 “ amabas á mi madre.”

Antonina no podia pormenorizar á su padre
 todo lo que experimentaba por Edmundo. Su
 pudor de muger la hacia adivinar vagamente,
 que hay ciertas afecciones que no pueden ser
 las confidentes de otras sin rivalidad. Acaso
 habia dicho ya mas de lo necesario en lo que
 acaba de leerse.

Pero nosotros podemos sin ninguna clase
 de temor, recibir la confesion de este amor
 juvenil, poético, lleno de sentimiento y de
 melancolía, expansivo como el amor sensual,
 humilde y tierno como el amor de una her-

mana, inteligente como la vigilancia de una
 madre.

Hubiera sido ciertamente un estudio muy
 curioso el de esta muger joven, bella, fuerte,
 llena de salud, siguiendo paso á paso al hom-
 bre á quien amaba, confesándose á sí propia
 todo el egoismo de este amor y diciéndose: Es
 mi felicidad la que vive en este hombre; quan-
 do él muera, mi ventura, mi fuerza, mi juven-
 tud, mi belleza, mis creencias, mi amor, todo se
 desvanecerá...! Es el vaso en el cual he de-
 positado mi corazon, que se habia hecho muy
 pesado para que lo pudiera llevar yo sola
 Roto el vaso, mi corazon cae..... y no queda-
 rá mas que fango.”

Otras veces se decia Antonina—“¿Qué seria
 para mí la vida sin Edmundo? Continuar vien-
 do árboles y casas, vivir como un autómata en-
 tre un cielo que no habria tenido piedad de mí,
 y una tierra que hubiera prontamente recobra-
 do el tesoro de mi porvenir; tocar sin sentir: ver
 sin mirar, oír sin comprender: he aquí lo que es
 la vida sin amor..... Y ¡amar por segunda
 vez! esto es imposible. El corazon no puede
 contener dos amores, como la semilla no pue-
 de contener dos gérmenes..... Cuando el pri-
 mero ha muerto, el corazon muere tambien. ¿De
 qué sirve vivir entónces, y por qué se acepta la
 nada, para aquel á quien amamos, y no tam-
 bien para nosotros? ¿Por qué no se lia de con-

tinuar la fidelidad hasta mas allá de la tumba, y del mismo modo que en la vida mientras vivo seguirlo siendo durante la muerte? ¿Qué quimérico y cobarde temor puede retener al ser, que ve arrojar la tierra sobre el objeto de su adoración? ¿Será el dolor que precede á la muerte? ¿y qué cosa puede ser ese dolor? ¿O será acaso el castigo del suicidio? Dios que perdona á la muger adúltera, ¿podrá castigar á la muger fiel, que sigue á su marido hasta su tribunal divino? ¿Será la esperanza?... Ay! la esperanza: esa flor que llaman eterna, no retoña jamas sobre las tumbas....

“Si á pesar de todos mis esfuerzos, Edmundo sucumbe, moriré con él.

“Pero mi padre, mi pobre padre, ¿qué será de él si lo abandono?... Oh! cuán clemente es Dios, que da siempre al ser desesperado alguna razon para no abandonar la vida. Mi fidelidad á mi esposo seria un crimen hácia mi padre.

“Dios mio! exclamaba entónces Antonina cayendo de rodillas, pues que tanta felicidad y tantas existencias dependen de la vida de un solo hombre, consérvanoslo!”

Y como si Dios se hubiera apresurado á tranquilizar el angustiado corazon de la niña, recibia una carta de su padre, concebida en estos términos:

“ Parece, hija querida, que quieres burlarte de tu buen papá, cuando le pides explicacion de tus sentimientos. Los médicos no todo lo explican, porque casi todos son materialistas, y nada se puede explicar satisfactoriamente por la materia. pero si ellos tuvieran como yo una hija que les hiciera entrever el cielo, ¡cuántss cosas conocieran, que ahora pasan desapercibidas para ellos.

“ Yo, que creo en Dios como en todo lo verdadero y bueno; yo, que quiero que tú seas la muger mas dichosa porque has sido la hija mas humilde y amorosa; yo, en fin, que sé que la alegría de toda tu vida depende de la salud de Edmundo, te diré ésto: Hay dos medios de curar á un enfermo; el uno consiste en obrar sobre su cuerpo; el otro consiste en obrar sobre su alma.

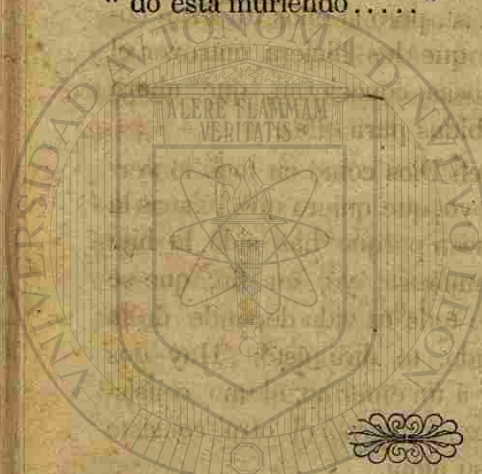
“ Tú posees el alma de Edmundo, y te la abandono sin reserva, porque para ella no puede haber mejor médico que tú.

“ Por lo que hace al cuerpo, ya le hemos tomado alguna delantera á la enfermedad, y ya veremos si ha de ser ó no inútil la ciencia que Dios ha concedido al hombre.

“ Ruégale, pues, á Dios; ¡cree y espera....!

Quince dias despues de que Antonina habia recibido esta carta, escribia á su padre esta esquela.

“ Inmediatamente que recibas esta carta, que-
rido papá, abandona Paris . . . déjalo todo; ven
“ á reunirse con nosotros. Por mas prisa que te
“ dés, puede ser que llegues tarde. . . . Edmun-
“ do está muriendo ”



CAPITULO V.

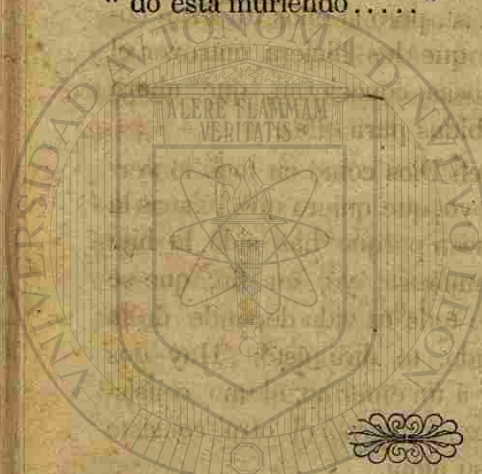
SE ACERCA LA MUERTE.

Habia bastado una imprudencia de Edmun-
do para hacer retroceder repentinamente á la
enfermedad de la via, si no de curacion, á lo mé-
nos de alivio en que se hallaba desde su llega-
da á Niza.

Como lo hemos visto ya en una de las cartas
que le escribia á Gustavo, le sucedia frecuen-
temente correr al sol, y detenerse de pronto en
alguna fresca sinuosidad, en donde sentia el
sudor helarse sobre su frente. No habia teni-
do, por cierto, que repetir por muchas ocasiones
esta clase de esperiencias para resentir sus fu-
nestos efectos, y un dia volvió á su casa con la
cabeza agobiada por un violento dolor, con una
convulsion que lo agitaba desde los pies á la
cabeza, habiéndose visto obligado á meterse en
la cama despues de un largo desmayo.

En este momento fué cuando Antonina es-
pantada con la violencia del ataque, escribió á
su padre que viniera á ver á su marido.

“ Inmediatamente que recibas esta carta, que-
rido papá, abandona Paris . . . déjalo todo; ven
“ á reunirte con nosotros. Por mas prisa que te
“ dés, puede ser que llegues tarde. . . . Edmun-
“ do está muriendo ”



CAPITULO V.

SE ACERCA LA MUERTE.

Habia bastado una imprudencia de Edmun-
do para hacer retroceder repentinamente á la
enfermedad de la via, si no de curacion, á lo mé-
nos de alivio en que se hallaba desde su llega-
da á Niza.

Como lo hemos visto ya en una de las cartas
que le escribia á Gustavo, le sucedia frecuen-
temente correr al sol, y detenerse de pronto en
alguna fresca sinuosidad, en donde sentia el
sudor helarse sobre su frente. No habia teni-
do, por cierto, que repetir por muchas ocasiones
esta clase de esperiencias para resentir sus fu-
nestos efectos, y un dia volvió á su casa con la
cabeza agobiada por un violento dolor, con una
convulsion que lo agitaba desde los pies á la
cabeza, habiéndose visto obligado á meterse en
la cama despues de un largo desmayo.

En este momento fué cuando Antonina es-
pantada con la violencia del ataque, escribió á
su padre que viniera á ver á su marido.

En efecto, con los terribles indicios que ella tenia, inmediatamente se conoció de que no habia mas remedio para Edmundo, y que habia llegado su hora.

Envió á buscar á un médico, al cual su padre, que lo conocia, la habia dicho que podia dirigirse en caso de urgencia, y se sentó llena de resolucion junto á la cabecera del enfermo.

Naturalmente habia sido imposible ocultar este ataque á la señora de Péreux. Esta, que desde el casamiento de su hijo habia perdido completamente todos sus temores, tuvo al principio trabajo en creer la gravedad del mal que se declaraba; pero mientras mas lenta era su alma para creer la desgracia que sucedia, mas grave, mas profundo, debia ser su sentimiento cuando nada pudiera desmentir el testimonio de los ojos, la aprehension del corazon.

Cuando la señora de Péreux, que por el pronto no habia creído sino que aquello seria una indisposicion pasagera, vió á su hijo desmayado durante dos horas, sin que ningun remedio fuera bastante para reanimarle; cuando miró que el delirio sucedia al desmayo, y que el doctor que habia sido llamado sacudia su cabeza en señal de que tenia muy pocas esperanzas, ó mejor dicho, que nada esperaba; el cambio, el trastorno que se operó en ella, fué rápido y terrible como el rayo.

Para las naturalezas amantes, que viven, co-

mo ella, por el corazon, no hay nunca términos medios. El dia anterior la señora de Péreux estaba tan segura de la salud de su hijo, que ni aun pensaba en ello Aquel dia se vestia de negro.

Para ella su hijo habia muerto.

La pobre madre envejecia de diez en diez minutos.

Sentóse junto al lecho de Edmundo, y allí permaneció con la vista fija sobre el enfermo, semejante á la estatua del dolor mudo.

Dos lágrimas habian rodado de sus ojos, dos tan solo, pero que habian marcado profundamente su paso por las megillas de la pobre muger, como marca su paso el torrente de lava.

Toda la vida, toda la inteligencia, toda el alma de la señora de Péreux se habia concentrado en su mirada, clavada en el rostro de Edmundo, y que seguia hasta los mas imperceptibles movimientos que hacia la sábana que cubria el pecho oprimido del moribundo. Adivinábase, se conocia, que cuando aquellos movimientos terminaran, la mirada de la madre se extinguiria con su vida, sin esfuerzo, sin gritos, y que las dos almas gemelas, enlazadas la una con la otra, volarian juntamente al seno del Señor.

Aquel dolor era tan grande, tan poderoso, dominaba de tal manera á la que lo soportaba,

que se hallaba incapaz de socorrer al que se lo causaba. La señora de Péreux no hubiera titubeado un momento en dar su vida por la de su hijo; pero hubiera sido una imprudencia encargarlo á ella que lo cuidara. La pobre muger no podia hacer otra cosa que morir con su hijo si éste moria; sufría muchísimo para poder hacer otra cosa que sufrir.

No sucedia lo mismo con Antonina, y la diferencia de ámbos amores se demostraba en la diferencia de ámbos dolores.

Luego que Antonina vió á su marido frio, inmóvil y pálido como si ya estuviera muerto exclamó en lo profundo de su alma:

—¡Todo se ha acabado!

Pero inmediatamente sintió acrecer sus fuerzas y duplicarse su energía ante aquella terrible advertencia; y ella tambien hizo el juramento de no separarse ni un instante del enfermo; solamente que habia sepultado su dolor en el fondo de su corazon, y habia dicho estas palabras que reasumian toda su decision:

—El, ántes que todo!

Entonces Antonina abrazó á la señora de Péreux, sin que ésta voltease la cabeza; pero aquel abrazo encerraba todas las promeas de amor y de abnegacion que podia hacer, y que sabria cumplir el alma de la jóven.

En seguida habia mandado traer al médico que su padre le recomendara y dispuestole

todo, pues le parecia que por mas cuidados que le dispensaran á su marido, nunca serian bastantes.

Como ya lo hemos dicho, el médico habia venido, y á primera vista habia desesperado de la salvacion del enfermo.

—Que viva ocho dias, le dijo Antonina, es todo lo que le pido á vd.

Los ocho dias era el tiempo necesario para que sus cartas llegaran á Paris, y el señor Devaux y Gustavo, á quien tambien habia dirigido algunas letras, llegasen á Niza; porque la parecia á Antonina que si se podia prolongar la vida de Edmundo hasta ese término, ya estaba salvado! ¡Tenia tanta confianza en el amor y en la ciencia de su padre....!

El doctor Murret, este era el nombre del médico recomendado por el señor Devaux á su hija, respondió á la jóven que el estado del enfermo no empeoraria ántes de ocho dias.

El estado peor era la muerte.

El señor Murret aplicó abundantes sangrías que descargarán el pecho del enfermo, y que le permitieran respirar con alguna libertad; pero hubo inmediatamente una reaccion sobre el cerebro, y sobrevino el delirio.... El delirio era horrible peripecia del dolor, esa imágen cruel de la locura, que hace á los que asisten á él mirar á su alrededor sin saber cómo contener aquel flujo de palabra sin sentido ni hila-

cion, que se escapan de los labios del enfermo, y que son mas siniestras que el silencio aun cuando este silencio debiera ser el precursor del silencio eterno!

Mientras que el delirio agitaba el sueño de su hijo, la señora de Péreux se inclinaba sobre él, y le decia, como si su voz, á pesar de todo, debiera llegar hasta el corazon del jóven moribundo:

—Edmundo! mi adorado Edmundo.... no hables así! Soy yo, tu madre, quien te lo suplica.

Pero los labios fiebrentos del enfermo continuaban agitándose convulsivamente, y el delirio seguía.

Durante las largas noches pasadas en vela, Antonina se recostaba sobre los pies de la señora de Péreux, y apoyaba sus labios sobre las manos ardorosas de su suegra.

—Espere vd., mamá, espere vd. decíala á veces; mi padre no debe tardar en llegar.

La señora de Péreux, estrechaba sin responderla, la mano de Antonina.

En vano hubiérais pedido un pensamiento ó una palabra á la pobre madre: no comia nada, y no hacia mas que beber grandes vasos de agua para calmar su fiebre. Así vivia, y así hubiera vivido meses enteros. Su alma solamente tenia necesidad de alimento, y se satisfacía con temores y oraciones.

Cuatro noches y tres dias se pasaron de esta manera.

En la mañana del cuarto dia el delirio cesó; y despues de un sueño algo mas tranquilo que habia prestado algun reposo al enfermo, éste se despertó con un estado de debilidad extrema, pero sin embargo, bastante repuesto para conocer las cosas y las personas que lo rodeaban.

—Antonina! ¡madre mia! dijo volviendo la cabeza hácia el lado en que se hallaban las dos mugeres.

—No me ha nombrado sino en segundo lugar, murmuró la señora de Péreux.

—¿Desde cuando estoy en cama? porque de nada me acuerdo, preguntó Edmundo, sobre cuya frente pesaba como un velo de plomo.

—Hoy es el cuarto dia, hijo de mi corazon, contestó la señora de Péreux. ¿Cómo te sientes?

—No siento mas que un fuerte dolor de costado. ¡Y vdes. dos han velado junto á mi cabecera, una noche una y otra noche otra? ¡Qué buen corazon! dijo con voz débil, presentando sus dos manos, ó mas bien, tratando de estender sus manos hácia su madre y su muger.

—Las dos hemos velado juntas, respondió Antonina.

—¡Que Dios bendiga á vdes., mis buenos ángeles! y Edmundo sintió que las lágrimas del reconocimiento le humedecían.

Las pocas palabras que pronunció lo fatigaron en extremo, y bien pronto conoció que no podía respirar sino con suma dificultad. Entonces le volvió la memoria, y al pensar en una próxima muerte, se puso á llorar.

—Déjenme llorar..... decia á su madre y á Antonina..... esto me sirve de consuelo.

La señora de Péreux se dejó caer de nuevo sobre la silla, de la cual no se habia separado hacia mas de ochenta y seis horas.

—Vamos, todo ha concluido, pensaba Edmundo, que tenia su pecho débil y ardiente: yo mismo soy quien he apresurado mi muerte como si tuviera la eternidad á mi disposicion.

Y nuevas lágrimas sucedían á estos pensamientos, porque el pobre jóven no tenia mas fuerzas que para llorar.

Antonina adivinaba la causa de aquel llanto.

—Cálmate, Edmundo, cálmate, le decia; ya le he escrito á mi padre, y no tardará en venir.

Con esta esperanza, el rostro del enfermo se reanimó un poco.

Durante este tiempo, las dos cartas de Antonina habian llegado á su destino.

El señor Devaux corrió inmediatamente á la casa de postas, para ver si habia alguna silla

disponible para el mismo dia, pues entónces todavía la posta era el medio mas veloz de viajar.

Pero no habia ninguna.

Entónces alquiló una berlina, pagó á doble precio los caballos, y no se permitió mas que dos horas para hacer sus preparativos de viage.

—Gustavo tambien recibió su carta, é inmediatamente corrió á casa de Nichette.

—Edmundo se muere, la dijo: parto á verlo inmediatamente, mi buena Nichette. Es que Dios me castiga por no haberlo acompañado... pero ¡era tan feliz que no creí tuviera necesidad de mí....! No dejes ni un dia de escribirme á Niza.... que yo te tendré al corriente de todo lo que suceda.

Nichette y Gustavo se abrazaron llorando.

—Antonina habrá sin duda escrito á su padre, dijo Daumont. Voy á casa del señor Devaux, é inmediatamente vuelvo á despedirme de tí....

Gustavo encontró al doctor disponiendo sus efectos é instrumentos para el viage.

—Parto con vd., le dijo.

—Dentro de una hora, contestó el médico.

El buen Daumont saltó en un coche de alquiler y volvió corriendo á dar el último abrazo á la modista como se lo habia prometido, y se halló de vuelta á poco rato en la casa del doctor en el momento mismo en que éste ponía el pié en el estribo de la berlina.

El coche partió á todo escape

Cuatro dias despues, los dos viajeros llegaban á Niza.



CAPITULO VI.

UN NUEVO CONOCIMIENTO.

Dos dias ántes de que el señor Devaux y Gustavo llegasen, Edmundo habia sido vuelto á acometer por el delirio, y el señor Mourret le aplicó nuevas sangrías. Edmundo por este motivo estaba inconocible; pero la opresion del pecho habia disminuido un poco.

Las dos mugeres velaban siempre; la una junto á la cabecera; la otra á los pies del enfermo; y de los tres, quien sufría mas, no era por cierto Edmundo, pues que su pensamiento no le pertenecía.

Las cortinas del lecho, medio corridas, mantenian en la sombra al moribundo. Sin embargo, un rayo de la lámpara lograba deslizarse por entre las cortinas, y venia á iluminar la palidez mate de sus megillas enflaquecidas.

Antonina y la señora de Péreux, que al mirar que el enfermo habia recobrado su conoci-

El coche partió á todo escape

Cuatro dias despues, los dos viajeros llegaban á Niza.



CAPITULO VI.

UN NUEVO CONOCIMIENTO.

Dos dias ántes de que el señor Devaux y Gustavo llegasen, Edmundo habia sido vuelto á acometer por el delirio, y el señor Mourret le aplicó nuevas sangrías. Edmundo por este motivo estaba inconocible; pero la opresion del pecho habia disminuido un poco.

Las dos mugeres velaban siempre; la una junto á la cabecera; la otra á los pies del enfermo; y de los tres, quien sufría mas, no era por cierto Edmundo, pues que su pensamiento no le pertenecía.

Las cortinas del lecho, medio corridas, mantenian en la sombra al moribundo. Sin embargo, un rayo de la lámpara lograba deslizarse por entre las cortinas, y venia á iluminar la palidez mate de sus megillas enflaquecidas.

Antonina y la señora de Péreux, que al mirar que el enfermo habia recobrado su conoci-

miento creyeron en su curacion, sintieron que el corazon se les oprimia nueva mente, al notar que recaia en el mismo estado de debilidad, de fiebre y de delirio.

Nada hay mas doloroso, nada mas terrible que esos desengaños, que vienen á destruir en un momento las esperanzas mas dulces!

Junto al lecho de los moribundos es en donde los que los aman con mayor cariño miran reaparecer en su muerte todos los recuerdos del tiempo en que aquel á quien van á perder era fuerte, dichoso, lleno de ventura!

Lo pasado vuela con sus horas placenteras, arrojándolas como al ocaso sobre las horas del presente tan amargo! semejante á un niño que derramara sobre una tumba frescas y aromáticas flores....

Estos recuerdos son mas crueles aun cuando es el corazon de una madre donde se despiertan, porque para ellas lo pasado no tiene nunca límites. Ninguna de las faces de la existencia de su hijo la es desconocida, y el nombre de éste evoca generalmente otros nombres queridos que duermen ántes que el suyo en el corazon.

Ayudada de su memoria y de su corazon, la madre vuelve á otros tiempos lejanos, y se sienta por un momento bajo las frescas sombras de la niñez, de la juventud, de las ilusiones y del amor. Dios permite que por algu-

nos instantes, en defecto del sueño que no viene á calmar el ardor de sus pupilas, puede el alma descansar en la memoria de los dias felices que ya pasaron..... esto no quita que el sufrimiento sea mayor despues; podria decirse que el dolor no deja nunca de ajustar sus cuentas.

Así, pues, al murmullo de aquella respiracion trabajosa, que era la única que la advertia que su hijo no habia muerto, la señora de Péreux miraba pasar ante su mirada la sombra infantil de Edmundo, animado con las primeras sonrisas que ella le prodigaba, sonriendo al porvenir encantado que se presentaba ante sus ojos.

En aquel tiempo todo era gusto y contento para la pobre madre. Era jóven, y si no amaba con toda la fogosidad de los sentidos y de la pasion, estimaba á su marido con la afeccion del corazon y la razon del alma. El cielo la concedia un hijo que reasumia en él solo todos los amores que ella perdió y todos los que á su edad hubiera podido tener.

Recordaba sus temores á las mas ligeras indisposiciones de la débil criatura; su alegría mirándolo crecer; su reconocimiento hácia Dios cuando contemplaba, conforme se iban desarrollando poco á poco su cuerpo, sus sentimientos, sus facultades, semejantes á una flor que crece, se estiende y se abre!

Luego murió su marido, y entónces ella lo concentró todo; amor, felicidad, esperanza, hasta su misma existencia en el hijo que la quedaba.... y he aquí, que despues de veinticuatro años de afanes, de temores tan pronto nacidos como desaparecidos; despues de haber creado á su corazon una de esas dulces costumbres, que no se pueden perder sino con la vida, que se encarnan, por decirlo así, en el pecho, tenia ahora que velar junto al lecho de muerte de su hijo, así como habia velado junto á su cuna, y nada podia hacer para contener aquel soplo anhelante que al perderse en el aire de la estancia se llevaba consigo todo un pasado de ventura, la esperanza de todo un porvenir!

Las madres solas pueden comprender este martirio; y si esto que escribimos, no hubiera de ser leído mas que por madres, nos habriamos contentado con escribir:

“Edmundo se moria, y su madre velaba junto á su lecho de muerte.”

¿No es cierto, madres que me leéis, que si vosotros os hubiérais encontrado en el lugar de la señora de Péreux, hubiérais dicho aun á vuestro pesar, como decia la madre de Edmundo....?

“Dios mio: consérvame á mi hijo. Yo no os pido, no me atrevo á pedirlos su salud; pero que viva, que me vea, que pueda yo verlo todavía; que no oiga yo suspender esa res-

piracion de la cual pende mi propia vida.... Oh! yo no quiero ver entrar aquí al sacerdote, yo no quiero oír junto á el hijo de mis entrañas las oraciones de los muertos....! Ay! ver acostar en un atahud estrecho y frio ese cuerpo que ha sido hecho con mi sangre, ese rostro que me sonreía, y que llamaba *madre!* esas manos que todavía puedo estrechar contra mi corazon....! ¡Que no oiga yo arrojar sobre él la tierra húmeda del cementerio... que no vea arrancar y desaparecer para siempre de mi vista ese ser que he querido y que he alimentando en mi seno....!

“¡Señor! ¡Señor! dispuesta estoy á sufrir todo lo que quieras en cambio de la vida de mi hijo... pero que viva para mí, para acompañar mis últimos años, para que no sufra yo en este mundo los tormentos que tú reservas en el otro á los condenados....!”

“Si es necesario velar todos los dias que me restan, como velo en este momento; si es necesario orar sin descanso, como rezo ahora.... veladas y oraciones me serán gratas.... Señor, aun cuando él no sepa nada, aun cuando no me vea ni me reconozca, que viva!”

“O si te agrada mas, Dios mio, continuaba la desgraciada madre, cuyo corazon sencillo creía en medio de su desesperacion que era posible hacer contratos con Dios, nunca lo volveré á ver.... yo te consagraré mi vida, entraré

en un convento del cual gastaré las losas con mis rodillas pero sabré que él vive, que es dichoso y de tiempo en tiempo permitirás que su imágen venga á visitar y endulzar mi sueño, si es que concedes el sueño á las madres separadas de sus hijos.

“¡Cuán mal he hecho en dejarlo amar y casarse con una muger! Yo debia haberlo guardado para mí sola no estaria acaso moribundo á estas horas. . . . ¡Este es mi castigo! Mientras que ha sido mio, nada le ha acontecido. Ese amor apasionado es quien le ha matado mientras que mi amor tranquilo y vigilante, lo habria hecho vivir !”

Y á la idea de que su hijo iba á morir, la señora de Péreux, á pesar de su carácter dulce, odiaba casi á Antonina.

Por su lado, la tierna niña hablaba de esta manera con Dios:

“¡Es posible, Señor, que me lo quites seis meses despues, tú cuyo nombre se hallaba santamente mezclado en todos nuestros sueños y confidencias ? ¡Es posible que no le concedas ni aun el término que tanto nos espantaba, y que sería para nosotros ahora, si lo tuviéramos, una eternidad ? ¡Dios mio! ¿hay algun dolor mas grande que el de ver desvanecerse repentinamente el sueño de nuestra vida, ver fria y helada la boca que nos ha dicho las primeras palabras de amor que háyamos oido . . . ?

Ya tú lo sabes, Señor; lo amo; he querido ser suya y si por un momento he esperado triunfar del porvenir perdóname, perdóname, y no me castigues ahora! Déjanos el uno para la otra! ¡Nos amamos tanto!

“Si tú supieras, Señor, los sueños de ventura que formábamos cuando estábamos solos ! ¡Y veré arrojar á la tierra insensible, ese cuerpo que tantas veces he estrechado contra mi corazon ? ¡Eso es imposible !

“Y sin embargo, si no debieras conservarle mas que una vida enfermiza, que cerrase su alma al amor si no debiera yo oir mas las palabras que en otro tiempo me decia, y cuyo recuerdo ardiente me persigue hasta junto á este lecho de muerte si fuera necesario que yo renunciase, para que él viviera, á las alegrías que desde hace seis meses mi amor me proporciona; si la curacion no debiera hacer de él mas que un cadáver animado, solamente con la vida exterior mejor querria entregártelo, Señor, porque esa muerte parcial sería mil veces peor que la muerte total!

“¡Vivir junto á él sin atreverme á decirle cuánto lo amo, por temor de matarlo! ¡vivir á nuestra edad sin podernos entregar á la espansion de nuestras almas! ¡tener constantemente ante los ojos el espectáculo vivo de su muerte! ¡cambiar repentinamente mi amor juvenil y ardoroso, por una inquietud tímida y reservada!

¡tener que arrojar lejos de mí la copa en que acabo de posar mis labios, y hundirme llena de vida, de energía, en una especie de muerte...! ¡lo confieso, Dios mío, mejor querría, viuda, cubrirme de duelo desde mañana.....!"

Como se ve, estos dos amores que se tocaban por un punto, eran, no obstante, muy diferentes el uno del otro, teniendo ámbos ese lado egoísta, que es el carácter de todos los amores sinceros.

Es que, si muy difícil es á una madre no recordar las dulces alegrías que le ha proporcionado su hijo, es muy difícil también á una esposa joven, enamorada, apasionada, casada apenas hace seis meses, con el hombre á quien ama, todavía bajo el encanto de las primeras revelaciones de amor, no recordar las horas misteriosas en que ámbos se olvidaban el uno por el otro, y en que las expansiones físicas completaban los deseos del alma.

Como se ha visto, por la decisión que inmediatamente tomó de casarse con Edmundo, Antonina poseía uno de esos caracteres enérgicos y resueltos, una de esas naturalezas potentes y vigorosas, que no comprenden las dudas ni los términos medios. Edmundo se había arrojado de cabeza en aquel verdadero piélago de amor, como un nadador que quiere ir á recoger una perla en el mar, sin saber si el aliento le faltará ó no en medio del camino, y si volverá á la superficie vivo ó muerto.

Edmundo había, pues, amado á Antonina con toda la poesía, todas las ilusiones, toda la energía de un hombre de veintitres años, y por lo mismo la joven no podía resolverse á mirar en el otro hombre que el que ella conocía, tal como se había presentado desde el principio.

He aquí por que su amor no consentía en el mismo sacrificio que el de la señora de Péreux.

Es muy probable que si en vez de llevar seis meses de casada, lo hubiera estado hacia cinco años ó seis, y tuviera hijos, Antonina pensaría de muy diversa manera..... pero no era madre aun, y la voz imperiosa de la juventud era la única que hablaba por entonces en su corazón.

Si Dios oía todas estas oraciones, y las oía, porque en su clemencia inagotable las escuchaba todas, franca expresión del alma de aquellas mugeres, debía conocer en sus palabras las dos naturalezas con que ha dotado á la mujer.

Como se dijo al fin del capítulo precedente, el señor Devaux y Gustavo habían llegado á Niza; pero la señora de Péreux, su hijo y Antonina no habitaban en la ciudad misma, como recordarán nuestros lectores: el lugar en que ellos vivían, no tenía propiamente nombre; era y no era la ciudad. Muchas casitas habían si-

do construidas de aquella manera, de distancia en distancia en medio del campo, y nuestros dos recién venidos no sabían á cuál dirigirse.

El Sr. Devaux miraba á derecha é izquierda buscando una señal que le hiciera reconocer lo que buscaba, cuando percibió á tres personas que se paseaban; una jóven, un anciano, una vieja que llevaba una sombrilla bajo su brazo derecho y un libro en la mano izquierda.

Dos grandes lebreles galopaban delante de los tres paseadores.

El señor Devaux hizo parar la berlina en que iba; bajóse, y dirigiéndose hácia el anciano le dijo:

—¿Podría vd. indicarme, caballero, la casa de la señora de Péreux, si es que la conoce vd?

—Ibamos cabalmente á preguntar por su familia, contestó el señor á quien el médico se había dirigido. Somos sus vecinos, y desde que ese pobre jóven, su hijo, está enfermo, vamos todos los días á saber de su salud. No nos hemos atrevido á pedir que se nos recibiera. . . . Si vd., caballero, ve á su madre y á su señora, tenga la bondad de espresarle el grande interés que tomamos en sus aflicciones.

Durante este tiempo, Gustavo se había apeado de la berlina también, y se acercó junto al grupo formado por el señor Devaux y las tres personas á quienes hablaba.

—He ahí la casa de la señora de Péreux,

continuó el anciano, estendiendo su brazo y señalando una casita con persianas verdes; he aquí la mía, añadió, volviéndose y señalando otra á un centenar de pasos. Yo me llamo el comandante Mortonne; vivo con mi muger y mi hija: si podemos serlas útiles en algo á las señoras de Péreux, decidlas, le ruego á vd., señor, que estamos dispuestos, y tendremos un placer en servir las.

La señora de Mortonne y su hija aprobaron con un gesto lo que acababa de decir el comandante.

—¿Conque es decir, que el señor de Péreux vive todavía? preguntó el doctor despues de haberles dado las gracias.

—Antes de ayer por lo ménos estaba bastante aliviado, respondió el señor de Mortonne.

—Gracias, caballero, gracias. . . . Yo soy el padre de la señora de Péreux, la jóven; soy médico, y á mi turno, si la desgracia quisiera que alguna de los de la familia de vd. cayera enfermo, permítame que me ponga á su disposición. (R)

El comandante y el señor Devaux se saludaron afectuosamente, y este último, acompañado de Gustavo, se dirigió hácia la casa que acababan de indicarle.

El comandante, su muger, su-hija y sus lebreles continuaron su paseo.

Antonina, al ver entrar á su padre, dejó esca-

par un grito, y se arrojó á su cuello: la señora de Péreux le besó las manos, y abrazando á Daumont como á su propio hijo, no pudo decirle mas que estas palabras:

—Mi pobre Gustavo....

Pero se conocía en el amargo acento con que pronunció aquellas tres palabras, todo lo que hasta entonces habia sufrido, y todo lo que tenia....

El doctor se acercó junto al lecho de Edmundo, y le tomó la mano.

Edmundo no se movió; la fiebre lo hacia insensible.

—¿Ha venido Murret? preguntó el señor Devaux á su hija.

—Sí, padre mio.

—Qué le ha hecho?

—Sangrías.

—Todos los dias?

—Casi todos.

—Muy bien.

Gustavo y la madre de Edmundo escuchaban, conteniendo la respiracion, hasta las menores palabras del señor Devaux.

Este descubrió el cuerpo del enfermo, y aplicó el oido sobre su pecho.

—¡Tal vez Dios es quien envía esta enfermedad! murmuró enderezándose y cubriendo al enfermo.

—¿Qué quiere vd. decir? exclamaron las dos mugeres.

—Quiero decir, continuó el señor Devaux, que si logro salvarlo de esta fuxion de pecho, quedará completamente curado del mal que tanto tememos. Nada me impide ahora aplicar los remedios que pienso, y mas fácil me es obrar sobre un enfermo débil y postrado, que sobre uno que come y bebe, y en el cual el ménos accidente puede destruir mis planes....

—¿Conque es decir.....? preguntaron todos.

—Es decir, replicó el doctor, que todo me hace creer que esta enfermedad es una inmensa ventaja, lo repito.

La señora de Péreux y Antonina se arrojaron riendo y llorando al mismo tiempo, la una en brazos de la otra.

La curacion de Edmundo era el punto de union de aquellos dos amores.

Aquel dia fué casi de fiesta, de alegría, en la casita, donde hacia ocho dias nadie pensaba sino en un funesto porvenir.

—¿Cuánto tiempo necesitas para ello, papá? preguntó Antonina.

—Edmundo podrá estar salvado, mas no curado, dentro de quince dias; solamente su convalecencia será larga, porque durante ella será cuando yo trate de destruir completamente el

mal. Podrá durar cinco ó seis meses que pasaremos aquí....

—¿Conque no nos abandonarás en tanto tiempo?

—¿Y tú me lo preguntas? ¡No sabes que antes que todo, yo quiero tu felicidad.... y tu felicidad consiste en la salvacion de tu marido? ¿no es cierto?

—Y en tu salud, en tu contento tambien!

—Niña querida! dijo el señor Devaux abrazando á su hija. Ahora ya no quiero mas, y pienso que es el médico, es decir el maestro, el tirano, quien habla; no quiero mas lágrimas en la casa.

Tres semanas despues la casa tenia efectivamente un aspecto muy diverso.

Antonina estaba sentada junto al lecho de Edmundo, quien apenas podia hablar, pero que la miraba con toda su alma y estrechaba una de sus manos.

—Has llorado mucho durante estas tres semanas, la decia con una voz apagada, pobre ángel mio: ¿cuánto has debido sufrir....! ¡Si supieras qué horrible es la enfermedad que os impide ver á los que amais....! Yo te sentia aquí, junto á mí, porque cada una de las fibras de mi corazon pende de tí, y no te podia mirar.... y no podia hablarte.... y el delirio no me dejaba decirte lo que hubiera querido....

—Pobre Edmundo!

—Oh! si vuelvo á la vida, mi adorada Antonina, quiero que tú seas en el mundo la muger mas dichosa, así como eres la mas amada.

¿Pero en dónde está mi madre, mi buena madre? ¿Sabes que casi la olvido por tí...? Ay! tanto te amo, que antes que reaparezca mi vida, ya existe de nuevo mi amor....

—Tu madre está en el salon; sabe que gustas encontrarme á tu lado cuando despiertas, y ahora que te mira fuera de peligro, se dice á sí misma: No tiene ya necesidad de mí... y hace cuanto cree que pueda hacerte dichoso....

—Ve á llamarla, dijo Edmundo, cuyos ojos se arrasaron de lágrimas al recordar el santo amor y la abnegacion de su madre; quiero reunirla, por no haber aguardado á que yo despertara. Esto la agradará? No estás tú celosa de ella?

—Pero ella sí lo está, segun creo, un poco celosa de mí.

¿Qué quieres? ella me da su corazon todo entero, y no puede resolverse á dividir el mio. Mira, si yo llegara á perderte, Antonina, me mataria.... pero si perdiera á mi madre, creo que moriria de tristeza. Ve pronto á buscarla.

Antonina depositó un beso sobre la frente,

sin fiebre ya, de su marido, y se dirigió hacia el salon.

Una muda oracion se exhaló de los labios del enfermo. Pedía al cielo, para los ángeles que habia colocado á su lado para su guardia, la salud y la felicidad que ámbos habian pedido para él durante su enfermedad.

Antonina entró al salon, en donde la señora de Péreux platicaba con el comandante Mortonne, su muger, su hija, el señor Devaux y Gustavo.

—Mamá, dijo le primera; Edmundo quiere ver á vd. y reñirla, porque no esperó vd. á que despertara.

El rostro de la madre se iluminó con una sonrisa de alegría: sin detenerse mas, corrió á ver á su hijo.

—¿Conque siempre piensas en mí, hijo mio? le dijo.

—Abrázame, madre mia, dijo Edmundo, pasando sus descarnados brazos al cuello de la señora de Péreux: tus caricias me vuelven la vida.

—¡Salvado! está salvado! murmuraba la madre. El señor Devaux lo decía hace un momento. ¿Será cierto, Dios mio?

Y abrazaba á su hijo.

—¿Hay gente en la sala? preguntó Edmundo.

—Sí, el comandante de Mortonne.

—¿Quién es ese comandante?

—Es un excelente sugeto, que todos los días viene á saber de tí, con su señora y su hija, que es una jóven de diez y seis años. El señor Devaux tiene sus costumbres.... En Paris visitaba á sus enfermos: por la tarde recibia visitas y jugaba su partido de Wissh. Aquí está algo desconcertado. En los primeros días de tu enfermedad le servias de ocupacion única, querido hijo; pero ahora que estás mejor, enteramente bien.... porque ya no estás enfermo, ¿no es verdad.....?

—No, mi buena madre, tranquilízate.

—Pues, bien, á ese pobre señor le parecen muy largas las tardes, y quiere distraerse un poco. Así es que juega algo con el comandante. Algunas veces por darle gusto, jugamos el Wissh, que he procurado aprender. No me divierte cosa, porque preferiria estarme contigo; pero ha hecho tanto por nosotros, que es justo complacerlo en algo. Si la vida me pidiera, se la daria.

—¿Y Gustavo, madre, está fastidiado aquí?

—Nada de eso: monta á caballo con el comandante y su hija: hacen sus escursiones, y se divierten algo. Y hacen bien, porque ya hay tranquilidad por lo que respecta á tí. Cuando te levantes, muy pronto, de aquí á ocho días, irás al salon, y jugarás con nosotros: todavía hay

días felices para nosotros en este mundo, hijo mio.

—¡Mi pobre madre....! dijo Edmundo mirando con atencion á la señora de Péreux, á la cual la felicidad que experimentaba de algunos dias á esa parte, no habian podido borrar los vestigios de los padecimientos que habia sufrido.

—Sí, dijo, estoy algo cambiada; tengo ahora algunos cabellos blancos, que tú no me viste ántes de tu enfermedad; pero eso no es nada, porque tengo en el corazon una esperanza y una juventud eterna.

Al decir esto, la señora de Péreux abrazaba de nuevo á su hijo, que no pudo contener algunas lágrimas que se enjugaron entre sus dos besos.



CAPITULO VII.

LA PRIMERA MENTIRA DE GUSTAVO.

Gustavo habia tenido á Nichette al corriente de todos los sucesos y aspectos de la enfermedad de Edmundo. Los dias en que la modista recibia sus cartas de Niza, eran para ella festividades. Desde la partida precipitada de su jóven amante, no tan solo se habian acabado para ella las grandes distracciones, sino hasta su tranquilidad interior. Para agradar á Gustavo, para poderse mejor entregar á él, solo á él, habia renunciado á sus antiguas amistades; de manera, que ausente Gustavo, nadie venia á visitar á la modista.

Nichette lloró al principio bastante; luego cuando supo que Edmundo estaba fuera de peligro, se puso doblemente alegre, ya porque un amigo á quien de veras amaba, no moria, ya, lo mas importante, porque una vez Edmundo sano, Gustavo se volveria con ella.

días felices para nosotros en este mundo, hijo mio.

—¡Mi pobre madre....! dijo Edmundo mirando con atencion á la señora de Péreux, á la cual la felicidad que experimentaba de algunos dias á esa parte, no habian podido borrar los vestigios de los padecimientos que habia sufrido.

—Sí, dijo, estoy algo cambiada; tengo ahora algunos cabellos blancos, que tú no me viste ántes de tu enfermedad; pero eso no es nada, porque tengo en el corazon una esperanza y una juventud eterna.

Al decir esto, la señora de Péreux abrazaba de nuevo á su hijo, que no pudo contener algunas lágrimas que se enjugaron entre sus dos besos.



CAPITULO VII.

LA PRIMERA MENTIRA DE GUSTAVO.

Gustavo habia tenido á Nichette al corriente de todos los sucesos y aspectos de la enfermedad de Edmundo. Los dias en que la modista recibia sus cartas de Niza, eran para ella festividades. Desde la partida precipitada de su jóven amante, no tan solo se habian acabado para ella las grandes distracciones, sino hasta su tranquilidad interior. Para agradar á Gustavo, para poderse mejor entregar á él, solo á él, habia renunciado á sus antiguas amistades; de manera, que ausente Gustavo, nadie venia á visitar á la modista.

Nichette lloró al principio bastante; luego cuando supo que Edmundo estaba fuera de peligro, se puso doblemente alegre, ya porque un amigo á quien de veras amaba, no moria, ya, lo mas importante, porque una vez Edmundo sano, Gustavo se volveria con ella.

Entonces escribió una carta á Daumont, en que le refería todo el pesar y el fastidio que la devoraban, y le significaba el placer que tendría en volverlo á ver.

Gustavo recibió esta carta, la leyó, la releyó dos ó tres ocasiones, y guardándola en su bolsillo, dijo con una verdadera emoción:

—¡Pobre Nichette...!

Después de lo cual la respondió que Edmundo se hallaba todavía muy débil, y que tenía necesidad de los cuidados de todos sus amigos; que tan luego como su convalecencia tomara un buen aspecto inmediatamente se volvería á París.

Nos hemos olvidado decir, y además no teníamos necesidad de decirlo hasta ahora, que el moribundo al volver á la vida y al encontrar á Gustavo junto á su cabecera entre su madre y su mujer, había dado rendidas gracias á Dios por aquel tercer consuelo que le concedía.

Como hemos visto en el capítulo precedente, nada había que temer de la enfermedad de Edmundo; únicamente restaba el mal de que se hallaba atacado desde su infancia, y que el señor Devaux trataba de destruir.

Al efecto, este último previno al enfermo que tendría que pasar tres ó cuatro meses cuando ménos sin salir de casa, y que durante este tiempo esperaba hacerle sufrir una completa y feliz transformación.

Edmundo se resignó: ¿quién no se hubiera resignado en su lugar, amado como él lo era?

Buscáronse, pues, para el enfermo todas las distracciones que podían venir hácia él, pues que por el presente él no podía ir hácia ellas.

Estas distracciones fueron para Gustavo las mismas que para todos los convalecientes.

Mientras no pudo levantarse, Antonina permaneció sin cesar junto ó su lecho, leyéndole, trabajando, platicando é interrumpiéndose frecuentemente en medio de lo que hacía, para apoyar su cabeza sobre el lecho de Edmundo, quien se entretenía en desatar y acariciar sus finos cabellos durante horas enteras.

—¿No sabes, la decía, que pasaría así gustoso todo el resto de mi vida....? ¿Puede haber acaso una felicidad mayor que la mía....? ¡Te miro, te oigo.... todo el mundo está encerrado para mí en estas dos palabras! ¿Qué me importa el resto de la tierra? ¿Para qué necesito otros horizontes? ¿De qué nos servirá ir á buscar otros cielos y otras gentes....? ¿Podré encontrar algo mas hermoso, algo que me ame mas que tú? Nada mas necesito, cuando tu mano estrecha la mía.... Mi madre y tú, esta casa tranquila y silenciosa, esta vista limitada, ese paseo solitario que serpentea á nuestros pies, de tiempo en tiempo; las visitas ó las cartas de Gustavo.... ¿no te parece que esta vida sería un paraíso sobre la tierra? ¿Pero, tú te contentarías con ese género de vida...?

—¿Qué no podrá serme agradable contigo, Edmundo de mi corazón?

—¡Cuán locos son esos que piden á la vida otros placeres que los del corazón y los de la dulce y tranquila amistad!—¿Qué podrá haber jamás mas hermoso que una vida oscura y apasible....! ¿Y tu padre, que me promete luegos años....?

—Ya te salvará.... y tus malignas y funestas ideas de muerte tendrán que desvanecerse.

—¿Sabes lo que harémos entónces? Compraremos en Suiza, ó en Italia, alguna casita muy solitaria, desconocida, oculta, como un nido, bajo algunos árboles, ó mirando en el agua de algun estanque azul.... porque, mira, aquí tendríamos siempre ante la vista el espectáculo de la muerte de los demas.... Nos encerraremos en esa linda casita, mi madre, tú y yo. ¿Qué nos importa, para qué nos habremos de ocupar de lo que hagan y digan los demas hombres? Ocultaremos nuestra felicidad á los ojos de todo el mundo, pasaremos solitarios y sin que nadie haya podido ver de nosotros mas que la ventura que radia sobre nuestras frentes....

Nuestros hijos, tal vez Dios nos concederá algunos, crecerán entre sus padres y la naturaleza..... nacerán y vivirán para el bien. La misma tumba nos reunirá, como nos habrá unido un mismo amor. Descansaremos eterna-

mente bajo alguna altura acariciada por el sol, y el pastor que pase cerca de nuestra tumba guiando su rebaño, dirá: Estas fueron unas gentes dichosas.... De vez en cuando arrojará con respeto algunas rosas.... Cualquiera otra ambicion mayor que esta ¿no te parece que es locura....?

Oyendo hablar de esta manera á su marido, Antonina le tomaba las manos, y se sonreía. Hubiera podido creerse que todo lo que éste decia, lo habia leído en el corazón de su mujer, porque ésta era la realidad de los sueños que ella formaba incesantemente.

Al fin, el señor Devaux permitió á su enfermo que se levantara y que fuera hasta el salón, adonde entró apoyándose de un lado en Antonina, del otro en su madre.

Estaba muy cambiado....

Su rostro tenia una palidez de marmol; sus mejillas estaban hundidas; pero sus ojos, á los cuales la flacura del rostro hacia aparecer extraordinariamente grandes, comenzaban á brillar de nuevo con todas las chispas de la vida; sus finos y luengos cabellos cuidadosamente echados para atras, y la sonrisa que iluminaba toda su fisonomía, le daban un aspecto tan dulce, tan agradable y simpático como su alma, de la cual era un reflejo.

Al ver entrar á Edmundo, todas las personas que se hallaban en la sala se levantaron, y

fueron á su encuentro: estas personas eran aquellas con quienes ya hicimos conocimiento.

—Ya sé, señor, dijo Edmundo al comandante, con cuánta bondadosa solicitud ha venido vd. todos los días á preguntar por mi salud: permítame vd. que le conserve un profundo reconocimiento, y que estreche su mano como la de un amigo.

El comandante estrechó con efusión la mano que le presentaba el enfermo.

—Vdes. han tenido la bondad, señora y señorita, continuó Edmundo dirigiéndose á la señora de Mortonne y á su hija, de acompañar á mi madre, y consolarla en la dolorosa prueba que acaba de sufrir. ¡Cuánto deseo ya poderles á vdes. pagar sus generosas visitas!

La sociedad de un enfermo no es muy atractiva que digamos; sin embargo, yo confío en que, durante la reclusion á que me condena todavía mi querido médico, vdes. nos honrarán con sus visitas.

—La madre de vd., contestó la muger del comandante, ha pasado ratos muy amargos, y á pesar de nuestro empeño y afección, Laurencia y yo hemos sido insuficientes para calmarla.

—Pero todo ha concluido afortunadamente, ¿no es verdad, mi querido doctor? dijo la señora de Péreux al señor Devaux.

—No tenga vd. cuidado, contestó éste; todo irá á pedir de boca.

Edmundo presentó sus manos á Gustavo y al padre de Antonina, y se sentó en un ancho sillón, del cual su madre acababa de componer los cojines.

—Que no interrumpa yo la conversacion, dijo Edmundo; deseo mezclarme en ella.

—¿No te sientes fatigado? preguntó en voz baja la señora de Péreux á su hijo.

—Todavía no, querida madre, respondió éste sonriendo; estoy mas fuerte de lo que tú crees.

Y dejó su mano entre las de su madre.

—Contaba al doctor y al señor Daumont, dijo el comandante á Edmundo, cómo habíamos venido á vivir aquí, y mi esposa y yo buscábamos en vano las razones que nos habian hecho detenernos en este desierto. . . . La casita en que habitamos nos parecía lindísima, y nos hemos quedado en ella. A mí me gustan infinito las cosas nuevas, las sorpresas. Mis cambios frecuentes de guarnicion me han hecho contraer una necesidad eterna de cambiar frecuentemente de mansion. Al cabo de vivir seis meses en un pais, ya me fastidia mortalmente, y tengo necesidad de ir á buscar otro.

Mientras escuchaba al comandante, Edmundo, pasaba revista á las personas con quienes acababa de hacer conocimiento, y á las cuales no hemos aun descrito.

El señor de Mortonne podria tener sus cin-

cuenta y cinco años, y llevaba en su rostro todas las señales con que se distingue á los militares: tenia enormes bigotes y la frente calva; su ojo era franco, sus megillas estaban ligeramente coloradas, y su dentadura era hermosísima, lo que hacia mucho favor á su fisonomía. Era de alta estatura, y vestia un holgado sobre todo, en uno de cuyos ojales estaba atada una flor de oficial de la Legion de Honor.

Hombre de juicio y de buen corazon en toda la acepcion de la palabra, el comandante tenia el talento de no hablar jamas de sus batallas ni de sus heridas; y cuidadó que tenia sobre la frente una cicatriz, que para cualquiera otro, hubiera sido el origen de una larga y famosa historia.

La señora de Mortonne contaba cerca de cuarenta y ocho años, y tenia ya todos los accesorios de las viejas. Usaba gafas, y rezaba por la noche. Generalmente estaba vestida con un traje de merino color de hoja seca, y usaba figaros como los que le gustaban á la señora Angélica, nuestra antigua conocida, á quien hemos perdido de vista hace algun tiempo, por haber quedado en Paris encargada de la casa del señor Devaux. Dirémos en honor de su buen corazon, que ni un dia dejaba de ir á la iglesia de Santo Tomas de Aquino á murmurar una oracion por la salud del marido de Antonina.

La señora de Mortonne debió haber sido muy bonita en sus tiempos. Conservaba todavía una tez fresca y manos de admirable blancura y perfeccion. Tenia un vientre bastante desarrollado, lo cual daba la mejor idea de su salud y de su régimen higiénico.

La señorita Laurencia de Mortonne era, como le habia dicho la señora de Péreux á su hijo, una grande y hermosa muchacha de diez y seis años. Tenia los cabellos negros como el azabache y naturalmente ondeados, ojos grandes, tan relucientes, tan espresivos, que á primera vista no se sabian si eran negros ó azules. Eran azules, pero tenian un no sé qué de admirados, de eléctricos, que daba un grande atractivo á aquel rostro original. Laurencia tenia una piel de terciopelo, una boca acaso grande pero tan graciosa y adornada de dientes tan blancos, tan parejos, tan monos, que este defecto casi llegaba á ser una cualidad.

Era delgada, y su talle, lleno de flexibilidad, hubiera sido comparado por un poeta entusiasta al rosal ó al palmero.

A propósito, diré entre paréntesis, que no sé por qué se comparan tan frecuentemente los talles esbeltos y flexibles al palmero, que es uno de los árboles ménos flexibles de la creacion.

La señora de Mortonne traia un vestido negro abrochado hasta el cuello.

Miraba á Edmundo con curiosidad: su natu-

raleza vigorosa parecia no comprender aquella naturaleza débil y enfermiza.

—¡Pues bien, comandante! replicó el enfermo, es necesario por ahora que venza vd. un poco sus costumbres, y que permanezca por algun tiempo aquí. Cuando el señor Devaux me permita salir, harémos algunas curiosas y agradables escursiones juntos.....

—Este país me confronta: no es muy alegre; y si no desagrada á mi esposa y á Laurencia, y si nuestra sociedad sirve para distraer á vd. un poco, ¿qué impide que permanezcamos aquí seis meses mas?

—Nada, contestó la señora de Mortonne.

Laurencia no dió su opinion.

—¿Qué diablos tienes tú, Gustavo? dijo en voz muy baja Edmundo, acercándose al oído de su amigo, que parecia sumergido en la meditacion mas profunda.

—¿Qué quieres que tenga....? respondió Daumont; escucho.....

—Tú te fastidias aquí, replicó Edmundo; confíesalo!

—Yo! todo lo contrario.

—¿En qué piensas, pues, si no es en Paris y en Nichette?

—Esta mañana recibí una carta de ella.

—Y qué te dice?

—Quiere venirse á reunir aquí conmigo?

—Y por qué no viene?

—Seria muy molesta.

—En qué?

—Me entregaria mucho á ella, y no podria estar contigo cuanto quiero.

—Si vieras que hay una cosa que varias veces me he preguntado? dijo Edmundo.

—Qué cosa?

—Por qué no te casas con Nichette?

—Jamás!

—¿Y por qué jamas? Tú la amas: ella te ama, y se arrojaría al fuego por tí. Ya sabes cuánto la estima, mejor diré, cuánto la ama mi madre. Si tú la dieras tu mano; si ella fuera tu muger, nada impediría que viviera con nosotros. ¡Mira qué felices seríamos.... Habrias hecho la ventura de una buena muchacha.... y tal vez ni aun entre las familias mas honradas, ni entre las jóvenes de la mas elevada posicion, jamas encontrarás un corazon semejante al de Nichette. Y te doy mi palabra de honor, que en tu lugar me casaba con ella.

—Eres un loco!

—¿Participas aun de las preocupaciones del mundo?

—Sí.

—Haces mal, contestó Edmundo con voz triste. Luego añadió despues de un momento de silencio: En todo caso, si la escribes, díla que le envio un afectuoso abrazo.

Durante este tiempo, los señores Devaux y Mortonne habian comenzado su partida de *ajedrez*, y la señora de Péreux se habia acercado á Laurencia y su madre, con quienes se habia puesto á conversar de todas esas bagatelas que las mugeres tienen siempre á su disposicion.

—Gustavo á su vez tambien se habia parado y acercándose á Laurencia; solo que se quedó de pié.

—¿El señor su papá de vd. piensa, señorita, dar un paseo á caballo mañana temprano? dijo á la jóven.

—Sin duda ninguna, si hace buen tiempo. No tenemos aquí mas que esta distraccion.

—Si su papá de vd. lo permite, tendré muchísimo placer en acompañarlos.

—Esto le causará muchísimo gusto. Con vd. puede conversar y fumar, mientras que mi sociedad sola es muy uniforme y fastidiosa para un antiguo militar.

—¿Han encontrado vdes., pues, aquí caballos, hija mia? preguntó la señora de Péreux á Laurencia.

—Sí, señora, y aun muy buenos. El señor Daumont tiene uno que es una maravilla.

—Muchas veces lo he puesto á la disposicion de vd., señorita; y si vd. lo quiere montar, se lo ofrezco de nuevo.

—Es muy furioso para mí... y no dejo de tenerle miedo.

—Eso es modestia, señorita: vd. monta á caballo mil veces mejor que yo.

—Su padre es quien la enseñó este ejercicio, dijo la señora de Mortonne entónces, y no podía tener un maestro mejor.

—¿Cómo te sientes? preguntaba Antonina á Edmundo.

—Muy bien, mi querida... soy muy dichoso. ¿Ves cuan agradable es esta vida? Pasar las tardes en medio de las gentes á quien uno ama y de quien es amado, ¿qué mas se puede desear?

—Que pienses siempre así, es todo lo que pido á Dios.

La señora de Péreux dejó á Gustavo platicar con Laurencia, al lado de la cual se sentó, y fué á preparar ella misma la tisana que de hora en hora debia beber su hijo.

Al cabo de un rato se la trajo.

Los dos jugadores terminaron su partido de ajedrez; el comandante tomó su sombrero, y su familia se dispuso á salir.

—Papá, dijo Laurencia, el señor Daumont pregunta si montamos mañana á caballo?

—Sin duda que sí.

—Pues bien, dijo Gustavo, á las ocho iré á reunirme con vdes., comandante.

—Ya estaremos dispuestos.

Las dos familias se despidieron mutuamente, y se separaron.

Gustavo subió á su aposento, que estaba encima del de Edmundo, y abrió su ventana.

Miró alejarse al señor de Mortonne, á su mujer y á su hija, que caminaba detras de ellos, sola, como la sucedía generalmente.

Miró á Laurencia, que se volvía y miraba hácia la casa de la señora de Péreux.

Entónces cerró su ventana.

—Es preciso que escriba á Nichette, se dijo.

Y al efecto, se sentó delante de una mesa, tomó una pluma y se preparó á escribir.

Pero ántes de haber podido trazar una sola letra, dejó caer su cabeza sobre su mano izquierda, y la pluma quedó inmovil entre su mano derecha.

Sin duda pensaba en lo que iba á escribir-la aun cuando ántes las palabras le venían á montones.

Tal vez no era esto en lo que pensaba.

Después de un cuarto de hora de reflexion, comenzó á escribir:

“ Mi buena Nichette: esta mañana recibí tu carta ”

De nuevo se detuvo; se levantó, fué en seguida á abrir su ventana, y trató de mirar por algunos instantes entre las tinieblas de la noche que comenzaban á estenderse, luchando

con el vago resplandor del crepúsculo, el camino por donde había atravesado el señor de Mortonne y su familia.

El campo estaba desierto.

Por segunda vez volvió Gustavo á sentarse, y releyó la carta de Nichette, como si tuviera necesidad de esto, para saber qué le diría. En seguida tomó la pluma y siguió escribiendo:

“ y te contesto esta noche, después de una hermosa tarde que acabamos de pasar con Edmundo, que hoy por primera vez se ha levantado; su madre, su mujer, un viejo militar y una anciana su esposa, que son nuestros vecinos, y que vienen todos los días á visitar á nuestro enfermo.”

¿Era por casualidad ó voluntariamente, por lo que Gustavo omitía decir que ese viejo y esa vieja tenían una linda hija?

Sin duda era casualidad, porque ¿qué razón había para ocultarla esto á Nichette?

Después que Gustavo hubo escrito lo que acabamos de leer, hubiera podido creerse que no escribiría mas, porque en vez de continuar, se puso á divertir, haciendo puntitos con su pluma sobre la madera de la mesa en que escribía; y él, que no podía continuar su carta, parecía poner la mayor atención en hacer los dichosos puntitos á una distancia igual los unos de los otros.

De pronto los borró con el dedo, y prosiguió escribiendo:

“Hace aquí un tiempo hermosísimo, especialmente en este momento en que te escribo: estoy seguro de que en Paris está lloviendo, mientras que aquí brillan las estrellas.”

Evidentemente el pensamiento de Gustavo se hallaba en otra parte. Había escrito estas últimas líneas casi sin mirar el papel, y solo por escribir algo. ¿Pero qué podía interesar á Nichette que hubiera estrellas en Niza, mientras llovía en Paris?

Gustavo comprendió sin duda esto, porque tomó otra hoja de papel, y se dispuso á escribir una nueva carta; pero sobre este papel no puso mas que una sola palabra, y esta era:

“Señorita”

Pero cuando iba á continuar, se contuvo, y estrujando el papel entre sus manos, lo arrojó á la chimenea diciendo entre sí:

—¡Vamos. estoy loco!

Y continuó la carta á Nichette, tantas veces abandonada.

“Nada mas una cosa hecho de ménos aquí, prosiguió despues de haber leído lo que llevaba escrito, como si ya no lo recordara, y creo eres tú, mi buena Nichette, tú en quien pienso sin cesar, y que espero pensarás á veces en mí.

“Desde que Edmundo se halle fuera de peligro, me volveré inmediatamente á Paris, y no tengo necesidad de decirte adónde iré á apearne. ¡Cómo debes fastidiarte, mi pobre niña; el invierno es tan triste en Paris! Pero no tengas cuidado; esta separacion no durará mucho tiempo y ya no nos separaremos mas.

“No te escribo mas largo, porque la casa de correos va á cerrarse en este momento; pero mi próxima carta, te lo prometo, tendrá cuatro páginas enormes.”

Gustavo había escrito esta última parte con rapidez, con resolucion, por decirlo así, como si hubiera temido que algo lo pudiera detener.

¿Pero por qué, si escribía á las siete de la noche, decía que la casa de correos iba ya á cerrarse?

Esta era la primera vez que Gustavo decía una mentira á Nichette ¡y quién sabe si esta sería la única que había en su carta!



CAPITULO VIII.

LO QUE DEBIA SUCEDER

TARDE O TEMPRANO.

La naturaleza, previsora en todo, ha permitido que el enfermo que entra en convalecencia, se contente con los placeres simples y sencillos que pueden proporcionársele, y que en nada alterarían el curso de su curación. Contrae fácilmente costumbres, que en plena salud, cuando puede gozar de todas sus fuerzas, le parecerían ridículas aun en los mismos viejos, y á los cuales le hubiera parecido imposible que su naturaleza se prestara.

El gran sillón que sucede al lecho, la visita de las gentes que en el estado normal se encontrarían fastidiosas, una conversacion tranquila, sin causa ni efecto, un rayo de sol deslizándose á medio día por la ventana entreabierta, la comida de dieta, un poco de lectura, un partido de damas, que el contrario se deja ga-

nar para complacer al enfermo, todo esto llega á llenar de no sé qué felicidad dulce y tranquila el día de un convaleciente.

El espíritu, fatigado por la debilidad del cuerpo, nada más desea; y como cada día que pasa, vuelve á la persona enferma una nueva parte de sus fuerzas, llega un momento en que el sujeto, como dicen los médicos, se encuentra de nuevo, casi sin percibirlo, en su vida comun, y recuerda con admiracion el tiempo en que toda su ambicion era ir, ó en que iba con mil trabajos, de su lecho á su mesa y de su mesa á su lecho.

La enfermedad es una advertencia que la Providencia hace al hombre, y que éste (debemos decirlo en obsequio de la verdad) aprovecha muy pocas ocasiones, porque nada se olvida más pronto como el mal pasado. Todos los días se encuentra uno con gentes que le dicen:

—Hace dos años padecí una enfermedad de seis, de ocho meses!

Y nada, en el acento con que pronuncian estas palabras, revela ni lo que deben haber sufrido en tanto tiempo ni el provecho moral que pudieran haber sacado.

La enfermedad tiene, sin embargo, una cosa buena, y es que, regenera, por decirlo así, las impresiones, y durante algun tiempo os hace mirar la naturaleza bajo un aspecto nuevo.

Como os ha hecho acercaros mas ó ménos á la muerte, es decir á Dios, os hace concebir una sed insaciable de todo lo que viene de él. Los árboles, los bosques, las flores, se nos aparecen como amigos, á quienes se temió no volver á ver jamas, y que se encontraban siempre buenos, afectuosos, iguales.

Despues pasa este tiempo, y estas dulces emociones hacen campo á eso que se llama las grandes preocupaciones de la vida.—Apropósito, yo querria saber si el ser inteligente que llega á los cincuenta años, y que vuelve su vista hácia atras, encuentra en su pasado un recuerdo mas agradable que el del tiempo que ha podido dedicar á los placeres sencillos y á los goces serenos de la naturaleza.

¿Por qué se echará de ménos siempre la infancia, si no es por la independencian de espíritu que se goza siendo niño, y que solo deja al alma accesible á las castas impresiones de este mundo, á las cuales viene á unirse mas tarde el amor, esa flor que brota para todos los hombres en el mismo sitio del camino, que ellos cortan, respiran, marchitan las mas veces, la arrojan, y luego querrian recogerla del fango en donde la han dejado caer, y adonde la impide corromperse su esencia divina.

Fácilmente se comprende que con el carácter que le conocemos á Edmundo, se prestaba fácilmente á las exigencias de su enfermedad,

la cual tenia sobre él la influencia de hacerle olvidar los temores del porvenir. En efecto, la salud que el señor Devaux le habia milagrosamente vuelto, era como una garantía de curacion.

—Si yo hubiera debido morir, se decia interiormente, ya habria muerto.

Sin embargo, no habia en él ni conviccion ni esperanza propiamente tales; sentíase feliz con mirar á su alrededor á todos los seres á quienes amaba, y de los cuales estuvo á punto de separarse para siempre.

El médico que le habia ya salvado una vez, le decia que tuviera confianza, y Edmundo, sin pensar, sin voluntad casi, se dejaba arrastrar por esa sensacion tan dulce en el hombre, que siente volver la vida á su seno.

De esta manera corria el tiempo. Los dias de Edmundo se sucedian los unos á los otros, trayendo el tributo de bienestar que la ciencia les exigia.

El tratamiento al cual el señor Devaux habia sometido á su yerno, comenzaba á operar. La tos que habia sucedido á la fluxion de pecho, se debilitaba poco á poco.

El tratamiento era muy sencillo, aunque pocos médicos se atrevieran aun á usarlo, á causa de no ser sino poco conocido. Habia sido encontrado por un facultativo inglés, M. Cooper, quien habia manifestado sus buenos efectos,

Consistia simplemente en hacer permanecer al enfermo siempre en una misma temperatura, y en administrarle una solucion de hydriodato de potasa, cuya dosis se iba aumentando gradualmente.

Necesitaban, sin embargo, conocer admirablemente la organizacion y el temperamento del enfermo, porque este remedio, escelente para unos, podia ser funesto á los otros, y no debia por consiguiente, ser empleado con los primeros enfermos que se hubieran á las manos.

Hacia ya dos meses que Gustavo estuviera lejos de Paris, y no pensaba aun en volverse, á pesar de que las cartas de Nichette cada dia eran mas tiernas, mas exigentes; á pesar de que el buen estado en que Edmundo se encontraba, le hubiera permitido alejarse; á pesar de que la misma señora de Péreux, que conocia el gran amor que el jóven profesaba á la modista, le habia dicho repetidas ocasiones que le devolvía su libertad, y que no queria llevara tan lejos su sacrificio. . . .

A pesar de todo esto, Gustavo ni aun pensaba, decimos, en volver á Paris.

Es que algo nuevo pasaba en su interior; es que, como hemos tratado de indicarlo en el capítulo anterior, otro nombre venia á colocarse en su corazon junto al de Nichette, y comenzaba á oscurecerlo.

Tristeza y trabajos tendrēmos para describir

las diversas impresiones á que se hallaba entregado Gustavo desde que se hallaba cerca de Edmundo y desde que habia conocido á la familia de Mortonne.

El, que hasta entōnces no habia mirado al amor, segun hemos esplicado ántes, sino bajo el punto de vista del placer, y que amando á Nichette como la amaba, es decir, como una querida bonita y agradable y como una hermana afectuosa, creia haber sondeado los postreros límites de su corazon; Gustavo, decimos, estaba admirado al percibir la nueva luz que brotaba de su alma, y que iluminaba ciertas partes que hasta entōnces permanecieran á oscuras é ignoradas.

No amaba aun á Laurencia de Mortonne tanto como amaba á la modista; pero sentia que bien pronto la amaria muchísimo mas . . . y en todo caso, ya conocia la imposibilidad en que estaba, de separarse de los lugares en que ésta respiraba.

Por otra parte, el amor realmente puro que Nichette experimentaba por él, los buenos y hermosos dias que la debia, su hermosísima figura, su lindo rostro, tan bien dispuesto para la sonrisa, y que á traves de las doscientas leguas que lo separaban de ella, entreveia triste y acaso lleno de lágrimas; el pesar que una separacion eterna iba á causar á esta pobre niña, que habia puesto toda su felicidad en su amante, y

á quien este abandono dejaria sobre una de las playas mas desiertas de la vida.... todo esto se le ocurría por la noche á Gustavo, y hacia de tiempo en tiempo inclinarse la balanza del lado de Nichette.

Mas esto no duraba suficiente tiempo para producir una resolucion, y á la mañana siguiente, cuando la bella y casta figura de Laurencia de Mortonne se presentaba, la pobre Nichette, ausente á mas de doscientas leguas, perdía su influencia, y se eclipsaba, como se eclipsa el lucero de la mañana cuando raya la aurora sobre el horizonte.

A menudo, ántes de que esto fuera una cosa probable, y aun cuando creía que jamas llegaria ese caso, Gustavo se habia dicho (y ya hemos comunicado esta reflexion á nuestros lectores): Si me llevo á casar, aseguraré una buena suerte á Nichette, y todo habrá concluido.

Pero en aquella época, lo volveremos á repetir, el casamiento no entraba en las ideas de Gustavo, y ninguna muger habia que se lo hiciera desear.... Generalmente no preparaba uno su corazon y su espíritu para ciertas cosas, sino porque está uno interiormente convencido de que no llegarán á suceder nunca; y si la casualidad las hace probables, tal vez posibles, no percibe uno la dificultad que hay de sostener esa resolucion que tan fácil parecia. Empero, al presente, estas ideas habian cambiado;

el casamiento habia tomado una forma, y lie aquí, que lo que él ántes aceptaba con tanta facilidad, como medio de consolar á Nichette, le parecia ahora insuficiente, porque una voz secreta le advertía, que no era una ruin cantidad de dinero lo que tenia que pagar á la pobre jóven, á quien su abandono iba á hundir en la desesperacion....

En aquellos momentos recordaba el consejo de Edmundo, que le habia dicho:

—Cásate con Nichette.

Y se respondía á sí mismo:

—Y por qué no?

Pero todas las fibras de su amor propio resonaban entónces en su corazon, y hacia este razonamiento, que tal vez por fortuna ó por desgracia de Nichette, es lógicamente propio de la naturaleza humana:

—Nichette me ama bastante; es una excelente muchacha, de muy buen corazon; pero despues de todo, no es mas que una modista, una griseta..... y no hay ninguna razon para que yo me case con ella, puesto que soy su amante, y si quiero continuar viviendo en su compañía, puedo hacerlo fácilmente sin necesidad de recurrir al matrimonio.

“Y luego, la señora de Péreux tal vez la recibiría, porque ella se halla lejos de toda clase de preocupacion, y conoce bastante á Nichette; pero el mundo la recibiría con la misma faci-

lidad . . . y aun yo, si ella llegara á ser mi mujer, no la pediria cuentas de lo pasado, y no la haria ser desgraciada. . . ? No, decididamente; eso es imposible.

“Por otra parte, puesto que la señorita de Mortonne es quien ha hecho nacer en mi espíritu estas ideas de matrimonio, ¿qué motivo habria para que yo me casara con Nichette?

Es que Gustavo habia llegado ya á ese estado, que no participa mucho de la indecision. Hallábase colocado entre dos mugeres, de una de las cuales era amante hacia mas de dos años, que no era mas que una griseta, y á quien amaba, es cierto; pero con esa clase de afeccion que se concede á una querida cuando comienza á experimentarse verdadero amor por otra muger; la otra era jôven, bella, de buena familia, pura como un ángel, y á la cual él habia revelado las primeras emociones del alma (porque Laurencia comenzaba á sentir que una porcion de su alma seguia á Gustavo cuando se separaba de él) por cuya posesion el mundo lo felicitaria; muger, en fin, á quien ningun hombre hasta entônces habia tocado ni con la punta del dedo.

Gustavo no se sentia detenido, y en efecto no lo estaba mas que por la delicadeza de su corazon.

—¿Cómo confesar esto á esa pobre Nichette? se preguntaba.

Añadid luego que ese sentimiento natural de vanidad, que impele al hombre aun mas allá de los límites de lo verôsímil, triplicaba en su mente la impresion que este matrimonio iba á causar á la modista, y mas de una vez llegó Gustavo á decirse:

—Y si ella fuera á matarse al recibir esta noticia!

—Ya nadie se mata hoy por esto, añadia despues de un rato; por el contrario, Nichette me olvidará. . .

Y mirad cuán rara es la naturaleza del hombre: la idea de que Nichette lo olvidara, causaba grande dolor á Gustavo, cuando por el contrario, debiera haberle producido placer, pues que esto era una excusa para los proyectos que tenia.

El corazon del hombre es semejante al laberinto de Dédalo: cualquiera que fuese el camino que éste tomara, se hallaba siempre enfrente del Minotauro. Cualquiera que sea el camino que el hombre tome en su vida, se encuentra siempre frente á frente con su egoismo; Minotauro que mata las ilusiones, esas vírgenes del alma.

Como fácilmente se imaginará uno, Gustavo no habia llegado á pensar en su casamiento con Laurencia, sino despues de haber adquirido sólidas garantías de que este casamiento era posible.

A nadie amaba Laurencia; estaba seguro de ello, porque nada hay tan fácil como sorprender los secretos de una muchacha, cuando se ha llegado á adquirir con ella alguna intimidad. Estaba seguro, además, de que si la jóven no experimentaba por él una simpatía muy marcada, no se opondría á lo ménos á ser su muger, caso que el señor y la señora Mortonne sujetaran su consentimiento al suyo.

Muchas veces Gustavo había investigado ó querido investigar diestramente las intenciones del comandante respecto de su hija, y había sabido que el comandante estaba dispuesto á casar su hija, si encontraba un hombre que le agradase y que tuviera la posición y la fortuna convenientes.

Por lo que respecta á la señora de Mortonne no tenía mas voluntad que la de su marido; y si hemos dicho que Gustavo había debido hacer sus investigaciones con destreza, es porque el comandante, á quien no quería revelar de luego á luego sus intenciones, las había adivinado en parte y había hablado de ellas con su muger.

—Esceleste partido sería para Laurencia el señor Gustavo Daumont, decia la señora de Mortonne, si he de creer á mis ideas. Por otra parte, le hablaré de ello á la señora de Péreux, y sabré á qué atenerme.

Los padres de Laurencia habían conocido que Gustavo cortejaba á su hija, cosa que él mismo Gustavo había notado.

Cuando comienza uno á apasionarse de una muger, en defecto de las palabras que no osa uno pronunciar, y que serian la espresion del amor que ya se siente, y que es preciso explicar de algun modo, se deja hablar á los ojos, muchas veces aun contra la propia voluntad todo lo que los labios callan todavía.

Esas miradas las sorprenden los padres, que están para verlo todo y para vigilar á su hija.

Así es que aun hablando de cosas muy indiferentes con Laurencia, Gustavo la miraba como ve un hombre, que en todo piensa ménos en lo que está diciendo.

Un día la señora de Mortonne dijo á la de Péreux.

—¿El señor Gustavo es amigo de su hijo de vd.?

—Compañero de colegio, respondió la señora de Péreux.

—De buena familia?

—Esceleste.

—Viven aun sus padres?

—No; es huérfano.

—Tiene bienes de fortuna?

—Cerca de veinte mil libras de renta, que es magnífico para un soltero.

—Que carácter tiene? Luego diré por qué pregunto tanto.

—Es del carácter que vd. le conoce: es bueno, generoso; lo amo casi tanto como á mi hijo, y con esto digo todo.

—Gracias, mi querida señora de Péreux; se lo diré todo á mi marido.

—Qué hay, pues?

—Hay que el señor Daumont corteja á Laurencia, que está en edad de casarse; que él no le desagrada, segun ella dice, y que yo apreciaria mucho que tal matrimonio se verificara, porque él nos estrecharia mas con vd., á causa de la amistad que el señor Daumont lleva con su hijo de vd.

—¡Ah! corteja á la señorita Laurencia! dijo la señora de Péreux.

—Lo dice vd. como si supiera que hay algun impedimento.

—Ninguno; lo aseguro, replicó la señora de Péreux: únicamente me admira el no haber conocido, como vd., que Gustavo ama á Laurencia.

—¡Oh! Pues es muy fácil! Pero vd. no está ocupada mas que con el señor Edmundo, y es muy natural que no le llame á vd. la atencion lo que pase en su derredor, si no le pertenece á Edmundo.

—Tiene vd. razon. Yo le hablaré de esto á Gustavo. ¿Quiere vd.?

—Con mucho gusto. Investigue vd. sus intenciones, y si ve vd. que no me he engañado, dígame vd. que el señor de Mortonne y yo estamos en la mejor disposicion. Si estos jóvenes han de ser felices, que lo sean cuanto antes.

—Es verdad. Hoy mismo le hablaré á Gustavo; me ama como á su madre, y no me ocultará nada.

No tenemos necesidad de explicar lo que habia causado la admiracion de la señora de Péreux. Ofreciósele el recuerdo de Nichette, y no pudo ménos que condolerse de ella.

En esa misma tarde llamó aparte á Gustavo.

—Tengo que hablar con vd., Gustavo, y de cosas serias, le dijo.

—Ya escucho á vd., señora.

—Vd. ama á la señorita de Mortonne, dijo la señora de Péreux que, con su franquza característica no se andaba con rodeos.

—Lo ha adivinado vd., señora, respondió Gustavo, poniéndose encendido.

—No; no soy yo quien lo ha adivinado; la señora de Mortonne es la que lo ha visto.

—Y le ha hablado á vd. de ello?

—Sí, hace un momento.

—Qué le dijo á vd.?

—Lo que debia decirme como madre; tomé informes de vd., y como solo podia decirle bien

de vd., me manifestó que en el caso de que vd. pidiese la mano de su hija, nada se opondría á que vd. se enlazase con ella.

—¡Cuánto tengo que agradecer á vd.! señora! dijo Gustavo tomando la mano de la señora de Péreux.

—Así es, continuó ésta, que si vd. quiere, le puedo servir de intérprete.

—De madre, querrá vd. decir.

—¿No ama vd. á Edmundo como si fuera su hermano?

—¡Cuán buena es vd!

—Ahora, ¿quiere vd. que le dé un consejo?

—Diga vd., señora, y sea cual fuere, lo seguiré.

—Pues bien, en lugar de vd., Gustavo, iría yo á Paris ántes de resolverme.

—Iré, respondió bajando los ojos Daumont, que conoció el objeto de tal consejo.

—Esto, repuso la señora de Péreux, me proporcionaría el tiempo necesario para estudiar-me á mí mismo, y conocer la verdad de mis impresiones.

Acaso una vez en Paris, en medio del mundo, rodeado de jóvenes, cerca de las personas que amásteis en otro tiempo, notaría vd. que este nuevo amor no tiene raíces bien profundas en su corazon, y que solo es debido al aislamiento. La señorita de Mortonne es la única joven que vd. ve aquí desde hace dos meses.

Es muy natural que la imaginacion de vd. se haya fijado en ella; pero es muy natural tambien que un dia conociese vd. que habia hecho mal en obedecer á un primer impulso. El matrimonio es muy sério. Vd. lo ve por el de Edmundo. Antes de contraerlo, asegúrese vd. de que su corazon lo necesite para ser feliz, y de que definitivamente ha quebrado vd. con lo que en otros dias fué su dicha.

La señora de Péreux marcó mucho esta última frase, cuyo sentido oculto no se escapó á la comprension del joven, que no pudo ménos de agradecerlo.

—Ademas, dijo la señora de Péreux; necesita vd. sus papeles, que aquí no tiene, para que cuando vuelva, esté vd. en regla, y pueda verificarse el matrimonio inmediatamente.

—¡Cómo lo abraza todo su corazon de vd., y cuánto le agradezco lo que acaba vd. de decirme!

—Vamos! Me ha comprendido vd. bien, Gustavo.... No seamos jamas ingratos con los que hemos amado. Si á pesar de su permanencia en Paris, cree vd. que su felicidad depende de la señorita de Mortonne, será éste un verdadero gusto que proporcionará vd. á una persona que estoy segura de que piensa en vd. en este momento. Marche vd. mañana; tiene vd. mas de un mes de término. Algunos dias ántes de salir de Paris, si es que ha de

volver vd., escribame, y cuando vd. llegué, su matrimonio estará arreglado.

Es verdad?

—Todo lo prevee vd. ¡Qué feliz es Edmundo en tener una madre como vd.; y yo, cuán feliz soy con que vd. se digne guiarme un poco!

El consejo de la señora de Péreux era sensato, y Gustavo quedó encantado de haberlo recibido. En efecto, todo lo conciliaba, y pesaba las cosas en una balanza igual.

En Niza, Gustavo no se sentía con valor de ir á reunirse con Nichette, separándose de Laurencia; tratábase de saber, si vuelto á Paris tendría valor para volver á reunirse con Laurencia y abandonar á Nichette. ¿Cuál de los dos sería mas fuerte y poderoso, si el amor antiguo ó el amor nuevo?

En esto consistía todo.

Gustavo subió á su oposito, hizo sus preparativos de viage, y puesto que iba á verla, el jóven quiso causar un momento de alegría á Nichette escribiéndola:

“Parto casi al mismo momento que esta carta. Pocas horas despues que la recibas, estaré en Paris.”

En seguida fué á hacer una visita de despedida al señor y la señora de Mortonne.

—¿Y volverá vd. con nosotros . . . ? preguntó el comandante.

—Lo mas pronto posible, se apresuró á responderle Gustavo.

La señora de Mortonne cambió una mirada con su marido, á quien ya habia dado cuenta de su entrevista con la señora de Péreux.

Laurencia sintió que su corazon palpitaba con violencia.

—¿Y encontraré á vd. aquí, comandante? preguntó Daumont.

—No nos moveremos ni un punto, contestó el señor de Mortonne.

Gustavo se despidió tambien de Laurencia.

Esta le tendió su mano, que el jóven estrechó entre las suyas. A Daumont le pareció que Laurencia correspondia ligeramente á su presion.

—¿Por qué se marcha el señor Daumont? preguntó la doncella á su madre cuando Gustavo se hubo alejado.

—Porque, segun creo, tiene intencion de casarse, respondió la señora de Mortonne, á quien la de Péreux habia referido una parte de su conversacion con Gustavo y del resultado que habia dado; y es preciso que arregle para esto sus negocios.

Al decir esto, la esposa del comandante miraba atenta y afectuosamente á su hija.

—¡Mi buena mamá . . . ! exclamó ésta, arrojándose en los brazos de la anciana.

—Conque ¿decididamente lo amas?

—Sí, madre mía.

—Pues bien, dentro de pocos días podrás confesárselo.

Al día siguiente, de madrugada, partió Gustavo, dejando entregados á los habitantes de la casita de persianas verdes á sus cuotidianas y tranquilas ocupaciones.

Edmundo seguía tan bien como humanamente podia exigirse en el estado en que se hallaba.

Cuatro días despues de su despedida, llegaba Daumont á Paris; inmediatamente corria á la calle Godot, y Nichette, que lo aguardaba con impaciencia, se arrojaba á su cuello sin poder retener las lágrimas de placer que la hacia deramar esta vuelta inesperada.

Ocho días ántes Gustavo creia no poder alejarse de Laurencia. Desde que acababa de recibir ahora el primer beso de Nichette, se conocia de que le seria imposible volverse á alejar de Paris.

Que los que pretenden leer en el corazon humano, espliquen esto. Lo que soy yo, no ha-go mas que referir.

CAPITULO IX.

PRUEBA.

Nada habia cambiado en casa de Nichette. Gustavo sintió que el lugar en que la encontraba, era el mismo en que habia mas de dos meses ella lo esperaba: las paredes, las habitaciones todas, toman inmediatamente un carácter nuevo de las costumbres nuevamente contraidas.

Todas las cosas que Gustavo conocia en casa de Nichette, se presentaron á sus ojos bajo un aspecto tan igual al que ántes guardaban, que olvidó por un instante que habia estado lejos de Paris.

—En fin, helo aquí. . . ! exclamó la jóven estrechando las manos de Daumont y mirándolo. ¡Qué contenta estoy! ¡Si vieras cuánto temia no volver á verte! añadió riendo, porque desde el momento en que estaba al lado de su amante, podia reir hablando de la ausencia.

—No me era posible abandonar á Edmundo, querida niña, contestó Gustavo. No puedes figurarte qué malo ha estado. . . .

—Sí, madre mía.

—Pues bien, dentro de pocos días podrás confesárselo.

Al día siguiente, de madrugada, partió Gustavo, dejando entregados á los habitantes de la casita de persianas verdes á sus cuotidianas y tranquilas ocupaciones.

Edmundo seguía tan bien como humanamente podia exigirse en el estado en que se hallaba.

Cuatro días despues de su despedida, llegaba Daumont á Paris; inmediatamente corria á la calle Godot, y Nichette, que lo aguardaba con impaciencia, se arrojaba á su cuello sin poder retener las lágrimas de placer que la hacia deramar esta vuelta inesperada.

Ocho días ántes Gustavo creia no poder alejarse de Laurencia. Desde que acababa de recibir ahora el primer beso de Nichette, se conocia de que le seria imposible volverse á alejar de Paris.

Que los que pretenden leer en el corazon humano, espliquen esto. Lo que soy yo, no ha-go mas que referir.

CAPITULO IX.

PRUEBA.

Nada habia cambiado en casa de Nichette. Gustavo sintió que el lugar en que la encontraba, era el mismo en que habia mas de dos meses ella lo esperaba: las paredes, las habitaciones todas, toman inmediatamente un carácter nuevo de las costumbres nuevamente contraidas.

Todas las cosas que Gustavo conocia en casa de Nichette, se presentaron á sus ojos bajo un aspecto tan igual al que ántes guardaban, que olvidó por un instante que habia estado lejos de Paris.

—En fin, helo aquí. . . ! exclamó la jóven estrechando las manos de Daumont y mirándolo. ¡Qué contenta estoy! ¡Si vieras cuánto temia no volver á verte! añadió riendo, porque desde el momento en que estaba al lado de su amante, podia reir hablando de la ausencia.

—No me era posible abandonar á Edmundo, querida niña, contestó Gustavo. No puedes figurarte qué malo ha estado. . . .

—¿Pero ya esta fuera de todo peligro?
—Así se espera, á lo ménos.
—Bastante he pensado en él: ¡pobre jóven!
Todas las noches rezaba por vdes. dos.
—Espero que ya lo encontraré fuera de todo peligro.

—¿Vas á irte otra vez? preguntó Nichette con tristeza.

—Prometí á la señora de Péreux y á Edmundo volver algunos dias mas con ellos.

—Ah! suspiró Nichette con un acento resignado, en el cual, sin embargo, se conocia el pesar que la causaba esta noticia.

—¿Qué tienes? la preguntó Gustavo, que sabia perfectamente lo que acongojaba á la modista, pero que habia querido establecer desde un principio la posibilidad de una segunda ausencia, para el caso en que Nichette no fuera capaz de hacerle olvidar á la hija del comandante.

—Hace diez minutos apenas que acabas de llegar: ántes de quitarte el capote de viage, me dices que vas á volverte á ir.! ¿y me preguntas qué tengo.?

—Tranquilízate; podemos contar aun quince dias, que pasarémos juntos.

—Solamente quince dias?

—Tal vez tres semanas.

—¿Amas, pues, mucho á Edmundo? preguntó

de repente Nichette mirando á Gustavo con cierto aire de duda.

—Bastante lo sabes. . . y harto pesar le causó que lo dejara; pero ya yo no podia resistir mas; queria con ahinco volver á verte.

—De veras?

—Te he mentido alguna ocasion?

—¿Si supieras que ya comenzaba á temerlo.! dijo la jóven, arrojando sobre su lecho el capote y el gorro de viajar que acababa de quitar á Gustavo.

—¿Y qué comenzabas á temer, niña?

—Temia que ya no me amaras. y hubieras dado tu corazon á otra.

—¿A quién, buen Dios? exclamó Gustavo ruborizándose, y tratando de ocultar su turbacion con un semblante placentero.

—¿A quién? á otra muger.

—¿Y ahora ya estás tranquila y contenta? preguntó Gustavo á Nichette sentándola sobre sus rodillas.

—Completamente, puesto que estás aquí, aunque.

—Aunque. repitió Gustavo con un acento que parecia reclamar el fin de la frase.

—Aunque temo que haya por allá alguna otra cosa mas que Edmundo, que te atraiga.

—Habria yo venido, si fuera así?

—Lo mismo da. Tal vez reflexionarias: aquella pobre muchacha es desgraciada en Paris;

vamos á verla unos cuantos dias.... Acaso miéntras la otra tiene que ausentarse tambien..... Pudiera ser así.

Nadie se atreverá á negar los secretos presentimientos de la muger, que la hacen frecuentemente, sin la menor indicacion entrever una parte de la verdad; presentimientos que se explican fácilmente cuando la verdad es probable.

—¡Estás loca! dijo Gustavo riendo, pero de manera de cortar la conversacion que le causaba mil remordimientos.

—En todo caso almorcemos, replicó Nichette, yendo á buscar una silla para ella y arrimándola á una mesita preparada con todo lo necesario, que solo aguardaba la llegada de Gustavo; porque la jóven habia previsto que su amante llegaría moribundo de hambre y de cansancio.

—En todo caso, añadió la modista sentándose al lado de su convidado amado, si te ama, no te amará tanto como yo.

Esta última frase se estinguió bajo los ardientes labios de Gustavo, que gozando de nuevo de sus costumbres de hacia dos años, no sentia aun despertarse en su corazon el recuerdo de Laurencia, tanto mas, cuanto que el jóven encontraba un verdadero placer, un encanto indefinible, en recobrar sus usos y costumbres, á lo ménos por unos cuantos dias. Añádase á esto, que Nichette era verdadera-

mente linda, y que para recibir á su amante habia puesto en accion todos los recursos de su inteligente coquetería: decimos inteligente, porque la coquetería tiene matices y grados muy diferentes, y porque es prueba de talento utilizar sus recursos en ciertas ocasiones, sin que aquel, que es el objeto de tantos afanes, lo perciba. Así, Nichette en su fallita, en su peinado, en el corte de su vestido, tenia algo de nuevo, pero que al mismo tiempo hacia recordar lo pasado y seducia á Gustavo. En una palabra, era Nichette con algo de mas.

Ese algo eran tal vez los dos meses que Gustavo habia pasado sin verla, encanto inesplicable para el hombre que vuelve.

Durante el almuerzo, Daumont refirió á su querida todo lo que no habia podido escribirla, y aun lo que ya la habia contado. Pormenorizola el empleo de sus dias, teniendo buen cuidado, se entiende, de olvidar los momentos consagrados á Laurencia, y los paseos á caballo hechos con ella y su padre.

Nichette, por su parte, contó cómo habia pasado para ella la vida. Era cosa muy sencilla... Al principio habia llorado muchísimo, y permanecido quince dias sin salir; despues habia encontrado á una de sus amigas, á quien no veía tiempo hacia; una muhacha que fué su compañera de taller, y que acababa de heredar una corta suma, con la cual iba á establecerse á Tours.

Mientras esta amiga partía, Nichette había renovado sus relaciones. Las dos se habían ido de tiempo en tiempo al teatro, juntas permanecían durante el día, y no se separaban sino el menor tiempo posible, hasta el momento en que la señorita Carlota Toussaint había tenido necesidad de dejar á Paris, es decir, ocho ó diez días ántes de la llegada de Gustavo; lo cual no había hecho sino despues de rogar en vano á Nichette que se asociara con ella, prometiéndola que haría fortuna.

—Por ahora, dijo la modista á Gustavo despues que hubieron acabado de almorzar, has pasado cuatro noches en la diligencia, y debes tener sueño.

—Voy, pues, á casa á dormir un momento, dijo Gustavo.

—No, replicó Nichette; vas á arrojarte sobre mi lecho y á dormir Mientras tanto, yo trabajaré ó leeré.

Gustavo obedeció á la linda griseta; se echó sobre su cama . . . y una hora despues dormía como un hombre que acaba de correr doscientas leguas.

Nichette peinó sus hermosos cabellos ante el espejo, y se sentó junto al fuego, como si fuera á leer; pero miraba mas frecuentemente al que dormía, que al libro que tenía entre sus manos.

Cuando Gustavo despertó, á eso de las siete de la noche, Nichette con el rostro medio iluminado por la lámpara cubierta de su velador, trabajaba junto á la mesa, y sus lindos piececitos descansaban sobre un taburete junto al fuego.

Daumont permaneció por algunos minutos en contemplacion de aquel cuadro seductor, al cual nada habria tenido que añadir un pintor.

—He aquí todo mi pasado, pensaba; ¿será necesario que esto forme tambien mi porvenir? Esa niña me ama; al primer movimiento que voy á hacer, todo su ser atenderá hácia mí; va á venir á abrazarme, y á rodear mi cuello con sus brazos. Pero ¿á dónde nos conducirá esto á ella y á mí. . . . Ella se envejecerá, y yo tambien envejeceré. . . . nuestros gustos cambiarán. ¿Nos bastarémós mutuamente á nosotros mismos, en los momentos en que busquemos á nuestro alrededor una familia que ni el uno ni la otra tenemos? ¿Nos amaremos todavía. . . .? Puede uno ver envejecerse á su muger. . . . pero da tristeza mirar cubrirse de arrugas y encanecer el cabello de su querida: los sentimientos que nos mueven hácia aquella, son muy diferentes de los que nos unen con esta. . . .

He aquí lo que pensaba Gustavo; y ocho días despues de su llegada, ya comenzaba á estar convencido de que podría volver á Niza, y

aun á arrepentirse de haber prometido á Nichette permanecer tres semanas con ella.

Nuestros lectores van á comprender inmediatamente por qué, y así no acusarán á Gustavo de ingratitud: no podrán acusar mas que á las eternas necesidades de nuestra naturaleza humana.

Nichette era encantadora; Gustavo se habia conmovido al verla; pero una vez pasados los primeros transportes, era siempre la misma cosa. Ella era la muger á quien se ha amado por su belleza; que ha inspirado un capricho; que se ha entregado sin esfuerzos; que se han encontrado en ella cualidades que no se sospechaba tuviera; que ha distraído vuestra imaginacion, lisonjeado vuestro amor propio, y aun interesado vuestro corazon; que no pensará uno en abandonar mientras no mire otras mugeres ó las vea inferiores á ella; pero que puesta en parangon con una vírgen inocente y candorosa, que no se entregará al que ame si éste no la da su nombre; que ha crecido en el respeto de las cosas santas y bajo la proteccion de la familia; que ha sido educada en los deberes y en los preceptos de la religion; que tendrá ademas para ella las promesas y el encanto de lo desconocido, y ese atractivo irresistible de la virginidad del alma y del cuerpo.... la primera muger tendrá que ceder el paso á la segunda, porque el corazon del hombre no

titubeará entre las dos el dia en que, como Gustavo, despues de haber vivido dos años con la una, pueda tener la esperanza de vivir eternamente con lo otra.

Esto es muy triste para la pobre muger á quien se abandona; pero ahí está la costumbre, que consagra este capricho del corazon, al cual la mayor parte de los hombres se someten al ir adelantando por la vida, y la costumbre ha probado tambien que estas pobres abandonadas acaban siempre por resignarse, por consolarse y aun á veces por decir algun dia:

—Vale mas que haya sucedido así.

Sin embargo, el amor de una querida tiene á veces ciertas realidades, que lo hacen mas fuerte y atractivo que ningun otro, sobre todo, cuando, como Nichette, la querida es jóven, bella, y llena de expansiones físicas. Pero desgraciadamente á estas realidades sucede una fatiga y una debilidad de cuerpo, de la cual el corazon se aprovecha para abrir su puerta á ese otro amor que no existe todavia mas que en el estado de sueño y de promesas. Colocado entre los dos, el hombre concede entonces toda su preferencia á éste, porque nada mas tiene que pedir al primero, y si todo que esperar del segundo.

¿A quién no le ha llegado á su corazon tener una muger entre sus brazos, y estar pensando en otra? El corazon es en este punto

tan exigente, que llega á ser egoísta y desleal.

Había momentos, momentos indescriptibles, en que Gustavo, cuando Nichette se entregaba con él á todas las expansiones de su alma, trataba de figurarse que aquel hermoso cuerpo que se estremecía bajo sus besos, era el de Laurencia; y la pobre de Nichette pensaba entonces en su confiada ignorancia.

—Me parece que Gustavo jamás me ha amado tanto como ahora.

Si hubiera sabido á qué debía la energía de aquellos abrazos, la pobre muchacha hubiera llorado bastante.

Sin embargo, mientras mas se acercaba el momento en que Gustavo iba á abandonar para siempre á Nichette, mas halagüeños, mas seductores se presentaban á su mente sus recuerdos de jóven y de soltero para decirle:

—Quédate con nosotros!

Una vez vino á casa de la modista, mientras ésta había salido; tomó la llave, y subió; y esperándola, pasó revista á todos los objetos que componían el pequeño aposento de su querida. De esta manera volvió á ver todos los que la había dado, é hizo memorias de las circunstancias en que la había hecho esos regalos.

—“¡Pobre niña! decía en voz baja examinando las pequeñas estatuas de yeso y los cuadros con que había adornado su aposento; ¡qué cuidado poné en todo lo que la viene de mí...!

He aquí sus modestas alhajas, las únicas que ha querido aceptar; no las usa mas que para salir conmigo. . . . He aquí mi retrato, que ella ha ocultado en el fondo de su lecho, detras de las colgaduras, para no comprometerme con las gentes que pudieran venir á su casa.

“¡Buena Nichette. . . . ! Un día contemplará llorando todos estos objetos, á los cuales ahora sonríe, y que la recordarán al hombre que la habrá abandonado, y que en ese momento amará á otra. Ellos harán mas profunda su soledad, porque con su vista la impedirán casi hasta el consuelo de pedir á otro hombre lo que no ha encontrado en mí.”

Y cuando pensaba de esta manera, Gustavo hubiera querido tal vez hallar en su corazón una razón harto fuerte para permanecer en aquel género de vida; pero siempre las promesas de felicidad que le hacía el porvenir en el solo nombre de Laurencia le obligaban á partir, lo cual no le impedía derramar lágrimas pensando en Nichette, como una madre que habiendo tenido dos hijos, hubiera perdido uno, lloraría al que le había arrebatado la tumba y sonreiría al mismo tiempo con los besos del que le quedaba, que acabaría acaso por consolarla enteramente.

Gustavo se hallaba, pues, en medio del aposento de Nichette, con los ojos arrasados de lágrimas, cuando la jóven entró sin que él la

percibiera, y vino andando de puntitas á apoyar su cabeza graciosa sobre la espalda de su amante.

Este se volvió de pronto, y encontró una sonrisa y un dulcísimo beso sobre los labios de la modista.

—¿Qué tienes? le preguntó ésta, porque no habia podido Gustavo ocultar su emocion.

—Nada tengo, mi buena Nichette, respondió Daumont abrazándola; solamente estoy un poco triste, pensando que voy á separarme otra vez de tí.

—Conque siempre vuelves á partir?

—Sí.

—Has recibido noticias de Niza?

—Esta mañana recibí una carta.

—Sigue mas malo Edmundo?

—No, pero no va mejor. y el pobre jóven desea con ahinco tenerme á su lado; es preciso no negar nada á los enfermos.

—Gustavo.! murmuró Nichette con un acento suplicante.

—¿Qué quieres?

—Si me amaras, harías una cosa.!

—Díla.

—Pero tú no querrás.

—Díla siempre. y si es posible, te prometo hacerla.

—Oh! es mas que posible. es fácil.

—Habla, pues.

—Llévame contigo.

—Cuando me escribiste para pedirme esò, mi querida niña, te dí todas las razones que me impedían acceder á tu deseo.

—Conque no quieres?

—No, respondió con dulzura Gustavo.

—No habria vivido contigo, replicó la pobre muchacha, como si esta razon hubiera debido influir en la determinacion de su amante, que nada respondió.

Entónces Nichette prosiguió creyendo haber ganado terreno:

—Yo alquilaria algun aposento pequeño en Niza; nadie sabria ni quién soy ni á qué iba allí. La señora de Péreux, Edmundo mismo, lo ignoraria. Tú irias á verme de tiempo en tiempo, á las horas en que nadie hay en las calles, por la noche. ¡y seria tan feliz! porque ¡mira! Paris es tan triste cuando no estás tú en él.

—Muy pronto volveré, querida mia, contestó á Nichette, y ya no nos volverémos á separar.

—Como quieras. tú eres el dueño. replicó la jóven limpiándose los ojos. ¿Cuándo te vas?

—Dentro de cinco ó seis dias.

—¿Quieres que te acompañe hasta Chalons? así estaré un poco de mas tiempo contigo.

—Pues bien ! me acompañarás hasta ahí, dijo Gustavo muy contento, con poder conceder algo á la jóven.

—Oh, qué bueno eres ! dijo ella echándole sus lindos brazos al cuello, y saltando de alegría.

Gustavo era para Nichette desde que estaba de vuelta, lo que un padre para su hijo, á quien va á meter al colegio donde se fastidiará grandemente. La concedía todos los placeres que podia proporcionarla, diciéndose:

—A lo ménos se habrá divertido un poco.

Durante este tiempo recibió una carta de Edmundo, porque es fácil de imaginarse que la carta que Gustavo dijo á Nichette haber recibido, no era otra cosa que un pretesto; nadie le habia escrito.

He aquí lo que nuestro enfermo le decia ahora:

“Estoy muy débil todavía, mi querido amigo; pero quiero hacer un esfuerzo, y escribirte unos cuantos renglones.

“Te diré para concluir desde luego, con lo que me toca á mí, que voy un poco mejor, y que esta mejoría promete ir en aumento.

“Mi madre me ha hablado de la conversacion que tuviste con ella, y me ha hecho conocer la verdadera causa de tu partida. No te ocultaré que inmediatamente me he puesto á pensar en nuestra pobre Nichette, tan

“buena, tan amorosa, y á quien hemos debido á veces tan buenos dias. Pero luego he reflexionado; y como se acerca el momento en que debes volver, si vuelves, he querido darte un consejo.

“Ya sabes que amo á Nichette con todo mi corazon; pero sabes tambien que te amo á tí muchísimo mas; y esto es natural. No titubearé, pues, en darte el consejo que en mi concepto puede hacerte dichoso, aun cuando este consejo deba afligirla. . . . Tu felicidad ántes que todo. . . . Pues bien, mi querido Gustavo, yo creo que tu felicidad se halla entre las manos de la señorita de Mortonne. . . . A tí es á quien debo á Antonina; no será á mí, por cierto, á quien debas á Laurencia; pero á lo ménos habré cumplido con mi deber, combatiendo tu indecision, si tienes todavía alguna. Comencemos con que te ama, y mucho, porque he hablado muchas ocasiones de tí con ella, y el interés que te profesa, se trasluce en todas sus palabras. . . . La felicidad está aquí, puesto que hay amor. . . . Su padre y su madre son excelentes, y reemplazarán para tí los padres que has perdido. La felicidad está aquí, puesto que hay familia. . . . porque te diré: si la felicidad no se busca en el seno de una familia amorosa, apacible, ¿dónde se buscará. . . . ?

“Laurencia es un ángel de candor y de her-

“mosura; es una alma nueva que puede la-
“brarse. . . . es un paraíso virgen por conquis-
“tar. La felicidad está aquí, concluiré dicién-
“dote, pues que hay aquí religión, inocencia,
“amor y porvenir.

“Cásate con la señorita de Mortonne.

“Pero haz por Nichette todo lo que debes
“hacer. En tu lugar, no la ocultaría nada.
“Yo mismo se lo diría todo en lugar de escri-
“bírsele como piensas, sin duda, hacer. Esa
“muchacha tiene buen sentido, y sabe bien en
“el fondo de su corazón, que las relaciones de
“vdes. no podrían ser eternas; y yo creo que
“ella te quedará agradecida de la confianza
“que habrás tenido en su amor, si disientes tu
“posición con ella.

“Asegúrala su porvenir; esto no tengo nece-
“sidad de recomendártelo; pero asegúraselo de
“manera, que este mismo porvenir sea para
“ella una distracción. Comprala algún peque-
“ño almacén, y deposita además de esto en
“casa de algún notario, una suma que esté
“siempre á su disposición, si no progresa en su
“pequeño comercio.

“Ya sabes que un enfermo, uno que se ha
“visto al borde de la tumba, tiene derecho
“de hablar como un viejo; casi he confesado
“todo esto á Laurencia, que se admiraba de
“que tardases tanto tiempo. En efecto, para
“recoger algunos papeles, no se necesita tanto

“tiempo como un mes, y ya hace casi tanto
“así que tú partiste. Yo la he dicho que
“tú prolongarías sin duda tu permanencia en
“París para arreglar todo esto como acabo
“de decirte. Ella me contestó que tenías ra-
“zon de obrar de esa manera, y que esa ac-
“ción era la de un corazón noble y de un hom-
“bre honrado. Ya comprenderás que no la
“he hecho esta confidencia á la señora de Mor-
“tonne, sino porque estaba seguro de su res-
“puesta.

“Pero apresúrate en volver, porque si ella
“concede que permanezcas en París para ase-
“gurar el porvenir de Nichette, no la cau-
“saría mucho placer que permanecieras ahí
“por amor á nuestra pobre amiga; lo que con-
“cluiría por suponer si te tardaras más.

“Nunca podrás imaginarte con cuánta faci-
“lidad comprenden las jóvenes ciertas delica-
“dezas de corazón, que no perdonan general-
“mente cuando están ya casadas”

Esta carta hizo cesar hasta las postreras
dudas de Gustavo; pero no pudo resolverse á
hacer á Nichette verbalmente la confesión de
su casamiento. Quiso retardar cuanto fuera po-
sible este momento, y no por otra cosa, sino por
afección á la modista, y por no emponzoñar la
alegría que la joven se prometía acompañan-
do á su amante.

—No! se decía interiormente Daumont; yo

quiero que sepa esto cuando yo ya esté lejos. Yo no quiero que haciendo memorias del tiempo que haya pasado junto á mí, encuentre una hora de amargura. Quiero que me agradezca aun el temor que he tenido de afligirla, y que hasta en este último paso encuentre una prueba de amor.

Siempre es hora de dar una mala noticia; y luego, ¿quién sabe si sus lágrimas no serian capaces de detenerme...? Y Edmundo tiene razon; mi felicidad decididamente está allá. porque siento que mi corazon está tambien allá.

Hay cosas que desgraciadamente no se pueden decir á una muger á quien se abandona por otra, porque la pasion no admite términos medios; y sin embargo, llega siempre un dia en que estas cosas se realizan: esto es cuando el tiempo ha cambiado las impresiones, y aquellos que se han amado, pueden pasar el uno al lado del otro sin despertar en su corazon otra cosa que el recuerdo, esa tibia ceniza de las sensaciones que ya murieron.

Si cuando despues de haber examinado por largo tiempo el alma, se convence uno definitivamente que no hay en ella ya amor por la muger que os lo habia inspirado, y que se le siente por otra; si entónces, decimos, pudiera francamente confesarse el estado del corazon á la muger á quien se va á dejar; si se la pudie-

ra hacer llegar desde luego á la temperatura de afeccion en que se encuentra uno con respecto á ella, y cambiar en amistad leal y afectuosa el amor que resiente aun, el corazon humano habria dado un gran paso. Pero desgraciadamente esto no puede tener lugar mas que con ciertos espíritus escogidos en quienes el amor propio en el primer momento, y la razon luego, prestan la fuerza suficiente para ocultar su dolor y borrar las memorias de lo pasado.

Esto era imposible con Nichette, que hubiera prorumpido en sollozos, y que se hubiera arrastrado á los piés de Gustavo.

Sin embargo, era necesario terminar.

Gustavo escribió á la señora de Péreux que al dia siguiente del en que recibiera su carta, estaria en Niza con ella.

Esto equivalia, como recordarán nuestros lectores, á decirla:

—Pido la mano de la señorita de Mortonne.

Aquella misma noche partió con Nichette.

La modista estaba encantada: jamas habia viajado, y todo lo que veia la encantaba. La pobre muchacha ni aun sospechaba que el fin de aquel viage que con tanta alegría emprendia, seria muy amargo.

A las seis de la mañana llegaron ámbos jóvenes á Chalons.

Al medio día debía partir para Lyon el buque de vapor.

Nichette, que durante todo el camino habia hecho á Gustavo repetirla que aquella separacion no seria larga, conservó su alegría hasta el momento en que el equipage de su amante fué llevado al buque, en donde permaneci6 todo el tiempo que se permite permanecer á los que van á despedirse de los viajeros.

Al fin, dieron la señal de la partida.

Nichette se embarcó en el bote que debía conducirla á tierra, despues de haber abrazado á Gustavo, quien permaneci6 sobre el puente para verla mas tiempo.

El bote comenzó á alejarse; y la modista no queria entristecer á su amante, á pesar de que ella sentia el corazon agobiado; le gritó sonriendo:

—Hasta dentro de poco, ¿verdad?

Gustavo contestó con una señal de cabeza, porque sintió que si abria la boca, las lágrimas ahogarian su voz.

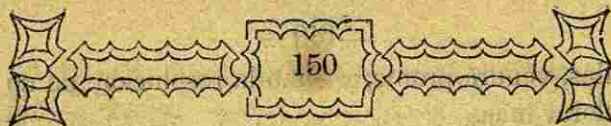
Mientras que la jóven pudo ser vista, agitó en los aires su pañuelo: despues ella continuó mirando el buque, pero Gustavo ya no podia verla, porque se la confundia con las demas gentes y objetos que iban en el bote que entraba en el puerto.

—¡Vamos! se dijo á sí propia Nichette enjugando las lágrimas que corrian por sus megi-

llas, vendrá pronto; y tomó la resolucion de no llorar mas.

El bote atracó en tierra, y el buque desapareció en el espacio.





CAPITULO X.

¡POBRE NICHIETTE!

El que escribe este libro, al hacerlo, no tiene mas objeto que el de pintar y acaso escusar las trasformaciones morales que la edad y la sociedad producen en el hombre, y que destruyen casi siempre algunas de sus primeras teorías, y de las esperanzas que él habia hecho concebir.

Gustavo se hallaba en uno de esos momentos de transfiguracion natural. El, que habia creido que la vida podia continuarse como la habia comenzado, concluia por experimentar la influencia de las diferentes sensaciones que agobian al corazon en esos momentos en que podria decirse propiamente que la vida se renueva ó que varian sus horizontes. La vista de la felicidad de Edmundo habia abierto su alma á mil nuevas ideas.

Diciendo entre sí: Edmundo morirá tal vez jóven; habia tenido que confesar que ántes de

morir, su amigo habria saboreado alegrías y placeres que él ignoraba aun, y que presentia serian las mas dulces de este mundo, porque son las mas castas.

Cabalmente cuando Edmundo partió para Niza y Gustavo quedó en Paris, fué cuando comenzó á pensar de esta manera, y las descripciones que el marido de Antonina le hacia de su felicidad en las cartas que le escribia, no habian hecho mas que enardecer deseos, vagos todavía, pero á los cuales la casualidad debia bien pronto presentar un objeto. Laurencia se habia encontrado providencialmente en medio del camino de Daumont, y éste habia mirado en ella todo un porvenir nuevo para él.

Algunas veces las trasformaciones que el hombre padece, no tienen para todos un tan buen resultado como para Gustavo. Esto depende de la manera como se han vivido los primeros años en el mundo. Por esta razon es por lo que se ve de vez en cuando á hombres prostituidos y viciosos llegar á ser buenos maridos y escelentes padres de familia, mientras que otros hombres, por el contrario, cuyos buenos principios y creencias parecian ser una garantía, cambiar bruscamente y entregar su corazon á todo clase de vicios y de pasiones.

Nosotros hemos tratado de hacer comprender no las vacilaciones, sino mejor dicho, la deli-

cadeza de Gustavo, porque su corazon no titubeaba entre Nichette y Laurencia. Solamente se preguntaba si tenia el derecho de obrar como lo hacia. A veces los malos sentimientos de su naturaleza (porque todo hombre tiene en sí un instinto perverso que se presenta en las grandes ocasiones de la vida, del cual se puede triunfar á la larga, es cierto, pero que apoyado sobre la debilidad humana, conserva por mucho tiempo su influencia) los malos sentimientos de su naturaleza, decíamos, murmuraban de vez en cuando en su oido, que despues de todo no tenia que molestarle ni acuitarse por Nichette; que otros ántes que él no habian usado de tantas precauciones para abandonarla; que ella era una de esas muchachas muy dichosas siempre con lo que se hace con ellas; y que asegurándola una buena posicion, hacia por ella mas de lo que debia hacer....

Gustavo arrojaba de su mente estos razonamientos, de los que se avergonzaba; pero ellos volvian incesantemente. Era para él lo que es un peso falso, que se tiene siempre al alcance de la mano: concluye uno por comprender de qué utilidad puede serle, y un dia se admira uno casi de haberlo puesto en una balanza y haberse aprovechado de él. Por generoso que se quiera suponer á uno tiene siempre trabajo en hacer olvidar á su corazon lo que éste tiene interes en recordar.

Sin embargo, debia tantos momentos de verdadera alegría á Nichette, que Gustavo hubiera sido un ingrato, si por lo ménos no hubiera buscado á su alrededor excusas para el pesar que iba á causarla. Gustavo entónces, se acordaba de todos sus amigos, que se habian hallado poco mas ó ménos en el mismo caso, y de lo que habian hecho. Hallaba siempre, y esto lo alentaba mas y mas, que ellos no habian hecho las cosas tan bien como él iba á hacerlas, y que no obstante, nadie murmuraba de ellos.

En esto fué en lo que pensó durante el camino de Chalons á Niza; y cuando llegó frente á la casa de Edmundo, en donde esperaba hallar á Laurencia su corazon comenzó á palpar, de esperanza se entiende; porque los pesares, el arrepentimiento, ya habian huido de él, bien así como huyen las sombras ante la presencia del luminar del dia.

Encontró á todos sus amigos reunidos en el salon como la víspera del dia de su partida. Fué acogido como siempre.

Se arrojó entre los brazos de Edmundo, que ya comenzaba á andar solo; besó la mano de Antonina, y estrechó la de la señora de Péreux. La señorita de Mortonne se cubrió de rubor y bajó los ojos al verlo entrar. El comandante, su muger y el señor Devaux le dirigieron una amistosa sonrisa.

—Vamos, mi querido señor Gustavo, dijo el

señor Mortonne, empujando suavemente al joven hacia Laurencia, abraza vd. á su muger.

Laurencia presentó su frente á Gustavo, quien estrechó sus manos.

—¿Ya no piensa vd. en Paris? le preguntó ella en voz baja.

—¡Puede vd. preguntármelo!

—Lo jura vd?

—Lo juro.

—Y es vd. dichoso?

—¡Tanto, tanto, que no hallo palabras con que explicarlo!

—Así lo hicimos, dijo la señora de Mortonne, tu padre y yo, hace veinte y dos años.

¡Ojalá y puedan ellos decir otro tanto de aquí á veinte y dos años continuó la señora de Mortonne, mirando á los dos novios con ternura.

—Estoy contenta de vd., Gustavo, dijo la señora de Péreux tomando la mano de Daumont.

—Has hecho bien le dijo Edmundo en voz baja.

¡Cosa rara! En medio de su gozo tuvo Gustavo una especie de opresion de corazon, al ver que ni la señora de Péreux ni Edmundo parecían acordarse de Nichette, que á la hora en que tenia lugar esta escena, le escribia á Gustavo cuánto se fastidiaba desde su separacion, y qué ansia tenia de que volviese.

¡Pobre Nichette!

—Ya vd. lo ve, mi querido Gustavo, continuó la señora de Péreux, cómo le he cumplido mi palabra.

—¿Y cuándo se verificará la boda? preguntó Laurencia precipitándose en brazos de su madre al decir estas palabras.

—Luego que Edmundo, mi testigo, pueda salir para ir á la iglesia.

—Dentro de ocho dias entónces, dijo el señor Devaux, y á fe que es necesario que sea por esta causa, porque todavía tendrá que estar en casa por dos meses.

—¿Tiene vd. esperanzas? preguntó en voz muy baja Gustavo al doctor.

—Todo va bien, respondió éste.

—Ahora, Gustavo, vaya vd. á descansar, dijo la señora de Péreux á Daumont. Dulce es el sueño que sucede á la alegría.

Algunos instantes despues, Gustavo entraba en su aposento, diciendo para sí, como para desterrar los últimos recuerdos que se agolpaban á su alma:

—Ahora, ya no hay remedio. Todo ha acabado.

Se acostó, y se durmió como lo hizo en casa de Nichette al volver á Paris.

¡Oh naturaleza humana!

Quando despertó, estaba ya muy adelantado el dia. Entreabrió la cortina de su ventana, y

vió á Laurencia paseando en el jardincillo de la casa con Antonina.

La jóven doncella hacia sin duda algunas confidencias á la jóven esposa. Permaneció cerca de un cuarto de hora contemplándolas, sin que ellas pudiesen verlo.

—¡Cuán bella es . . . ! dijo para sí, y un estremecimiento de amor recorrió todo su cuerpo.

Al abrir su saco de noche para sacar algunas cosas que necesitaba, Gustavo encontró el resto de las provisiones que la previsora Nichette habia preparado y le habia obligado á aceptar. La vista de esos frutos y de esos bizcochos lo detuvo algunos instantes.

En este momento daban las cuatro.

Gustavo se pasó la mano por la frente.

—Dos horas me aguardan aun, dijo; tengo tiempo para escribir á Nichette; acabemos hoy.

Sentóse á la mesa, y escribió, despues de haber meditado cómo comenzaría esta difícil carta:

“ Mi buena Nichette: fuí á Paris para decir-
“ te una cosa que no tuve valor de confesarte
“ al verte tan feliz, y tengo que pedir á la dis-
“ tancia que nos separa la fuerza que necesito
“ para decírtela. No debemos volver á vernos,
“ mi querida niña. La vida tiene exigencias
“ que tú comprenderás. Tarde ó temprano,
“ por tí ó por mí, era preciso que hubiese un

“ rompimiento entre nosotros. Tal vez tu es-
“ celente corazon habia concebido esperanzas
“ de una eternidad, que por desgracia no halla
“ las realidades humanas.

“ Hubiera podido engañarte, mi querida Ni-
“ chette y decirte que me iba de Francia; pero
“ prefiero ser franco contigo, porque tu corazon
“ es digno de esta franquza. . . . ¡Me caso . . . !
“ Esto debia de suceder algun dia. Necesito
“ una familia y quién sabe si no es mejor que
“ nos separemos ahora, que no esperar á una
“ época que acaso nos separaríamos sin pesar y
“ sin dolor Recuerda que muchas veces
“ me hablaste de la probabilidad de mi matri-
“ monio, y entónces me decias que sabrias re-
“ signarte con esa necesidad de mi posision.
“ ¡Me perdonarás que haya justificado tus pre-
“ sentimientos?”

Con suma dificultad encontraba Gustavo las palabras necesarias para disculpar su conduc-
ta, porque comprendia que por mas que dijese,
siempre seria culpable á los ojos de la pobre
jóven que iba á recibir esta carta. Así es que
pasó repentinamente de la última línea que se
acaba de leer, á las precauciones que habia
formado para averiguar el porvenir futuro de
Nichette: ademas, se le figuraba que aparen-
tando no darle grande importancia á esta sepa-
racion, seria acaso ménos cruel para la mo-
dista.

Continuó pues:

“ Pero quiero que seas feliz: he tomado mis providencias con tal objeto. Eres jóven, bella, y tienes todo un porvenir que te espera. Hallarás sin duda un hombre de bien que conozca las buenas prendas que te adornan, y que no te exija que le confies tu vida pasada. Pero ántes es preciso que tengas un porvenir independiente, y eso es lo que he hecho. Tengo dada órden á mi notario para que te lleve una inscripcion de rentas de dos mil quinientos francos que te pondrán siempre á cubierto de la pobreza, y una cantidad de diez mil francos que te aconsejo emplees en asociarte con tu amiga la señorita Carlotta Toussaint. Mas si á pesar de mi prevision, llegase esto á ser insuficiente, no quiero que ocurras á nadie mas que á mí. En el primer momento de esta noticia, yo sé, mi buena Nichette que sentirás un pesar muy vivo, porque realmente me amas; pero estoy convencido de que aun te esperan dias felices: quiero tener un poco de valor.

“ ¿No es verdad que me escribirás siquiera una línea, para decirme que me perdonas y que aceptas lo que te ofrezco, como un recuerdo de nuestro cariño? Acaso algun dia seré yo desgraciado, y entonces á tí seré á quien yo vaya á pedir mi primer consuelo.

“ Adios, querida niña; te abrazo con toda la

“ ternura de un amigo eternamente afecto, que te ama y te estima como que eres de un noble y escelente corazon.—GUSTAVO DAUMONT.”

Varias veces habia sentido Gustavo que los ojos se le inundaban de lágrimas al escribir esta carta; pero no habia querido consignar en ella todo lo que su emocion le dictaba, y fácil es de comprenderse por qué. Era necesario que esta carta tuviera cierto tono de gravedad y aun de frialdad que hiriera violentamente y diera de luego á luego valor á la persona á quien iba dirigida.

Gustavo escribió al mismo tiempo á su notario para recordarle que al recibo de su primera carta de Niza debia dirigirse á casa de Nichette y entregarle las inscripciones y la suma convenidas. No queria que Nichette tuviera que molestarse para recibir esa donacion. La hubiera rehusado si la hubiera sido menester ir á pedirla como si fuera una limosna.

Tres dias despues de que dirigió esta carta por el correo, recibió Gustavo la que Nichette le habia escrito el dia en que él llegó á Niza. La pobre muchacha estaba muy distante de creer cuando la escribia, que ántes de recibir respuesta de su carta, todo habia acabado entre ella y su amante. Esa carta estaba llena de proyectos y de esperanzas.

Los preparativos del casamiento se hacian

con toda rapidez. Las amonestaciones habian sido ya publicadas.

El dia en que la ceremonia debia tener lugar, Gustavo recibió la respuesta de Nichette. Por un momento tuvo ganas de guardar intacta y cerrada la carta y dejar su lectura para algunos dias despues; pero no pudo resistir al deseo de saber lo que contenia, y la abrió.

Era muy sencilla; he aquí lo que decia:

"No he querido responderle á vd., Gustavo, bajo la impresion que me ha causado su carta. Al principio creí volverme loca; y temia mezclar quejas á las últimas palabras que vd. me daba derecho á dirigirle. Contemplaba con admiracion todos los objetos que me rodeaban, en medio de los cuales estaba vd. pocos dias ántes, y que parecian dar un mentís á su carta. Pero la carta de vd. era real, no dejaba ninguna duda. . . . He llorado mucho, Gustavo. . . . hoy ya estoy un poco tranquila, y aprovecho estos momentos para escribirle.

"No le haré á vd. ningun cargo; ademas, no tengo por qué hacerlo. Tampoco fastidiaré á vd. con mis quejas; esto seria inútil. Lo que vd. hace, ya habia yo pensado muchas ocasiones que lo haria. . . . solamente no creia yo que fuera tan pronto.

"Amaba yo á vd. mucho. . . .

"Sea vd. dichoso, amigo; es el mas ardiente

"deseo de mi corazon, y no pasará un dia sin que yo no ruegue á Dios por vd. . . .

"Sus deseos serán efectuados. Me iré á Tours con Carlota. Tiene vd. razon; ella me distraerá; pero me dolerá muchísimo abandonar mi pequeño aposento en donde he pasado dos años de mi vida tan hermosos. . . . !

"En fin, hágase la voluntad de vd., Gustavo, y que su muger ame á vd. tanto como lo ama ba yo; es todo lo que pido al cielo.

"Le envío á vd. dentro de esta carta algunas hojas del último rosál que habia comprado, y que conservaba la tradicion de aquel al cual debí el conocer á vd. Es un postrer recuerdo. . . .

"Puede ser que sea yo dichosa todavía. . . . en todo caso, no tenga vd. nunca remordimientos por lo que ha hecho.

"El notario de vd. acaba de salir de casa. . .

"Gracias.

"Adios, Gustavo. . . . le estrecho á vd. la mano como á un buen amigo.—NICHETTE."

—¡Cuánto ha debido sufrir la pobre, ántes de escribir esta sencilla carta! murmuró Gustavo.

En efecto, Nichette habia sufrido muchísimo.

El mismo Gustavo no era dueño de su emocion. Al principio quiso romper la carta que acababa de recibir, temiendo que la fueran á ver; pero por una superstición bastante natural

la guardó; y despues de haberla llevado á sus labios, puso en el libro de oraciones de su muger las hojas del rosal de Nichette.

Dos horas despues la señorita de Mortonne se llamaba la señora Daumont.

Poco mas ó ménos á la misma hora, una muger cubierta con un velo y con los ojos encarnados de llorar, subia en Paris en la diligencia que partia para Tours.

Aquella muger era Nichette.



CAPITULO XI.

CURACION.

¿Seguirémos el coche que conduce á Nichette? ¿ó seguirémos el acompañamiento de boda que sale de la iglesia de Niza?

Hagamos como los egoistas y los aduladores; sigamos á las gentes dichasas.

Gustavo se hallaba ahí, y todo el mundo á su alrededor.

Las brisas del Invierno se habian desvanecido, y el sol precoz del Mediodía hacia brotar ya las primeras hojas de la Primavera. Para todos, aquella era la estacion de las flores; para Edmundo era la salud.

Todo el mundo en Niza habia tenido conocimiento de la enfermedad de Edmundo; todo el mundo fué admitido en su convalecencia. Felicitaban á su madre; felicitaban al señor Devaux; y nada habia tan interesante como ver á aquel jóven, pálido y débil aun, sonriendo á la vida que volvia á él, y apoyándose sobre su jóven esposa, radiante de belleza y de afeccion.

la guardó; y despues de haberla llevado á sus labios, puso en el libro de oraciones de su muger las hojas del rosal de Nichette.

Dos horas despues la señorita de Mortonne se llamaba la señora Daumont.

Poco mas ó ménos á la misma hora, una muger cubierta con un velo y con los ojos encarnados de llorar, subia en Paris en la diligencia que partia para Tours.

Aquella muger era Nichette.



CAPITULO XI.

CURACION.

¿Seguirémos el coche que conduce á Nichette? ¿ó seguirémos el acompañamiento de boda que sale de la iglesia de Niza?

Hagamos como los egoistas y los aduladores; sigamos á las gentes dichasas.

Gustavo se hallaba ahí, y todo el mundo á su alrededor.

Las brisas del Invierno se habian desvanecido, y el sol precoz del Mediodía hacia brotar ya las primeras hojas de la Primavera. Para todos, aquella era la estacion de las flores; para Edmundo era la salud.

Todo el mundo en Niza habia tenido conocimiento de la enfermedad de Edmundo; todo el mundo fué admitido en su convalecencia. Felicitaban á su madre; felicitaban al señor Devaux; y nada habia tan interesante como ver á aquel jóven, pálido y débil aun, sonriendo á la vida que volvía á él, y apoyándose sobre su jóven esposa, radiante de belleza y de afeccion.

El casamiento de Gustavo fué como una especie de segundo casamiento para Edmundo. Recordábale el suyo primeramente, y además, delante del sacerdote que bendecía las bodas de Daumont, Edmundo hizo en el fondo de su corazón un nuevo juramento de amor eterno á Antonina.

Gustavo junto á Laurencia, y la señora de Péreux junto al señor Devaux, rogaron al Señor con todo el fervor de sus corazones reconocidos. ¡Cuán dulce fué el bautismo de lágrimas de felicidad que recibió aquel día!

—A no ser que tu marido vuelva á cometer una imprudencia como la que ha dos meses cometió, habia dicho el médico á su hija, nada hay que temer por él. Está salvado.

Edmundo entraba, pues, desde entónces en una nueva vida, sin tristeza, puesto que ya no habia motivos de inquietud.

Así su corazón se abría á todo; en el camino que recorrió de su casa á la iglesia y de la iglesia á su casa, nada le fué indiferente. La existencia y la fuerza que Dios concedía á la naturaleza, se reflejaban en él. Tenía la Primavera en su corazón. A las flores nuevamente abiertas, débiles aun sobre su delgado tallo, volviéndose hácia los primeros rayos del sol; á las hojas que se entreabrían al calor del día, y que esperaban del siguiente una nueva porción de savia nutritiva; al dulce calor de un aire

entibiado por la vuelta de la Primavera; á todas las promesas anuales de la tierra, comparaba Edmundo su alma.

Aquellas flores, débiles todavía, y que cada aurora haría mas grandes y mas llenas de perfumes; las hojas que no eran aun mas que gérmenes, y que bien pronto producirían la sombra al tronco que las sostenía; aquella tibia y dulce respiración de un mundo que sale del Invierno, todo esto era para él la imagen viva, animada, de la felicidad que Dios le concedía y de las halagüeñas esperanzas que le prometía alimentar.

Una mirada de Antonina reasumía todas estas maravillas de la Primavera, y Edmundo sentía el amor, esa vida del alma, entrar de nuevo en él con la salud, esa vida del cuerpo.

Su sangre circulaba sin esfuerzo por sus venas: respiraba con libertad; miraba con placer todo lo que le rodeaba; parecía decir á los niños que corrían:

—Bien pronto yo podré hacer otro tanto. . . .

Su felicidad estaba esenta de todo temor, y marchaba ante él para enseñarle el camino. Era el conquistador precedido de las músicas y los himnos del triunfo; todo cantaba, todo reía á su alrededor.

Oía despertarse voces que le eran desconocidas hasta entónces. Los diez meses que habia vivido junto á su muger, se desvanecían co-

mo un minuto ante los luengos años que el porvenir le prometia. El amor que habia tenido por ella, parecíale pobre, corto y mezquino junto al que ahora le animaba. Soñaba junto á Antonina como se sueña junto á una novia lindísima, cubierta aun con el velo de su virginal inocencia.

Edmundo estaba mas que enamorado; se sentia poeta. Sus impresiones desbordaban de su alma en estrofas completamente rimadas, y él mismo confesaba que jamas habia estado tan contento.

Despues de haber creído que su vida estaba limitada y que su porvenir era únicamente de dos años; despues de haberse dicho á cada dia que pasaba: "He aquí un paso mas que he dado hácia el sepulcro," de haber sufrido de antemano lo que sufría un dia con la idea de dejar la vida, la juventud, á su madre, á una muger amada, resucitar de pronto y volver á tener esperanzas: náufrago perdido, despertar sin sentirlo en una ribera llena de flores, redeado de todos los encantos de la naturaleza y del alma, ¿no era efectivamente una felicidad que no se puede espresar, y no habria sido una ingratitud y un sacrilegio el no confesarlo?

Hasta la casita del camino de Niza dejaba aparecer la alegría que encerraba. Las ventanas se abrian alegremente al sol, y le presentaban canastillos de flores. La madre selva se es-

tendia á lo largo de las paredes, y el viagero que pasaba, tenia que notar esa calle blanca, de persianas verdes, de donde se escapaba casi siempre algun cántico como de un nido de pájaros.

Nunca se habian visto tantas gentes felices bajo un mismo techo. Los goces que Edmundo no saboreaba mas que por recuerdos y en esperanzas, eran realidades para Gustavo. Desde que se habia casado con Laurencia se preguntaba á sí mismo, cómo habia podido vivir ántes de conocerla. Este amor, jôven, inocente, ardiente, cuya primera expansion cubria en el seno de una naturaleza jôven como él, llena de rayos, de perfume y de poesía, le hacian comprender sentimientos que estaban como adormidos, y que una sola palabra le habia despertado.

Todas las mañanas Gustavo montaba á caballo con su muger; y Antonina y Edmundo, que no podian aun acompañarlos, los seguian con la vista desde su ventana, hasta que desaparecian entre la nube de polvo que levantaban sus caballos.

La lectura y la música eran en seguida las dos grandes ocupaciones del dia. Victor Hugo, Lamartine y Alfredo de Musset, eran los poetas favoritos; Schubert, Weber y Scudo, eran los compositores amados.

Ora Laurencia, con su voz suave y argenti-

na, leía una de las melancólicas meditaciones de nuestros tres poetas; Ora Antonina, con su voz dulce y simpática cantaba la *Serenata ó la Plegaria á la Virgen*, esta sencilla melodía, tierna como un suspiro del corazón, santa como los cánticos de la iglesia.

Cualquiera de estas cosas sumergía á Edmundo en un éxtasis indefinible. Correspondían tan bien á lo que él experimentaba; el amor y la fe eran tan verdaderos en él; la melodía amorosa ó sagrada encontraban tan pronto un eco en el alma del jóven, que él creía poder vivir la eternidad empleando siempre sus días de aquella manera apacible.

Antonina y Laurencia se hallaban unidas por una estrecha amistad; habían llegado á ser confidentes la una de la otra. ¡Dos jóvenes recientemente casadas tienen tanto qué decirse, sobre todo, cuando ellas saben que todo pueden confiárselo, cuando sus corazones están unidos por la simpatía, y cuando el amor que experimentan es puro! Nada puede haber mas seductor que sus conversaciones de por la noche; nada mas candoroso que la relacion de sus nuevas impresiones.

Antonina habia contado á Laurencia cómo habia conocido á Edmundo; cómo la enfermedad de que estaba atacado la habia hecho experimentar una tierna compasion hácia él; como ella habia creído ver en el encuentro que

habia tenido con el jóven, un consejo de la Providencia que ponía en sus manos el porvenir del enfermo y la responsabilidad de su ventura durante los días que le quedaban de vida.

—El marido de vd., Laurencia, decia Antonina, fué quien lo hizo todo; él fué quien me hizo tomar súbitamente la resolucion de ser de Edmundo ó de nadie. A Gustavo es á quien debo mi casamiento ¡Pobre Edmundo! yo no sabia todavía si lo amaba ó no. . . . pero una palabra me iluminó, y ahora doy gracias á Dios por lo que ha hecho! ¿Comprende vd. ? El, que no debía vivir mas que dos años; él, con quien yo me habia casado con la triste y fatal conviccion de que me dejaria muy pronto viuda. . . . y ahora, ved que se ha salvado, mirad que el porvenir de los demas es el nuestro. luengos años nos están prometidos; nuestro horizonte se ensancha. . . ! ¡Jóvenes los dos, ámbos suficientemente ricos, amándonos como el primer día, mas tal vez, con amigos como vdes., con un padre como el mio y una madre como la señora de Péreux ¿que mas podemos desear? ¿qué podemos temer. . . . ?

—Nada, en efecto, dijo Laurencia.

—Así, nunca nos separaremos; no formaremos mas que una familia. ¿Le parece á vd? Nuestros maridos se aman como dos hermanos.

—Y nosotras nos amarémos como dos hermanas, interrumpió la señora Daumont abrazando á Antonina.

—Dejarémos éste pais, continuó la última; al señor y la señora de Mortonne les gustan los cambios. Viajarémos; nada nos detiene.... seguiremos el curso de las golondrinas. Serémos dichosos por donde quiera que puedan estar cuatro personas, amarse y decírselo.....

La señora de Péreux se mezclaba muy frecuentemente á estas conversaciones íntimas; y la santa madre, cuya vida consistia en la vida de sus hijos, no pedia mas que una cosa, no separarse de ellos; sabiendo que seria feliz do quier que ellos estuvieran.

El señor Devaux habia hecho en Edmundo una curacion admirable. Cada dia la salud del enfermo se hacia mas y mas visible; sus megillas se coloraban, toda fiebre habia desaparecido; su sueño estaba sin agitaciones. Su alma solamente, habia conservado una tinta un poco melancólica, último reflejo del mal que se desvanecía.

Hacia cuatro meses que el señor Devaux habia llegado á Niza, cuando un dia dijo á Edmundo:

—Vamos, ahora ya está vd. curado..... yo me vuelvo junto á mis demas enfermos á quienes he abandonado por vd.

Edmundo y Antonina se miraron.

—¿Nada mas tiene que temer? preguntó la jóven.

—Nada, hija mia; te lo repito.

—¿Edmundo no tiene que temer al aire de Paris mas ó ménos que al de Niza?

—No.

—Pues bien ¿qué nos puede impedir que partamos contigo?

—Esto me causaria un gran placer, hijos míos.

—Nada nos detiene aquí.... ni nosotros, ni Gustavo, ni su muger nos separarémos de vd., dijo Edmundo estrechando la mano del médico; lo contrario seria una desgracia.....

—Partamos, pues, todos juntos.

—Sí; tengo muchísimos deseos de volver á ver mi cuartito, dijo Antonina, arrojándose al cuello de su marido; aquel cuartito donde nos hemos amado tanto, y donde nos amarémos aun; ¿verdad.....?

Un beso fué la respuesta.

Se convino que Gustavo y Laurencia vivirían en la misma casa, si era posible; si no, en la misma calle que Edmundo y Antonina; y que no se separarian mas en Paris que en Niza.

Hicieron inmediatamente los preparativos de viaje, y dos dias despues del en que habia sido convenido, un par de sillas de posta aguardaban á ambas familias en la puerta de la casita de persianas verdes.

Antonina no pudo contener algunas lágrimas al abandonarla. Tenia como una especie de vago presentimiento de que dejaba allí una parte de su felicidad.

¿Tendremos necesidad de esplicar los recuerdos que dejaba allí, y que la sonreían en el momento de partir. . . . ?

En cuanto á Laurencia habia heredado los gustos nómades de su padre; jamas echaba de ménos el pais que dejaba.

—Madre mia, dijo en voz baja Edmundo á la señora de Péreux; dí que quieres pasar por Tours al volver á Paris.

—¿Para qué? preguntó la señora de Péreux.

—Porque tengo que hacer allí una peregrinacion.

La señora de Péreux hizo lo que su hijo deseaba, y llegaron á Tours.

Al bajar del carruaje, Edmundo dijo á Gustavo, que no le habia preguntado, pero que adivinaba por qué Edmundo habia querido pasar por Tours.

—¿Nada tienes que decir á Nichette?

—¿Vas á verla? preguntó aquel.

—Sí, me toca hacerlo.

—Dale un apretón de mano de mi parte; eso es todo.

—No quieres venir conmigo?

—Vale mas que no me vuelva á ver.

Edmundo preguntó por el almacen de modas

de la señorita Carlota Toussaint. Le indicaron la calle donde se hallaba situado, y se dirigió á ella.

Era en la calle de *** donde se hallaba la tienda de modas, muy sencilla, pero con esa coqueta sencillez que sirve de realce á todos los objetos.

Antes de entrar Edmundo miró á través de las vidrieras del almacen, por entre las flores de mano, los bordados, sombrerillos, &c., &c. que se hallaban espuestos á la vista.

Nichette estaba sentada junto al mostrador.

La pobre muchacha parecia muy pálida, algo enflaquecida, y usaba un vestido de merino negro, como si estuviera de luto.

Estaba cosiendo.

¿Cuántas cosas han pasado, pensó Edmundo, desde que la ví por la primera vez trabajando así, junto á su ventana. . . . !

Era una vida entera de recuerdos.

Abrió la vidriera y entró.

Al oir que álguien entraba, Nichette levantó la cabeza, y reconociendo á Edmundo lanzó un grito.

Edmundo se lanzó á ella con los brazos abiertos: ella se apoyó sobre el pecho de su amigo con el rostro bañado en lágrimas.

Nada hubiera podido ser mas elocuente que aquella emocion.

—¿Cómo se siente vd., Edmundo? dijo Ni-

chette cuando se hubo calmado un poco, y con la firme intencion de no hablar de Gustavo.

—Me han curado, mi buena Nichette; estoy salvado.

—¡Tanto mejor! ¡Cuántas gracias doy á Dios por esto. . . . ! ¡Ha venido vd. solo. . . . ?

—Con Antonina y. . . .

—¿Y. . . . ? repitió Nichette palideciendo á su pesar.

—Y mi madre.

En el acento involuntario con que Edmundo pronunció su última frase, la modista comprendió que Gustavo se hallaba en la ciudad con su muger, y que Edmundo se lo hubiera dicho, si no la hubiera visto ponerse mas pálida de lo que naturalmente estaba.

—¿Y vuelve vd. á Paris? preguntó la jóven.

—Dentro de un instante. Solamente he querido detenerme en Tours para abrazar á vd. y decirla cuánto la amo.

—No pasa un dia sin que no piense en vd. en el tiempo en que la veía frecuntemente. . . . ¡Se acuerda vd. de nuestras comidas de la calle Godot? Aquel era un buen tiempo; á lo ménos para mí. . . .

Y Nichette sintió de nuevo que las lágrimas empapaban sus megillas.

Edmundo mismo no era dueño de su emocion, y viendo la tristeza de la jóven se pre-

guntaba cómo Gustavo habia tenido valor de abandonarla.

—No hablemos mas de ésto! murmuró Nichette enjugándose los ojos. Su mamá de vd., su muger ¿se hallan buenas y aman á vd. como siempre?

—Sí.

—Dios haga á vd. dichoso, Edmundo; este es uno de mis mas fervientes votos.

—Y vd., Nichete. ¿es vd. dichosa aquí?

—Sí, contestó ella con un suspiro; tan dichosa como puedo serlo. Carlota es una buena muchahca; nuestra tienda progresa. . . . sí, soy dichosa. . . .

Nada podia ser mas triste, mas amargo y doloroso que la manera con que Nichette decia esto.

Durante toda la conversacion, el nombre de Gustavo no fué pronunciado ni una sola vez; pero si no se hallaba sobre los labios, sí estaba en el corazon de Nichette.

Ella hubiera querido que Edmundo la hablase de su antiguo amante; pero éste no se atrevió por temor de afligirla demasiado; porque ella entónces le hubiera hecho mil preguntas; y ella no podia saber, puesto que Gustavo era feliz, sino cosas que la hubieran llenado de tristeza.

Cuando las dos sillas de posta salieron de la

ciudad, una muger cubierta con un espeso velo, se ocultó detras de uno de los primeros árboles del camino, para no ser vista de los que lo atravesaban; pero de manera de poderlos ver ella.

—¿La has visto? dijo Edmundo en voz baja á Gustavo, señalando con los ojos un punto negro que se alejaba por la embocadura del camino.

—Sí, respondió Daumont con emocion: Ni-hette, ¿no es verdad?

—¿Qué demudada está!

—¡Pobre muchacha! murmuró Gustavo.

Y una lágrima desprendida del fondo de su corazon, corrió solitaria por sus megrillas.



CAPITULO XII.

EPÍLOGO.

Si creéis que la poesía de la juventud dura hasta los últimos dias;

Si reposais aun bajo el árbol florido de nuestras ilusiones;

Si no quereis conocer mas que el lado venturoso de la vida;

Si negais la mezcla del bien y del mal, con la cual la naturaleza ha amasado el corazon humano;

Si nada os ha salido mal en este mundo; si el amigo que teníais hace diez años es todavía vuestro amigo; si la muger á quien amais, no os ha engañado; si viviendo todavía con ella nuestra alma ha conservado sus primeras y tiernas impresiones amorosas; si no teneis lágrimas que dar á lo pasado, limosna que ese gran mendigo quiere siempre que se le conceda;

ciudad, una muger cubierta con un espeso velo, se ocultó detras de uno de los primeros árboles del camino, para no ser vista de los que lo atravesaban; pero de manera de poderlos ver ella.

—¿La has visto? dijo Edmundo en voz baja á Gustavo, señalando con los ojos un punto negro que se alejaba por la embocadura del camino.

—Sí, respondió Daumont con emocion: Nihette, ¿no es verdad?

—¿Qué demudada está!

—¡Pobre muchacha! murmuró Gustavo.

Y una lágrima desprendida del fondo de su corazon, corrió solitaria por sus megrillas.



CAPITULO XII.

EPÍLOGO.

Si creéis que la poesía de la juventud dura hasta los últimos dias;

Si reposais aun bajo el árbol florido de nuestras ilusiones;

Si no quereis conocer mas que el lado venturoso de la vida;

Si negais la mezcla del bien y del mal, con la cual la naturaleza ha amasado el corazon humano;

Si nada os ha salido mal en este mundo; si el amigo que teníais hace diez años es todavía vuestro amigo; si la muger á quien amais, no os ha engañado; si viviendo todavía con ella nuestra alma ha conservado sus primeras y tiernas impresiones amorosas; si no teneis lágrimas que dar á lo pasado, limosna que ese gran mendigo quiere siempre que se le conceda;

Si creéis que cuando se ha casado uno con la muger á quien ama, cuando vive, es rico y goza de la salud, nada tiene que desear ni echar de ménos; cerrad este libro despues del último capítulo que acabais de leer; porque á vosotros, los que pensais así, nada tengo que deciros que podais creerme; porque me pesaria infinito turbar vuestra alma en sus creencias, y quiero dejaros, si teneis interes por el héroe de mi libro, con el placer de haberlo visto curado, dichoso, amado, á él, á quien ya la muerte habia señalado con su dedo.

Pero, si por el contrario, teneis ya esperiencia de las cosas terrestres, si sabeis que el corazón no puede alimentarse siempre de las mismas sensaciones, así como el estómago no puede recibir constantemente los mismos alimentos; si la tumba os ha arrebatado algunos de vuestros amigos; si la duda ha destruido algunas de vuestras ilusiones; si pasais sin emocion junto á aquella á quien ántes no mirábais sino temblando; si pronunciáis ahora con frialdad los nombres cuyas sílabas os hacian estremecer, hablemos juntos, porque podemos comprendernos, y diréis como yo despues de la última palabra de este libro:

“¡Es triste, pero verdadero!”

Ciertamente, Edmundo era dichoso, y cuando volvió á Paris, hubiera sido difícil hallar en la capital del mundo, un hombre mas contento

que él con su suerte. Acababa de ver á Nichette, de quien jamas habia vuelto á hablar á Gustavo, desde su casamiento, por temor de afligirlo, á quien siempre habia tenido esperanza de volverla á ver y estrecharla entre sus brazos, porque el reconocimiento era una de las principales virtudes de Edmundo. Habia hecho, pues, al pasar por Tours lo que debia; y con el corazón rico de esperanzas y exento de pesares, de remordimientos, era como entraba de nuevo al aposento donde Antonina se habia entregado á él por la primera vez.

Los recuerdos de amor lo habian acogido y se habian puesto á cantar cuando él habia abierto la puerta, como pájaros familiares cuya jaula se abre. Todos los objetos á quienes él habia abandonado casi con la entera certidumbre de no volverlos á ver, se sonreian. Experimentaba lo mismo que Gustavo habia sentido al entrar al aposento de Nichette, con la única diferencia de que no tenia como su amigo el sentimiento de causar un dolor á la muger á quien amaba, porque la muger á quien habia consagrado todos los sentimientos de su corazón, era aun, y seria siempre, la señora de su amor.

Casi es un sacrilegio ir, como nosotros vamos á hacerlo, á emboscarse detras de las adelfas en flor que circundan el camino de Edmundo, á fin de sorprender las menores acciones de su

vida y comentarlas en provecho de la helada é insensible realidad. ¿No valdria mas hacer como los cuentistas de antaño, detenernos en el casamiento y dejar al lector que suponga lo que le diere la gana, es decir, que los esposos se amaron siempre, como Filemon y Baucis, y que tuvieron una multitud de chicuelos como los pastores de Florian?

¿Pero seria verdadero y natural este desenlace tan sencillo? ¿Toda la vida es juventud; la Primavera es todo el año? ¿Deberá decirse perpetuamente á los hombres: Marchad sin temor; la vida es muy hermosa; en ella nada miente; nada engaña; nada cambia...? Si atravesáseis un camino, y de pronto fuérais asaltado en él por los ladrones, ¿no os quejaríais de que los que conocian el peligro, no os hubieran avisado?—Pues la novela es mas que un espejo; es una advertencia: debe reproducir la vida bajo sus dos faces, y enseñar los dos rostros de ese Janus moral á quien se llama el corazon humano. Si se hace de ella un anteojo encantado que enseñe á los que miren por él hácia la naturaleza un dia falso, ó una naturaleza mentirosa, verde el Invierno como el Estío, luciendo el mismo sol en todas las estaciones, hará mucho mas mal todavía, que si sin ningun comentario, como lo hace, reproduce como un espejo todo lo que pasa delante de él. ¿Para qué servirá un guía, y la novela debe serlo, si

este guia no me previene los peligros, y no me anuncia que voy á caer en un precipicio, cuando en mi ignorancia creo poner el pié sobre una mata de flores ?

La felicidad de larga duracion ¿existe en la verosimilitud humana? De los doce meses que tiene el año ¿la naturaleza no permanece cuando ménos cuatro, desnuda de sus hojas, de sus galas, de su luz? ¿Qué pintor de costumbres, deseoso de ser verdadero, se ha atrevido jamas á presentar á un hombre constantemente dichoso? Ninguno. Todos se han doblegado ante esta necesidad fatal, que ha colocado la vida del hombre entre estos dos extremos: la esperanza y el pesar.

Tomemos los tres libros, que son por decirlo así, el tipo del corazon, de la juventud y del amor, *Pablo y Virginia*, *Werther*, y *Manon Lescaut*.

Ni Bernardino de Saint-Pierre, ni Goëthe, ni el abad Prévost, se han atrevido á hacer vivir al héroe de su libro, en las condiciones de felicidad en que lo habian colocado. Toda la poesía, todo el interes de sus libros viene casi precisamente de la muerte de aquel á quien el lector quisiera ver vivir.

Haced que Virginia viva y se case con Pablo; haced que Werther no se levante la tapa de los sesos, y se case con Carlota; haced que Manon no engañe mas á Des Grieux, y viva con él

como él quiere vivir con ella; y tendréis, os lo confieso, un momento de grande placer, viendo dichosos á esos tipos amados y simpáticos. Mas seguid con ojo atento esa felicidad, y ya veréis en qué llega á convertirse.

Bien pronto percibiréis que es imposible, y que la muerte solo podía dar un tinte poético á aquellos amores juveniles, á aquellos sueños apasionados, á aquellas ilusiones encantadoras, que la vida, prolongándose, hubiera desgarrado con todas sus necesidades; hollado á cada paso!

Olvidad que los tres poetas han hecho morir á sus héroes; cerrad los ojos, é imaginad lo que hubieran llegado á ser un día.

¿Veis á Pablo y Virginia, esos dos seres en, cantadores, frescos, jóvenes, castos, enamorados, poéticos? ¿los veis hacerse viejos? ¿veis hundirse sus megilas; encanecer sus cabellos; torcerse su espalda; caer sus dientes.?

¿Veis á Werther y á Carlota arrugados, amarillentos, raquíticos, andar temblorosos, cantando:

“Malboroug se fué á la guerra.?”

¿Veis á Manon y á Des Grieux, esos dos símbolos del amor terrenal con toda su fogosidad, su delirio, su frenesí? ¿los veis á ámbos agobiados de enfermedades, motivadas por la vida sensual que han llevado, sentarse frente á frente en dos enormes sillones, tosiendo sin cesar, escupiendo.?

¿Veis lo que la vida y la edad habrían hecho de esos seres seductores, perfumes visibles, rayos de luz animados, poesías vivas.? Nada les quedará de su pasado; su alma estará usada; su cuerpo inconocible; su rostro repugnante.

¡Id á pedir á esos viejos un eco de las palabras que pronunciaban en otro tiempo! ¡Tal vez están sordos! ¡Tal vez ya no se acuerdan de ellas. ó se rien acaso de esas locuras!!!

Si se quiere dejar, pues, en la mente, el recuerdo de los tipos que se han creído, es preciso hacerlos volver jóvenes hácia Dios; es preciso que la impresion que se conserve de su rostro despues de su muerte, sea agradable á la vista y recuerde las épocas dichosas de la vida; es preciso que una sonrisa entreabra sus labios mudos; es preciso que su muerte tenga el aspecto de un sueño, y que las ilusiones, como ángeles de guarda, hayan venido á cubrir su frente con sus alas; preciso es tambien que esos seres hayan muerto sonriéndolas aun.

Un poeta á quien amo con todo mi corazon ha dicho:

De los cielos un don omnipotente
Es morir de veinte años, no sintiendo
Marchitar las coronas que ciñendo.

Otro tiempo estuvieron nuestra frente!

Y tenia razon.

El libro que hoy escribimos ha sido hecho sobre esos cuatro versos.

Sí, sin embargo, cuando os hayais identificado con vuestro personage, cuando lo hayais hecho jóven, hermoso, enamorado, amado, no teneis el valor para darle la muerte en medio de los encantos de que lo habeis rodeado; si quereis dejarle apurar hasta la última gota de la copa donde acaba de posar sus labios; si, dejándolo vivir, le concedéis todo lo que desea tener, y lo abandonais en este punto, sin decir lo que despues le sucede, haréis un libro precioso para las doncellitas de catorce á quince años; pero será una obra trunca, incompleta para los hombres serios. Oid el consejo del poeta:

En el fondo del vaso mas brillante
Siempre se encuentran del licor las heces,
No le apuremos nunca; las mas veces
Dejemos lo restante
Al destino enemigo, y con prudencia
Hagamos un esfuerzo, aunque costoso
La última gota del licor libando.

Si seguís constantemente á vuestro personage, será indispensable que tarde ó temprano llegueis al punto que no ha mucho os decia; porque ciertamente no podeis dar al hombre de cincuenta años el rostro y las sensaciones que dais al amante de veinte años.

Pues bien! yo he querido hacer este estudio con imparcialidad, si bien, no sin dolor. He dotado á Edmundo de todo el entusiasmo, toda la poesía, todas las ilusiones y todos los amores de la juventud; lo he herido tambien de una enfermedad, de la cual debia morir á los veinticinco años de su edad!

Cuando ha llegado el momento de morir, cuando su madre, su muger, su amigo, personificaciones de todos los amores que puede abrigar el hombre, lloraban junto á su cabecera, entre aquellas personas que han tenido la bondad de interesarse en el desenlace de este libro, y á quienes conozco, no he encontrado una sola que no me diga:

—No hagais morir á Edmundo.

¡Conque es decir que la vida es todo....!
Respirar libremente, andar, beber, comer, tener espedito el ejercicio de todas sus facultades; ¡he aquí el supremo bien....! ¡Y conceder todo esto al enfermo que lucha con las agonías de la muerte, es darle la felicidad, sobre todo, cuando como Edmundo, hallará á su alrededor, al abrir los ojos, una madre, una esposa, un amigo, la juventud, la riqueza, todas las condiciones en fin, de la felicidad humana...?

Pues sea así.

Edmundo ha vivido en mi libro, como vive en realidad, porque no me he tomado el trabajo de inventar esta historia; la he escrito, calcado

casi sobre los personajes que en su mayor parte viven todavía.

Dos años despues de los acontecimientos que acabo de referir, todos los personajes que han figurado en esta historia, escepto Nichette, se hallaban reunidos comiendo en el comedor de la casa de la señora de Péreux en Paris.

Un niño rubio y blanco como el lirio, de edad de trece ó catorce meses, estaba sentado entre Laurencia y Gustavo, con esa gravedad infantil que caracteriza á los niños.

Aquel dia era el segundo aniversario del casamiento de Antonina y Edmundo.

Este último, estaba casi inconocible.

En lugar del jôven pálido y débil que conocíais, figuráos un hombre mas visiblemente hermoso, por decirlo así, enriquecido con un vientre algo prominente, y una buena barba y bigotes.

El doctor Devaux se complacia en la vista de aquella transformacion que era su obra.

—¡Canario! hoy hace tres años que están vdes. casados, hijos míos, dijo el médico: ¡cuántas cosas han pasado de entónces á acá!

—¡Cuántas cosas dichasas! repitió la señora de Péreux, sonriendo á su hijo.

—¡Curacion completa! replicó el señor Devaux, esto apenas se vé una vez en ciento. . . . Vamos, ¡á la salud de Edmundo!

Cada uno de los convidados levantó el vaso rebosando vino de Champaña, en signo de adhesion al brándis, lo llevó á sus labios, y lo volvió á poner vacío sobre la mesa.

Edmundo apuró su vaso de un solo trago, como para confirmar lo que el doctor habia dicho.

El padre de Antonina lo contempló con admiracion.

—¡Qué curacion! esclamó de nuevo. Hace tres años un vaso de vino de Champaña, bebido de esa manera, lo hubiera hecho á vd. desgarrar sangre al dia siguiente y le hubiera causado fiebre por ocho dias á lo ménos. Esta noche dormirá vd. como si hubiera bebido agua. ¡Qué hermosa mision es la medicina, ese poder de resucitar, que Dios ha puesto entre las manos de ciertos hombres! Yo nunca salvo á un enfermo sin experimentar una especie de satisfaccion cristiana. . . .

—Y á mí, me curará vd., doctor, preguntó la señora de Péreux; á mí, que dudo que Edmundo estaba enfermo? Padezco dolores de corazon, que me sofocan á veces.

—La medicina nada tiene que hacer con eso, respondió el médico. Un dolor moral fué el que puso á vd. enferma: á la felicidad es á la que toca curar á vd. ¿Es vd. dichosa?

—¿Cómo no podria serlo. . . . ?

Mientras que esta conversacion tenia lugar,

Antonina miraba atentamente á su marido. Este, que tenia una grande hambre, parecia no prestar sino una atencion muy pequeña á lo que decia su madre y el señor Devaux.

—¿Qué piensas hacer esta noche? preguntó de repente Edmundo á su amigo Gustavo.

—Me quedo aquí: ¿y tú?

—Yo, he prometido irle á hacer una visita al señor de *** Me lo permites, ¿no es verdad, mamá? me das libertad por esta noche.

—Anda, querido hijo mio, anda. Todo te lo permito yo, escepto que te enfermes.

Antonina levantó hácia Edmundo una mirada casi suplicante, que este evitó; pero no pudo escaparse á Gustavo.

Cuando la comida, que en aquellos momentos tocaba á su fin, concluyó, Gustavo se acercó á Edmundo.

—Deberias no salir; le dijo.

—Por qué?

—Porque esto aflige á Antonina.

—Antonina es una niña, respondió Edmundo. Si la hiciera yo caso, jamas saldria de aquí.

—Es preciso perdonarla este leve capricho ... ¡te ama tanto!

—Así son las mugeres; tarde ó temprano su amor degenera en tiranía. ¿Qué mal hay en que yo vaya á hacer una visita al señor de *** en cuya casa comí el otro dia?

—Antonina está celosa.

—De quién?

—De la muger del señor de ***

—¡Ella está celosa de todo el mundo! ¡Es una loca!

Miéntas que Edmundo y Gustavo hablaban de esta manera, Antonina se habia acercado á Laurencia.

—¿Ya lo ve vd? la dijo; va todavía esta noche.

—Vamos ... no se aflija vd., respondió Laurencia: vd. se inquieta sin motivos; Edmundo ama á vd. mas que nunca.

—¿Quién me lo hubiera dicho! murmuró Antonina, con un suspiro de tristeza infinita.

—¿Qué sucede? preguntó en voz baja el señor de Mortonne, acercándose á las dos mugeres.

—Sucede, dijo Laurencia, que Antonina está muy afligida de ver que su marido va frecuentemente á casa del señor de ***, y cree que le está haciendo la corte á su muger.

—Déjelo vd. ir, contestó el anciano comandante; ese es el mejor modo de que no vuelva. Miéntas mas quiera vd. impedirselo, mas y mas se encaprichará. ¿Y que mal la puede á vd. traer que de vez en cuando haga un poco la corte á la señora de ***? Ya sabe vd. que á nadie ama mas que á vd. ...

—¡Triste consuelo! murmuró Antonina, cuyos ojos comenzaban á arrasarse de lágrimas.

—¡Mire vd. qué fuerte y qué bueno está! Decía la señora de Péreux al señor Devaux, señalando á Edmundo, que acababa de encender un enorme habano. ¡Qué dichosa soy, doctor, y cuánto le debo á vd....!

—¿Me quieres acompañar un poco? dijo Edmundo á Gustavo, tomando su sombrero.

—No; me quedo con estas señoras.

—Entonces hasta mañana.

—¿Ya te vas? preguntó tímidamente Antonina á su marido, viéndolo con el sombrero puesto.

—Sí.

—Volverás pronto?

—Dentro de una hora estaré aquí.

—De veras?

Antonina presentó su frente á su marido, quien se contentó con abrazarla.

—No salgas esta noche, le dijo en voz baja, tratando de detenerlo.

—¡Ah, cáspita! ¿y por qué tienes tanto empeño en que no salga?

—Es que hoy hace tres años que nos casamos..... y bien pudieras sacrificarme esta noche.

Edmundo levantó las espaldas, se quitó el sombrero y lo puso sobre una mesa con un gesto de impaciencia.

—Sal, puesto que tienes tanto empeño; le dijo su mujer.

—No: ¿pues quieres que me quede?

—No lo quiero..... lo deseaba solamente, á causa de nuestros amigos, que han venido á celebrar este aniversario.

—Me había olvidado de que este aniversario fuera hoy.

—¡Ya! dijo Antonina: ¿conque ya no me amas, Edmundo?

Edmundo volvió á ponerse su sombrero.

—Si es para que representemos una escena sentimental, para lo que me detienes, dijo, te advierto que me agradan muy poco.

—Sal, pues, amigo mío..... ya conozco que me he equivocado. Pero, abrázame otra vez: ¿conque dentro de una hora estarás de vuelta?

—Dentro de una hora.

Antonina dirigió una sonrisa á su marido, quien salió de la sala.

—No habrá vuelto ni á la una de la mañana; murmuró.

—¿Qué tienes, querida hija? dijo la señora de Péreux á Antonina; pareces triste.

—Nada tengo, mamá, respondió Antonina; nada en verdad.

—Edmundo que sale con alguna frecuencia es lo que te aflige.... Pero él no sale sino porque sabe que quedas bien acompañada con nosotros. ¡Vamos! todos los jóvenes son como

él. Piensa que no tiene mas de venitiseis años, y que á esa edad un hombre tiene necesidad de distracciones.

Cualquiera cosa que hubiera sucedido, la señora de Péreux no hubiera titubeado en concederle la razon á su hijo. Su salud, su contento, era todo lo que deseaba; así, pues, no era ella á quien Antonina venia á quejarse, porque sabia que el corazon de la madre estaba sordo para cualquiera queja contra su hijo.

Gustavo, el comandante, la señora de Mor-tonne y el médico se sentaron frente á una mesa, y comenzaron una partida de juego de cartas. Esto no divertia mucho á Daumont, pero llenaba de tanto placer á los otros tres personajes, que por complacerlos, siempre jugaba con ellos.

Antes de sentarse frente á la mesa, Gustavo abrazó á su hijo y á su muger, que habia puesto sobre su regazo al niño, y que estaba platicando con Antonina en un sofá, mientras que la señora de Péreux iba á tomar un libro para concluir una lectura que la interesaba.

Antonina miraba á cada instante el reloj.

Hora y media se pasó de esta manera.

De pronto Antonina se levantó.

—¿A dónde va vd? la preguntó Laurencia.

—Voy un instante á mi cuarto.

—Quiere vd. que la acompañe?

—Sin duda.

Laurencia veia tan triste á Antonina, que no queria dejarla sola; tanto así temia que aquella tristeza se cambiase en desesperacion.

—Dios mio! Dios mio! qué desgraciada soy! murmuró Antonina dejándose caer sobre una silla, en su alcoba, y llorando á lágrima viva.

—Vamos, amiga mia, hermana mia, la dijo Laurencia; no llore vd. así. . . .

—Ama á esa muger, repetia Antonina; estoy segura debia estar de vuelta hace mas de media hora.

—Se alarma vd. sin motivo. . . . cálmese vd. Habrá tenido que detenerse á su pesar.

—Ay! si no fuera mas que esto, nada diria, respondió Antonina; pero yo veo bien cuánto ha variado Edmundo. Si lo hubiera vd. visto ántes, no lo reconoceria ahora. ¡Estaba celoso hasta de mis menores pensamientos, no queria ni aun que mi recamarera me tocase . . . ! y ahora me deja sola dias y noches enteras! Es cierto que ahora tiene todo el porvenir por su cuenta, mientras que en aquella época creia su muerte cercana. ¿Pero su amor provenia solamente de esta conviccion. . . ? Hay momentos en que así lo creo. ¡Hubiera sido mejor que mi padre no lo salvase? De esta manera, la muerte solo hubiera puesto un término á su amor, mientras que ahora, se lo repito á vd., Laurencia, estoy segura de que ama á otra muger que no soy yo. . . . !

En este momento entró Gustavo.

—Ví salir á vdes. juntas, las preguntó; ¿qué sucede?

Laurencia señaló á Antonina á Gustavo.

—¡Mira como llora! le dijo.

—Mi buen Gustavo, dijo Antonina tomando la mano de Daumont; vd. no aflige á su muger; vd. . . .

—Es vd. una niña, dijo el jóven á Antonina: Edmundo ama á vd. como siempre.

—Es lo que yo la decia hace un momento, añadió Laurencia; pero miraba á su marido como una muger que dice lo contrario de lo que piensa.

—Quédate con ella, dijo en voz baja Gustavo á Laurencia; yo voy á encontrar á Edmundo, y tendré una esplicacion con él, porque lo que está haciendo es muy malo.

—Eso es ve; aquí nos hallarás.

Gustavo estrechó la mano de su muger, y salió.

El señor de ***, á casa de quien Edmundo habia ido, vivia en la calle de los Italianos: Gustavo era su conocido; nada habia, pues, de extraño en que fuera á hacerle una visita.

—El señor no está en casa, respondió el criado; solamente la señora.

—Anúnciame, pues.

Gustavo encontró á Edmundo con la señora de ***.

Ambos se admiraron de ver entrar al jóven.

Gustavo estaba resuelto á dar un golpe seguro y delicado.

—Suplico á vd. me dispense, señora, dijo, que me presente tan tarde en casa de vd.; pero la señora Antonina de Péreux está indispuesta, y venia á buscar á Edmundo, que sabia estaba aquí.

Desde el momento en que era tarde para presentarse en casa de una muger, era tarde para permanecer en ella.

La señora de *** comprendió la intencion de Gustavo, se ruborizó, y dirigiéndose á Edmundo, le dijo:

—No detengo á vd. mas, caballero, y espero tenga la bondad de ofrecer mis sinceros respetos á la señora de Péreux, cuya indisposicion espero no será de gravedad.

Los dos jóvenes se despidieron de la señora de ***.

—¿Qué significa esto? preguntó Edmundo á Gustavo cuando se hallaron en la calle.

—Esto significa, querido amigo, contestó Daumont con una voz un poco severa, que te estás portando muy mal con Antonina.

—¿Y tú eres quien te has encargado de predicarme un sermon moral?

—Sí.

—Pues te has equivocado, porque la moral no me divierte.

—Tendrás que oirlo sin embargo.

—Ya sé que este es uno de los derechos de la amistad. Habla, pues.

—Estás engañando á Antonina.

—Ese es cuento mio nada mas.

—Y mio tambien, que hace tres años fuí á rogar á la señorita Devaux que consintiese en ser tu esposa.... porque en aquella época á nadie amabas mas que á ella..... y me diste un abrazo muy estrecho cuando te anuncié de su parte que consentia en casarse contigo. ...

—Hace tres años

—Y qué?

—Ay, amigo mio! cuántas cosas pasan en tres años....! En aquella época yo escupia sangre; creia tener apenas dos años de vida... ahora me siento tan bueno como tú, y la vida se me ofrece de otra manera. Amo á Antonina, sí, pero la amo como se ama á una muger despues de haber pasado tres años de matrimonio con ella. Positivamente no puede uno estar siempre á los piés de su muger como en los primeros dias en que nos tiene seducidos el atractivo de la novedad y la posesion. La amistad, la afeccion tranquila succede á los primeros arrebatos.... y luego, te lo repito, cuando cree uno que va á morir, dice y hace muchas cosas, que encuentra casi ridículas cuando ha sido curado.....

Tengo veinte y seis años; estoy casado pe-

ro ¡que diablo! no cuento vivir con mi muger como si tuviera sesenta años. ...

—¿Conque es decir que por solo un capricho de tu cabeza, la harás padecer?

—Esa es la vida, querido amigo mio.... y si Antonina no estuviera rodeada de personas que la exaltan con sus palabras, no padeceria.

—¿Lo dices acaso por mí?

Edmundo nada respondió.

—Nada tienes ya en el corazon, le dijo Gustavo; olvidas y reniegas tus amistades. Muy mal hecho, Edmundo, muy mal hecho. El olvido de ciertas cosas, eso es lo que se llama ingratitud.

—¿Acaso te acuerdas tú de Nichette, á quien amabas tanto? No.

—Pero, en fin, al señor Devaux es á quien le debes la vida, y por gratitud, ya que no por amor, debias hacer á su hija dichosa. ¿No me respondes?

—No.

—Por qué?

—Porque, segun el aspecto que las cosas toman, no estoy bien seguro de si le agradezco ó no lo que hizo.

—¿Qué dices?

—Digo que hay momentos en que, si no fuera porque esto daria la muerte á mi madre, me pregunto si no hubiera sido mejor que yo muriera hace dos años. Habria muerto echando

ménos la vida, creyendo en el amor puro, convencido de que hubiera sido dichoso en este mundo, miéntras que ahora, si debo confesártelo, me parece que no fui yo creado para el matrimonio. . . . Conozco que hago desgraciada á Antonina; pero no puedo obrar de otra manera. Percibo hoy ¡perdóname! que no la amaba sino con motivo del poco tiempo que creía tener de vida. El otro día leí la carta que la escribí para darla las gracias por su determinacion de casarse conmigo. . . . y me ha parecido . . . demasiado ridícula. He gastado en uno ó dos años la suma de felicidad que habia recibido de Dios; y cuando me he encontrado frente á frente con una vida larga, me he visto en la posicion de un hombre arruinado frente á sus deudas.

En fin, para no ocultarte nada, hay días, días frecuentes, en que me fastidio horriblemente, y en que tengo que ir á buscar fuera las distracciones que no puedo hallar en mi casa.

Ya sé que Antonina me ama. . . . bien conozco que es bella, afectuosa, que la debo la vida. . . . que moriría mañana si yo muriese. . . . yo la estimo como á una santa; la bendigo como á una madre. . . . pero, triste es decirlo, no la amo ya. . . . y me parece que jamas la he amado. . . .

—¡Pobre Antonina! dijo Gustavo.

—Tengo lástima de ella como tú, dijo Edmundo.

—Pero á lo ménos, eres feliz.

—Quieres saber la verdad?

—Sí.

—Pues bien, daría yo todos los años de vida que me quedan ahora, por seis meses semejantes á los que se siguieron á mi matrimonio.

Habian llegado á la calle de los Tres-Hermanos. Gustavo estaba conmovido y triste; Edmundo se pasaba de vez en cuando la mano por la frente, como un hombre que quiere librarse de un pensamiento peligroso.

—Tiene razon, decia para sí Gustavo. La vida está, pues, arreglada de modo que es preciso que el hombre, sintiéndolo, abandone lo que ha amado. . . . ! ¡Quién sabe si tengo derecho para reprender á Edmundo! Yo he hecho sufrir á Nichette lo que él ha hecho sufrir á Antonina. ¿He hecho bien? Al decir esto, abria la puerta de la alcoba de Antonina, y Laurencia con su niño en los brazos vino hacia él, casta, bella y con la sonrisa en los labios.

Esta era una respuesta afirmativa á la cuestion que acababa de proponerse.

Edmundo se dirigió á Antonina, y le tendió la mano. Ella se precipitó en sus brazos.

El corazon de Edmundo no latió.

Diez años ha que pasaron los sucesos que acabamos de referir.

La señora de Péreux murió sonriendo á su hijo, á quien creía feliz, y esta muerte, como lo creereis, no ha curado á Edmundo de su desencanto respecto de la vida. Sin embargo, hoy habla de ella sin emocion.

El señor y la señora de Mortonne viven aun: únicamente la señora de Mortonne está paralítica.

El señor Devaux está en perfecta salud, y la curacion de Edmundo ha aumentado su clientela.

Gustavo y Laurencia estaban últimamente en la pequeña iglesia de Niza, en donde veían á su hijo hacer su primera comunión. Desde la enfermedad de la señora de Mortonne volvieron á vivir en esa ciudad con ella y el comandante.

Edmundo estaba de prefecto en X.***

Toda la poesía de su vida se ha reducido á esa pobre ambicion.

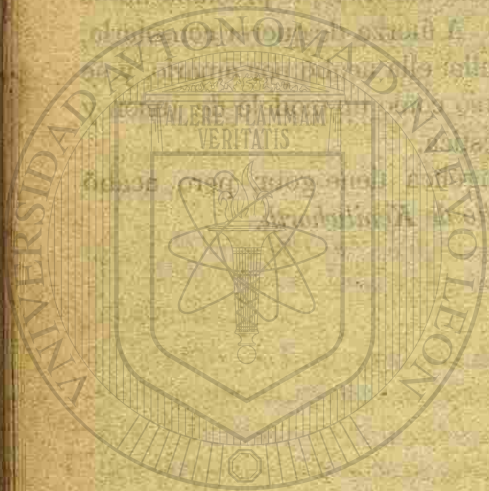
Es el amante de la muger de un abogado del pueblo; muger de cuarenta años. Todo el mundo lo sabe; hasta la misma Antonina, que se rie de ello cuando se habla de tales amores.

Si vais á Tours, y pasais por la calle de ***, vereis esta inscripcion: *La señora de Lacroix: Modas y Mercería.*

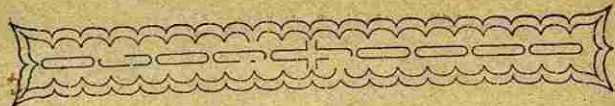
Esta señora Lacroix es Nichette, que dos años despues de su llegada á Tours, casó con el hijo de un librero, que tenia su almacen frente al suyo. Viéndola tan triste, le prestaba libros para distraerla. A fuerza de querer consolarla, se enamoró de ella: ella acabó por amarlo, y se cita su matrimonio como un modelo de union y de alegría doméstica.

La señora Angélica tiene gota; pero acabó de leer el *Castillo de Kenilworth*.

FIN.



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

I. Promesa cumplida.	3
II. La voluntad de una doncella	20
III. El olvido del porvenir.	30
IV. Niza.	45
V. Se acerca la muerte	65
VI. Un nuevo conocimiento.	75
VII. La primera mentira de Gustavo.	93
VIII. Lo que debia suceder tarde ó temprano.	110
IX. Prueba.	129
X. ¡Pobre Nichette!	150
XI. Curacion.	163
XII. Epilogo	177



